

01082

5
2y

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Evolución socioeconómica de América Central en la
segunda mitad del siglo XX

(Tesis para optar al grado de
Doctor en Estudios Latinoamericanos)

Autor: Mtro. Francisco Lizcano Fernández

Director: Dr. Ignacio Sosa Alvarez



Junio de 1996

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

Introducción	4
I. Economía	31
1. Evolución y niveles de ingreso nacional.	31
2. Crecimiento y modernización	76
2.1. Crecimiento	87
2.2. Modernización	117
3. Sector externo	150
3.1. Etapa de auge	165
3.2. Etapa de crisis	183
3.2.1. Exportación.	183
3.2.2. Balance comercial y deuda externa.	216
II. Sociedad	236
1. Demografía	236
1.1. Explosión demográfica	239
1.2. Migración	252
2. Estructura social.	270
2.1. Ocupación	275
2.2. Ingreso	302
3. Servicios sociales	312
3.1. Educación	317
3.2. Salud	329

Conclusión	344
Anexo estadístico	364
Indice de cuadros	364
I. Economía	371
II. Sociedad	399
Bibliografía	478

INTRODUCCION

El objetivo general de la presente investigación consiste en examinar las diferencias nacionales con respecto al desarrollo socioeconómico de América Central durante la segunda mitad del siglo XX; es decir, entre 1950 y 1990 aproximadamente. La elección de la primera de estas fechas descansa en dos razones: una de tipo teórico y otra de carácter práctico. Por un lado, al mediar el presente siglo, comenzaron a producirse grandes transformaciones sociales, las cuales aconsejan considerar tal momento como el principio de un nuevo periodo, todavía hoy quizás no finalizado, en la historia económica y social de la región. La estructura y las condiciones sociales creadas a raíz de las reformas liberales, puestas en práctica desde la década de 1870 por los Estados hispanomestizos --todos salvo el de Belice--, se han visto sometidas a profundas modificaciones en la segunda mitad del siglo XX. Por otro lado, es sólo a partir de 1950 cuando se cuenta con la información numérica adecuada para establecer la mayoría de las series estadísticas en las que se basa principalmente este trabajo. El estudio de los temas considerados se ha prolongado hasta las fechas más cercanas posibles, en un esfuerzo por incluir en este estudio las manifestaciones más recientes del desarrollo centroamericano. Los asuntos económicos son tratados con frecuencia hasta 1994. Sin embargo, en relación a los aspectos sociales las últimas cifras recabadas suelen referirse a algunos años atrás, pues las estadísticas sociales, como se sabe, carecen de la regularidad

y oportunidad que poseen las económicas.

Tales argumentos han servido para establecer los límites temporales de lo que en este trabajo se denomina "periodo largo"; es decir, el que abarca la totalidad de las cuatro décadas mencionadas. Pero éste se ha dividido en dos etapas. En la "etapa de auge", que integra aproximadamente las tres primeras décadas del periodo largo, Centroamérica protagonizó un notable desarrollo económico y social. La subsiguiente "etapa de crisis", que se inició en torno a 1980, se ha caracterizado sobre todo por el deterioro económico. Por tanto, siempre que la información recabada lo ha permitido, el presente trabajo analiza el comportamiento de los temas seleccionados en tres lapsos distintos: periodo largo, etapa de auge y etapa de crisis.

Los "espacios" estudiados en este trabajo se pueden dividir, de acuerdo a sus distintas amplitudes, en tres tipos. La extensión intermedia corresponde a la nación o país. Las unidades menores, cuyo examen ha sido necesario para establecer los diferentes comportamientos nacionales sobre distintos asuntos, están integradas por algunos de los componentes detectables al interior de tales sociedades nacionales como resultado de diversas clasificaciones, las cuales dividen a las susodichas poblaciones nacionales de acuerdo con diferentes criterios, como la ocupación laboral, el género, el nivel de ingreso y el hábitat. Por último, la región centroamericana en su conjunto se constituye en el ámbito más extenso de los estudiados.

En este trabajo, América Central incluye siete países: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá

y Belice. Es usual considerar a los cinco primeros como integrantes de dicha región, pues han compartido numerosos y profundos vínculos desde hace varios siglos. Incluso en la actualidad es frecuente que los textos referidos a América Central examinen exclusivamente a tales países, los cuales, por otra parte, son los únicos componentes hasta la fecha del Mercado Común Centroamericano. Cuando este trabajo se refiere a ellos, se les denomina los cinco países centrales. En pocos estudios se incluye a Panamá como parte de América Central, pero todavía es más raro que se haga lo propio con Belice. No es extraño que la geografía sea la única disciplina que desde hace tiempo incluye a los siete países en la región centroamericana, pues los vínculos geográficos con precisamente los que los unen de una manera más evidente. Los estudios históricos, económicos, sociológicos, políticos y antropológicos sobre América Central suelen excluir a Panamá y Belice de la región. No faltan motivos para ello. Sin embargo, en el presente trabajo se decidió integrarlos, porque comparten características importantes con los cinco países centrales. Con respecto a Panamá, no se albergan dudas de que desde hace décadas es mucho más centroamericano que sudamericano. Belice puede ser incluido atinadamente por múltiples razones en el Caribe anglófono, pero también es cierto que es el más hispanomestizo de tal región, precisamente por la relación mantenida con sus vecinos iberoamericanos.

Los temas incluidos en el presente trabajo pertenecen al campo de estudio del denominado "desarrollo socioeconómico", el cual incluye aspectos cuantitativos y cualitativos tanto en lo

económico como en lo social. Por tanto, los aspectos geográficos, políticos y étnico-culturales sólo serán contemplados en la medida en que sea necesario para explicar el comportamiento socioeconómico. A pesar de apartar de nuestro objeto de estudio dichos campos temáticos, hubiera sido desmesurado pretender incluir en él todos los tópicos detectables en los ámbitos económico y social. Para hacer realizable el ambicioso objetivo de analizar las diferencias nacionales en la evolución socioeconómica de cuatro décadas con respecto a una región integrada por siete países, fue necesario poner en práctica una selección temática en ocasiones dolorosa y no dejarse encandilar por los detalles que hubiesen dado al traste con la visión de síntesis deseada. Sin embargo, se hizo un serio esfuerzo por incluir los suficientes aspectos concretos como para que todo lector atento y con cierta preparación académica pudiera relacionar sin excesiva dificultad los tópicos estudiados con elementos de la realidad perceptibles de manera inmediata. Con todo, este trabajo podría ser catalogado como de tipo histórico, tanto por el periodo relativamente largo abarcado como por su pretensión de ofrecer una visión global sobre un aspecto de notable amplitud, a pesar de la reiterada utilización de elementos de otras dos ciencias sociales: la economía y la sociología.

En el presente trabajo, se ponen de manifiesto, en principio, ciertas aportaciones en lo referido tanto al cumplimiento de su objetivo general como a la visión panorámica que fue necesario realizar, sobre el desarrollo socioeconómico

de América Central en el periodo mencionado, para llevar a cabo dicho objetivo. Esta es probablemente la primera investigación donde se comparan de manera sistemática la evolución de una serie amplia de variables socioeconómicas en relación a todos los países centroamericanos. Los estudios más serios acerca de la evolución socioeconómica de la región, están más interesados en resaltar los comportamientos comunes que las diferencias, por lo cual éstas, incluso cuando son tomadas en cuenta, no son rastreadas sistemáticamente. La novedad de este enfoque resulta más llamativa en tanto que se aplica no sólo a los cinco países centrales --los que como se vio suelen ser considerados como los únicos integrantes de América Central en los estudios socioeconómicos-- sino a los siete países aquí considerados como centroamericanos. De ello, se derivan una serie de conclusiones tan interesantes como novedosas. Por lo que se refiere a la visión panorámica contenida en este trabajo, es conveniente anotar que en ocasiones se contraponen este tipo de visiones con los estudios específicos, al pretender que sólo los segundos resultan aportativos. Es cierto que las visiones panorámicas suelen beneficiarse en mayor medida que los estudios específicos de lo ya investigado, pero ello no impide que puedan ofrecer novedades importantes en aspectos concretos. Además, este tipo de percepciones globales puede realizarse, desde enfoques dispares, en los cuales es dable encontrar también originalidad; al margen de que reunir coherentemente en un solo texto, por primera vez, información presentada antes de manera independiente constituye un esfuerzo inédito. Otra aportación que afecta a la

globalidad de la presente investigación es su apéndice estadístico, pues no existe ninguna publicación de este tipo que dé cuenta de la evolución de un conjunto tan amplio de indicadores socioeconómicos desde 1950 hasta la fecha. Además de las novedades mencionadas en relación al conjunto del trabajo, éste contiene aportaciones en algunos de los temas concretos que desarrolla, como en relación a la evolución de la migración externa y de la estructura ocupacional. Estas aportaciones concretas son de dos tipos. En unas ocasiones se presentan por primera vez ciertos hechos. En otras la novedad radica en la síntesis ofrecida, al poner de manifiesto la totalidad de los elementos involucrados en el fenómeno en cuestión.

La hipótesis general del presente trabajo pretende demostrar que el desarrollo socioeconómico de América Central se ha manifestado de manera dispar en los países integrantes de la región y que los niveles alcanzados al respecto fueron también distintos. De esta hipótesis general se derivan otras particulares, al comparar la intensidad de la evolución y los niveles alcanzados por los siete países con respecto a cada una de las variables analizadas. En las conclusiones de la presente investigación, se reseñan los resultados concretos de tales comparaciones.

Para enfrentar dichas hipótesis, y en clara relación con la información estadística que sirve de principal respaldo a la presente investigación, se siguieron una serie de procedimientos metodológicos. En primer lugar, y una vez delimitados los grandes temas a tratar --crecimiento, diversificación y modernización

económica, demografía, estructura social y niveles de bienestar-, se establecieron las dimensiones, variables e indicadores que permitieran llevar a buen término la investigación, privilegiando los procesos sobre los cuales se pudiera obtener una percepción estadística a lo largo de todo el periodo estudiado. A continuación se buscó la información correspondiente y con ella se elaboraron cuadros estadísticos en relación a cada uno de los indicadores elegidos. Dado que el objetivo del trabajo era estudiar el desarrollo económico y social entre 1950 y 1990, se intentó que la información contenida en tales cuadros se acercara lo más posible a los límites temporales de la investigación. En ocasiones esta pretensión exigió integrar en un mismo cuadro cifras elaboradas con diferentes criterios, lo que ha demandado cierta cautela en el momento de establecer las comparaciones oportunas. Para indicar este tipo de problemas se decidió señalar con claridad la fuente de cada una de las cifras ofrecidas.

En tercer lugar, se establecieron los rangos que permitieron determinar la magnitud de la evolución y del nivel alcanzado por cada indicador en la región y en cada país. A pesar de que en este procedimiento se involucraron entidades de amplia significación planetaria, lo que otorga una contextualización máxima a este trabajo, la determinación de dichos rangos no puede dejar de tener una cierta dosis de arbitrariedad. Sin embargo, tiene la virtud de permitir establecer con precisión las comparaciones oportunas con respecto a los datos ofrecidos por cada indicador. El conjunto de estas comparaciones pueden considerarse como el último de los pasos metodológicos empleados, aunque se realizan

a distintos niveles: entre los distintos comportamientos de un mismo indicador o entre indicadores dispares. Dichas comparaciones, que permiten otorgar significación a los datos estadísticos y señalar sus interrelaciones, cumplen una doble función. Por una parte, además de posibilitar una visión global del desarrollo social en el Istmo, ponen de relieve las diferencias nacionales, así como las que se producen al interior de cada país. Por otra, indican las relaciones existentes tanto entre los indicadores referidos a la misma dimensión del desarrollo como entre los referidos a distintas dimensiones, bien para describirlas adecuadamente bien para explicarlas.

Las técnicas empleadas fueron en lo fundamental de dos tipos. Por un lado, las fichas de trabajo se constituyeron en un elemento indispensable para organizar y manejar adecuadamente el notable volumen de información requerido por la investigación. Por otro, se tuvieron que poner en práctica una serie de recursos estadísticos para calcular una serie de cifras no contempladas en los materiales utilizados.

Con respecto al principal tipo de información de este trabajo, la estadística, resulta oportuno hacer tres apreciaciones más. Por un lado, su carácter numérico no implica que se refiera exclusivamente a aspectos cuantitativos, pues muchas de las estadísticas manejadas, si bien aluden obviamente a temas cuantificables, ponen de manifiesto asuntos cualitativos. Esto es quizás más visible, como el lógico, en lo relativo a lo social, donde la distinción entre lo cuantitativo y lo cualitativo es por demás difusa, pero se percibe con claridad

también en algunas cifras económicas, como las que aparecen en los cuadros referidos a la productividad nacional y sectorial, la modernización industrial y agrícola, el rendimiento de ciertos productos agrícolas. Por otro lado, conviene estar prevenido en el sentido de que, aunque se caractericen por expresarse con total precisión, las cifras estadísticas nunca reflejan la realidad de manera totalmente fidedigna y, por tanto, deben considerarse como meras aproximaciones a ella. Por último, se debe señalar que la mayoría de tales cifras fueron tomadas de publicaciones de organismos internacionales, como la CEPAL, la FAO, la OIT y la OPS, porque, además de ser igual o más confiables que las ofrecidas por las fuentes nacionales oficiales, suelen tener la virtud de ser directamente comparables, lo que no sucede con las publicadas por las mencionadas fuentes oficiales sobre cuestiones económicas. A pesar de ello, con alguna frecuencia los datos requeridos por la presente investigación tuvieron que ser calculados por su autor, por no haberse elaborado con anterioridad.

El principal problema teórico al que se enfrenta este trabajo es el de cómo caracterizar y definir la evolución socioeconómica de América Central en las últimas décadas. Esta tarea remite necesariamente a la discusión acerca de la validez de algunos de los postulados fundamentales sobre los que descansan las llamadas teorías (el término de Lakatos de "programas de investigación científica" me parece más acertado al respecto) del desarrollo. La teoría de la modernización, el estructuralismo cepalino y la

teoría de la dependencia en su versión marxista, han sido los enfoques teóricos elegidos, por ser los que han tenido mayor eco, para polemizar en este sentido. Estos comentarios teóricos presentan, por tanto, dos vertientes: valoración de las teorías mencionadas y propuesta personal.

A continuación se critican cuatro postulados comunes a las tres teorías mencionadas, para después discutir algunos aspectos particulares de cada una de ellas. El primero de dichos postulados sostiene que el destino inexorable de las que llamaremos "sociedades heterogéneas" (las comúnmente denominadas "en vías de desarrollo") es convertirse en otro tipo de sociedad, más o menos idéntico a uno de los dos modelos ya existentes, los cuales son considerados, por tanto, como los únicos posibles en el futuro mediato: el capitalismo desarrollado y el socialismo autoritario. El impresionante consenso que ha respaldado este axioma no resulta extraño, pues es reflejo claro de uno de los elementos principales del horizonte cultural en el que está inmerso el Occidente desde hace varios siglos: la visión unilineal de la historia. De este postulado fundamental, se derivan los tres siguientes. Por un lado, se considera imposible el establecimiento duradero de cualquier tipo de sociedad distinto al que cada una de las teorías mencionadas determina como único posible. Esto constituye una clara manifestación del poder de castración que tales perspectivas han ejercido sobre la imaginación humana en las últimas centurias. Todo atisbo de plantear un destino distinto ha sido considerado como el fruto de un cerebro distorsionado o ignorante, el cual todavía no

habría logrado comprender el camino ineluctable y único de la Historia (con mayúscula). Todo planteamiento alternativo, por desgracia no muy frecuentes, era automáticamente descalificado bajo el término de "tercera vía", la cual, por otra parte, solía proponer un destino muy similar al de las visiones hegemónicas. Dentro de este panorama, quienes se atrevieran a imaginar, como es el caso del autor, no sólo una tercera vía sino muchos caminos alternativos eran tenidos por locos sin remedio. Por otro lado, las sociedades distintas a las consideradas como modelos paradigmáticos a seguir eran percibidas, lógicamente, como sociedades en transición, no comprensibles y valiosas en sí mismas, sino a partir de su destino, ya imperante en otros lugares del planeta. Por último, se tenía una percepción negativa de cualquier manifestación social distinta a la postulada como deseable, tanto en su versión más apegada al pasado como con respecto a aquellos aspectos "no modernos" creados por el propio desarrollo, pues eran expresiones humanas que irremediablemente desaparecerían en un futuro más o menos próximo.

Por supuesto, estos postulados comunes se manifestaban de maneras diferentes en las teorías mencionadas. El destino propuesto por la teoría de la modernización y el estructuralismo cepalino ha sido la sociedad de libre mercado, con una mayor o menor injerencia del Estado, mientras que la teoría de la dependencia ha postulado el socialismo estatista. Las interpretaciones acerca de la naturaleza de la transición en la que se veían envueltas las sociedades heterogéneas, así como la propia definición de las mismas, exhibían también diferencias

importantes. Para la teoría de la modernización y el estructuralismo cepalino, dicha transición se producía a lo largo de un proceso paulatino de sustitución de lo no moderno por lo moderno. Por eso, a tales sociedades las han calificado como "en vías de desarrollo", "en desarrollo" o "menos desarrolladas", en clara alusión siempre a su mayor o menor proximidad con respecto a lo definido como desarrollo. En general, el marxismo ha definido a estas sociedades con otros términos, según el modo de producción en ellas imperante. Pero de acuerdo con su terminología la mayoría de las sociedades en la actualidad serían capitalistas o socialistas. Para esta corriente de pensamiento, como para las dos anteriores, establecer el grado de desarrollo del capitalismo en un momento y espacio determinados también ha resultado una cuestión fundamental, pues de él se ha hecho depender el advenimiento de la etapa ulterior: el socialismo. Desde el mismo surgimiento de esta corriente, han convivido en ella dos perspectivas: una pensaba que la implantación total del capitalismo era necesaria para poder acceder al socialismo, por lo que ha coincidido con la teoría de la modernización y el estructuralismo cepalino en cuál debía de ser el destino mediato de las sociedades heterogéneas; la otra consideraba que dicha implantación no era necesaria o incluso que era imposible, como es el caso de la teoría de la dependencia de orientación marxista y revolucionaria. En general, esta segunda perspectiva, que pensaba se podía transitar al socialismo sin necesidad de pasar por el capitalismo desarrollado, era más propensa a la prédica revolucionaria, pues incluso la evolución socioeconómica de las

sociedades heterogéneas era vista con frecuencia como el agravamiento constante de los problemas, lo cual no podía sino tener un desenlace: la revolución que inaugurase la etapa socialista. Con todo, los términos empleados en general por los marxistas para definir a las sociedades heterogéneas actuales, como capitalismo y dependencia, se fincan de manera más clara en características detectables en la propia dinámica de tales sociedades que los empleados por las teorías de la modernización y la CEPAL, los cuales aluden, como se anotó, a su supuesto destino.

Con respecto a la teoría de la modernización, la percepción dual de la realidad humana planetaria me parece que adolece de serios problemas teóricos, al margen del que significa postular al capitalismo desarrollado como destino universal. El primero es el de calificar con el mismo adjetivo, el de "tradicional", a todos los aspectos sociales no modernos. No niego que la utilización de tal definición resulte cómoda para referirse a lo no moderno, pues dentro de lo tradicional quedan englobadas todas aquellas situaciones distintas a lo definido como moderno. El problema es que, en esta división dual, lo tradicional incluye situaciones demasiado diversas, como sucedería con cualquier división similar (por ejemplo, si se dividiese a la humanidad en sociedades de castas y sociedades sin castas, éstas últimas abarcarían tipos de sociedades tan diversos que sería sumamente discutible la pertinencia de englobarlos dentro de un sólo tipo). Por un lado, lo tradicional incluye, sin las debidas distinciones, los tipos de sociedad que se han sucedido a lo

largo de siglos, los cuales son, obviamente, muy diferentes entre sí. Por otro, y en relación a las sociedades heterogéneas actuales, no se establecen las distinciones oportunas entre diversas manifestaciones no modernas, como por ejemplo las que podrían ser calificadas más propiamente como tradicionales (prefiero utilizar el plural porque normalmente no hay una sola manifestación en este sentido) por hundir sus raíces en el pasado y los aspectos no modernos creados por la propia modernidad, como por ejemplo ciertas manifestaciones del sector informal urbano. En definitiva, este término de "tradicional" sólo tiene sentido si todo lo que abarca es considerado como negativo y transitorio, como meros obstáculos que deben ser superados con el advenimiento de la modernidad, pues las características de la tradición se definen esencialmente como negativas; es decir, como la ausencia de las características positivas, que son las que conforman la sociedad moderna. Sin la creencia en el destino universal de la modernidad, la categoría de tradicional no tiene ningún sentido más allá del que se pueda derivar para la comodidad de la redacción en un momento dado.

En cuanto a los planteamientos de la CEPAL, quiero discutir los calificativos de "concentrador" y "excluyente" en relación al desarrollo socioeconómico de las últimas décadas en Iberoamérica. Sobre el primer calificativo no tendría mayores reparos. Sin embargo, sólo estoy de acuerdo parcialmente con la aplicación del término "excluyente" a dichas sociedades, pues no sólo implica negación sino también rechazo. Tal calificativo me parece adecuado en el sentido de que el sector formal de las

sociedades heterogéneas es reducido y con pocas posibilidades de expansión intensa; es decir, de incorporar a una parte sustantiva de los grupos sociales no integrados en él. Desde esta perspectiva, las sociedades heterogéneas pueden considerarse, en efecto, como excluyentes, pues niegan la posibilidad de ingreso en el sector formal a numerosos contingentes sociales. Si no estoy de acuerdo totalmente con la utilización de dicho adjetivo, es porque presupone que esa posibilidad negada de ingreso al sector formal implica necesariamente un rechazo, lo cual implica a su vez que dicha posibilidad es deseada por todos aquellos no integrados en él. Y es en este punto donde aparece mi discrepancia, pues me parece una manifestación clara de uno de los postulados criticados: se considera que el destino propuesto, único e ineludible, es tan indiscutiblemente positivo para todos que no se contempla siquiera la posibilidad de que alguien lo pueda rechazar. Por supuesto, admito que ciertas personas, incluso muy numerosas, no integradas en el sector formal quieran hacerlo, pero también contemplo la posibilidad de que otras personas no deseen tal integración. Si se reconoce la existencia de estas personas, se debe admitir que no podrían ser consideradas como rechazadas en sentido estricto, al margen de que tengan o no las posibilidades reales para llevar a cabo tal integración.

En relación a la llamada teoría de la dependencia, me parece especialmente inadecuada la percepción sostenida por algunos de sus representantes en el sentido de que las situaciones de subdesarrollo, como las imperantes en toda Iberoamérica, impiden

el surgimiento y la expansión de procesos de desarrollo. De acuerdo con esta visión, el subdesarrollo sería una situación relativamente uniforme, dentro de la cual no se podrían distinguir dinámicas modernizadoras ni distintos niveles de desarrollo. Los resultados de la presente investigación son opuestos a tal presunción, al poner de relieve diferencias importantes en los niveles de desarrollo socioeconómico de los países centroamericanos, así como significativos procesos de modernización en todos ellos, incluso en aquellos cuyo crecimiento económico fue menor.

No quiero terminar estos comentarios críticos acerca de tales teorías del desarrollo sin anotar que todas ellas han tenido defensores, e incluso impulsores, en las sociedades heterogéneas. El hecho es grave, pues puede resultar más o menos comprensible, por el frecuente etnocentrismo, que los intelectuales de países desarrollados, enamorados de lo propio, pretendan que sus sociedades deben servir de ejemplo para el resto del Planeta. Pero no resulta tan razonable que los intelectuales formados en otro tipo de sociedades deseen compartir esos modelos ajenos. Esta percepción implica una clara minusvaloración de lo propio, tanto en sus manifestaciones que más típicamente podrían definirse como tradicionales, las primeras que convivieron con lo usualmente considerado como prototipo de lo moderno, con raíces indígenas, negras o hispánicas, como en sus formas inesperadas y no deseadas producidas por el propio impacto de la modernidad. En Iberoamérica esta minusvaloración de lo propio ha tenido en los

últimos siglos expresiones en las cuales se han conjugado la inocencia con la monstruosidad, como la pretensión de los liberales decimonónicos de emanciparse mentalmente. En las últimas décadas, los seguidores iberoamericanos de las mencionadas teorías del desarrollo no se han distinguido por su confianza en la capacidad creadora de sus propias sociedades, pues en general han sostenido que sus integrantes sólo podrían elegir en realidad entre dos opciones: aferrarse a lo propio y obstaculizar el progreso o impulsarlo imitando lo ajeno.

A pesar de las discrepancias manifestadas con respecto a las teorías de desarrollo con más influencia en las últimas décadas, mis planteamientos son deudores de ellas de varias maneras. Por un lado, todo planteamiento teórico, por alejado que esté de la perspectiva personal, ayuda a precisar y concretar las ideas propias. Por otro, tengo una deuda intelectual difícil de minusvalorar con la CEPAL, pues de sus textos he tomado gran parte de los elementos estadísticos, metodológicos y teóricos incluidos en la presente investigación. Al respecto, considero ineludible la referencia a los escritos cepalinos en cualquier trabajo socioeconómico sobre la Iberoamérica de las últimas décadas. Pero mis planteamientos también son deudores de las ideas de ciertos críticos radicales al desarrollo, como los que se expresaron en el suplemento Opciones, dirigido por Gustavo Esteva.

En efecto, mi percepción acerca de cómo se debe caracterizar la realidad socioeconómica de las últimas décadas tanto en Iberoamérica como en Centroamérica, es muy similar a la sostenida

por distintas teorías del desarrollo, las cuales destacan aspectos tales como las profundas diferencias socioeconómicas y la dependencia externa. De todas las características aplicables a esta realidad en el ámbito socioeconómico, la que me parece más determinante es la de la heterogeneidad, por lo que propongo definir a las sociedades iberoamericanas, en su aspecto socioeconómico, como sociedades heterogéneas. La heterogeneidad vendría dada por la convivencia de múltiples aspectos diferentes, los cuales podrían agruparse en tres conjuntos de situaciones: la tradicional, muy enraizada en los comportamientos propios de épocas no industriales y refugiada principalmente en el campo; la moderna, similar a la existente en los países llamados desarrollados; y la "informal", integrada por aquellos aspectos provocados por el desarrollo, pero que no pueden considerarse como modernos. Por tanto, de estos tres conjuntos, uno sería moderno y los otros dos, el tradicional y el informal, no lo serían.

Si esta definición se emplea sólo con respecto a los aspectos socioeconómicos, creo que es válida no sólo para Iberoamérica sino también para todos los países del mundo que son considerados como no plenamente desarrollados, pues en todos ellos, a diferencia de las sociedades modernas, estaría más o menos ampliamente representada la heterogeneidad en sus tres aspectos mencionados. Sin embargo, resulta evidente que dentro de las sociedades heterogéneas, las cuales integran a la gran mayoría de la humanidad, existen diferencias notables en diversos ámbitos que aconsejan su subdivisión. En el propio nivel

socioeconómico, la subdivisión podría establecerse de acuerdo con la mayor o menor presencia relativa de los tres elementos constitutivos de las sociedades heterogéneas: el tradicional, el informal y el moderno. Para ello, pueden resultar útiles las divisiones usuales con respecto al nivel de desarrollo nacional, pues reflejan la mayor o menor presencia de los aspectos modernos y, como contrapartida, la de los no modernos. Pero la diversidad de las sociedades heterogéneas se pone de manifiesto en una medida mucho mayor si se toman en cuenta sus rasgos culturales. En este sentido Iberoamérica sería una de las regiones culturales en las que se podría dividir la sociedad heterogénea planetaria. Sin embargo, es interesante señalar que no existe una clara correspondencia entre las divisiones mundiales que se establezcan a nivel socioeconómico con las realizadas a nivel cultural. Por un lado, no todas las sociedades desarrolladas pertenecen a la misma civilización, aunque la mayoría son occidentales, y las sociedades heterogéneas se manifiestan a través de patrones culturales de una enorme diversidad. Por otro, las civilizaciones o regiones culturales tampoco se caracterizan por ser uniformes en lo sociocultural. Por ejemplo, en la civilización occidental se integran sociedades desarrolladas, sociedades heterogéneas con predominio moderno y sociedades heterogéneas fundamentalmente no modernas.

El hecho de preferir el término de "sociedades heterogéneas" a aquellos otros empleados usualmente pretende poner de manifiesto dos cuestiones íntimamente vinculadas. Por un lado, supone un esfuerzo por definir a estas sociedades de acuerdo con

sus características actuales, no por las que se supone tendrán en el futuro. Por otro, significa una distinta percepción de tal futuro. En efecto: esta definición lleva consigo la suposición de que la heterogeneidad que caracteriza a estas sociedades no desaparecerá en un futuro previsible. Aunque algunas de las sociedades heterogéneas ostentan altos niveles en aspectos comúnmente vinculados con el desarrollo --como en la educación, la salud y el nivel de urbanización--, la inmensa mayoría de ellas no parece que se encuentren en vías de acceder al desarrollo en un futuro previsible, como lo indican sus enormes porcentajes de población que se mantienen con ingresos obtenidos en los sectores económicos no modernos. Además no se debe descartar la eventualidad de cambios inesperados; es decir, que algunas de las sociedades heterogéneas, transiten hacia otros tipos de sociedad todavía inéditos (por supuesto esta posibilidad afecta también a las sociedades desarrolladas). Estas reflexiones no niegan la posibilidad de que algunas sociedades heterogéneas se conviertan en desarrolladas, pero sí implica la percepción de que la mayoría de ellas no lo hará en un futuro previsible y que sus posibles transformaciones profundas no necesariamente las conducirán al llamado desarrollo. Por tanto, esta percepción acerca del futuro de las sociedades heterogéneas se distancia claramente de todas aquellas que pretenden determinar sus destinos de manera unívoca. Según la visión propuesta, a las sociedades no se les adjudica un futuro común e ineludible: pueden no sufrir grandes alteraciones, sumarse a modelos de sociedades definidos como desarrollados o fundar nuevos tipos de

sociedades. Por otra parte, quizás no sea ocioso señalar que el posible acceso de la totalidad de la humanidad a los patrones socioeconómicos tenidos por modernos (posibilidad que como afirmé no me parece demasiado creíble) no implicaría necesariamente la uniformidad en otros aspectos fundamentales de lo humano, como la cultura. La difusión tecnológica en el Neolítico no se tradujo en uniformidad cultural y la diversidad de las sociedades desarrolladas de libre mercado es mucho mayor de lo que comúnmente se afirma.

Quizás haya quienes, encandilados todavía por el llamado desarrollo, piensen que una definición de este tipo significa una valoración negativa y hasta denigratoria de las sociedades heterogéneas, porque pone en duda sus capacidades para acceder al paraíso desarrollado. En realidad, como ya se señaló, esta definición no niega tal posibilidad. Y además es mucho más respetuosa con las manifestaciones no modernas de las sociedades heterogéneas, a las que no se les niega la posibilidad de su perpetuación precisamente porque se las percibe tan valiosas como las propias del desarrollo, que las visiones unilineales de la historia, las cuales sí las conciben de manera negativa, al interpretarlas como pervivencias indeseables de un pasado obsoleto o como obstáculos al desarrollo. Mi visión no debe ser tampoco tildada de pesimista, pues afirmar la posible permanencia de las expresiones no modernas, en principio, es considerado en ella como algo positivo, en tanto que contribuirá a mantener una de las características más portentosas de la humanidad: su diversidad. Por el contrario, las visiones unilineales de la

historia que se pretenden optimistas porque aseguran que las sociedades heterogéneas son "capaces" de convertirse en desarrolladas, en realidad están apostando por la desaparición de sus sectores no modernos, dentro de los cuales no resulta muy lógico suponer que tal "optimismo" sea compartido por las personas enamoradas de lo propio. En realidad el optimismo de estas visiones se manifiesta sólo con respecto a la capacidad de expansión de lo moderno, lo único positivo en definitiva para ellas, en las sociedades heterogéneas, pues el futuro que imaginan para lo no moderno, su desaparición, no parece que pueda ser tenido por especialmente optimista por quienes se empeñan en su perpetuación.

Por supuesto, admito que mis argumentos para sostener tales afirmaciones no son muy firmes, pero tampoco lo son los esgrimidos por quienes postulan visiones unilineales de la historia. El hecho de que en la inmensa mayoría de las sociedades heterogéneas el sector formal presente una capacidad de expansión tan reducida en la actualidad y que no existan proyectos concretos y realistas para que esta situación cambie, no parece constituir una base sólida para prever su próximo acceso al desarrollo. Tampoco parece muy descabellado imaginar la posibilidad de transformaciones profundas en las sociedades desarrolladas y en las heterogéneas como consecuencia de los profundos trastornos ecológicos que la propia humanidad está causando.

No me caben demasiadas dudas en el sentido de que todos los proyectos y teorías del desarrollo coinciden en su objetivo más

general: mejorar las sociedades. Respaldo completamente esta aspiración, pues considero que todas las sociedades son perfectibles. Pero las discrepancias surgen enseguida, al proponer los caminos para conseguir tan laudable propósito. El problema radica en qué se entiende por mejorar y quién lo decide. En las respuestas a estas dos interrogantes ha privado el dogmatismo y el autoritarismo. Se ha pensado que sólo había una forma de mejorar: transitar hacia la modernidad en cualquiera de sus dos vertientes, socialista o capitalista. Para decidir esto, se han considerado inoperantes en general las consultas a los afectados, pues se suponía desconocían los supuestos teóricos considerados de validez universal, que eran en realidad los que dictaban el camino a seguir. El autoritarismo con el que se imponían dichos modelos era la consecuencia inevitable, no un error subsanable con flexibilidad o buena voluntad, de tales posiciones dogmáticas. Sin embargo, es posible un planteamiento distinto, en el cual se admitan diversas posibilidades de mejora determinadas por las diferentes comunidades, convirtiéndose éstas así en verdaderas protagonistas de su propio devenir. Por supuesto, éste planteamiento implica una nueva relación entre el Estado y la sociedad civil, así como profundos cambios en las políticas gubernamentales de todo tipo. Se trata de permitir y apoyar las mejoras deseadas por las distintas comunidades integrantes de cada nación, al margen de que dichas mejoras potencien situaciones modernas o no modernas, pues tanto en unas como en otras pueden observarse aspectos positivos a profundizar y aspectos indeseables a erradicar. En este sentido, el hecho de

suponer que los sectores no modernos puedan subsistir durante largo tiempo permite ver con mayor claridad la urgencia de emprender acciones para perfeccionar sus condiciones de vida. Si se pretende que dichos sectores desaparecerán al integrarse al sector formal, no se tendrán argumentos poderosos para dedicarles los recursos necesarios para su mejora. Si por el contrario se admite su permanencia, se tendrá que evaluar con sumo cuidado los destinos de los siempre escasos recursos disponibles, pues en muchos casos es previsible que sean más efectivos para un mayor número de personas si se adjudican a los sectores no modernos (apoyar los sectores no modernos suele ser más barato que hacerlo con el sector formal).

Otro tema importante involucrado en estos planteamientos es el de la posibilidad de una convivencia armónica entre lo no moderno y lo moderno. Los procesos más influyentes en la historia contemporánea muestran en general una tendencia sumamente conflictiva entre ambos tipos de sociedad, pues las fuerzas más poderosas, en general las modernizadoras, tanto en su versión liberal como marxista, pretendieron la supresión de las fuerzas distintas de manera coactiva y violenta. Sin embargo, en todas las sociedades donde triunfó la modernización se percibe, de una manera u otra, una cierta síntesis entre tradición y modernidad. Esto demuestra que la pretensión de que lo no moderno y lo moderno son antagónicos per se no es cierta. En todo caso sería cuestión de discutir qué aspectos de lo no moderno son incompatibles con aspectos concretos de lo moderno. De hecho, existen ejemplos históricos suficientes para afirmar que es

posible una convivencia armónica entre ambos elementos, con la condición, como es lógico, de que ninguno de ellos quiera erradicar al contrario.

Las reflexiones anteriores involucran directamente a las formas como ha sido percibido el desarrollo socioeconómico de América Central en la segunda mitad del siglo XX. Los autores que se han ocupado de este asunto discrepan en relación a la profundidad de las transformaciones producidas al respecto, la valoración de las mismas, cuáles fueron las fuerzas que las impulsaron y el futuro deseado. Por ejemplo, las ideologías revolucionarias tendieron a resaltar más la permanencia que los cambios, a valorar a estos de manera negativa, a privilegiar la influencia del capital transnacional y a postular la conveniencia de instaurar regímenes socialistas autoritarios. Por su parte, la CEPAL hizo énfasis en la profundidad y bondad de las transformaciones ocurridas, en la importancia de las burguesías y los Estados nacionales y en la posibilidad de acceder al desarrollo.

A pesar de las discusiones teóricas contenidas en las páginas precedentes, el presente trabajo no se diferenciaría en lo fundamental de otro que, con este mismo objetivo, pudiera realizarse bajo orientaciones teóricas distintas, como por ejemplo bajo aquélla que subyace al amplio proyecto iniciado por la CEPAL hace ya varias décadas. Esto no debería resultar extraño, pues el objetivo de este trabajo, consistente en establecer las distintas dinámicas y niveles de desarrollo socioeconómico nacional en Centroamérica durante las últimas

cuatro décadas, responde a preocupaciones comunes a diferentes enfoques teóricos y propicia el empleo de temas, métodos y lenguajes similares, al margen de que tales enfoques mantengan profundas discrepancias acerca de algunos asuntos fundamentales. Por ello, en la presente investigación, aunque sea con una connotación teórica diferente, se siguen empleando los términos de "desarrollo" y "modernización" en los dos sentidos usuales. Por un lado, para identificar ciertas transformaciones socioeconómicas, vinculadas comúnmente con la expansión del Occidente. Por otro, para establecer los distintos niveles alcanzados por las naciones centroamericanas en relación a los aspectos económicos y sociales tratados. Sin embargo, tampoco debe desdeñarse el hecho de que tales procesos y niveles de desarrollo, de acuerdo con lo planteado antes, puedan recibir diferentes interpretaciones. Para algunas orientaciones teóricas, indicarán el camino recorrido, y por tanto el que falta por recorrer, para acceder a la situación que se propone como destino ineluctable, así como las cotas alcanzadas en el devenir de esa historia preestablecida. Para las ideas aquí defendidas, mostrarán simplemente los avances obtenidos por uno de los componentes de las sociedades heterogéneas estudiadas.

El cuerpo principal del trabajo se ha dividido en dos partes, economía y sociedad, cada una de las cuales se reparte en tres capítulos. En la parte que estudia los aspectos económicos, el primer capítulo trata acerca de la evolución y los niveles alcanzados por las economías centroamericanas consideradas de

manera global. El segundo capítulo estudia el crecimiento y la modernización de los sectores primario, secundario y terciario; y el tercero, dedicado al sector externo, lo relativo al crecimiento y diversificación de las exportaciones, así como los desequilibrios del balance comercial y el problema de la deuda externa en la etapa de crisis. La segunda parte se refiere a la dimensión social del desarrollo. Los problemas abordados en esta parte no han sido examinados sólo a nivel regional y nacional, pues se consideró necesario también poner de manifiesto, en la medida de lo posible, cómo dichos problemas afectan de manera diversa a los distintos sectores en los que puede dividirse la sociedad de cada país. Su primer capítulo aborda los dos problemas fundamentales de la demografía: el tamaño y la distribución de la población. El segundo se refiere a la estructura social, tanto en su vertiente ocupacional como en lo relativo al ingreso. El último capítulo de esta segunda parte estudia los llamados servicios sociales, en especial la educación, la salud y la vivienda. En la conclusión del trabajo, además de resaltar los aspectos más sobresalientes de la evolución socioeconómica de América Central, se propone una tipología de los países de esta región, de acuerdo con sus niveles de desarrollo socioeconómico al final del periodo estudiado.

I. ECONOMIA

1. Evolución y niveles de ingreso

El objetivo principal de este capítulo es analizar la evolución global de las economías centroamericanas en la segunda mitad del siglo XX, así como establecer sus respectivos niveles de desarrollo en tres momentos de especial significación: 1950, el comienzo del periodo estudiado, en torno a 1980, el final de la fase de auge, y alrededor de 1990, cuando se comienza a vislumbrar la superación de la crisis de los ochenta en la mayor parte de Iberoamérica¹. Para valorar adecuadamente la magnitud de ambas cuestiones --la evolución global de las economías centroamericanas y los niveles de desarrollo alcanzados por ellas-- se relaciona el comportamiento de las naciones de América Central con el de otras áreas del Planeta. En este sentido, por un lado, se analizan dichos asuntos dentro del contexto iberoamericano; es decir, el ámbito histórico-cultural al que pertenecen todos los países istmeños, con la excepción de Belice. Por otro, se establecen las comparaciones oportunas con otras regiones y países del mundo.

En todas las entidades contempladas, el grado de desarrollo económico se ha establecido a partir de tres indicadores: producto interno bruto por habitante (PIB), producto nacional

¹ Por no disponer de las estadísticas adecuadas al respecto, en este capítulo no se examina de manera sistemática lo relativo a dos de las 20 entidades políticas iberoamericanas: Cuba y Puerto Rico; al margen de que son los dos países de la región con procesos más sui generis desde hace décadas.

bruto por habitante (PNB), de valor similar al anterior, y producto interno bruto real por habitante, el cual ha cobrado una importancia progresiva desde su reciente aparición, pues se supone es un indicador más fidedigno para medir la riqueza de las naciones que los tradicionales PIB y PNB². Con respecto a Iberoamérica, el PIB, que es el más frecuentemente utilizado en este capítulo y al que se alude cuando se habla de ingreso o ingreso por habitante sin mayores especificaciones, es expresado siempre en dólares a precios de 1980, para poder establecer las comparaciones pertinentes entre sus valores de 1950, 1970, 1980 y 1989. El PNB y el PIB real por habitante sólo se utilizan al final de la parte de este capítulo dedicada a su síntesis, con el objetivo de aquilatar de manera más precisa la magnitud actual del ingreso de Iberoamérica a nivel mundial. Por último, y con esta misma pretensión, se ha introducido otro indicador de todavía más reciente creación: el índice de desarrollo humano (IDH), el cual fue instituido por el PNUD al comenzar los noventa. A diferencia de los otros indicadores manejados en este capítulo, los cuales se refieren exclusivamente a la situación económica, el IDH conjuga este aspecto --a través del PIB real per cápita-- con otros relativos a la salud --la esperanza de vida al nacer-- y la educación --tasa de analfabetismo de adultos y mediana de años de escolarización--, con la intención de reflejar el desarrollo socioeconómico global. El crecimiento

² En las ocasiones en las que este texto se refiere al PIB o al PNB total, se especifica con claridad. Cuando esto no sucede, se sobrentiende que con tales indicadores se alude en realidad a sus manifestaciones por habitante.

económico de los países iberoamericanos se estableció en lo fundamental a través de tres indicadores: la tasa anual media de crecimiento del producto interno bruto por habitante, que permite confrontar el dinamismo de estas naciones con el de otras entidades planetarias, así como la variación acumulada y el índice de crecimiento del mismo producto por habitante, los cuales ayudan a captar de una forma más inmediata el resultado global de dicho crecimiento en los periodos analizados.

Aunque se intentó incluir en este capítulo el análisis de otros indicadores cuyos niveles suelen vincularse con el del desarrollo económico global, como la participación de la agricultura y la industria en el producto interno bruto total, se optó por integrarlo en otras partes de la presente investigación por dos razones principales. Por un lado, se constató que analizar simultáneamente el comportamiento de variables dispares durante tan largo periodo y en un ámbito tan amplio, sólo podía tener como consecuencia el dificultar la comprensión fluida del presente capítulo. Por otro, se verificó que las magnitudes de las participaciones de la agricultura y la industria en el producto interno bruto total no se relacionaban claramente en el ámbito iberoamericano con los grados de desarrollo económico alcanzados a nivel nacional. Por ejemplo, en 1990 la participación de la industria en el producto interno bruto total de Nicaragua, uno de los países iberoamericanos más pobres, era similar a la existente en Venezuela, Chile o Argentina, las naciones iberoamericanas más ricas en esa fecha, y superior a la de Costa Rica, cuyo nivel de desarrollo es

notablemente más elevado que el de su vecino centroamericano (CEPAL, Anuario... 1991: 90). Otro ejemplo: la participación del sector primario en la generación del producto interno bruto total de 1980 era casi idéntica en Perú y Uruguay, a pesar de sus muy diferentes niveles de desarrollo económico (CEPAL, Anuario... 1990: 77).

De acuerdo con la magnitud de sus PIB por habitante, se aglutina a los países iberoamericanos en tres grupos: el primero, integrado por los países "ricos" del área, cuyo nivel de ingreso es considerado como alto dentro del contexto regional; el segundo, con un nivel de ingreso intermedio; y el tercero, compuesto por los países "pobres" de la región y caracterizado por su bajo nivel de ingreso. Esta división tripartita se considera pertinente en relación a cualquiera de los tres momentos en los que se estudia la estructura del ingreso en Iberoamérica: 1950, 1980 y 1989; aunque el número de naciones que integra cada uno de tales grupos varía de una a otra fecha. Sin desconocer que en cualquier propuesta de este tipo existe una cierta dosis de arbitrariedad, la delimitación de estos grupos se preocupa por dar respuesta a dos problemas: la homogeneidad al interior de cada uno y la distinción entre ellos. La homogeneidad de los países integrados en el mismo grupo se refleja en el hecho de que el producto por habitante del país más rico de un grupo nunca alcanza a duplicar el del país más pobre del grupo en cuestión. La distinción entre los tres grupos se intentó que fuera lo más clara posible; es decir, que la diferencia entre el ingreso por habitante del país más pobre de

un grupo y el del país más rico del grupo inmediatamente inferior tuviera cierta significación. En ocasiones, esta diferencia excede el 30%, pero en otras se sitúa en torno al 15%. Como es lógico, los que sí se encuentran nítidamente separados son los grupos primero y tercero, pues el ingreso por habitante del país más pobre del primero siempre llega a duplicar al del país más rico del tercero (cuadro I.1).

Con la finalidad de ubicar la situación actual de los países iberoamericanos en el contexto mundial con mayor exactitud, al final de la parte de este capítulo donde se indican su síntesis y conclusiones, la cual comienza en seguida, se ha elaborado, a partir de los valores del PNB y del PIB real por habitante, una tipología que divide a las naciones del planeta en cinco grupos, tres de los cuales engloban a la totalidad de los países iberoamericanos. Dado que estos tres grupos son sucesivos --es decir, no existe ninguno que se intercale entre ellos--, se puede establecer sin dificultad la correlación entre esta clasificación y la tripartita mencionada antes. Por último, se rescata la división mundial, también tripartita, establecida por el PNUD con respecto al valor del IDH.

Antes de señalar cuáles eran los niveles de ingreso en 1950, 1980 y 1989, de indicar cómo evolucionaron en las fases comprendidas entre tales fechas y de comparar la crisis centroamericana de los ochenta con la de los treinta, se presenta, a manera de síntesis, un balance global de la evolución del ingreso iberoamericano por habitante entre 1950 y 1989. Del

balance de estas cuatro décadas se deducen las seis conclusiones fundamentales del presente capítulo. La primera se refiere a la existencia de dos etapas al interior de dicho periodo en relación a la evolución del dinamismo económico, las dos siguientes a las diferencias perceptibles al interior de Iberoamérica, otras dos a las disparidades entre los países centroamericanos y la sexta a la evolución de la posición relativa de Iberoamérica en el contexto mundial. En primer lugar, se considera pertinente dividir la historia económica de estos 40 años en dos periodos: el primero, que se caracteriza por un crecimiento notable, se prolonga a lo largo de las tres primeras décadas, entre 1950 y 1980 aproximadamente; y el segundo comprende la llamada "década perdida" de los ochenta. En segundo lugar, se establece la pertinencia ya mencionada de aglutinar a los países iberoamericanos en tres grupos de acuerdo con sus distintos niveles de ingreso por habitante. En tercer lugar, se demuestra que las diferencias entre tales niveles de ingreso han tendido a reducirse en la mayor parte de los casos nacionales contemplados, al acortarse las distancias entre las doce naciones que integran los grupos primero y segundo al final del periodo estudiado; aunque esta tendencia a la homogeneización ha convivido con otra en sentido contrario, puesto que el progresivo rezago de los países más pobres de la región ha determinado un cierto incremento de su polarización. En cuarto y quinto lugar, se defiende la utilidad de dividir a los países centroamericanos en grupos diferentes, también de acuerdo con sus niveles de ingreso por habitante, y se comprueba que las evoluciones de

tales ingresos han provocado una creciente polarización en el Istmo. Por último, se destaca el deterioro de la posición relativa de Iberoamérica a nivel mundial.

A lo largo de estos 40 años, las relaciones existentes entre los distintos niveles nacionales de desarrollo económico en Iberoamérica, se han transformado en dos direcciones principales y sólo en apariencia paradójicas. Por un lado, se produjo una tendencia hacia una mayor homogeneidad, debido a que se amplió el grupo intermedio y se acortó la brecha existente entre los países más ricos de la región y un apreciable número de naciones iberoamericanas. Por otro, se percibe un cierto incremento, aunque leve, de la polarización al interior de la región, pues algunos de sus países más pobres, al ostentar muy bajos índices de crecimiento, se distanciaron del promedio de Iberoamérica y de la mayoría de las naciones integrantes de esta región. En efecto: en 1950 los niveles iberoamericanos de ingreso se caracterizaban porque la casi totalidad de las naciones de la región se podían englobar en dos grupos claramente distanciados entre sí: un grupo reducido de países ricos y otro numeroso de países pobres. En 1989 la situación era distinta. Los grupos primero y segundo se habían ampliado, al tiempo que disminuía la distancia entre ambos, pero la disparidad de los países más pobres con el resto de la región se había agudizado. Es decir, los países con alto nivel de ingreso eran más y se encontraban menos distanciados de la mayoría de la región, en tanto que los países pobres eran menos, pero más pobres en términos relativos. La causa de estos cambios radicó en el desigual ritmo de

crecimiento económico, pues éste fue más intenso en los dos países que en 1950 ocupaban el grupo intermedio y en seis con bajo nivel de ingreso en esa misma fecha, contribuyendo así a la mencionada tendencia homogeneizadora hacia arriba, al tiempo que la dinámica económica fue relativamente escasa en los países más ricos al comienzo del periodo, con lo que contribuyeron a la misma tendencia al ver disminuir su favorable ubicación relativa, y sobre todo en algunos otros de los países pobres, que fueron los que determinaron la tendencia contraria a la polarización por quedar cada vez más rezagados.

El empobrecimiento relativo de los países más ricos -- Argentina en 1950 y Venezuela en 1980 y 1989-- no se percibe tanto en la relación de su ingreso por habitante con el promedio regional, pues lo duplicaron de manera más o menos constante a lo largo de todo el periodo, como en relación con otros países iberoamericanos. El producto por habitante de Argentina en 1950 duplicaba al de 13 naciones y triplicaba a nueve de ellas, pero en 1989 el de Venezuela sólo duplicaba a nueve y triplicaba a seis de ellas. Por el contrario, el ingreso per cápita de las naciones más pobres se fue distanciando progresivamente de un número cada vez mayor de países del área y por tanto de su promedio, pero este alejamiento fue menos acusado con respecto a los más ricos, por lo que la polarización global del ingreso de la región no se incrementó de manera notoria. El promedio iberoamericano no alcanzaba a duplicar en 1950 a ningún país de la región, en 1980 duplicaba a los cinco países catalogados como pobres en esta fecha y a uno de ellos lo triplicaba, en 1989

duplicaba a las seis naciones catalogadas como pobres al final de los ochenta, triplicando a dos de ellas y cuadruplicando a una. Dicho distanciamiento se pone también de manifiesto al constatar que los productos por habitante de los cuatro países más pobres de la región eran duplicados en 1950 por sólo otros cuatro países, en 1980 por siete y en 1989 por nueve. De manera similar, el ingreso por habitante de estos cuatro países más pobres era triplicado por otros cuatro en 1950, y por seis en 1980 y 1989. Por su parte, el producto por habitante de los dos países más pobres de la región en 1950 --Honduras y Nicaragua-- sólo era duplicado por cinco países, de los que cuatro lo triplicaban y ninguno alcanzaba a cuadruplicarlo, pero en 1989 el de Nicaragua era duplicado por 12 naciones (de las que ocho lo triplicaban, seis lo cuadruplicaban y dos lo quintuplicaban), y los de Honduras y Bolivia eran duplicados por 11, seis de los cuales los triplicaban y dos los cuadruplicaban. Paralelamente, se produjo una cierta polarización entre los países más ricos y los más pobres de Iberoamérica, aunque ésta no fue notable porque, como se mencionó, ninguno de ellos creció con especial intensidad en estas cuatro décadas. En 1950 el producto por habitante de Argentina casi cuadruplicaba a los de cuatro naciones iberoamericanas --República Dominicana, El Salvador, Honduras y Nicaragua-- pero en 1989 el de Venezuela cuadruplicaba a tres --Bolivia, El Salvador y Honduras-- y quintuplicaba al de Nicaragua (cuadro I.1).

Al mediar el siglo XX, la estructura del ingreso en Iberoamérica tenía dos características principales. Por un lado,

predominaba el nivel de ingreso bajo, pues 12 de los 18 países de la región tenían productos por habitante ubicables en dicho nivel: Brasil, Paraguay, Bolivia, Perú, Colombia, Ecuador, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador, Guatemala y República Dominicana. Por otro, la polarización de estas 12 naciones y las cuatro consideradas como ricas (Venezuela, Argentina, Uruguay y Chile) era notable, porque apenas dos países ocupaban el nivel intermedio, México y Panamá. Por tanto, el nivel de ingreso de todos los países centroamericanos, incluido Belice, era bajo, con la excepción de Panamá.

Cuatro décadas después, la situación era muy distinta. Los países iberoamericanos se distribuían de una manera mucho más equitativa entre los tres niveles de ingreso: los tres grupos pasaron a quedar integrados por el mismo número de naciones, debido a que la mitad de las naciones con bajo nivel de ingreso en 1950 ascendieron a niveles superiores en 1989. Estos seis ascensos tuvieron lugar en la época de auge y se mantuvieron en la subsiguiente década de crisis. El séptimo país que ascendió definitivamente de grupo fue México, al pasar del segundo al primero. No obstante, hubo otros dos países ubicados en el grupo de menores ingresos en 1950, Perú y Nicaragua, que también ascendieron, pero lo hicieron temporalmente durante la fase de expansión, pues se reintegraron al grupo tercero en la crisis de los ochenta.

Entre 1950 y 1989 creció, por tanto, el número de miembros de los grupos primero y segundo, al tiempo que se reducía el del tercero. El grupo de alto nivel de ingreso se amplió a seis

países, al mantenerse en él los cuatro que lo integraban en 1950 y añadirsele otros dos: México y Brasil. El grupo de ingreso intermedio se ensanchó de manera aún más notable, pues el número de sus miembros se incrementó de dos a seis países. Aunque México salió de él, Panamá permaneció y cinco naciones, que en 1950 tenían un ingreso bajo, pasaron a engrosarlo: Costa Rica, Colombia, Ecuador, Paraguay y República Dominicana. Al contrario de lo sucedido con los otros dos grupos, el número de países integrantes del grupo de menor ingreso disminuyó, de 12 a seis. De las seis naciones salientes, cinco ascendieron al grupo intermedio y una, Brasil, al primer grupo. Los seis países que integraban este tercer grupo en 1989 pertenecían también a él en 1950, pero cuatro de ellos --Bolivia, Guatemala, El Salvador y Honduras-- nunca salieron de este grupo, mientras que Nicaragua y Perú sí lo hicieron, aunque transitoriamente.

Las conclusiones obtenidas al comparar los productos por habitante de los distintos grupos en las fechas contempladas son interesantes. En 1980, los niveles de ingreso del tercer grupo eran similares a los del segundo --México y Panamá-- en 1950, pero en 1989 sólo dos países del tercer grupo --Perú y Guatemala-- estaban en esa misma situación, pues los productos por habitante de los otros cuatro eran similares a los de ciertos países que en 1950 se encontraban en el propio grupo tercero. Por su parte, los niveles de ingreso del segundo grupo en 1989, aunque superiores al de México en 1950, eran similares o inferiores a los de los países más pobres del primer grupo en esa misma fecha (cuadro I.1).

Los cambios mencionados entre 1950 y 1989 con respecto a la estructura del nivel de ingreso en Iberoamérica se debieron al distinto ritmo de los crecimientos económicos nacionales. En líneas generales, se puede afirmar que ocho países tuvieron crecimientos económicos relativamente altos y que en los otros diez el dinamismo en este terreno fue escaso. Sin embargo, el producto por habitante de 1989 sólo era inferior al de 1970 en seis de estas diez naciones iberoamericanas: Venezuela, Perú, Argentina, El Salvador, Bolivia y Nicaragua, si bien los dos últimos casos son los más dramáticos, pues en ellos el nivel de tal indicador en 1989 era similar al de 1950.

Los ocho países que se distinguieron por la intensidad de su dinamismo, todos ellos pertenecientes en 1950 a los grupos segundo y tercero, duplicaron cuanto menos su producto por habitante. Los ocho mejoraron su posición relativa frente a los países más ricos de la región, pues estos --Argentina y Venezuela-- tuvieron crecimientos más lentos. Tales tendencias fueron las que propiciaron la antes señalada homogeneización con respecto a los niveles de ingreso de la región. Dentro de estos ocho países, se encuentran precisamente los siete que ascendieron a un nivel de ingreso superior: Brasil, cuyo producto por habitante en 1950 era tres veces menor que el de Argentina, pasó del tercer al primer grupo después de triplicar dicho producto ampliamente; México ascendió del segundo al primer grupo y su producto por habitante, que en 1950 era duplicado por el de Argentina, alcanzó un valor similar al de esta nación; Costa Rica, Colombia, Ecuador, Paraguay y República Dominicana pasaron

del tercero al segundo grupo. En 1950, el producto por habitante de Costa Rica, Colombia y Paraguay era tres veces menor que el de Argentina; el de Ecuador era tres veces y media menor y el de República Dominicana, cuatro. En 1989 el ingreso por habitante de todos ellos se situaba en torno a la mitad del de Venezuela; algo menos en el caso de Costa Rica y algo más en el de República Dominicana. Panamá fue el único de estos ocho países de crecimiento intenso que permaneció en el mismo grupo, pero ascendió de ser el país de menor ingreso al de mayor renta dentro del grupo intermedio y mejoró también su posición relativa frente a las naciones más ricas de la región. En general, los ocho países mencionados habían conseguido duplicar su ingreso por habitante en la etapa de auge, y ninguno de ellos sufrió la crisis de los ochenta de manera especialmente aguda en el contexto iberoamericano. De estos ocho, Colombia fue el único que no logró duplicar totalmente su producto por habitante en la época de auge, pero lo hizo durante los ochenta, cuando su crecimiento fue mayor que el de cualquier otra nación iberoamericana (cuadros I.1-I.2).

El ingreso por habitante de los otros diez países iberoamericanos no llegó a duplicarse entre 1950 y 1989. En Venezuela y Chile ascendió en torno al 70%; en Argentina, Uruguay, Perú, Guatemala, El Salvador y Honduras se elevó entre un 25 y un 50%. La evolución más desfavorable se produjo en Bolivia y Nicaragua, en los cuales el producto por habitante de 1989 era similar al de cuatro décadas atrás. En los años siguientes, el de Nicaragua llegó incluso a ser inferior al que

tenía al mediar el siglo (cuadros I.1-I.2). Durante el periodo de auge, los ingresos por habitante de Nicaragua y Venezuela fueron los únicos de estos diez países que llegaron a duplicarse. En la década de los ochenta, ocho de ellos padecieron la crisis con especial intensidad: Argentina, que tuvo una rápida recuperación al comienzo de los noventa, Venezuela, El Salvador y Honduras, pero todavía más duramente, Perú, Bolivia, Guatemala y, sobre todo, Nicaragua. El producto por habitante de Uruguay decreció en forma moderada y el de Chile aumentó. Ocho de estos diez países permanecieron siempre en el mismo grupo: en el primero, Venezuela, Argentina, Uruguay y Chile; en el tercero, Bolivia, Guatemala, El Salvador y Honduras. Los otros dos, Perú y Nicaragua, procedían del tercer grupo y terminaron en él, pero al final de sus respectivos periodos de auge llegaron a alcanzar el grupo intermedio.

En el ámbito centroamericano también se produjo una ampliación de número de naciones que integraba el grupo de mayor ingreso, pero la polarización fue mucho más notoria que en el contexto iberoamericano, tanto por el progresivo distanciamiento entre los países centroamericanos más pobres y los más ricos como por la desaparición, al contrario de la ampliación sucedida a nivel iberoamericano, de un grupo intermedio establecido específicamente a nivel istmeño, el cual era claramente perceptible en 1950, algo más difuso en 1980 e inexistente en 1989. En 1950 se podían distinguir tres niveles de ingreso en Centroamérica, integrados, en orden decreciente de riqueza, por Panamá, Costa Rica-Guatemala y El Salvador-Honduras-Nicaragua,

si bien el ingreso por habitante del país más rico apenas duplicaba los de los más pobres. Cuatro décadas después, sólo se distinguían dos: Panamá-Costa Rica-Belice y Guatemala-El Salvador-Honduras-Nicaragua (aunque la posición relativa de este último país se ha deteriorado gravemente en los años más recientes). Además, sus diferencias se habían acentuado. De manera aproximada, los ingresos por habitante de los países que más crecieron --Panamá, Costa Rica y Belice-- llegaron a duplicar ampliamente a los de Honduras y El Salvador, así como a casi hacer lo propio con el de Guatemala, e incluso a triplicar el de Nicaragua; al tiempo que en general mejoraban su situación frente al promedio iberoamericano, al que sin embargo nunca llegaron a superar, y a los países más ricos del subcontinente, cuyos productos por habitante no alcanzaban a duplicar los de estos tres países al final del periodo. Por su parte, la situación relativa de los otros cuatro países centroamericanos empeoró no sólo frente a sus vecinos istmeños, sino también frente al promedio de Iberoamérica y a los países más ricos de esta región. Además, a ellos se debió la "centroamericanización" del nivel de ingreso más bajo del subcontinente, pues en 1950 los cinco países centroamericanos que lo integraban estaban acompañados de otros siete, al tiempo que en 1989 sólo dos naciones, andinas por otra parte, acompañaban a los cuatro de América Central que se encontraba en esta situación (cuadro I.1).

La situación mundial de Iberoamérica se deterioró en estos 40 años, tanto durante la época de auge como a lo largo de la de crisis, pues progresivamente el ingreso per cápita de esta región

se alejó de los países desarrollados con economía de mercado y se acercó al de Africa y Asia. Con respecto al capitalismo desarrollado, el ingreso iberoamericano en 1950 era cuatro veces menor y el de Argentina sólo dos; en 1991 el de Iberoamérica era nueve veces inferior y el de Venezuela seis; es decir, la distancia entre el capitalismo desarrollado y el país iberoamericano más rico, de acuerdo con las cifras referidas al ingreso por habitante, llegó a ser mayor que la existente entre éste y los países más pobres de Iberoamérica. El promedio iberoamericano mantuvo una distancia similar durante todo el periodo con respecto al continente africano, cuyo ingreso per cápita fue siempre entre tres y media y cuatro veces menor que el de aquél. Pero en 1950 el producto por habitante de los países iberoamericanos más pobres duplicaba al de Africa, mientras que en 1991 el de Nicaragua era algo menor al de Africa, y los de Honduras, El Salvador y Bolivia, sólo lo superaba ligeramente. Frente a Asia el descenso fue mucho más notorio. En 1950 el ingreso iberoamericano cuadruplicaba al de Asia y el de los países iberoamericanos más pobres lo duplicaba. En 1977 el iberoamericano sólo aventajaba al asiático por un 25% y éste era superior al de varios países iberoamericanos. En relación al producto por habitante de Asia meridional y oriental, el de Iberoamérica lo cuadruplicaba en 1981, pero diez años después apenas lo triplicaba, mientras que los de Honduras, El Salvador, Bolivia y Nicaragua pasaban a situarse por debajo de él. El producto por habitante de estos cuatro países iberoamericanos llegó a ser alrededor de 30 veces más bajo que el del capitalismo

desarrollado al comienzo de los noventa (cuadro I.1) CEPAL, 1978: 21, 24). Sin embargo, de acuerdo con el PIB real por cápita, que en general estima ingresos por habitante muy superiores para los países en vías de desarrollo, el deterioro relativo de Iberoamérica habría sido mucho menor que el descrito y su posición actual sería mucho más favorable. Su PIB real pasó de representar el 37% del de los países industrializados en 1960 al 31% del mismo en 1990; es decir, en esta fecha el ingreso iberoamericano, si bien mantenía distancias similares a las ya vistas con respecto a África y Asia, era apenas triplicado por el de los países industrializados (cuadro I.1; PNUD, 1993: 232).

Para evaluar de una manera más exacta el nivel de desarrollo económico de los países iberoamericanos en la actualidad, se establecieron, con cifras referidas a alrededor de 1990, cinco grupos de ingreso por habitante, los cuales engloban a todos los Estados del mundo. El más favorecido es aquel que integra a las naciones con ingresos por habitante superiores a los 9 000 dólares; en el mediano alto estos ingresos oscilan entre esta cifra y los 4 000 dólares; en el mediano bajo, entre 4 000 y 2 000; en el definido como bajo se ubicó a las naciones con ingresos desde esta última cantidad hasta los 1 000 dólares; y en el caracterizado como muy bajo, aquellos con ingresos por habitante menores a los 1 000 dólares. Tal clasificación se aplicó tanto a los PNB por habitante como a los PIB reales por habitante, pero los resultados obtenidos en cada caso fueron muy distintos. En general, el PIB real estima unas cifras muy superiores a las establecidas por estos con respecto a la gran

mayoría de los países en vías de desarrollo, pero similares en relación a los países desarrollados. Esto determina que, según el PIB real, la posición relativa de aquellos mejore. Con respecto a Iberoamérica, la mejoría es muy notable. El valor del PNB, similar al del PIB "normal", distribuye a las 20 entidades políticas de esta región, con la excepción de Puerto Rico que se integra en el nivel mediano alto, entre los tres grupos más desfavorecidos de la clasificación propuesta: seis en el mediano bajo (incluye a Cuba), siete en el bajo y las seis naciones restantes en el muy bajo. Sin embargo, la distribución resultante de los datos del PIB real integra ocho países iberoamericanos en el grupo mediano alto, siete en el mediano bajo y cuatro en el bajo, sin que ninguna nación iberoamericana tenga cabida en el grupo de menores ingresos. Con respecto a Centroamérica, el valor del PNB arroja a cuatro países al grupo bajo --Panamá, Costa Rica, Belice y El Salvador-- y a los tres restantes al grupo muy bajo; en tanto que, de acuerdo con el PIB real, Costa Rica estaría en el mediano alto, Panamá, Belice y Guatemala en el mediano bajo y los tres restantes en el bajo.

Otro indicador referido al desarrollo que ubica a Iberoamérica en una posición relativamente favorable a nivel mundial es el índice de desarrollo humano (IDH), elaborado por el PNUD³. De acuerdo con la clasificación tripartita que el propio PNUD aplica a nivel mundial, seis países iberoamericanos

³ Aunque el PNUD no ofrece estimaciones con respecto a Puerto Rico, por no ser políticamente independiente, es muy probable que esta nación, como las más favorecidas de Iberoamérica, tenga un PIB real por habitante mediano alto y un IDH alto.

--Uruguay, por encima del cual están clasificadas 29 naciones, Chile, Costa Rica, Argentina, Venezuela y México--tienen un alto nivel de desarrollo, otros diez --Colombia, Panamá, Brasil, Cuba, Ecuador, Paraguay, Perú, República Dominicana, El Salvador y Nicaragua, además de Belice-- tienen un desarrollo humano medio y bajo los tres restantes: Guatemala, Honduras y Bolivia, por debajo del cual todavía se ubican 51 países; si bien tanto El Salvador y Nicaragua como estos tres últimos se encuentran cercanos a la frontera que separa los niveles mediano y bajo de desarrollo humano (PNUD, 1993: 153-155).

De acuerdo con el PNB por habitante, ninguno de los países iberoamericanos integraría el grupo de las naciones más ricas ni tampoco el mediano alto, con la excepción ya señalada de Puerto Rico. El primero está compuesto en lo fundamental por la casi totalidad de Europa occidental y por sus prolongaciones anglosajonas más notorias tanto en América (Canadá y Estados Unidos) como en Oceanía (Australia y Nueva Zelanda), así como por algunas naciones del oeste (Emiratos Arábes Unidos, Israel, Kuwait y Qatar) y oriente asiáticos: Japón, Hong-Kong, Singapur y Brunei. El segundo incluye zonas europeas (los países más pobres de Europa occidental y buena parte de la ex-URSS) y asiáticas (en el Próximo Oriente, Península Arábiga y Extremo Oriente), pero también a las dos naciones africanas más ricas: Libia y Seychelles. En el grupo intermedio bajo aparecen por primera vez una serie de países iberoamericanos: México, Cuba, Venezuela, Brasil, Uruguay y Argentina; junto con ocho naciones europeas, incluida Rusia, con un pasado inmediato socialista;

siete asiáticas, la mayoría pertenecientes a la URSS hasta hace pocos años; y cinco africanas, entre ellas Argelia y República Sudafricana. En el grupo de bajo ingreso, se incluyen otros siete países iberoamericanos: Panamá, Costa Rica, El Salvador, Colombia, Perú, Paraguay y Chile; al lado de los cuatro europeos más pobres, todos ex-socialistas; siete países asiáticos, situados también en el occidente y el oriente de este continente, y cuatro africanos. Por último, en el grupo de ingreso muy bajo se encuentran los seis países iberoamericanos restantes: Guatemala, Honduras, Nicaragua, República Dominicana, Ecuador y Bolivia; 18 asiáticos, más de un tercio de los que componen este continente; y 41, casi el 80%, de Africa (Banco Mundial, 1992: 214-215, 281; Almanaque mundial 1994, 1993: 562-566).

Como se anotó, la posición de los países en vías de desarrollo, y de Iberoamérica en particular, mejora notablemente si se evalúa de acuerdo con el PIB real. La composición del grupo de mayores ingresos no varía sustancialmente, si bien se agregan a él algunos países más del Próximo Oriente y la Península Arábiga. De las 33 naciones integrantes de este grupo, todos tienen alto IDH, excepto cuatro de la región asiática señalada --Arabia Saudita, Emiratos Arabes Unidos, Bahrein y Omán--, que lo tienen mediano. En el grupo mediano alto se incluyen ocho países iberoamericanos: México, Costa Rica, Venezuela, Chile, Argentina, Uruguay, Brasil y Colombia; todos con altos IDH, excepto los dos últimos; 14 europeos, los más pobres de la Europa tradicionalmente capitalista y la mayoría de la Europa ex-socialista, todos con alto IDH; seis asiáticos y cinco africanos,

entre los que predominan los medianos IDH, pero alternados con algún nivel alto. En el grupo mediano bajo, se encuentran siete países iberoamericanos: Guatemala, Panamá, Cuba, República Dominicana, Ecuador, Perú y Paraguay; junto con siete países caribeños, incluido Belice (en las naciones caribeñas se alternan todos los niveles de ingreso, desde el más alto, en el caso de las Bahamas, hasta el más bajo, en el caso de Haití). Estos 14 países tienen medianos IDH, salvo Guatemala, que lo tiene bajo, y Dominica, que lo tiene alto. También integran este grupo los cuatro países europeos más pobres, todos ex-socialistas, 13 asiáticos y seis africanos; todos ellos con medianos IDH, menos tres de los africanos. En el grupo de ingreso bajo, se incluyen El Salvador, Nicaragua --con medianos IDH--, Honduras y Bolivia, con bajos IDH; ocho naciones asiáticas, China e India entre ellas, que alternan los medianos y los bajos IDH; y 16 africanas, todas ellas con bajo IDH. Los 31 países con ingresos muy bajos, todos ellos con bajo IDH, aglutinan a 25 países africanos, cinco asiáticos y sólo uno americano: Haití (cuadro I.1; PNUD, 1993: 153-155).

La estructura del ingreso en Iberoamérica que se obtiene de los PIB reales por habitante en 1990, es similar a la ya mencionada con respecto al PIB "normal" por habitante en 1989, con la salvedad de que todos ascienden de nivel: 14 países ascienden un nivel y Costa Rica, Colombia, Guatemala y Perú, dos. Si se aplican los valores del ingreso por habitante de 1989 a la clasificación que acabamos de proponer a nivel mundial, los seis países más ricos de Iberoamérica quedarían catalogados en el

grupo mediano bajo, los seis países de ingresos intermedios en el grupo bajo y los seis restantes en el de ingresos muy bajos. Sin embargo, dado que el valor del PIB real es siempre considerablemente mayor que el del PIB "normal", si se aplican los mismos rangos al PIB real, quedan incluidos en el grupo mediano alto, en el que según el PIB "normal" no habría ninguna nación iberoamericana, ocho países: además de los seis considerados como los más ricos de la región desde 1980, Costa Rica y Colombia. En el grupo mediano bajo quedan siete países: Cuba, que también es valorada con este indicador, los cuatro restantes con PIB "normal" intermedio --Panamá, Ecuador, Paraguay y República Dominicana-- y los dos países más ricos del grupo de menores ingresos según el PIB "normal": Guatemala y Perú. Por último, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Bolivia quedan incluidos en el grupo de ingresos bajos, al dejar vacante el de ingresos muy bajos (cuadro I.1).

De acuerdo con el producto interno bruto por habitante de los países iberoamericanos en 1950, estos pueden dividirse en tres grupos. En el primero, que se caracterizaba por tener un ingreso por habitante superior a los 1.000 dólares, se encontraban, por orden de importancia a este nivel, Venezuela, Argentina, Uruguay y Chile. En el segundo grupo se han ubicado sólo dos, cuyos productos por habitante oscilaban entre los 1 000 y los 700 dólares: México, cuyo ingreso por habitante era un poco más alto que el promedio regional, y Panamá. El tercer grupo se ha integrado con las doce naciones restantes, cuyos productos por

habitante oscilaban entre los 700 y los 450 dólares. En cinco países, el ingreso por habitante superaba los 600 dólares: Perú, Costa Rica, Colombia, Paraguay y Guatemala; pero en los otros siete dicho indicador se situaba por debajo de los 600 dólares: Bolivia, Brasil, Ecuador, El Salvador, República Dominicana, Honduras y Nicaragua (cuadro I.1).

Según los datos anteriores, expresados en dólares a precios de 1980, la frontera entre los grupos primero y segundo queda claramente delimitada, pues eran casi 500 dólares los que separaban a Chile, el país más pobre del primer grupo, de México, la nación más rica del segundo. Estas cifras también justifican plenamente que México sea ubicado en una posición intermedia dentro del ámbito iberoamericano, al ser notable la distancia que le separaba no sólo, como se ha visto, de los países del primer grupo, sino también de los ubicados en el tercero. Sin embargo, según estos mismos datos parecería más lógico ubicar a Panamá en el tercer que en el segundo grupo, como en realidad se hizo, dada la escasa diferencia que separaba a este país de las naciones más ricas del susodicho tercer grupo. Si se decidió integrar a tal nación istmeña en el grupo intermedio, fue porque en otro texto (CEPAL, 1978: 21), que contiene asimismo cifras fidedignas referidas al ingreso por habitante de los países iberoamericanos en 1950, la diferencia entre el producto por habitante de Panamá y el de los países de mayor ingreso del tercer grupo es de casi 100 dólares a precios de 1970 (lo que equivale a más de 200 dólares de 1980); es decir, una cantidad sólo algo inferior, según este mismo texto publicado en 1978, a la que separaba,

dentro del tercer grupo, a los países más ricos de los más pobres.

Al mediar el siglo XX, el producto por habitante de Iberoamérica era casi cuatro veces menor que el de los países capitalistas desarrollados, pero triplicaba y cuadruplicaba con creces a los de Africa y Asia respectivamente. Por su parte, el ingreso per cápita de Argentina, que puede ser considerado como el país más rico de Iberoamérica en esas fechas, duplicaba al del promedio iberoamericano, era similar al de los países europeos relativamente poco industrializados y representaba la mitad del promedio de los países capitalistas desarrollados. En el polo opuesto, el producto por habitante de los países más pobres de la región apenas superaba la mitad del promedio iberoamericano, al ser casi cuatro veces inferior al de Argentina. Sin embargo, incluso el producto por habitante de los países más pobres de la región duplicaba tanto el de Haití como el de los africanos y asiáticos (cuadro I.1; CEPAL, 1978: 21; CEPAL, 1979: 6).

Con respecto a las naciones de América Central pertenecientes al ámbito iberoamericano, convendría destacar en principio que el orden derivado de la magnitud de sus respectivos productos por habitante en 1950 no parece estar sujeto a discusión. Panamá era el país istmeño de mayor ingreso y le seguían, con productos por habitante cada vez más bajos, Costa Rica, Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua. La intensidad de las diferencias polares entre estas seis naciones varían de acuerdo con las distintas fuentes consultadas. El producto por

habitante de Panamá era, según el texto de la CEPAL publicado en 1989, del cual se tomaron las cifras del cuadro 1 relativas a los países iberoamericanos en 1950, sólo un tercio más elevado que el de Honduras, pero de acuerdo con el documento de la CEPAL de 1978, que en general establece distancias mayores entre los productos por habitante de los distintos países centroamericanos, duplicaba a los de Honduras y Nicaragua. Ambas fuentes coinciden en que entre Costa Rica y Guatemala la diferencia al respecto era escasa, pues la estiman en torno al 10%, pero establecen con distinta amplitud la distancia que separa a estos dos países de Panamá. Los productos por habitante de Costa Rica y Guatemala representaban, según el primer texto mencionado, el 90 y el 85% respectivamente del de Panamá, pero de acuerdo con el segundo esta distancia se acrecentaba, al disminuir estos porcentajes hasta los 75 los 65 puntos respectivamente. Por su parte, la diferencia entre estos dos países intermedios a nivel centroamericano (Costa Rica y Guatemala) y los dos más pobres de la región (Honduras y Nicaragua) era similar a la última mencionada, pues oscilaban entre el 20 y el 40%. De manera aproximada, el ingreso por habitante de Argentina duplicaba el de Panamá, triplicaba los de Costa Rica y Guatemala, y cuadruplicaba los de Honduras y Nicaragua. En el otro extremo, el producto por habitante de los haitianos, africanos y asiáticos era la mitad del de Honduras y Nicaragua, la tercera parte de los de Guatemala y Costa Rica, y casi la cuarta parte del de Panamá (cuadro I.1; CEPAL, 1978: 21).

No se cuenta con ninguna estimación del producto interno

bruto por habitante de Belice al mediar el siglo. Sin embargo, las razones expuestas a continuación permiten afirmar que se encontraba entre los 700 y los 450 dólares; lo cual situaba a este país en el mismo grupo que las 12 naciones más pobres de Iberoamérica en 1950 y, por tanto, en compañía de los cinco países centroamericanos integrados en él. Por un lado, es difícil suponer que Belice tuviera un producto por habitante superior al de esos 12 países cuando en esas fechas, y al contrario de lo sucedido en las otras seis naciones centroamericanas, ni siquiera había logrado consolidar la exportación de ningún producto específicamente agropecuario. Al comienzo de la década de 1950, el 85% del valor de las exportaciones beliceñas procedía de las ventas de productos forestales (Ken, 1990: 57). Además, si se admite que en 1980 el producto por habitante de Belice era de alrededor de 1.170 dólares (cuadro I.1), lo más lógico es suponer que tres décadas atrás era inferior a los 700, la frontera establecida para separar a los grupos segundo y tercero en 1950. Lo contrario significaría que la notable transformación económica sufrida por Belice en esos 30 años de auge económico para todo el continente americano, la cual será descrita más adelante, habría incrementado su ingreso por habitante en una porción inferior al 70%. Por otro lado, tampoco parece probable que el producto por habitante de este país en 1950 fuera inferior a los 450 dólares, ya que ello implicaría que el valor de dicho indicador se hubiera triplicado en las tres décadas posteriores. Además, es lógico pensar que el ingreso por habitante de Belice era en esas fechas más parecido al de sus vecinos

centroamericanos que al de Haití, dada su amplia tradición comercial y de explotación forestal, así como su escasísima densidad demográfica. Las consideraciones anteriores hacen razonable suponer que el producto por habitante de Belice en 1950 se ubicaba en torno a los 600 dólares y que en los 30 años siguientes, de manera similar a la del promedio iberoamericano, se duplicó.

En torno al final de la segunda Guerra Mundial, comenzó una etapa de auge para la economía iberoamericana, la cual se prolongaría a lo largo de unas tres décadas. Por no existir suficientes estadísticas adecuadas con anterioridad, es frecuente considerar al año de 1950 como el inicio de este periodo, que puede darse por concluido alrededor de 1980. Este cambio en el dinamismo económico del subcontinente, se percibe con claridad al comparar el crecimiento medio anual del producto por habitante en Iberoamérica, considerada de manera global, en el quinquenio 1975-1980, cuando se ubicó en un nada desdeñable 3.0%, con el desempeño de este mismo indicador en el lustro siguiente, en el que disminuyó en un 1.6%. En el quinquenio de 1975-1980, 12 países de la región tuvieron tasas anuales promedio de crecimiento del producto por habitante de entre el 2 y el 7%, pero en otros dos --Argentina y Bolivia-- no rebasaron el 1% y en dos más --Perú y Venezuela-- fueron ligeramente negativas. Sin embargo, fue en El Salvador y Nicaragua donde este indicador tuvo el peor comportamiento durante el quinquenio mencionado. En el primer caso, dicha tasa fue de -1.8%, como consecuencia de que

el producto por habitante disminuyera en un 4% en 1979 y en un 12% al año siguiente. En Nicaragua el descenso comenzó más temprano y fue más intenso. La tasa anual promedio de esta nación en el referido quinquenio fue de casi -6%, debido a que el ingreso por habitante se redujo en un 10% en 1978 y en un 28% al año siguiente (cuadro I.2; CEPAL, Anuario...1981: 122).

La crisis económica se generalizó en el primer quinquenio de los ochenta, cuando la tasa anual promedio del ingreso por habitante fue negativa en todos los países iberoamericanos, con la excepción de Panamá y Colombia, en los cuales, por otra parte, no alcanzó el 0.5%. En 1980, la economía iberoamericana todavía creció en un 3.2%, aunque en seis países, entre ellos Costa Rica El Salvador y Honduras, disminuyó el producto por habitante. Al año siguiente, el producto iberoamericano por habitante disminuyó por primera vez en varias décadas. Este descenso, de 0.7%, se debió a la caída del ingreso por habitante en ocho países de la región, entre ellos Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras. El producto iberoamericano por habitante decreció en un 3.3% en 1982, debido al comportamiento negativo de todas las economías de la región, con la sola excepción de Panamá: la crisis estaba en pleno apogeo. Al año siguiente, el descenso del producto regional por habitante llegó al -5.3% e incluyó también a Panamá; sólo Argentina, Nicaragua y República Dominicana tuvieron un ligero crecimiento (cuadro 2; CEPAL, Anuario...1984: 146).

Para analizar el comportamiento de la economía iberoamericana en este periodo de auge, se utilizan dos

indicadores: la tasa media anual de crecimiento del producto interno bruto por habitante y el índice de crecimiento del mismo producto por habitante. El comportamiento de la tasa media anual entre 1950 y 1977, ha servido para comparar el crecimiento de Iberoamérica con el de otras regiones geográficas. La dinámica de dicha tasa entre 1950 y 1978, así como el índice de crecimiento entre 1950 y 1980, se emplea con la finalidad de evaluar las evoluciones económicas de las naciones iberoamericanas. Entre 1950 y 1977, el producto por habitante de Iberoamérica creció a una tasa media anual de 2.6%; es decir, ligeramente superior a la de Africa, pero inferior a la de los países desarrollados y, sobre todo, a la de Asia (cuadro I.2).

Aunque el balance de la evolución de este indicador entre 1950 y 1978 fue positivo en todos los países iberoamericanos, sus ritmos presentaron variaciones apreciables. El simultáneo aumento poblacional, aunque en la mayoría de los países de la región cobró dimensiones de verdadera explosión, no anuló dicha tendencia. Por el contrario, los países con un menor crecimiento demográfico fueron los que en general tuvieron aumentos más bajos en el producto interno por habitante. Brasil fue el país con un mayor crecimiento por habitante en esos 28 años, al aumentar a una tasa anual promedio del 4.1%. Costa Rica, Ecuador, México, Panamá, Nicaragua, República Dominicana y Venezuela tuvieron tasas anuales promedio que oscilaron entre 2.5 y 2.9%. Este indicador fue de entre 2.0 y 2.2 en Colombia, El Salvador, Guatemala y Perú. En Argentina, Bolivia, Chile, Honduras y Paraguay no alcanzó el 2%, mientras que Uruguay fue el único país

donde la tasa anual promedio del producto interno bruto por habitante se situó por debajo del 1% (cuadro I.2).

Por tanto, en esta larga fase de auge, el crecimiento de la economía hondureña puede considerarse como bajo; el de Guatemala y El Salvador, como intermedio; y el de Panamá, Costa Rica y Nicaragua, como alto. La tasa de Nicaragua fue estimada en 2.5 en el estudio estudio que acaba de citarse, pero si se quisiera valorar la intensidad del crecimiento de la economía de Nicaragua en su real periodo de auge, es decir, de 1950 a 1977 (recuérdese que su ingreso por habitante se redujo un 10% en 1978), dicha tasa se colocaría en un nivel similar al de Costa Rica, la más alta de Centroamérica.

Conclusiones similares se obtienen al analizar los índices de crecimiento del producto por habitante en Iberoamérica entre 1950 y 1980, con la salvedad de que Uruguay y Paraguay habrían crecido más y Venezuela, El Salvador y Nicaragua, menos que lo indicado en las tasas anuales mencionadas, debido a los intensos decrementos de sus ingresos por habitante al final de los setenta. De acuerdo con este indicador, durante estas tres décadas de auge, el producto por habitante de Brasil se triplicó con creces; los ingresos de otros siete países -- México, Panamá, Costa Rica, República Dominicana, Paraguay, Ecuador y prácticamente Colombia-- se duplicaron más o menos ampliamente; el de Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Venezuela, El Salvador, Guatemala y Nicaragua no llegaron a duplicarse pero se incrementaron en más de un 50%; y los de Bolivia y Honduras no alcanzaron este último porcentaje. Sin embargo, los países con

alto crecimiento en esta etapa no fueron en realidad ocho sino diez, pues los productos por habitante de Venezuela y Nicaragua también llegaron a duplicarse a lo largo de sus respectivos periodos de bonanza, independientemente de que estos concluyeran algunos años antes que en la mayoría de la región y en 1980 ya no alcanzaran a doblar sus niveles de 1950 (cuadro I.2; CEPAL, 1989: 24).

El caso de Nicaragua es verdaderamente singular, pues si la valoración de su periodo de auge se basa en las cifras de 1950 y 1980, como con frecuencia se ha hecho, se saca la conclusión errónea de que su crecimiento fue escaso y de que se disputó con Honduras durante todos estos años el nivel de ingreso más bajo de toda Iberoamérica. Por el contrario, su producto por habitante, en realidad, creció con intensidad, tanta que ya se había duplicado en 1970, y llegó a ser superior a los de varios países de la región. Según ciertos datos de la CEPAL, entre 1975 y 1977 el producto por habitante de Nicaragua fue mayor al de Honduras y Bolivia; en ocasiones al de El Salvador y Paraguay (CEPAL, 1978: 24; CEPAL, Anuario...1981: 203; CEPAL, Anuario...1984: 226). Pero de acuerdo con estimaciones posteriores de la propia CEPAL (Anuario...1990: 184), en 1975 el producto por habitante de Nicaragua no sólo superaba a los de Honduras, Bolivia, El Salvador y Paraguay, sino también los de Guatemala, República Dominicana y Colombia. En esta fecha, el producto nicaragüense por habitante se situó ligeramente por encima de los mil dólares, cifra nunca alcanzada por los otros cuatro países integrantes de su grupo en 1980 y quintuplicaba el

de Haití, aunque no alcanzaba a duplicar al de ningún país iberoamericano.

Estos datos confirman lo indicado antes con respecto a la intensidad del desarrollo de las seis economías centroamericanas pertenecientes al área cultural de Iberoamérica, durante el periodo de auge que se está analizando: el crecimiento fue intenso en Panamá, Costa Rica y Nicaragua, de nivel medio en Guatemala y El Salvador, y bajo en Honduras. Tampoco debe olvidarse que dicha época de expansión no concluyó al mismo tiempo en todos los países istmeños, pues esto sucedió en 1977 en el caso de Nicaragua, al año siguiente en el de El Salvador y al comenzar la década de los ochenta en las cuatro naciones restantes.

Los distintos ritmos de crecimiento que se acaban de mencionar, determinaron los cambios sucedidos en Iberoamérica durante el periodo de auge económico, con respecto a los niveles nacionales del producto por habitante entre 1950 y 1980. En efecto, y al margen de los casos especiales de Venezuela y Nicaragua, de los ocho países que más crecieron, dos estaban al comienzo del periodo en el grupo intermedio --México y Panamá-- y los seis restantes en el bajo: Costa Rica, República Dominicana, Colombia, Ecuador, Paraguay y Brasil; todos ellos, excepto Panamá, habían ascendido de grupo en 1980. Por el contrario, los ocho países con crecimientos relativamente bajos --los tres integrantes del nivel alto y cinco del nivel bajo en 1950-- permanecieron al final del periodo en el mismo grupo que integraban tres décadas

atrás, con la excepción de Perú que ascendió al intermedio. Por su parte, Venezuela se mantuvo siempre en el primer grupo y Nicaragua se ubicó en el tercero tanto en 1950 como en 1980, aunque a mediados de los años setenta ascendiese fugazmente al segundo.

En 1980 los países iberoamericanos se podían dividir en tres grupos, de acuerdo con su respectivo producto interno bruto por habitante. El primero estaba integrado por las seis naciones que tenían un producto superior a los 2 000 dólares por habitante. Cuatro de ellas eran las mismas que en 1950 se encontraban en una situación más favorable, es decir, y en orden de importancia, Venezuela, Argentina, Uruguay y Chile. Pertenecientes al segundo y tercer grupo en 1950, los otros dos países integrantes de este grupo en 1980, eran México, cuyo producto por habitante superaba al de Uruguay y Chile, y Brasil, cuyo producto por habitante sólo era ligeramente superior a los 2 000 dólares.

Al segundo grupo, con productos por habitante entre los 1.000 y los 2.000 dólares, pertenecían siete países: Panamá, Costa Rica, Ecuador, Paraguay, Colombia, Perú y República Dominicana. Salvo Panamá, todos ascendieron a este nivel desde el grupo de menor ingreso en 1950 y, con la excepción de Perú, todos tuvieron crecimientos relativamente altos en los 30 años de expansión. Al tercer grupo, con menos de mil dólares por habitante, pertenecían cinco países: Guatemala, Bolivia, El Salvador, Nicaragua y Honduras. Todos ellos integraban el grupo de menor nivel en 1950 y, con la excepción de Nicaragua, tuvieron crecimientos relativamente bajos en el periodo de auge (cuadro

I.1).

Al final de la época de auge, y en relación a la ostentada en 1950, la situación de Iberoamérica en el contexto mundial había empeorado. Sin embargo, este deterioro es menor de acuerdo con ciertas estimaciones de la CEPAL (1979:6), las cuales se refieren a 1950 y 1977, que si se comparan los datos que para 1950 ofrece esta misma fuente con los calculados por las Naciones Unidas en relación a 1981 (1992: 288). Según el primer texto, al analizar la diferencia del ingreso por habitante de Iberoamérica con el de otras regiones del planeta en 1950 y 1977, se percibe que la situación de esta parte de América era un poco más favorable en relación a Africa (en 1950 el producto por habitante de Iberoamérica era tres veces y media mayor que el del continente africano, pero en 1977 todavía no alcanzaba a cuadruplicarlo), un poco menos propicia con respecto a los países capitalistas desarrollados (el ingreso per cápita de Iberoamérica pasó de representar un poco más a un poco menos de la cuarta parte del capitalismo desarrollado) y mucho peor frente a Asia, cuyo producto por habitante pasó de representar el 22% del de Iberoamérica al 76%. De manera similar, según esta misma fuente, la situación relativa de las naciones más ricas de Iberoamérica se había deteriorado ligeramente frente a los países capitalistas desarrollados y las naciones iberoamericanas más pobres, con la excepción de Honduras, mantenían un ingreso doble del de Africa, aunque, al contrario de lo sucedido en 1950, inferior al de Asia. Por su parte, el ingreso por habitante de Honduras, el país más pobre de Iberoamérica al final de los setenta y el que tuvo un

menor crecimiento durante la etapa de auge, duplicaba el de Haití, pero sólo era ligeramete superior al del promedio africano (cuadro I.1; CEPAL, 1978: 24).

Las cifras de las Naciones Unidas para 1981 ofrecen un panorama de Iberoamérica mucho más desfavorable en relación a los países capitalistas desarrollados, pues el ingreso per cápita de estos era siete veces mayor que el promedio iberoamericano y cinco veces mayor que el de Argentina. Estas mismas cifras estiman que el promedio iberoamericano era tres veces y media mayor que el de Africa y cuadruplicaba al de Asia meridional y oriental. Por su parte, el de Honduras y Nicaragua, ya similares en esta fecha, si bien duplicaban al de esta parte de Asia y al de Haití, sólo eran algo superiores al de Africa, que no era duplicado por ningún país pobre de Iberoamérica (cuadro I.1).

Con respecto a la Centroamérica iberoamericana, la situación de 1980 era más polarizada que la de 30 años atrás, pues sus naciones más ricas crecieron más que las más pobres. Esta polarización tiene dos manifestaciones interrelacionadas. Por un lado, la existencia claramente perceptible en 1950 de un grupo intermedio --compuesto por Costa Rica y Guatemala-- quedó en entredicho en 1980. El producto por habitante de Costa Rica se hizo muy similar en esta fecha al de Panamá, al tiempo que se distanciaba del de los otros cuatro países de esta región. Por su parte, el de Guatemala se distanció del de Panamá y Costa Rica, al representar un 56 y un 63% de ellos respectivamente. Este hecho hizo que el producto de Guatemala se pareciera más al de los tres países centroamericanos más pobres, aunque en

realidad los ingresos de estos siguieron representando entre un 70 y un 80% del de aquél, que al de los dos más ricos. Por otro lado, se incrementó la diferencia entre las naciones más pobres y las más ricas de América Central, pues en 1980 el producto por habitante de Panamá, y también el de Costa Rica, llegaba a duplicar, con frecuencia ampliamente, a los de Honduras, Nicaragua y El Salvador, cuyos niveles de ingreso se habían vuelto todavía más parecidos. De cualquier forma, quizás sea pertinente distinguir en relación a 1980 un nivel intermedio de ingreso en América Central, el cual estaría compuesto no sólo por Guatemala sino también por Belice, en una situación algo más favorable que la de aquél (cuadros I.1-I.2).

Debido también a sus distintos ritmos de crecimiento entre 1950 y 1980, Panamá y Costa Rica mejoraron su ubicación en el contexto iberoamericano al final de esta etapa, mientras que la de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua empeoró, como se pone de manifiesto al comparar sus respectivos ingresos por habitante tanto con el promedio de Iberoamérica como, aunque en menor medida, con el de Venezuela, que podía ser considerada en 1980 la nación más rica de tal región. En 1950, ninguno de los productos por habitante de Centroamérica era menor a la mitad del promedio iberoamericano y el más favorecido, el de Panamá, representaba las tres cuartas partes de él. Tres décadas después, el producto por habitante de Iberoamérica duplicaba el de Guatemala y triplicaba al de Honduras, pero el de Panamá y el de Costa Rica apenas representaban, respectivamente el 90 y el 80% de tal promedio. De manera aproximada, el ingreso por habitante

de Venezuela en 1980 duplicaba los de Panamá y Costa Rica, triplicaba el de Belice y ampliamente el de Guatemala, al tiempo que los de El Salvador, Honduras y Nicaragua representaban entre el 20 y el 23% del producto per cápita del país sudamericano en cuestión. En el otro extremo, el producto por habitante de los países centroamericanos más pobres, como ya se mencionó, aunque seguía duplicando, al igual que en 1950, el de Haití, se encontraba en 1980 más cercano al africano que 30 años antes (cuadro I.1).

Tras 30 años de auge, la economía iberoamericana se vio sumergida en una profunda crisis, la cual estalló, como ya se estableció, en torno a 1980 y comenzó a ser superada por la mayoría de los países de la región al comenzar los noventa, aunque la nueva tendencia de recuperación es aún incierta. La variación acumulada del ingreso por habitante entre 1991 y 1993 fue de 4.3% a nivel regional. En 14 países iberoamericanos, este indicador tuvo una tendencia positiva --incluso en cuatro de ellos fue superior al 10%-- y en los otros cuatro, negativa: en Brasil, Perú y Paraguay el ingreso por habitante disminuyó en menos de 1%, pero en Nicaragua el descenso acumulado en estos primeros años de los noventa alcanzó el 11% (cuadro I.2). Es decir, dentro del contexto iberoamericano, y por supuesto también del centroamericano, Nicaragua fue el país que más pronto comenzó la crisis, el que más profundamente la padeció y el que al parecer la terminará más tarde, pues todavía al principio de los noventa la seguía padeciendo con especial virulencia.

La crisis de los ochenta, en términos generales, fue más intensa en la primera mitad de la década y afectó en mayor medida a los países pobres de la región que a los intermedios y los ricos. Por un lado, México, Nicaragua, Panamá y Perú fueron las únicas cuatro naciones iberoamericanas en las que la evolución del ingreso por habitante fue más desfavorable en la segunda mitad de los ochenta que en la primera (cuadro I.2). Por otro, según la variación acumulada del producto per cápita entre 1981 y 1990, muy similar a la producida entre 1980 y 1989, nueve países sufrieron la crisis con especial agudeza: entre tales fechas, el producto por habitante de Honduras, El Salvador, Guatemala, Panamá, Bolivia, Venezuela y Argentina se redujo entre un 13 y un 24%; pero el de Perú lo hizo en un casi un 30 y el de Nicaragua en un 35%. En otros seis países --República Dominicana, Ecuador, Costa Rica, Brasil, Uruguay y México--, la reducción de tal indicador osciló entre un 2 y un 8%, mientras que los tres países restantes --Paraguay, pero sobre todo Chile y Colombia-- fueron los únicos con un crecimiento positivo (cuadro I.2; CEPAL, Anuario...1990: 762). Por tanto, para 1989/1990 la crisis se había cebado con especial saña en los cinco países que en 1980 integraban el tercer grupo, en dos de los del segundo grupo --Panamá y Perú, que protagonizó el único cambio de grupo entre 1980 y 1989, al descender del segundo al tercer grupo-- y en las dos naciones más ricas: Venezuela y Argentina.

Sin embargo, en los años siguientes, hasta 1993, Argentina y Panamá, así como, pero en menor grado, Venezuela, Honduras y

El Salvador, recuperaron buena parte del terreno perdido. No sucedió lo mismo con Bolivia y Guatemala, con recuperaciones muy escasas, ni mucho menos con Perú y Nicaragua, cuyos productos por habitante continuaron declinando en estos años. Por tanto, desde la atalaya de 1993, son estos cuatro países, ubicados en su totalidad en el tercer grupo en 1989, los que más han padecido esta dramática crisis de los ochenta: entre 1981 y 1993 Bolivia y Guatemala perdieron entre un 15 y un 20% de su producto por habitante, pero en Perú declinó en un 30 y en Nicaragua en un 45%. No obstante, entre tales fechas otros cuatro países --México, El Salvador, Honduras y Venezuela-- habían perdido entre el 5 y el 10% de su producto por habitante, mientras que en siete naciones la variación era escasa --Argentina, Paraguay, Brasil, Ecuador, República Dominicana, Panamá y Costa Rica-- y en los tres restantes --en parte Uruguay, pero en especial Chile y Colombia, en los que se había incrementado en algo más del 20%-- era claramente favorable (cuadro I.2). Estos datos confirman la apreciación anterior en el sentido de que la crisis, en general, fue más intensa en los países de la región que ya eran más pobres en 1980. En el ámbito centroamericano este hecho se puso de relieve sin excepciones: El Salvador y Honduras, pero sobre todo Guatemala y todavía en mayor medida Nicaragua, sufrieron la crisis con rigor, mientras que Panamá y Costa Rica resultaron afectados moderadamente. Por su parte, la economía beliceña prolongó su auge anterior durante los últimos quinquenios, pues su producto por habitante se incrementó en más del 25% entre 1981 y 1993 (cuadro I.2).

En 1989 la estructura iberoamericana de los niveles de ingreso era como la de 1980, con una sola excepción ya anunciada: Perú descendió del segundo al tercer grupo. Por tanto, al final de los ochenta los tres grupos estaban integrados por el mismo número de países. En orden decreciente, las seis naciones del primer grupo, con ingresos superiores a los 2 000 dólares, eran Venezuela, Chile, Argentina, México, Uruguay y Brasil. Panamá, Costa Rica, Colombia, Ecuador, Paraguay y República Dominicana componían el segundo, con productos por habitante que oscilaban entre los 2.000 y los 1.000 dólares. Perú, Guatemala, El Salvador, Honduras, Bolivia y Nicaragua integraban el tercer grupo. En los años siguientes, sólo uno cambió de posición: Brasil descendió al segundo grupo, pues su producto por habitante se situó ligeramente por debajo de los 2.000 dólares (cuadro I.1).

En la década de los ochenta, la posición de Iberoamérica en el contexto mundial continuó deteriorándose. En 1991 el ingreso per cápita de Iberoamérica era ya nueve veces inferior al del capitalismo desarrollado y no llegaba a triplicar al de Asia meridional y oriental. Sin embargo, Iberoamérica continuaba manteniendo la misma distancia frente a Africa. La ubicación planetaria de las países iberoamericanos más ricos y más pobres también empeoró. En 1991 el ingreso venezolano por habitante era seis veces menor que el de los países desarrollados con economía de mercado, cinco veces mayor que el de Africa y sólo cuadruplicaba al de Asia meridional y oriental. En Nicaragua,

ahora sin discusión el país más pobre de Iberoamérica, seguía duplicando el de Haití (que había padecido la crisis en proporciones tan dramáticas como las de este país centroamericano), pero era ya algo menor al africano y representaba el 70% del de Asia meridional y oriental, al ser 31 veces menor al del capitalismo desarrollado. Por su parte, en los países iberoamericanos un poco menos pobres --Honduras, El Salvador y Bolivia-- seguía superando ligeramente al de Africa, pero ya era menor al de Asia meridional y oriental y 28 veces menor que el del capitalismo desarrollado (cuadro I.1).

Con respecto a Centroamérica la polarización continuó acentuándose durante la crisis de los ochenta. En 1989 ingresos por habitante de Panamá, Costa Rica y Belice, --el de este país mayoritariamente angloafricano, había alcanzado en esta fecha a los de Panamá y Costa Rica, después de crecer significativamente en los ochenta-- duplicaban apenas a los de Honduras y El Salvador, casi hacían lo propio con el de Guatemala que había reducido su distancia con los dos anteriores, y triplicaba al de Nicaragua. Por tanto, en 1989 se puede dar por desaparecido en el ámbito centroamericano el grupo intermedio, que en 1950 estaba integrado por Costa Rica y Guatemala, y en 1980 por este último país y Belice. Al final de los ochenta, los ingresos centroamericanos por habitante se pueden dividir en dos niveles: el más alto ocupado por Panamá, Costa Rica y Belice; el otro integrado por los otros cuatro países ístmicos, si bien la prolongada e intensa crisis de Nicaragua lo hizo distanciarse progresivamente de sus tres compañeros de grupo. En general, la

relación de los productos centroamericanos por habitante con el de Iberoamérica y Venezuela no sufrieron alteraciones notables con la excepción del de Belice, que mejoró su posición relativa, y del de Nicaragua, que la empeoró, al representar cuatro veces menos que el del promedio iberoamericano y ser quintuplicado ampliamente por el de Venezuela (cuadro I.1).

Una forma de valorar la significación histórica de la crisis económica de los ochenta es comparar su duración con la otra gran crisis del siglo XX: la de los treinta. La crisis de los treinta fue padecida de manera relativamente moderada por cuatro países de América Central: Panamá, Costa Rica, Guatemala y El Salvador. En Nicaragua y Belice fue algo más intensa que en estas cuatro naciones, pero en Honduras se cebó con especial saña. Por su parte, la crisis de los ochenta pasó por Belice sin dejar huellas reseñables, afectó a Panamá y Costa Rica de manera relativamente moderada y tuvo sus manifestaciones más dramáticas en los otros cuatro países de la región: El Salvador, Honduras, Guatemala y, muy especialmente, en Nicaragua. Por tanto, esta última crisis tuvo en general efectos más negativos en la región que la de los treinta. Guatemala, El Salvador y, sobre todo, Nicaragua sufrieron más la crisis de los ochenta, Panamá y Costa Rica de manera similar y Honduras, que tanto padeció la de los treinta, y por supuesto Belice con menor intensidad.

Belice sufrió intensamente la crisis de los años treinta --declinación de sus principales exportaciones, las forestales, desempleo superior al 25%, aumento de la pobreza y el hambre,

etc.-- y no la superó hasta la década de los cincuenta (Vernon, 1993: 149, 151). Sin embargo, en los ochenta el producto por habitante de este país, aunque tuvo retrocesos temporales en algunos años, se incrementó notablemente de manera global. La tasa anual promedio de este indicador entre 1980 y 1990 fue del 2% y entre 1990 y 1992 del 4.2% (BID, 1993: 289). Esto permitió que entre 1981 y 1991 el producto por habitante de este país se incrementara en más de una cuarta parte. Con respecto a Panamá, Ricaurte Soler (1989: 60) establece que, a partir de la evolución del presupuesto gubernamental, la crisis de los treinta se prolongó durante siete años: "... a partir de 1932 el presupuesto de la República decae abruptamente, y no llega a superar el de aquella fecha sino siete años después, en 1939". La crisis de los ochenta en este país, por lo menos en cuanto al deterioro drástico del producto por habitante y de las finanzas públicas, estuvo directamente vinculada a la intervención norteamericana, pues estas variables no manifestaron caídas profundas hasta 1988. Los ingresos corrientes del gobierno habían recuperado el nivel de 1987 en cuatro años y los gastos totales en cinco, pero los gastos corrientes y el producto por habitante todavía no habían recuperado totalmente dicho nivel en 1993 (CEPAL, Estudios económicos anuales sobre Panamá, referidos a 1990, p.47, y 1993: 17, 41).

En Costa Rica, ambas crisis parecen de duraciones similares. En las dos, el producto interno bruto total se recuperó clara y definitivamente a los cinco años, en tanto que el PIB por habitante hacía lo propio tras algo más de 15 años de

iniciada la de los treinta y el de 1979 apenas se empezaba a recuperar 14 años después. Honduras fue el país centroamericano que más dramáticamente acusó la crisis de los treinta, por ello, aunque también se vio afectada de manera intensa por la de los ochenta, ésta se prevé menos prolongada. En la de los treinta, el producto total tardó 15 años en recuperarse y el ingreso per cápita --que en 1940, o sea diez después de comenzada la crisis, todavía era inferior en un 26% al de 1930-- no lo hizo sino hasta casi 40 años después; es decir, algo antes de 1970. Por el contrario, en los ochenta sólo tardó un quinquenio en recuperar el producto total y su ingreso por habitante tras diez años de crisis sólo era inferior en un 10% al de 1980. Guatemala y El Salvador sufrieron moderadamente la crisis de los treinta y profundamente la de los ochenta. Con respecto a la primera, en los dos casos el producto total tardó cinco años en recuperarse y en ambos el ingreso per cápita se había recuperado en alrededor de 15 años después de comenzada la crisis. Sin embargo, tras diez años de padecer la segunda, apenas recuperaban sus productos totales, mientras que sus ingresos por habitante todavía eran alrededor de un 20% más bajos tras 15 años de comenzada la crisis. El caso de Nicaragua es verdaderamente dramático pues, si bien padeció la crisis de los treinta en menor medida que otros países de la región como Belice y Honduras, acusó la de los ochenta con una intensidad sin precedentes ni paralelismos. Por un lado, como ya se anotó, ha sufrido la crisis de los ochenta mucho más aguda y prolongadamente que ningún país iberoamericano. Por otro, es probable que esta crisis sea todavía más prolongada

que la de los treinta en Honduras, lo cual significaría que en el año 2020 Nicaragua todavía no alcanzaría su producto por habitante de 1977. En la crisis de los treinta, este país tardó en recuperar el producto total diez años y 20 el ingreso por habitante. Por el contrario, en 1990, después de 16 años de crisis, su producto total era inferior en un 40% al de 1975 y el ingreso por habitante, en un 70%; situación muy desfavorable incluso si se la compara con la evolución de la muy larga crisis de los treinta en Honduras (Bulmer-Thomas, 1989: 411-416; CEPAL, Anuario...1981: 121-122; CEPAL, Estudios económicos de estos cuatro países referidos a 1993).

2. Crecimiento y modernización

El objetivo principal del presente capítulo consiste en establecer la dinámica cuantitativa y cualitativa de los sectores económicos en los países centroamericanos durante los tres lapsos estudiados, así como, en los casos en los que esto ha sido hacedero, el nivel alcanzado por dicho desarrollo económico en la fecha más cercana posible. En su primer apartado se alude al crecimiento cuantitativo (aunque cuando éste es alto suele reflejar, sobre todo en relación a la industria, procesos de diversificación y modernización); primero a través de las variaciones en la composición del PIB y después de las distintas dinámicas sectoriales. En el segundo apartado se analiza la evolución específicamente cualitativa de los tres sectores económicos, haciendo hincapié en la del sector primario y la industria manufacturera; las actividades que, al margen de que tengan un mayor o menor crecimiento que el sector terciario, constituyen los motores fundamentales de las economías de la región, como se comprueba al detectar su predominio en los sectores exportadores nacionales, con la excepción de Panamá, donde el sector terciario ha mantenido desde hace muchas décadas una enorme significación en todos los sentidos, debido a que en él se incluyen la mayor parte de las transacciones vinculadas con la Zona del Canal. En este segundo y último apartado, se analiza en primer lugar la evolución de la productividad total, así como la de los distintos sectores económicos. A continuación el estudio se concentra en la modernización, que siempre implica

diversificación, de la industria, y se termina el apartado con el examen de la modernización agropecuaria.

Los principales resultados que se desprenden de este capítulo son de dos tipos. Unos se refieren a las tendencias generales imperantes en la región. Los otros muestran profundas desigualdades en su seno. Las tendencias generales, como las diferencias nacionales, se ponen de manifiesto en los tres lapsos considerados, en aspectos tanto cuantitativos como cualitativos, pero las diferencias nacionales se hacen asimismo evidentes en los niveles alcanzados por ciertos indicadores.

Las tendencias generales se manifiestan en las variaciones de la composición del PIB, que ponen de relieve la distinta incidencia de los sectores económicos en la expansión del producto, en los distintos dinamismos sectoriales al interior de los países y en los procesos de modernización. Las diferencias nacionales se tratan en relación a las evoluciones sectoriales, la intensidad de la modernización y los niveles alcanzados por esta al final del periodo estudiado.

En el periodo largo y en la etapa de auge, las tendencias generales son parecidas, pues lo conseguido en el primero se debió sobre todo a la dinámica manifestada en la segunda. En ambos lapsos, los sectores económicos que más contribuyeron a la expansión del PIB en América Central, al igual que en Iberoamérica, fueron el secundario y el terciario, quedando el primario relegado al último lugar. En Guatemala y, sobre todo, Nicaragua el principal responsable del crecimiento del producto fue, como en Iberoamérica, la industria manufacturera, pero en

Costa Rica, El Salvador, Honduras y Panamá lo fue el sector terciario. Como resultado de tales cambios relativos, en general el sector terciario se mantuvo como el más abultado en todos los países centroamericanos, tal como sucedió en el promedio iberoamericano, durante todo el periodo. Pero la adjudicación del segundo lugar fue cambiando a lo largo del mismo. Al comenzar, en Iberoamérica ya lo ocupaba el sector secundario, pero en todos los países centroamericanos el sector primario participaba todavía en mucha mayor medida que el secundario en la generación del producto. Por el contrario, al finalizar el periodo, este segundo lugar era ocupado por el sector secundario en Belice, Costa Rica y Panamá, al tiempo que los porcentajes de éste sector y el primario eran semejantes en Nicaragua, después de haber estado el secundario en segundo lugar durante más de dos décadas, y Honduras, pero en El Salvador y Guatemala todavía era algo mayor la producción del sector primario.

El periodo largo y la etapa de auge también son parecidos en el sentido de que en ambos lapsos se detecta crecimiento en todas las actividades consideradas, así como en el orden de crecimiento de las mismas. En el periodo largo, se constata que dicho orden, de mayor a menor crecimiento, fue, de manera uniforme en todos los países de la región, el siguiente: servicios básicos, industria, "otros servicios" (es decir, el sector terciario, excluidos los servicios básicos) y el sector primario. De manera similar, en la etapa de auge, el susodicho orden de crecimiento fue como sigue: industria, sector terciario y sector primario, si bien dentro de éste el aumento de la

producción para la exportación fue en general bastante superior al de la dedicada al consumo interno. Asimismo, en estos dos lapsos se hicieron ciertos progresos en la modernización industrial y agropecuaria, sobre todo en su vertiente exportadora, en todos los países de la región, en lo fundamental como consecuencia de lo sucedido en la etapa de auge, aunque las diferencias nacionales, en especial en el periodo largo, fueron muy significativas en este sentido, debido sobre todo a lo ocurrido en la etapa de crisis. Sin embargo, en relación a las dinámicas de la productividad nacional y del sector terciario en el periodo largo y la etapa de auge existen quizás tantas diferencias como similitudes. En el primero, la productividad nacional creció en todos los países, con las excepciones de El Salvador y Nicaragua, donde permaneció estancada, al tiempo que la productividad del sector terciario retrocedía en todos ellos, con las excepciones de Costa Rica y, sobre todo, Panamá. Sin embargo, en la etapa de auge la productividad nacional aumentó en todos los países, sin excepciones, y la del sector terciario sólo descendió en Honduras y Nicaragua. Con todo, parece evidente que en ambos lapsos se produjeron procesos significativos de modernización en los tres sectores económicos, si bien, al ser considerados globalmente, en ocasiones, sobre todo en relación al sector terciario, que fue el que en su conjunto se modernizó menos, estos procesos queden opacados por el gran incremento de las actividades informales y de baja productividad.

En la etapa de crisis, en general se frenaron, estancaron o invirtieron las tendencias previas consideradas como positivas,

al tiempo que se agudizaban las negativas. Además, los comportamientos nacionales se hicieron más dispares, por lo que las tendencias generales tienen muchas más excepciones que en los dos lapsos analizados antes. Con respecto a la composición del PIB, la importancia relativa del sector terciario continuó incrementándose. Sin embargo, en esta etapa de crisis las tendencias previas con respecto a los sectores primario y secundario se invirtieron, al prevalecer el estancamiento en el primer caso y el retroceso en el segundo. En ambos sentidos, la excepción más notable fue la de El Salvador, donde continuó el descenso del porcentaje del sector primario y el aumento del secundario. En esta etapa, los crecimientos sectoriales de casi todos los países, se frenaron, estancaron o incluso retrocedieron. En estos 13 años signados por la crisis, los sectores económicos con mayor dinamismo en cualquiera de las naciones centroamericanas, con la excepción de Belice, en donde los tres se incrementaron entre 70 y 90%, apenas crecieron 50%, a diferencia de lo sucedido en los 30 años anteriores, cuando fue frecuente que la producción industrial se quintuplicase y la agropecuaria se triplicase. En este sentido, sin embargo, el caso más dramático fue el de Nicaragua, donde en 1993 el valor de la producción en los tres sectores era inferior no sólo al de 1980 sino también al de diez años antes. En esta "década perdida" la actividad más afectada fue precisamente la que con anterioridad había manifestado un mayor dinamismo; es decir, la industria manufacturera, cuya importancia relativa sólo aumentó en El Salvador. Por su parte, la productividad nacional, así como la

del sector terciario, disminuía en todos los países, con la única excepción quizás de Belice; la modernización industrial sólo mantuvo cierto dinamismo en Costa Rica y Panamá, pues retrocedió en Nicaragua y se estancó en las cuatro naciones restantes; al tiempo que la modernización agropecuaria, actividad que en general sufrió la crisis en menor grado que la industria, demostraba un dinamismo relativamente alto en Belice, Costa Rica y Honduras, algo menor en Guatemala y Panamá, pero se estancaba o retrocedía en El Salvador y Nicaragua.

La última característica común a los países centroamericanos que interesa resaltar se refiere a los niveles alcanzados por su desarrollo industrial y agropecuario, al margen de que posteriormente se analicen las diferencias nacionales existentes en este mismo sentido. En efecto, si se consideran dentro del contexto mundial, los niveles alcanzados por todos los países centroamericanos fueron incipientes en la producción industrial y escasos en la de alimentos, con la parcial excepción de El Salvador, donde los rendimientos del frijol y el maíz eran relativamente altos, y Guatemala, donde sucedía lo propio con el del frijol. Sin embargo, en los cultivos de exportación predominaban los niveles relativamente altos en cuatro países de la región --Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras-- y en otro, Nicaragua, estos se alternaban con los medianos, aunque en Belice y Panamá prevalecían los bajos.

A pesar de que las tendencias generales que se han mencionado no son en absoluto desdeñables, el análisis de la evolución del crecimiento y modernización sectorial, así como del

nivel alcanzado por esta última al final del periodo, pone de relieve profundas diferencias nacionales. Para abordar este asunto, se han elaborado de manera independiente una serie de tipologías: unas clasifican a los países de la región de acuerdo tanto con sus respectivos crecimientos sectoriales como con sus dinámicas modernizadoras; la última los aglutina según los niveles alcanzados por la modernización industrial y agropecuaria al final del periodo. Entre las primeras predominan las coincidencias, pero la última arroja resultados diferentes en ocasiones a las anteriores. Esto resulta en parte lógico, pues tales niveles, además de circunscribirse a unos pocos aspectos de las economías nacionales, no sólo han dependido de los comportamientos obtenidos a lo largo del periodo estudiado sino también de los distintos niveles existentes al comienzo del mismo.

Con respecto al periodo largo, las dos clasificaciones elaboradas, una en relación al crecimiento sectorial y otra sobre el dinamismo modernizador, coinciden plenamente. El primer grupo está conformado por Costa Rica, Panamá y Belice; el segundo, por Honduras, Guatemala y El Salvador; el tercero, sólo por Nicaragua. Costa Rica tiene en general los mejores resultados regionales: alto crecimiento en todos los sectores económicos, así como en la producción de alimentos y cultivos exportables; al tiempo que su dinamismo era notable en cuanto a la productividad nacional y del sector terciario, así como en la modernización industrial y del sector primario. En Panamá el incremento de la productividad nacional fue notable. También lo

fue el aumento de la productividad del sector terciario y el crecimiento de este sector, sobre todo en relación a los servicios básicos, el rubro más directamente ligado a la actividad canalera. Por su parte, la industria panameña tuvo un elevado crecimiento, pero su dinamismo modernizador fue mediano; al tiempo que también merecían este último calificativo los incrementos cuantitativos (en alimentos y cultivos para la exportación) y cualitativos del sector primario. En Belice, fueron altos el crecimiento de la producción en los tres sectores y el dinamismo modernizador tanto en la industria como en el sector primario. En Honduras, la productividad nacional tuvo un incremento moderado y la del sector terciario retrocedió, como en los otros dos países de su grupo, a pesar de su crecimiento relativamente alto, aunque este fue menor que los de Costa Rica y Panamá. Por su parte, el dinamismo modernizador de este país fue intermedio en la industria, cuyo incremento fue también relativamente alto, y el campo, donde el crecimiento fue bajo, sobre todo por el comportamiento de la producción alimentaria. La evolución guatemalteca fue semejante a la hondureña en relación a la productividad y el sector terciario, pero en Guatemala la modernización industrial y rural fueron altas (en el contexto regional, por supuesto), al tiempo que el crecimiento de la producción agropecuaria, como el de la industrial, era relativamente alto, debido al desempeño tanto de los alimentos como de los cultivos exportables. En El Salvador, como en Nicaragua, la productividad nacional se estancó y la del sector terciario retrocedió, al tiempo que el ritmo del crecimiento y

la modernización en el sector primario eran bajos. Sin embargo, los cambios cuantitativos y cualitativos protagonizados por la industria salvadoreña, como en el caso de Guatemala, fueron relativamente altos. Por último, en Nicaragua la productividad nacional se estancó, la del sector terciario retrocedió y fue baja la modernización de la industria y el sector primario, cuyas producciones tuvieron los menores incrementos de la región.

En relación a la etapa de auge, se han establecido tres grupos de países con respecto al crecimiento sectorial --en el primero se encuentran Belice, Costa Rica, Nicaragua y Panamá; en el segundo, El Salvador y Guatemala; en el tercero, Honduras-- y sólo dos en relación al dinamismo modernizador: en el primero se han ubicado a todos los países de la región, salvo Honduras: el único integrante del segundo grupo. Sin embargo, como puede percibirse estas diferencias no son muy significativas, pues radican en que en la segunda clasificación se unifican los dos primeros grupos de la primera, lo cual no resulta extraño, dado que las diferencias nacionales encontradas en esta etapa son mucho menos pronunciadas que las explicitadas en los otros dos lapsos. En esta etapa de auge predominaron los crecimientos altos, salvo en lo referido a la productividad del sector terciario, que en el mejor de los casos, en Panamá, no alcanzó a incrementarse en 60% y retrocedió en Honduras y Nicaragua. En Belice, Costa Rica, Nicaragua y Panamá se produjeron los más altos crecimientos industriales de la región, a pesar de que el dinamismo modernizador de esta rama económica fue moderado en todos ellos, salvo en Costa Rica, donde fue alto. En los cuatro

fue notable el incremento de la productividad nacional, que en la región sólo fue moderada en El Salvador y Honduras, y de la modernización agropecuaria, que sólo fue mediana en Honduras. El crecimiento de la producción agropecuaria fue alto en Belice, Costa Rica y Nicaragua, debido en los dos primeros casos al buen comportamiento tanto de los alimentos como de los cultivos exportables, pero en Nicaragua la producción alimenticia fue muy inferior a la expansión demográfica, en tanto que la agricultura de exportación obtenía el mayor aumento de la región. Por el contrario, en Panamá el crecimiento del sector primario fue escaso, a pesar del buen desempeño de la producción alimenticia. En El Salvador y Guatemala, fue alto el crecimiento de la industria, así como su proceso modernizador y el del sector primario, el cual tuvo un crecimiento alto en Guatemala, donde sucedió lo propio con los cultivos de alimentos y para la exportación, y algo menor en El Salvador, donde se incrementó sobre todo la producción exportable. Por su parte, el aumento de la productividad nacional fue alto en Guatemala y moderado en El Salvador. En Honduras, el comportamiento de todas las variables consideradas fue el peor, o uno de los peores, de la región, si bien dicha dinámica se hizo más perceptible con respecto al sector primario.

En la etapa de crisis, el número de grupos establecidos, así como su conformación, son idénticos a los señalados con respecto al periodo largo. En esta etapa de crisis, en Belice, Costa Rica y Panamá la productividad nacional y la del sector terciario se redujo de forma moderada o nula, al tiempo que eran altos los

crecimientos de este sector en los tres países. Sin embargo, el crecimiento de la industria fue alto en Belice y Costa Rica pero moderado en Panamá, al tiempo que las tendencias positivas en la modernización de dicha rama económica sólo se hacían más o menos evidentes en Costa Rica y Panamá. Dichas tendencias también se manifestaron, en este caso en las tres naciones, en relación a la modernización de la producción agropecuaria, la cual tuvo crecimientos altos en todos ellos, según algunos datos, pero sólo habría sucedido lo propio, de acuerdo con otras cifras, en Costa Rica, tanto por el comportamiento de los alimentos como de los cultivos de exportación, pues en Belice y Panamá habrían sido bajos los incrementos de ambos rubros. Aunque el proceso modernizador de la industria se estancó en esta etapa en los tres países del segundo grupo, así como retrocedía intensamente en todos ellos la productividad del sector terciario, el referido al agro manifestó cierto dinamismo en Honduras, algo menor en Guatemala y retrocedió en El Salvador. Y éste fue el orden, de mejor a peor, en el comportamiento global y en el retroceso de la productividad nacional de estos tres países en esta etapa de crisis. En Honduras, el crecimiento del sector terciario y de la industria fue alto, pero bajo el de la actividad agropecuaria, debido al desempeño tanto de los productos alimenticios como de los destinados a la exportación. En Guatemala, la producción industrial quedó estancada, pero la de los sectores terciario y primario, gracias sobre todo al desempeño de los alimentos, manifestó un ligero incremento. En El Salvador, el crecimiento industrial fue moderado y bajo, como en Guatemala, el del sector

terciario, pero el del sector primario, según las distintas fuentes manejadas, se habría estancado o incluso retrocedido, debido a la caída de la producción alimenticia y, en especial, de los cultivos exportables. Por último, Nicaragua padeció en esta etapa un intenso retroceso tanto en el valor de la producción de todos los rubros considerados como en el proceso modernizador industrial y agropecuario.

De acuerdo con el grado de modernización alcanzado al final del periodo en la industria y el agro, se han establecido otros tres grupos. Los integrantes del primero --Costa Rica, El Salvador y Guatemala-- detentaban un nivel alto en el ámbito regional en ambos sentidos. El de Honduras y Panamá, que conforman el segundo grupo, junto con Belice, era intermedio en los dos, pero en Belice sólo era así el nivel referido a la industria, pues el agropecuario era bajo, como en Nicaragua, único integrante del tercer grupo, en ambos rubros.

2.1. Crecimiento

El análisis de la evolución de la composición sectorial del PIB (cuadro I.3) permite abordar tres temas: en qué medida contribuyeron los diferentes sectores económicos al desempeño global del mencionado producto en cada país; cuáles fueron, también al interior de cada nación, los diferentes dinamismos de cada sector; qué significación se debe otorgar a los niveles de las importancias relativas del sector primario y la industria

manufacturera, en tanto que posibles indicadores para medir el nivel del desarrollo económico nacional. Los dos primeros asuntos están claramente vinculados, pero no son idénticos. En ocasiones la mayor contribución de un sector que otro a la expansión del producto coincide con su mayor crecimiento. Por ejemplo, en la etapa de auge el sector terciario de El Salvador contribuyó más que el secundario al aumento del producto nacional, pues sus porcentajes aumentaron 11 y 2 puntos respectivamente, al tiempo que el porcentaje del sector terciario se incrementaba en mayor medida (26%) que el del sector secundario (13%). Pero en otras ocasiones no se produce esta coincidencia. Por ejemplo, en esta misma etapa de auge el sector terciario de Costa Rica contribuyó en mayor medida que el secundario en la expansión del producto, debido a que el porcentaje del primero aumentó en algo más de diez puntos y el del segundo en sólo ocho, pero el sector terciario creció menos que el secundario, en virtud de que el porcentaje del primero se incrementó en 26% y el del segundo en 52%. Sobre los tópicos primero y tercero, no se insistirá en el resto del apartado. No así acerca del segundo, si bien se hará con datos que, a diferencia de los ofrecidos por este tópico, permiten establecer las comparaciones oportunas entre los comportamientos de los distintos países de la región.

En el periodo largo, en América Central, así como en Iberoamérica, los sectores que de manera directa contribuyeron en mayor medida a la expansión del PIB fueron el secundario y el terciario, pues el primario lo hizo en último lugar. Sin embargo, en cuatro países centroamericanos --Costa Rica, El Salvador,

Honduras y Panamá-- el principal responsable de dicha expansión fue el sector terciario, en tanto que en otros dos, Guatemala y Nicaragua, como en Iberoamérica, lo era la industria. El porcentaje del sector primario descendió en todos los países entre 10 y 20 puntos, pero sus descensos más notorios se produjeron en Costa Rica, Honduras y Panamá. El porcentaje del sector terciario ganó entre 10 y 20 puntos en Costa Rica, El Salvador, Honduras y Panamá, el país con un incremento mayor en este sentido. En estos cuatro países, tal sector fue el que contribuyó en mayor medida a la expansión del PIB, pues el secundario sólo aumentó alrededor de cinco puntos en todos ellos. En Guatemala los aumentos de estos porcentajes fueron similares, en torno a los tres puntos, pero en Nicaragua, caso excepcional en la región, el porcentaje del sector secundario ascendía en más de 10 puntos, al tiempo que el del sector terciario mostraba una cierta reducción. La importancia relativa de la industria manufacturera en la generación del producto también se incrementó en estos seis países de la región, pero lo hizo en mayor grado en Costa Rica, Honduras y, sobre todo, Nicaragua. Sin embargo, en Centroamérica sólo fue en este último país y en Guatemala donde el porcentaje de la industria manufacturera ganó más puntos que el sector terciario, si bien este fue también el comportamiento del promedio iberoamericano.

Las variaciones en la composición sectorial del PIB y el crecimiento de algunos de sus sectores, muestran que en América Central la importancia relativa del sector terciario tuvo una clara tendencia ascendente a lo largo de los 40 años estudiados,

pero las de los otros dos sectores evolucionaron de manera distinta en las etapas de auge y de crisis: la importancia relativa del sector primario descendió en la primera para aumentar o quedarse estancada en la segunda, salvo en El Salvador y Belice, donde mantuvo un cierto decremento; en tanto que la del sector secundario, así como la de la industria manufacturera, se incrementó en los treinta años de auge y disminuyó o se estancó en la posterior década de crisis, con la excepción una vez más de El Salvador, lo que demuestra que fue en general el más golpeado por ella. Por tanto, el descenso del porcentaje del sector primario, así como el aumento de la importancia relativa del sector secundario y la industria manufacturera, durante este periodo largo se debieron en lo fundamental a lo ocurrido en la etapa de auge. Aunque no se cuenta con los datos suficientes para afirmarlo categóricamente, es muy probable que en Belice, de acuerdo con los niveles de los porcentajes sectoriales desde 1980, se reprodujesen estas mismas tendencias: descenso del porcentaje del sector primario y aumento del referido tanto al sector secundario como a la industria en el periodo largo, debido en lo fundamental a sus respectivos comportamientos en la etapa de auge (cuadro I.3).

No resulta, por tanto, extraño que las principales características de la evolución de la composición del PIB en el periodo largo se puedan aplicar también a su comportamiento en la etapa de auge: los sectores secundario y terciario contribuyeron en mayor medida que el primario a la expansión del PIB, pero en cuatro países de la región --Costa Rica, El

Salvador, Honduras y Panamá-- fue el terciario el que más coadyuvó, mientras que en otros dos, Guatemala y Nicaragua, el secundario fue el principal responsable. En este sentido, la única diferencia entre ambos lapsos, si bien de poca significación, es que en Guatemala tanto el porcentaje del sector secundario como el de la industria manufacturera aumentaron más puntos que el sector terciario en esta etapa de auge, en tanto que en el periodo largo sólo sucedió lo propio en relación a la industria. La diferencia más notoria que surge al comparar la evolución de la composición del PIB en ambos lapsos es que el dinamismo del sector secundario fue algo mayor en la etapa de auge que en el periodo largo, si bien no es tampoco muy significativa, pues no se percibe claramente en relación a la industria. En concreto: en la etapa de auge, el porcentaje del sector primario perdió entre 10 y 20 puntos en todos los países; el del terciario ascendió entre esos mismos 10 y 20 puntos en todos ellos, salvo en Guatemala, donde el ascenso fue escaso, y Nicaragua, donde manifestó un cierto descenso; el de la industria aumentó entre dos puntos, en el caso de El Salvador, y algo menos de los diez, en los casos de Costa Rica y Honduras, pero en Nicaragua se incrementó en 15 puntos. Por su parte, el porcentaje del sector secundario aumentó en más de seis puntos en Costa Rica, Guatemala y Panamá, en tanto que en Nicaragua lo hacía en más de 15 puntos (cuadro I.3).

Tanto en Iberoamérica como en Centroamérica, en la etapa de crisis, se invirtieron en general las tendencias anteriores con respecto a la importancia relativa de los sectores primario --

que se estancó en cuatro países de la región, así como en Iberoamérica, ascendió en uno y sólo disminuyó en otro: El Salvador-- y secundario --que retrocedió, de la misma forma que en Iberoamérica, en cinco países, se estancó en otro y sólo creció en el restante: El Salvador--, así como de la industria, cuyo porcentaje disminuyó en cuatro países, también como en Iberoamérica, se estancó en dos y sólo se incrementó en El Salvador. Por su parte, el porcentaje del sector terciario en esta etapa de crisis tendió a mantener el incremento que le caracterizó en las décadas anteriores, pues aumentó tanto en cuatro países centroamericanos como en Iberoamérica, aunque se mantuvo estancado en los otros tres países istmeños. Por tanto, el sector terciario fue el que menos padeció la crisis en esta etapa, salvo en El Salvador, donde fue el secundario, Nicaragua, donde fue el primario, y Honduras, donde la importancia relativa de todos los sectores se mantuvo más o menos estancada. Por el contrario, el sector que más resintió esta crisis fue en todos los países el secundario, con las excepciones de Honduras y El Salvador. La importancia relativa del sector primario en 1994 era similar a la de 14 años antes en cuatro países de la región --Panamá, Honduras, Guatemala y Costa Rica--, si bien en algunos de ellos, se había incrementado en los ochenta; mayor en uno, Nicaragua; y ligeramente menor en los dos restantes: Belice y El Salvador. En estos mismos 14 años, el porcentaje del sector secundario descendió, a pesar de una cierta recuperación en los noventa, en cinco países --en Guatemala y Nicaragua en mayor medida, pero también en Belice, Costa Rica y Panamá-- entre uno

y cuatro puntos, como en Iberoamérica, en tanto que en Honduras se mantenía estancado y en El Salvador aumentaba ligeramente. Una tendencia similar se manifestó con respecto al porcentaje de la industria, el cual disminuyó en Belice, Guatemala, Nicaragua y Panamá y se mantuvo prácticamente estancado en Costa Rica y Honduras, siendo también El Salvador el único país de la región con un cierto incremento en este sentido. Por su parte, el sector terciario fue el que mostró mayor dinamismo en la mayoría de los países de la región entre 1980 y 1994, a pesar de que tendió a disminuir en los noventa. En estos 14 años su porcentaje se incrementó, y en mayor medida que cualquiera de los otros sectores, en Belice, Costa Rica, Guatemala y Panamá, pero se mantuvo estancado en los otros tres (cuadro I.3).

Con frecuencia se vienen relacionando la participación de la industria manufacturera y del sector primario en la generación del PIB con el desarrollo económico. Estas relaciones suponen que la intensidad del descenso de la importancia relativa del sector primario y el grado de aumento del porcentaje de la rama manufacturera reflejan el ritmo seguido por el desarrollo económico. Y también que los niveles de estos dos indicadores en un momento dado están vinculados con los niveles globales de dicho desarrollo. Como es evidente, esta percepción descansa en la identificación de desarrollo económico con industrialización. Sin embargo, como se demuestra en este trabajo, en América Central este principio no ha resultado del todo cierto, pues en el desarrollo económico de todos los países de esta región han desempeñado un papel muy importante el crecimiento, la

diversificación y la modernización del sector primario, sobre todo en lo relacionado con la exportación; independientemente de los distintos grados de desarrollo económico alcanzados por cada uno de ellos. De cualquier forma, y al margen de los problemas teóricos que plantea dicho principio, las mencionadas suposiciones sólo se corroboran parcialmente en el presente trabajo. Por un lado, es cierto que, en sus trazos más gruesos, el desarrollo económico detectable en todos los países de la región en el periodo largo y en la etapa de auge se reflejó en el aumento de la participación de la actividad industrial en la generación del PIB, así como en la disminución de la del sector primario, si bien ésta fue mucho más notoria en general que aquél. También lo es en general que estas tendencias se estancaron o revirtieron en la etapa de crisis. Por otro lado, sin embargo, una mayor o menor variación en dichos indicadores o su mayor nivel en un momento dado, con frecuencia no reflejan desarrollos económicos más o menos intensos o niveles superiores de tal desarrollo. Por ejemplo, en el periodo largo tanto el incremento del porcentaje de la industria manufacturera en la generación del producto como su nivel en 1994, fue mayor en Nicaragua que en Costa Rica, a pesar de que en este último país fue muy superior tanto el dinamismo del desarrollo económico como el nivel alcanzado por el mismo al final del periodo. De manera similar, en la etapa de auge el descenso de la participación del sector primario en la generación del producto hondureño fue mayor que el de Guatemala, al tiempo que el nivel de dicho porcentaje en 1980 era mayor en este país que en aquél, a pesar de que el

desarrollo económico en esta etapa fue más intenso en Guatemala que en Honduras y el nivel alcanzado en este sentido en 1980 era mayor en el primer caso que en el segundo. Con todo, no resulta ocioso hacer algunas comparaciones acerca de cómo evolucionaron las importancias relativas de los sectores económicos durante las décadas estudiadas, pues ponen de manifiesto cambios económicos y sociales significativos.

Durante estas cuatro décadas, el porcentaje más elevado, tanto en el promedio iberoamericano como en América Central, correspondió al sector terciario: sólo en algunos países centroamericanos, y exclusivamente al inicio del periodo, fueron similares los porcentajes de los sectores primario y terciario. En este sentido, sin embargo, se ha destacado Panamá, cuyo sector terciario, debido a la enorme importancia que la actividad canalera representa para la economía global del país, es mucho más abultado, en términos relativos, que el de cualquier otra nación del continente americano. En el promedio iberoamericano, el sector secundario ocupó el segundo lugar en importancia a lo largo de todo el periodo, pero en los países centroamericanos la producción de este sector siempre fue inferior a la del primario, con las excepciones de Belice, Costa Rica, Nicaragua y Panamá, en los cuales el porcentaje del sector secundario se elevó por encima del primario a partir de los sesenta o setenta, aunque en Nicaragua descendió un poco por abajo otra vez en los noventa. En 1994, estos porcentajes eran similares en Honduras y Nicaragua, en tanto que en El Salvador y Guatemala el del sector primario sólo era inferior al del sector secundario en alrededor

de seis puntos (cuadro I.3).

Estos datos se relacionan con el hecho de que la participación del sector primario en el PIB de los países centroamericanos se mantuvo alta durante todo el periodo, con las excepciones de Panamá, donde descendió, de acuerdo con algunas fuentes, desde un nivel intermedio (entre 19 y 30%) al comienzo hasta uno bajo (menos del 12%) en las décadas siguientes, así como de Costa Rica y Belice, que la llegaron a ostentar de tipo intermedio (entre 12 y 20%) al final de dicho periodo. Por el contrario, la participación de la industria manufacturera en los países del Istmo, que era de nivel bajo (menos del 15%) en todos ellos al comienzo del periodo, sólo ascendió claramente a lo largo del mismo a niveles superiores en los casos de Costa Rica y, en especial, de Nicaragua, donde se elevó por encima del 20%. Por su parte, la participación del sector terciario en Centroamérica en general se puede considerar normal dentro del contexto iberoamericano, con la excepción de Panamá, donde es sensiblemente superior (cuadro I.3).

De acuerdo con los incrementos porcentuales de las importancias relativas de los sectores secundario y terciario así como de la industria manufacturera, en el periodo largo el sector terciario sólo creció más que el secundario y la industria manufacturera en El Salvador; en Panamá y Honduras los aumentos fueron similares, pero en Costa Rica, Guatemala y Nicaragua resultaron superiores los incrementos relacionados con la producción industrial. Además, como era de suponer, ambos sectores crecieron en mayor medida que el primario en este

periodo largo. En la etapa de auge, las tendencias son idénticas a las señaladas para tal periodo, con la salvedad de que, en esta etapa, los rubros vinculados con la producción industrial crecieron en mayor medida que el sector terciario también en Panamá. Por ello, tanto en el periodo largo como en la etapa de auge, a pesar de que en la mayoría de los países la expansión del PIB se debió sobre todo al comportamiento del sector terciario, el crecimiento de los rubros relacionados con la producción manufacturera fue mayor en general que el de dicho sector. Sin embargo, estas tendencias sufrieron un cambio profundo en la etapa de crisis, cuando, como ya se anotó, fue precisamente El Salvador el único país en el que el sector secundario fue el más dinámico, en tanto que en los otros países resultó ser el más afectado por dicha crisis, salvo en Honduras, donde todos los sectores la padecieron por igual. Con respecto a Belice, se puede afirmar que, según se deduce de los niveles de los porcentajes sectoriales desde 1980, en el periodo largo y en la etapa de auge el sector secundario creció más que el primario, pero en la etapa de crisis ambos crecieron de manera similar, aunque menos que el sector terciario (cuadro I.3).

Si a los datos que se acaban de mencionar se añaden los contenidos en los cuadros I.5 y I.14, relativos al crecimiento del sector primario y la industria, así como otros que permitieron establecer los crecimientos en el periodo largo y la etapa de crisis de los tres sectores económicos y de algunas de las ramas incluidas en ellos, los cuales se elaboraron a partir

de dos textos de la CEPAL (1978 y Anuario... 1994: 198-201), se puede llegar a las conclusiones que se exponen enseguida en torno a los desiguales crecimientos sectoriales al interior de los países en los tres lapsos estudiados; si bien se debe señalar que los resultados obtenidos al respecto, no deben tomarse sino como aproximaciones gruesas y que no implican comparaciones entre los países contemplados. Estas vendrán a continuación.

En el periodo largo, se ha podido constatar que, si se divide la producción económica en cuatro categorías, el orden de sus respectivos crecimientos, de mayor a menor, es idéntico, sin excepciones, en los seis países de la región, todos salvo Belice, de los que se dispuso de la información pertinente: servicios básicos, el rubro que más creció, sector secundario, "otros servicios" (en lo fundamental, el sector terciario con exclusión de los servicios básicos) y, por último, el que menos creció, aunque también creció en todos los países, el sector primario. Es necesario resaltar la importancia de estos resultados, no sólo por la significación que tienen en sí mismos, sino también porque no es usual un comportamiento tan uniforme en relación a un asunto en el que confluyen tantas variables. Con respecto a si el sector secundario creció más que el terciario (que incluye "servicios básicos" y "otro servicios") en este periodo largo, los dos indicadores manejados arrojan resultados no siempre coincidentes, pero que permiten corroborar que la tendencia general fue la de un mayor dinamismo de la producción ligada a la industria manufacturera. Ambos coinciden en que ésta creció más que la del sector terciario en Costa Rica, Guatemala y

Nicaragua; en Honduras, Panamá e incluso El Salvador habría sucedido lo propio según uno de los indicadores, aunque según el otros los crecimientos habrían sido similares en Honduras y Panamá, pero superior al del sector terciario en El Salvador. En la etapa de auge, las diferencias en los crecimientos sectoriales fueron las mismas que en el periodo largo: en todos los países el menor dinamismo se produjo en el sector primario y también en todos ellos, con la única y parcial excepción de El Salvador, el secundario creció con más intensidad que el terciario. Otra característica importante de esta etapa es que todos los sectores económicos considerados crecieron en ella de manera más o menos significativa, a diferencia de lo sucedido en la etapa de crisis. Por tanto, esta etapa de auge fue en general la principal responsable de los crecimientos sectoriales, también unánimes, en el periodo largo. En la etapa de crisis, la uniformidad de las tendencias anteriores desapareció. En Nicaragua descendió la producción de los tres sectores: en 1993 su valor era inferior al de 1980, e incluso al de 1970, en los tres casos, aunque el sector que más se deterioró fue el secundario y el que menos el primario. En los otros seis países de la región, por el contrario, el nivel de la producción sectorial en 1993 siempre era mayor al de 13 años atrás, aunque en varios casos esta diferencia fue tan escasa que debe tomarse como estancamiento. Esto sucedió en relación a la industria en Guatemala y Panamá, así como en el sector primario de El Salvador. En esta etapa de crisis, las tendencias fueron similares en Costa Rica, Guatemala y Panamá. En estos tres países, los sectores primario y terciario

crecieron de manera similar y en mayor medida que el secundario, aunque éste tuvo un incremento no desdeñable en Costa Rica. En Honduras todos los sectores crecieron de manera semejante. En El Salvador, el mayor incremento se produjo en la industria manufacturera, pero ésta sólo creció 20% (cuadros I.3, I.5 y I.14; CEPAL, 1978; CEPAL, Anuario... 1994: 198-201).

Aunque sobre Belice no se obtuvieron datos completos acerca de la composición del PIB ni del crecimiento sectorial anteriores a 1980, se puede afirmar que, dado el relativamente escaso porcentaje del sector primario entre 1980 y 1993, este sector habría crecido en menor medida, tanto en el periodo largo como en la etapa de auge, que el sector terciario y, sobre todo, el secundario, cuya participación relativa en la generación del producto era relativamente alta entre tales fechas. En la etapa de crisis, el crecimiento del sector terciario fue superior al de los otros dos sectores, pero estos también tuvieron incrementos importantes. Por todo ello, se podría aseverar que las tendencias sectoriales en Belice fueron semejantes a las que imperaron en el resto de la región: en el periodo largo y en la etapa de auge el sector secundario fue el que demostró mayor dinamismo, seguido del terciario y, por último, del primario, en tanto que en la etapa de crisis se produjo una disminución de la importancia relativa del sector secundario, aunque en este caso fue similar a la del primario (cuadro I.3, I.5 y I.14; CEPAL, Anuario... 1994: 240-241).

Lo que resta del presente apartado se dedica a señalar las diferencias nacionales en cuanto a las distintas dinámicas

sectoriales en los tres lapsos estudiados. En primer lugar, este objetivo se lleva a cabo de manera conjunta en relación a los tres sectores y algunas de las ramas económicas que los integran, como la industria manufacturera y servicios básicos; estableciendo en cada uno de los lapsos considerados una clasificación de los países centroamericanos, de acuerdo con sus diversos ritmos de crecimiento sectorial. Con respecto al periodo largo, la dinámica de los sectores y ramas consideradas se calculó a partir de la elaboración propia de índices de crecimiento basados en cifras relativas a 1950-1970 (CEPAL, 1978) y 1970-1993 (cuadros I.5 y I.14; CEPAL, Anuario... 1994: 198-201). Los índices de crecimiento de productos de exportación y alimentos empleados para este periodo son sumamente aproximados, pues se calcularon a partir de los índices que aparecen en el cuadro I.5, sobre la evolución de su valor agregado entre 1950 y 1977, y de los calculados por el autor con base en los publicados por la FAO (Cuadros por países... 1982; Cuadros por países... 1995) en relación al volumen total de la producción agropecuaria y de alimentos entre 1979-81 y 1992-94. Con respecto a la etapa de auge, los índices manejados son los que aparecen en los cuadros I.5 y I.14. En relación a la etapa de crisis, además de los índices aparecidos en estos cuadros, se utilizaron unos elaborados por el autor a partir de cifras de la CEPAL (Anuario... 1994: 198-201) y otros publicados por los textos mencionados de la FAO. En segundo lugar, se cierra este apartado con un análisis de la evolución de los siete productos agrarios principales; cuatro destinados a la exportación --café, banano,

caña de azúcar y algodón-- y tres para consumo interno: maíz, frijol y arroz (cuadros I.7-I.13), aunque los resultados más importantes de esta evolución se incorporan, de manera sintética, a la visión global anterior. Con respecto a Belice, se utilizaron datos completos acerca de la evolución de estos productos agrarios, pero la información manejada sobre su crecimiento sectorial es más reducida que la recabada para el resto de los países de la región, por lo que se prefirió analizarlo de manera independiente.

En el periodo largo, se establecieron tres grupos de países: el primero está integrado por Costa Rica y Panamá; el segundo, por Honduras, Guatemala y El Salvador; el tercero queda conformado por un sólo país: Nicaragua. El orden en el que se han colocado los países integrantes de cada grupo responde a su mayor o menor dinamismo en general. Costa Rica tuvo el mayor crecimiento de la región en todos los rubros considerados, con excepción de los servicios básicos, que aumentaron más en Panamá. Todos los rubros estudiados se multiplicaron por lo menos por diez en este país, salvo el sector primario que lo hizo por cinco. Este buen comportamiento del sector primario costarricense se corrobora al constatar que tanto la producción alimenticia como la destinada a la exportación, al multiplicarse por lo menos por tres, crecieron más que la población. Sin embargo, esta dinámica sólo se confirma parcialmente a partir de los datos sobre la evolución de los siete productos agrícolas considerados, pues si bien los cultivos de exportación tuvieron crecimientos altos o muy altos en este largo periodo, salvo en la caña que fue

mediano, de los dedicados al consumo interno, sólo lo tuvo alto el arroz, pero el del maíz fue bajo y la producción de frijol se mantuvo estancada. Esta diferencia entre la evolución general de los alimentos y la de algunos de los cultivos que se supone son importantes en la nutrición nacional se puede deber a un cambio de dieta, debido al desarrollo socioeconómico protagonizado por la población costarricense en estas décadas. En Panamá el crecimiento de los sectores terciario y secundario se ubicó en segundo lugar, al multiplicarse más o menos por diez, pero el del sector primario se situó entre el de Guatemala y Honduras. Este moderado dinamismo del sector primario panameño se confirma tanto por el comportamiento general de la producción alimenticia y exportable como por el de los cultivos analizados, pues de estos sólo tuvieron crecimientos altos el café, de importancia secundaria en este país, y el arroz, en tanto que fue mediano el de la caña y banano, bajo el del maíz y la producción de frijol permaneció estancada.

En Honduras, los crecimientos del sector terciario, que se multiplicó por ocho, y de la industria, que casi se multiplicó por diez, fueron superiores al de sus dos compañeros de grupo. Sin embargo, el del sector primario sólo fue superior al de El Salvador, lo cual es coherente con el hecho de que la producción alimenticia general no consiguiera duplicarse ni igualar al crecimiento demográfico (aumento mediano del frijol, pero bajo del maíz y arroz) y la de exportación no alcanzase a triplicarse: alto crecimiento de la producción del café y la caña, pero bajo del banano, el principal cultivo de exportación del país. En

Guatemala, los crecimientos del sector terciario y de la industria fueron intermedios entre El Salvador y Honduras, pero el del sector primario, que se multiplicó por cuatro, sólo fue inferior en toda la región al de Costa Rica. Esto se ratifica al comprobar el relativamente alto dinamismo de la producción general de alimentos, que se incrementó de manera similar al aumento demográfico, y de exportación, pues ambos se triplicaron cuanto menos. De manera semejante, el comportamiento guatemalteco de los productos concretos analizados fue, junto con Belice y Costa Rica, el mejor de la región: aunque la producción de banano se estancó, su crecimiento fue alto en café, caña y arroz, en tanto que mediano en maíz y frijol. En El Salvador el crecimiento de los sectores terciario, cuyo valor apenas se quintuplicó, y primario, que no alcanzó a triplicarse, fue claramente inferior al de sus dos compañeros de grupo. Sin embargo, el del sector secundario y la industria fue algo superior al de Guatemala. En El Salvador, la producción general de alimentos, al no llegar a duplicarse en este periodo largo, creció mucho menos que la población, aunque la de exportación sí lo hizo en mayor medida. El único aumento alto se debió al arroz, el de la caña y el maíz fue mediano y bajo el de café y frijol. En Nicaragua se produjeron los menores crecimientos de la región en los tres sectores: el secundario se multiplicó por 4.5, el terciario casi se triplicó y el primario se duplicó sin mucha largueza. Sin embargo, en este caso la diferencia entre las dinámicas de la producción de alimentos y de la dedicada a la exportación fue quizás mayor que en el resto de la región, pues probablemente la

primera no alcanzó a duplicarse (alto aumento de arroz, pero bajo de maíz y frijol) y la segunda por lo menos se triplicó: alto crecimiento en caña y banano, aunque bajo en café.

Con respecto al crecimiento sectorial en la etapa de auge, también se han establecido tres grupos, pero las diferencias entre ellos son mucho menores que las que los distinguen en el periodo largo y en la etapa de crisis. En el primero se han ubicado Costa Rica, Nicaragua y Panamá; en el segundo, El Salvador y Guatemala; en el tercero, Honduras. En esta etapa, el crecimiento de la industria fue muy superior al del sector primario, como en el periodo largo, pero a diferencia de lo sucedido en éste en esta etapa su incremento fue más o menos notable en todos los países. El valor de la industria se septuplicó en todos los países del primer grupo, en El Salvador y Guatemala se multiplicó por entre cuatro y cinco, pero en Honduras no llegó a cuadruplicarse. De acuerdo con cifras globales, en Costa Rica, la producción total agrícola casi se triplicó, debido a que la de alimentos sí lo hizo holgadamente, pero la de exportación estuvo lejos de hacer lo propio. Sin embargo, estos resultados no son coherentes con el hecho de que los crecimientos del café, banano, caña y arroz fueran altos, en tanto que se estancaban los de maíz y frijol. En Panamá, el crecimiento del sector terciario, como el del secundario, fue muy alto, pero no sucedió lo mismo con respecto al sector primario, el cual probablemente fue escaso. La producción alimenticia parece que consiguió triplicarse (a pesar de que sólo el arroz tuvo un crecimiento alto, en tanto que el volumen de maíz se

estancaba y retrocedía el de frijol), pero la de exportación es posible que no se duplicase: el aumento de la caña fue alto, al tiempo que era mediano el de banano y café. De ser así, este sería un comportamiento excepcional, junto con el de Costa Rica, tanto en esta etapa como en el periodo largo (en la de crisis se produjeron varios casos similares), pues en estos dos lapsos la tendencia fue la contraria: mucho mayor crecimiento de la agricultura destinada a la exportación que la empleada para el consumo interno. En Nicaragua, se triplicó la producción agraria total, pero ello fue debido en lo fundamental al muy alto crecimiento de la producción para exportación (alto incremento del volumen en café, algodón y caña), la cual se septuplicó, pues la de alimentos apenas creció un 50%: alto incremento en arroz, pero bajo en maíz y frijol. En El Salvador el dinamismo de la industria fue mayor que en Guatemala, pero el del sector primario menor. Aunque la producción de alimentos se duplicó ampliamente creció menos que la población: el incremento del volumen de maíz y arroz fue mediano, pero el de frijol fue bajo. Sin embargo, la producción de exportación casi se cuadruplicó, al tiempo que se producían altos aumentos en el volumen de algodón y caña, pero sólo mediano en el caso del café. En Guatemala, la producción agraria total, al casi triplicarse, tuvo el mejor comportamiento, junto con Costa Rica y Nicaragua. La de alimentos también estuvo cerca de multiplicarse por tres, al tiempo que los cultivos para consumo interno tenían el mejor comportamiento de la región: los aumentos de volumen fueron altos en el arroz y mediano en el maíz y el frijol. Por su parte, la producción agraria para la

exportación se triplicó muy ampliamente, en tanto que el volumen del café, algodón y caña tenían altos crecimientos, aunque se estancó el de banano. Por último, en Honduras, la producción agraria total apenas alcanzó a incrementarse en un 50%, pero debido sobre todo al comportamiento de la dedicada a la alimentación (fue el único país de la región con crecimientos bajos en los tres cultivos reseñados en este sentido), pues la destinada a la exportación alcanzó a duplicarse (alto crecimiento de la producción en café y caña, pero bajo en banano), si bien ésta también tuvo el peor comportamiento regional, junto con, quizás, Panamá (cuadros I.5 y I-14).

En relación al crecimiento sectorial en la etapa de crisis, también se ha clasificado a los países centroamericanos en tres grupos: el primero integrado por Costa Rica y Panamá; el segundo, por Honduras, Guatemala y El Salvador; el tercero, por Nicaragua. Sin embargo, la diferencia entre Panamá y Honduras no es clara en esta etapa, pues el comportamiento del sector terciario fue semejante en ambos, en tanto que el de la industria era mejor en Honduras y el del sector primario algo mejor quizás en Panamá. La producción del sector primario en relación a esta etapa se ha establecido a partir de dos fuentes distintas (cuadro I.5; elaboración propia a partir de: FAO, Cuadros por países... 1995), cuyos resultados no siempre coinciden, porque, ente otras cosas, la primera se refiere al valor de la producción y la segunda al volumen de la misma. Por otra parte, en este último texto se ofrecen también datos en relación al volumen de los alimentos, lo que permite deducir, de manera aproximada, el relativo a los

productos para la exportación. Sólo se alude a dichas fuentes cuando hay discrepancias entre ellas. Costa Rica es el único país centroamericano cuyo crecimiento en los tres sectores fue sensiblemente superior al del promedio iberoamericano, al tiempo que su producción de alimentos aumentaba en mayor medida que la población, a pesar de que el único cultivo para consumo interno con crecimiento alto fue el frijol, pues retrocedió la producción de arroz y maíz. Esta nación también tuvo un crecimiento notable en relación a los cultivos de exportación, entre los cuales el café y el banano tuvieron un incremento alto, aunque se estancó la de caña. Panamá tuvo un crecimiento alto en el sector terciario y moderado, un poco mayor que el promedio iberoamericano, en la industria. Según los datos del cuadro I.5, el crecimiento del sector primario panameño fue notable, pero de acuerdo con los datos de la FAO su producción, como en los casos de Guatemala y Honduras, creció en términos absolutos, pero disminuyó en términos per cápita, al igual que la de los alimentos (altos crecimientos en maíz y frijol, pero bajo en arroz) y la de exportación (alto crecimiento en café, mediano en banano y retroceso en caña).

En Honduras, el crecimiento del sector terciario y de la industria fue alto; es decir, estuvo claramente por encima del promedio iberoamericano. Sin embargo, el sector primario habría disminuido en términos per cápita, aunque no en valores absolutos, de la misma manera que la producción de alimentos (a pesar del alto crecimiento del frijol y el arroz, y del mediano en maíz) y de cultivos exportables; entre los cuales el café

tuvo un crecimiento alto, se estancó la caña y retrocedió el banano. En Guatemala, la producción industrial permaneció estancada, pero el sector terciario creció de manera similar al promedio iberoamericano y el incremento en términos absolutos del sector primario no fue suficiente para igualar el aumento demográfico. Sin embargo, la producción alimenticia sí lo consiguió (alto crecimiento en frijol, mediano en maíz y bajo en arroz), a diferencia de la destinada a la exportación (alto crecimiento en caña, mediano en café y retroceso en banano y algodón). En El Salvador, el incremento industrial fue moderado y bajo el del sector terciario. Según el cuadro I.5, el sector primario permaneció estancado, pero de acuerdo con la FAO la producción agropecuaria disminuyó, incluso en términos absolutos, como en Nicaragua, pero este descenso fue mucho mayor en la producción exportable (estancamiento en caña, pero retroceso en café y algodón) que en la de consumo interno (alto crecimiento en frijol, pero bajo en arroz y maíz). En Nicaragua el deterioro fue mucho más pronunciado que el de cualquier otro país de la región en todos los rubros considerados. Como ya se anotó, en 1993 la producción de los tres sectores era inferior no sólo a la de 1980, lo que no sucedió con ninguno de ellos en los otros países, sino incluso a la de 1970. La producción agropecuaria total descendió en 25% en términos absolutos y en 40% si se toma en cuenta el incremento demográfico, debido al mal comportamiento tanto de los alimentos (crecimiento mediano en maíz, pero bajo en frijol y retroceso en arroz) como de los productos exportables: estancamiento en la producción de caña, pero

retroceso en las de café, algodón y banano.

Con respecto al crecimiento sectorial de Belice, la información recabada ha sido menor, pero no parece haber muchas dudas en el sentido de que se le debería incluir en el primer grupo en los tres lapsos considerados. Si se toman en consideración las afirmaciones anterior en el sentido de que el sector secundario y la industria, así como probablemente el sector terciario, crecieron en mayor medida, como sucedió en el resto de los países de la región, que el sector primario, esos incrementos debieron ser muy notables, pues el de este sector también lo fue, en los tres lapsos. Los datos obtenidos, aunque fragmentados, así parecen confirmarlo. En el periodo largo, la valoración global en relación a la expansión de los siete cultivos contemplados es similar a la de Costa Rica y Guatemala, pues el crecimiento de la producción de caña, banano y maíz fue muy alto, aunque fue mediano el del frijol y bajo el del arroz (cuadros I.7-I.13). En la etapa de auge, también fueron muy notables, en ocasiones incluso impresionantes, los incrementos en banano, caña, arroz y maíz, aunque en el frijol fue bajo (cuadros I.7-I.13). En la década de los setenta, el valor de la producción de alimentos se incrementó en mayor medida que en ninguno de los otros países de la región (cuadro I.5). En los años sesenta y setenta, sucedió lo propio en relación al volumen tanto de la producción agropecuaria total como de la dedicada al consumo interno, al incrementarse en términos absolutos, tanto una como otra, en casi 50% en la primera década y casi 30% en la segunda (FAO, Cuadros por países... 1982: 25; FAO, Cuadros por

países... 1995: 22). En la etapa de crisis, el crecimiento de los tres sectores, considerados globalmente, fue mayor al obtenido por cualquiera de los otros países de la región: el terciario casi duplicó su valor, en tanto que el primario y el secundario lo incrementaba en torno a 75%. Aunque la producción industrial tuvo un aumento menor, fue de casi 40%; desempeño similar a los más altos de la región (CEPAL, Anuario... 1994: 240-241). Sin embargo, el muy alto incremento señalado en relación al sector primario beliceño en esta etapa de crisis no guarda una clara correspondencia con los datos acerca de la evolución de su producción agropecuaria total y de alimentos (las cuales se incrementaron en más de 30%, pero tuvieron un ligero descenso en términos per cápita) ni con la de los cultivos estudiados: alto crecimiento en banano, mediano en frijol, bajo en maíz, estancamiento en caña y retroceso en arroz (cuadros I.7-I.13; FAO, Cuadros por países... 1995: 22).

A continuación se analiza la evolución de los volúmenes de los principales productos agrícolas de la región; tanto de los destinados en lo fundamental a la exportación --café, banano, caña de azúcar y algodón-- como los destinados al consumo interno: maíz, frijol y arroz. En principio se hace una valoración de su evolución durante todo el periodo estudiado, entre 1950 y 1990, para después examinar sus comportamientos en la etapa de auge y la de crisis. Con la finalidad de precisar sus respectivos grados de crecimiento, se han establecido seis niveles al respecto: muy alto, alto, mediano, bajo, estancamiento

y retroceso. Los dos últimos no ameritan mayores explicaciones, pues se determinan a partir de la evolución del propio indicador. Los otros cuatro giran en torno al nivel mediano, que se establece por su similitud, en el caso de los productos exportables, con el comportamiento mundial del indicador en cuestión y, en cuanto a los cultivos para consumo interno, con la respectiva dinámica demográfica de la unidad de análisis de que se trate.

Entre 1950 y 1990, el dinamismo de los productos para exportación fue en general superior al de los alimentos, aunque ello se debe en lo fundamental al comportamiento en la etapa de auge, pues la crisis de los ochenta afectó quizás en mayor medida a los productos exportables. Para el conjunto de América Central, el aumento del volumen de la caña de azúcar fue muy elevado, el del café alto y bajos los del banano y el algodón, mientras que, con respecto a los alimentos, el único alto fue el del arroz y bajos los del maíz y el frijol. En general, el aumento del rendimiento jugó un papel más importante en estos aumentos que el de la superficie. Los aumentos en la producción de maíz, arroz y café se debieron en mayor medida al dinamismo del rendimiento que a la expansión de la superficie cultivada. Lo contrario sucedió en relación al frijol y la caña de azúcar, pero este último caso es lógico que así sucediera, a pesar de que los rendimientos aumentaron notablemente. Cuando el incremento de la producción es muy elevado, como en el caso de la caña de azúcar en estos 40 años o en el del algodón durante la época de auge, se debe en lo fundamental a su expansión territorial, al margen

de que simultáneamente se produzcan incrementos notorios en los rendimientos, como sucedió en los dos casos mencionados. Con respecto al aumento de la producción de banano, no se cuentan con los datos suficientes para señalar la mayor incidencia de una de las dos variables mencionadas, pero se sabe que los aumentos en los rendimientos fueron tempranos y notables. Por otra parte, se debe precisar que en el análisis global de estos 40 años, se omite el examen de la evolución algodонера, pues su significación en 1990 era tan escasa como la que tenía en 1950: a su espectacular auge le siguió un no menos espectacular derrumbe.

Durante estas cuatro décadas, el dinamismo de la producción agroexportable ha sido particularmente notorio en Belice y Costa Rica. Muy elevados fueron los aumentos de la producción de la caña y el banano en Belice, así como los del café y el banano en Costa Rica, aunque su producción de caña tuvo un incremento mediano. En Guatemala, Honduras y Panamá, los crecimientos de los principales productos fueron desiguales. El del café fue alto o muy alto, en el caso de Honduras, en los tres países; el de la caña fue muy alto en Guatemala, alto en Honduras y mediano en Panamá; pero el del banano sólo fue mediano en Panamá, bajo en Honduras y se estancó en Guatemala. El Salvador y Nicaragua fueron los que tuvieron un menor dinamismo al respecto, por ser los más golpeados por la crisis de los ochenta. En ambos, fue bajo el crecimiento de la producción cafetalera, el principal rubro de sus exportaciones. Nicaragua tuvo aumentos altos en dos rubros secundarios en su sector externo: la caña y el banano, mientras que en El Salvador, donde la exportación de banano no

tiene ningún relieve, incluso el crecimiento de la caña fue mediano (cuadros I.7-I.10).

Con respecto a la producción de alimentos durante estos 40 años, el único país que sobresale es Guatemala, con un aumento muy alto de arroz y mediano de maíz y frijol. En el polo opuesto se encuentra Honduras, que no tuvo crecimiento alto en ninguno de los tres productos: mediano el de frijol y bajos los de maíz y arroz. En los otros cinco países de la región, los crecimientos altos se alternaron con los bajos o incluso con el estancamiento de alguno de los tres productos considerados. En todos ellos, la producción de arroz, tuvo crecimientos altos o muy altos, salvo en Belice que fue bajo. El crecimiento del maíz fue muy alto en este país, pero mediano en El Salvador, bajo en Nicaragua y Panamá y quedó estancado en Costa Rica. La producción de frijol fue mediana en el mejor de los casos, en Belice, pero fue baja en El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, estancándose en Panamá (cuadros I.11-I.13).

Durante la etapa de auge, el dinamismo agroexportador fue especialmente reseñable en Belice, Costa Rica y Nicaragua, pues tuvieron crecimientos altos o muy altos en todos los productos más o menos significativos para cada uno de ellos: banano y caña en Belice; café, banano y caña en Costa Rica; café, algodón y caña en Nicaragua. En El Salvador, Guatemala y Panamá el dinamismo fue notable, aunque no en tan gran medida como en los tres casos anteriores. El crecimiento del algodón fue muy alto en El Salvador y Guatemala, así como el de la caña, que fue alto o muy alto en los tres países; pero el del café sólo fue alto en

Guatemala y mediano en El Salvador y Panamá, mientras que el de banano fue mediano en este último país y se estancó en Guatemala. Por su parte, Honduras fue el único país de la región donde su principal producto de exportación, el banano en este caso, tuvo un aumento bajo, aunque el de la caña fue alto y el del café muy alto (cuadros I.7-I.10).

A nivel regional, la producción de alimentos en esta etapa de auge sólo exhibió un nivel alto en el caso del arroz, pues los del maíz y frijol fueron bajos. Belice, Guatemala, Nicaragua y Costa Rica obtuvieron los mejores resultados al respecto. En todos ellos hubo un producto, el arroz, con crecimiento alto o muy alto. El aumento de la cosecha de maíz fue alto en Belice, mediano en Guatemala, bajo en Nicaragua y nulo en Costa Rica. El de frijol fue idéntico al anterior, con la salvedad de que fue bajo también en el caso de Belice. En los otros tres países no hubo ningún crecimiento alto. En El Salvador los aumentos de maíz y arroz fueron medianos y el del frijol bajo. En Panamá fue mediano el de arroz, pero se estancó el de maíz y retrocedió el de frijol. En Honduras fue bajo el aumento de los tres cultivos (cuadros I.11-I.13).

En los ochenta, ninguno de los productos exportables consigue, a nivel regional, un crecimiento alto. El café y el banano lo tienen mediano, la producción de caña se estanca y la de algodón retrocede vertiginosamente. Aún así, la dinámica en Belice y Costa Rica no es desdeñable: en ambos el aumento de banano es alto y se estanca la producción de caña; pero en Costa Rica también es alto el de café. En Panamá, Guatemala y Honduras

prima el crecimiento mediano, del banano en Panamá y del café en Guatemala, aunque también se producen aumentos altos o muy altos --café en Panamá y Honduras, así como caña en Guatemala--, estancamientos, como la caña en Honduras, y retrocesos: caña en Panamá, banano en Honduras y Guatemala, así como algodón en este último país. En El Salvador y Nicaragua prima el retroceso, del café y el algodón en ambos países y del banano en el segundo (en El Salvador no tiene una significación mínima), aunque la producción de caña se estanca (cuadros I.7-I.10).

A nivel regional, el volumen de los productos para consumo interno muestra, en los ochenta, un caso de crecimiento alto, el frijol, aunque el maíz lo tiene mediano y el de arroz se estanca. En Honduras y Panamá, se dan crecimientos altos en dos productos, frijol y arroz en el primer caso y maíz y frijol en el segundo, pero el crecimiento del maíz es mediano en Honduras y el del arroz, bajo en Panamá. En Guatemala, El Salvador y Costa Rica, el aumento del frijol es alto, pero el del maíz es mediano en Guatemala, son bajos el de arroz en Guatemala y El Salvador, que también tiene crecimiento bajo en maíz, y se producen retrocesos en Costa Rica en el maíz y el arroz. En Belice y Nicaragua los mejores comportamientos son de nivel mediano, el frijol en el primer caso y el maíz en el segundo. El crecimiento bajo se manifiesta en el maíz beliceño y en los frijoles de Nicaragua, pero en ambos países retroceden las cosechas de arroz (cuadros I.10-I.13).

2.2. Modernización

Como es lógico, la evolución de la productividad nacional resulta similar a la ya analizada del producto por habitante. Con respecto a seis países de la región, todos excepto Belice, de igual manera que en relación al promedio iberoamericano, el dinamismo que pueda mostrar la productividad nacional en el periodo largo se debió exclusivamente a su comportamiento en la etapa de auge, pues en la de crisis su evolución fue negativa en todos los casos, lo que indicaría un retroceso en el proceso que se venía desarrollando de modernización económica. En dicho periodo largo, la productividad sólo consiguió duplicarse, como casi también lo hizo el promedio iberoamericano, en Costa Rica y Panamá, en Guatemala y Honduras tuvo incrementos escasos, en El Salvador y Nicaragua se estancó. En Costa Rica, la productividad de los sectores primario y secundario se duplicó, pero la del terciario permaneció estancada; en Panamá sólo consiguió duplicarse, si bien lo hizo muy ampliamente, la del sector primario, pues la del terciario tuvo un incremento, que aunque escaso fue el mayor de la región, y la del secundario se estancó. En Guatemala y Honduras, decreció la productividad en el sector terciario y aumentó moderadamente en los sectores primario y secundario, salvo en relación a la productividad del sector secundario hondureño, que consiguió duplicarse. En El Salvador y Nicaragua, la productividad del sector terciario disminuyó también con casi total seguridad, pero es probable, que mostrara cierto crecimiento en los sectores en los que tuvo un

aumento notorio en la etapa de auge: el primario y el secundario en Nicaragua y sólo el secundario en El Salvador. Por tanto, en el periodo largo al que nos venimos refiriendo, la productividad del sector terciario fue la que obtuvo peores resultados, al crecer escasamente o incluso decrecer en la etapa de auge y disminuir de manera generalizada en la etapa de crisis. Este escaso dinamismo resulta lógico si se considera que el sector terciario engloba a la mayoría de las actividades del sector informal urbano, caracterizadas en general por su baja productividad, las cuales se expandieron sobre todo en la etapa de crisis. Por el contrario, en el periodo largo la productividad en los sectores primario y secundario tendió a crecer, aunque es difícil establecer cuál de ellos lo hizo en general en mayor medida --en Honduras creció más en el secundario, en Guatemala y Panamá creció más en el primario y en Costa Rica, de manera similar en ambos sectores--, debido a que tuvo un comportamiento muy dispar en las dos etapas. La productividad del sector secundario se incrementó notablemente en la etapa de auge, pero en la de crisis se redujo drásticamente, debido a la crisis del Mercado Común Centroamericano, principal impulsor del empleo formal en la planta industrial de la región. La productividad del sector primario creció en menor medida que la del secundario en la etapa de auge, pero en la de crisis creció en algunos países --Costa Rica, Honduras y Panamá-- y descendió en otros --Guatemala, y probablemente El Salvador y Nicaragua--, pero parece que en menor medida que la referida al sector secundario (cuadro I.4). Este mejor desempeño, por lo menos en términos relativos,

del sector primario en tiempos de crisis estaría vinculado con el hecho de que, al contener un menor número de actividades en su seno, tendría menos posibilidades que los sectores secundario y terciario de reducir el empleo formal y expandir el informal. Aunque no se obtuvieron datos específicos al respecto, es probable que Bolice --de acuerdo con lo que conocemos de la evolución de su ingreso por habitante, así como de sus sectores primario y secundario-- incrementara su productividad nacional, así como la referida a los mencionados sectores económicos, tanto en el periodo largo como en las dos etapas que dicho lapso contiene.

En la etapa de auge, la productividad se incrementó en todos los países de la región, pero sobre todo en Costa Rica, Nicaragua y Panamá, pues en Guatemala tuvo un incremento moderado y en El Salvador y Honduras escaso. En esta etapa, y de forma generalizada, los mayores incrementos de productividad se registraron en la rama manufacturera, así como en los servicios básicos, los menores se refieren al sector terciario, quedando en posición intermedia el aumento de la productividad agropecuaria. En la etapa de crisis, la productividad se redujo en todos los países de la región, pero de manera relativamente moderada en Costa Rica y Panamá, de forma brusca en El Salvador, Guatemala y Honduras, y dramáticamente en Nicaragua. En esta etapa, el descenso de la productividad afectó de manera general a los sectores secundario y terciario de todos los países, salvo en el sector secundario hondureño, donde permaneció estancada, pero la productividad del sector primario se incrementó en Costa

Rica, Honduras y Panamá.

Acercas de la productividad en el periodo largo, sólo se puede hablar de manera muy aproximada, al descontar el porcentaje perdido al respecto en la etapa de crisis (1980-1990) del que aumentó en la etapa previa; en general 1950-1975 es considerado el lapso representativo de lo sucedido en ella (cuadro I.4). Según estos cálculos, la productividad nacional en Centroamérica sólo se habría duplicado en el caso de Costa Rica, el cual tuvo un comportamiento algo mejor que el referido al promedio iberoamericano. De acuerdo con esos mismos cálculos, la productividad panameña se habría incrementado en dos tercios, pero si se toma en consideración que el PIB creció notablemente en los años posteriores al último tomado como punto de referencia (1989) dicho incremento podría igualar, o incluso superar, al del promedio iberoamericano. En Guatemala la productividad nacional se incrementó en apenas 50% en estos 40 años, pero en Honduras no lo hizo sino en un 20% y en El Salvador permaneció estancada. Esto mismo debió suceder en Nicaragua, aunque según tales cálculos habría habido un incremento del 14%, pues en tales estimaciones no se considera lo sucedido entre 1975 y 1980; quinquenio que con seguridad tuvo un comportamiento muy negativo al respecto en relación a este país. En este periodo largo, la productividad no habría disminuido en ninguno de los sectores económicos de Costa Rica y Panamá, aunque sí habría permanecido más o menos estancada en el sector terciario costarricense y en el secundario de Panamá, al tiempo que tenía escaso incremento, algo superior al 30%, en el sector terciario de este último país.

Sin embargo, la productividad del sector primario se habría duplicado, sobre todo en Panamá, en ambos casos, y también la del sector secundario en Costa Rica. Por su parte, en Guatemala y Honduras disminuyó la productividad del sector terciario y aumentó moderadamente (en torno a los dos tercios) la del primario, pero la del sector secundario ascendió escasamente en Guatemala (alrededor de un cuarto) y alcanzó a duplicarse en Honduras. Es probable que en El Salvador y Nicaragua la productividad del sector terciario se redujera drásticamente en estos 40 años, debido a que en la etapa de auge tuvo un incremento escaso en El Salvador y decreció en Nicaragua, y que la del sector secundario registrase cierto incremento, pues en ambos casos aumentó notablemente en la etapa de auge. Sin embargo, es posible que la productividad del sector primario se redujera en El Salvador, pues su incremento en la etapa de auge fue escaso, y aumentase en Nicaragua, donde tal incremento fue significativo en dicha etapa. Si estos cálculos y suposiciones son ciertas, en este periodo largo, la productividad del sector terciario se habría reducido en todos los países de la región, con las excepciones de Costa Rica y Panamá; la del sector primario se habría incrementado en todos los países, con la posible excepción de El Salvador, pero tal aumento sólo habría sido significativo en Costa Rica y Panamá; la del sector secundario también se habría incrementado en todos los países, esta vez sin excepciones probables, pero sólo lo habría hecho de forma significativa en Costa Rica y Honduras (cuadro I.4).

Con respecto a la evolución de la productividad en la etapa

de auge, también sobresalen Costa Rica, Nicaragua y Panamá, cuyos productos por persona, como en el promedio iberoamericano, alcanzaron a duplicarse, debido sobre todo al comportamiento en el sector industrial, donde se triplicó, pero también al sector primario, donde por lo menos se duplicó, y al de otras ramas, como la del transporte y las comunicaciones, que es importante en Panamá. En Guatemala casi se duplicó el producto por trabajador, debido casi en la misma proporción a la agricultura que a la industria manufacturera. Sin embargo, en El Salvador y Honduras el producto por trabajador apenas se incrementó en un 40%, al ser la industria manufacturera la única rama económica importante donde consiguió duplicarse (cuadro I.4).

Por tanto, fue la productividad de la industria manufacturera la que consiguió incrementos más significativos en todos los países, al duplicarse en el peor de los casos y llegar a triplicarse en otros. Sin embargo, este proceso notable de modernización tuvo repercusiones sociales limitadas, pues se debió en lo fundamental a la expansión de la producción manufacturera moderna, la cual no incidió significativamente en la oferta de empleo. El mercado de trabajo manufacturero se transformó más en lo cualitativo, al dar lugar a la conformación de grupos sociales relativamente modernos ligados a la industria, que en lo cuantitativo, pues su expansión fue escasa. En este sentido, el caso más extremo fue el de Nicaragua, país donde la rama manufacturera tuvo los mayores incrementos de la región tanto en la producción como en la productividad, al tiempo que permanecía constante, en torno al 15%, la proporción de población

activa ocupada en ella. Este dato confirma que con frecuencia la modernización de un parte del aparato productivo afecta a porciones reducidas de la población. Con la excepción de Honduras y en parte de El Salvador, los incrementos en electricidad, gas, agua, transporte y comunicaciones fueron siempre notables, pero tales rubros, por sus escasas dimensiones, influyen poco en el comportamiento global de la productividad, con la excepción del transporte y las comunicaciones en el caso de Panamá, en donde también tuvo, como se dijo, aumentos significativos (cuadro I. 4).

En el sector terciario, el dinamismo de la productividad fue escaso en todos los países, pues en ninguno de ellos consiguió duplicarse, ni siquiera en Panamá, donde esta evolución fue más positiva, debido sobre todo a su incremento en los setenta. En este sector hubo incluso dos naciones, Honduras y Nicaragua, en donde la productividad disminuyó. Pero este escaso dinamismo del producto por trabajador en el sector terciario no indica que tal sector no se modernizara parcialmente, incluso en los dos últimos países mencionados. Algunas actividades comerciales y de servicios aumentaron su productividad, mas el aumento del empleo informal, especialmente notable en este sector, contrarrestó en buena medida sus manifestaciones modernizadoras a nivel global. En este contexto, no resulta extraño que sea en Honduras y Nicaragua donde se aprecie la mencionada reducción de la productividad en el sector terciario, pues fue precisamente en esos dos países en donde el crecimiento del empleo informal en esas mismas décadas se hizo más intenso de todos los países del

Istmo. El dinamismo de la productividad en el sector agropecuario se situó en un nivel intermedio; es decir, fue menor que el de la industria manufacturera, pero superior al del sector terciario. Estas tendencias no son contradictorias con el hecho de que la producción del sector primario creciera menos que la del terciario, pues la mano de obra ocupada en aquél creció más lentamente que la empleada en éste. La productividad agropecuaria tuvo sus incrementos más notorios en Costa Rica, Guatemala, Nicaragua y Panamá, al conseguir duplicarse en todos ellos, pero en El Salvador apenas creció en un 50% y en Honduras permaneció estancada (cuadro I.4 y fuentes mencionadas en él).

La evolución de la productividad tuvo un cambio brusco en los ochenta, pues se redujo en todos los países centroamericanos, con la probable excepción de Belice. Sobre este país no se obtuvieron datos al respecto, pero es lógico suponer que fuera el único país de la región en donde la productividad continuase creciendo en los ochenta, pues también fue el único con una evolución positiva del ingreso por habitante; indicador que suele mantener una dinámica similar a la de la productividad. Esta similitud se refleja en el hecho de que la productividad evolucionara de manera semejante a como lo hizo el producto per cápita en los otros seis países de la región. En efecto: en Costa Rica y Panamá el descenso de la productividad fue relativamente escaso y menor al del promedio iberoamericano, en Honduras fue similar a éste y en los otros tres países, pero sobre todo en Nicaragua, fue muy notable. De Costa Rica, Guatemala, Honduras y Panamá se consiguió calcular la evolución de la productividad

en los tres sectores económicos durante los ochenta. De acuerdo con tales datos, el declive de la productividad global se debió en lo fundamental a su comportamiento en el sector secundario, que tuvo descensos bruscos en los cuatro países, con la excepción de Honduras, donde permaneció estancada, y en el sector terciario, con caídas estrepitosas en Guatemala y Honduras. No obstante, en el sector primario tuvo incrementos no desdeñables en Costa Rica, Honduras y Panamá, siendo Guatemala el único país donde se manifiesta una disminución al respecto (cuadro I.4).

El proceso de modernización del sector industrial en Centroamérica es abordado en el presente trabajo a partir de cinco variables: dos fueron ya analizadas, el crecimiento industrial y la productividad en el sector secundario, las otras tres serán tratadas en seguida: participación de las industrias metalmeccánicas en la generación del producto industrial, cambios en la estructura industrial y exportación manufacturera, al margen de que este último sea también contemplado en el próximo capítulo. La evolución ocurrida en estos cinco asuntos pone de manifiesto, sin dificultades mayores, las tendencias generales de la modernización industrial en Centroamérica en las últimas décadas. En el periodo largo, en todos los países de la región se detecta la existencia, aunque de alcances limitados, de este proceso de modernización industrial a través de todos los indicadores manejados: descendió la importancia relativa de la producción de bienes industriales de consumo no duraderos, al tiempo que aumentaba la producción industrial, la exportación

manufacturera, la productividad manufacturera y la participación de las industrias metalmecánicas. Asimismo es constatable a nivel regional que la modernización industrial obtenida en el periodo largo se debió en lo fundamental a lo sucedido en la etapa de auge, pues en la de crisis se produjeron importantes retrocesos en todos los renglones considerados, los cuales no pudieron ser superados en la mayoría de los casos hasta los noventa, aunque en otros fueron superados antes de 1990 y en otros más todavía no lo han sido.

Sin embargo, las diferencias nacionales de este proceso modernizador no son tan sencillas de establecer, pues con frecuencia no coinciden los resultados arrojados por cada indicador. Es lógico que suceda esto, pues, al margen del carácter aproximado, sobre todo en ciertos casos, de tales resultados, los distintos ritmos nacionales de modernización industrial en la región oscilaron dentro de la misma tesitura. Si bien esto no significa que sean desdeñables, en este caso las diferencias nacionales no fueron tan marcadas como en otros aspectos. De hecho, el nivel alcanzado al final del periodo estudiado por la modernización industrial en cualquiera de las naciones centroamericanas merece básicamente el mismo calificativo de incipiente. En este sentido, conviene señalar de una vez que los tres niveles nacionales establecidos con respecto al grado de modernización industrial al final del periodo, se identifican sin mayores problemas con las tres intensidades nacionales percibidas en relación a la dinámica del proceso modernizador en el periodo largo, pues al comienzo del mismo el

grado de modernización era virtualmente nulo en todos los países de la región; según atestiguan la enorme importancia de las industrias de bienes de consumo no duraderos y la casi inexistencia de exportación manufacturera.

Debido a la complicada interrelación mostrada por los indicadores manejados al respecto, para establecer estas diferencias nacionales en relación tanto con el dinamismo de la modernización industrial como con el nivel alcanzado por ella, se tuvo que determinar a cuál de las variables estudiadas se le otorgaría mayor significación. Por varias razones, la privilegiada resultó ser la exportación manufacturera. En primer lugar, se consideró que era, de las cinco variables contempladas, la que mejor reflejaba la modernización manufacturera, pues los productos industriales exportados pueden catalogarse en general como modernos, al estar sujetos a cierta competencia internacional. Aunque no se puede, obviamente, identificar la producción industrial moderna con la exportación manufacturera, existe una mayor relación entre ambas que entre la exportación industrial moderna y la producción industrial nacional, que en Centroamérica incluye amplios sectores no modernos, las industrias metalmeccánicas o las de bienes intermedios, de consumo duraderos y de capital, pues estos tipos de industrias, además de excluir parte de la producción moderna, incluyen también rubros no modernos. En segundo lugar, los datos absolutos y relativos obtenidos con respecto a la exportación manufacturera permiten establecer en los tres lapsos considerados tanto su ritmo como el nivel alcanzado por ella. De las otras cuatro

variables, la única que también cumple con estos requisitos es la referida a la producción manufacturera nacional, cuyo crecimiento se consideró también importante en cuanto a la modernización industrial, dado que un alto crecimiento de la producción industrial siempre implica una cierta modernización al respecto.

En el periodo largo, se pueden distinguir tres grupos de países en el ámbito centroamericano con respecto al dinamismo de la modernización industrial y el nivel alcanzado por ésta al final del período. En el primero, donde siempre se producen altos incrementos en el valor de las exportaciones manufactureras, se encuentran ubicados Costa Rica, El Salvador y Guatemala; en el segundo, con aumentos moderados de dichas exportaciones, Honduras, Panamá y quizás Belice; el tercero está integrado por un sólo país: Nicaragua, donde las exportaciones manufactureras crecieron muy escasamente. En Costa Rica han confluído altos crecimientos en las exportaciones manufactureras, la producción industrial y la productividad del sector secundario, así como las mayores participaciones relativas de industrias metalmecánicas y de bienes de consumo duraderos y de capital. El Salvador y Guatemala, en una situación algo más desfavorable que la costarricense, tienen varias características comunes: aumentos altos en la exportación manufacturera, moderados en la producción industrial, y escasos en la productividad del sector secundario. Además, la participación de la industria metalmecánica era baja en ambos al final del periodo, pero al terminar la etapa de auge el porcentaje salvadoreño de la producción de bienes de consumo

no duraderos era el menor de la región, en tanto que en Guatemala dicho porcentaje era casi tan alto como en el resto de los países centroamericanos. En Honduras y Panamá, el incremento de las exportaciones manufactureras fue modeado, pero relativamente alto el de la producción industrial. Sin embargo, en Honduras el crecimiento de la productividad fue relativamente alto, así como el nivel alcanzado por la participación de la industria metalmecánica, aunque también era alto el porcentaje de la producción de bienes de consumo no duraderos; en tanto que en Panamá fue bajo el aumento de la productividad y la participación de la industria metalmecánica. En Belice, fue alto el incremento de la producción y la exportación manufacturera. En este caso, el hecho de que el valor de las exportaciones manufactureras al final del periodo fuese similar al nicaragüense se considera como más o menos reseñable, dado que el tamaño de la economía de Belice, en gran parte por su escasísima población, es muy inferior al de las otras naciones centroamericanas. Por último, en Nicaragua fue muy bajo el crecimiento de la exportación y, probablemente, de la productividad manufacturera, asimismo fue escasa la reducción del porcentaje del valor agregado de las industrias de bienes de consumo no duraderos y también fue reducido el incremento de la producción nacional, el cual fue el menor de la región a pesar de tener cierta significación. Por todo ello, no se ha considerado especialmente reseñable que en este país la participación de la industria metalmecánica haya llegado a ser relativamente elevada ni que sea la nación centroamericana donde el sector secundario y la industria

manufacturera contribuyan en mayor medida a la generación del producto.

Las diferentes evoluciones nacionales en cuanto a la modernización industrial en la etapa de auge, se han integrado en sólo dos grupos de países. La única diferencia con respecto a la clasificación establecida para el periodo largo estriba en que, en este caso, el grupo tercero desaparece, al quedar incluida Nicaragua en el segundo. Dado que gran parte de las características de la modernización industrial en esta etapa son similares a las reseñadas para el periodo largo, sólo se indican a continuación las que fueron diferentes. Estas se refieren en lo fundamental al incremento de la producción y la productividad manufactureras, pues lo relativo tanto a la exportación manufacturera, pivote principal de estas clasificaciones, como la participación de la industria metalmecánica y la estructura industrial, que en realidad se refiere a esta etapa de auge, aunque sus conclusiones se pueden extrapolar al periodo largo, se considera aplicable a ambos lapsos, con la excepción de que en Nicaragua el crecimiento de las exportaciones manufactureras fue más reseñable en la etapa de auge que en el periodo largo, lo que justifica su cambio de grupo. En efecto: el alto crecimiento de la producción manufacturera, que en el periodo largo sólo fue consignado como característico de cuatro países --Belice, Costa Rica, Honduras y Panamá--, en la etapa de auge es aplicable a las siete naciones de la región. De manera parecida, el crecimiento notable de la productividad manufacturera, que en el periodo largo sólo se detectó en dos países, Costa Rica y

Honduras, es constatable en la etapa de auge en todos ellos, con la excepción de Belice, del que no se tienen datos al respecto.

En la etapa de crisis, se pueden establecer tres grupos en relación a la evolución de la modernización industrial. En el primero, integrado por Costa Rica y Panamá, crecieron las exportaciones manufactureras. En el segundo, conformado por el resto de la región salvo Nicaragua, se estancaron; a diferencia de este último país, único integrante del tercer grupo, donde tuvieron un retroceso muy notable. Aunque las cifras relacionadas con la producción industrial en esta etapa son algo más positivas que las expuestas --hubo crecimientos relativamente altos en Costa Rica y Honduras, moderados en El Salvador y Panamá, en tanto que el estancamiento y el retroceso sólo se manifestaron en Guatemala y Nicaragua respectivamente--, con las referidas a la productividad manufacturera sucedió lo contrario: el retroceso fue general, con la excepción de su estancamiento en Honduras. Por su parte, la participación de la industria metalmecánica tendió a estancarse o retroceder.

Aunque la evolución de las exportaciones manufactureras son tratadas con detenimiento en el capítulo siguiente, conviene ofrecer ahora un panorama al respecto, dado que se la ha considerado como el elemento principal para establecer el grado de modernización industrial en América Central. Al mediar el siglo XX, este tipo de exportaciones era prácticamente nulo. Al finalizar la etapa de auge, el valor de las exportaciones manufactureras oscilaba entre los 250 y los 360 millones de dólares en Costa Rica, El Salvador y Guatemala, países donde

representaban entre el 25 y el 35% de las exportaciones nacionales de bienes; en tanto que en los otros cuatro países el valor absoluto de estas exportaciones se situaba entre los 18, en el caso de Belice, y los 102 millones de dólares, en el de Honduras, lo que se traducía en porcentajes de entre 9 y 18% de las exportaciones nacionales de bienes. En la etapa de crisis, el valor de las exportaciones manufactureras sólo creció con cierta intensidad en Costa Rica y Panamá; en Belice, El Salvador, Guatemala y Honduras permaneció más o menos estancado, al tiempo que retrocedía en Nicaragua. En 1992, las exportaciones manufactureras representaban para Costa Rica ingresos por más de 450 millones de dólares, para El Salvador y Guatemala de entre 270 y 390, algo menos de los 100 para Honduras y Panamá, poco menos de 20 millones de dólares para Belice y Nicaragua. Estas cifras significaban entre el 25 y el 50% de las exportaciones de bienes en los tres primeros países, entre 13 y 18% en los tres siguientes y apenas el 7% en Nicaragua (cuadro I.19; CEPAL, Anuario... 1984: 535; CEPAL, Anuario... 1994: 533).

En América Central, la participación de las industrias metalmeccánicas en la generación del producto industrial, se expandió en la época de auge y descendió en la crisis subsiguiente. La misma tendencia se percibe en el ámbito iberoamericano, si bien en ninguno de los países centroamericanos dicha participación llegó a tener, ni de lejos, la importancia propia de países como Argentina, Brasil o Chile. Al poco tiempo de comenzar el periodo, en 1960, la participación de la industria metalmeccánica en estos tres países oscilaba entre un 15 y un 18%,

en tanto que en todos los países centroamericanos era inferior al 5%, con la excepción de Costa Rica, donde apenas se elevaba al 7%. Al finalizar el periodo de auge, en ninguno de los países centroamericanos dicho porcentaje era menor al 5%, salvo en Guatemala, donde permaneció estancado en torno al 3%, pero en ninguno de ellos superaba tampoco el 11%, cuando en Argentina, Chile, Brasil y México oscilaba entre el 18 y el 28%. Al final de los ochenta, la participación de las industrias metalmeccánicas en estos cuatro países rondaba el 20%, pero en Centroamérica, donde primó el retroceso o el estancamiento en esta etapa de crisis, era siempre inferior al 10% y en algunos casos incluso menor del 5%. Si se comparan las cifras correspondientes al comienzo y final del periodo largo, se percibe con claridad que en él primó el estancamiento, pues dicha participación sólo registró aumentos algo significativos en Costa Rica y Nicaragua, aunque ni siquiera en estos dos países el nivel alcanzado por tal indicador al final del periodo fue mínimamente reseñable (cuadro I.15).

Aunque distó mucho de ser espectacular, el cambio de la estructura industrial en América Central se percibe con claridad entre 1960 y 1978. En la primera de estas fechas, en todos los países de la región el valor agregado de las industrias de bienes de consumo no duraderos representaba entre el 68 y 75% del valor agregado total en la industria. Veintiocho años más tarde en ningún caso era superior al 64%, pero las diferencias nacionales de esta evolución fueron evidentes. En Honduras esta disminución relativa no alcanzó los diez puntos; en Nicaragua, Guatemala y

Costa Rica osciló entre el 10 y el 20%; y en El Salvador fue superior al 20%. Paralelamente la importancia relativa de las industrias de bienes intermedios se fue incrementando. En 1960 rondaba en todos los países el 20%, pero en 1978 oscilaba entre el 30% (Honduras) y el 43% (El Salvador). El dinamismo de las industrias de bienes de consumo duraderos y de capital fue escaso en todos los países, salvo en Costa Rica, en donde ascendió del 5 al 11%; el porcentaje más alto en 1978 con respecto a los cinco países mencionados. Sin embargo, fue El Salvador el país que protagonizó un mayor cambio en este sentido, pues era el único de los cinco considerados donde en 1978 los bienes de consumo no duraderos habían dejado de ser mayoritarios, en tanto que en los otros cuatro países todavía representaban el 60% (cuadro I.15).

Antes de analizar de manera independiente los tópicos --consumo de fertilizantes por hectárea, mecanización, rendimientos de los cultivos para exportación y consumo interno-- considerados en torno a la modernización agraria de Centroamérica, se presenta a continuación una visión global sobre la misma, la cual incluye lo ya mencionado con respecto a la evolución de la productividad en el sector primario. En dicho panorama se ponen de relieve algunas tendencias generales. Por un lado, el incremento de la modernización, constatable en todos los países de la región en el periodo largo, se debió sobre todo a lo sucedido en la etapa de auge, aunque en la de crisis el comportamiento del sector primario no fue tan negativo como el del secundario. Por otro, el dinamismo y los niveles alcanzados en relación al consumo de

fertilizantes y el rendimiento de los cultivos para la exportación fueron mucho más relevantes que los referidos a la mecanización y el rendimiento de los alimentos. Además de estas tendencias generales, en los párrafos siguientes se evidencian profundas diferencias nacionales en relación tanto con los niveles de modernización rural alcanzados como con el crecimiento de dicha modernización en los tres lapsos que se vienen estudiando. En este sentido, destacan Costa Rica y Guatemala, tanto por sus altos crecimientos en los tres lapsos, aunque el de Guatemala no lo fue tanto en la etapa de crisis, como por los niveles alcanzados al final del periodo estudiado. En Honduras y Panamá predominan los comportamientos intermedios en el nivel alcanzado y en el crecimiento durante el periodo largo, pero en el primer caso el proceso de modernización fue lento en la etapa de auge, el menor de la región, y rápido en la de crisis; en tanto que en Panamá fue notorio en la de auge y moderado en la de crisis. En Nicaragua coinciden los niveles bajos de modernización al comenzar los noventa con el muy escaso incremento de la misma en el periodo largo, debido casi exclusivamente al deterioro en la etapa de crisis, pues en la de auge su expansión fue notoria. Belice y El Salvador son los dos únicos países de la región donde no coinciden la intensidad del crecimiento con los niveles alcanzados, debido a sus muy diferentes puntos de partida. En Belice el incremento fue notable en los tres lapsos, pero los niveles alcanzados fueron similares a los de Nicaragua. Por el contrario, en El Salvador los niveles alcanzados fueron parecidos a los de Costa Rica y Guatemala pero

su crecimiento sólo fue alto en la etapa de auge, porque en el periodo largo y en la de crisis fue bajo.

De acuerdo con los niveles de modernización alcanzados por el agro centroamericano al final del periodo, se han clasificado a los países de la región en tres grupos. En el primero se integran Costa Rica (con altos niveles en todos los rubros considerados, salvo en el rendimiento del cultivo de un alimento: el frijol), El Salvador (también con altos niveles en todos los rubros, con la excepción en este caso de la mecanización) y Guatemala, donde el consumo de fertilizantes fue de nivel medio y bajo el de mecanización y el rendimiento del arroz. El segundo grupo está conformado por dos países. En Honduras, el nivel alto prevalece en los rendimientos de los cultivos de exportación y en los de dos alimentos, pero el bajo caracteriza su mecanización, su utilización de fertilizantes y su rendimiento en el cultivo de un alimento. En Panamá el nivel alcanzado es alto en mecanización y el rendimiento de un cultivo de exportación, pero es mediano en el consumo de fertilizantes y bajo en los rendimientos de dos cultivos de exportación y de los tres alimentos considerados. El tercer grupo está compuesto de otros dos países: Belice y Nicaragua. En el primer caso, el nivel es alto sólo en mecanización, mediano en fertilizantes y el rendimiento de un cultivo para consumo interno, pero es bajo en los rendimientos de otros dos cultivos para alimentación y de la caña de azúcar, su principal producto de exportación. En Nicaragua los mejores niveles alcanzados son de carácter mediano: en el rendimiento de los cultivos exportables; pero es bajo en

los de los tres alimentos, así como en cuanto a la mecanización y el consumo de fertilizantes.

En el periodo largo, el aumento de la modernización rural fue alto en Costa Rica, Guatemala y Belice; intermedio en Honduras y Panamá; bajo en El Salvador y Nicaragua. En Costa Rica hubo un incremento notable en la productividad del sector primario, así como en todos los rubros considerados, salvo en mecanización y en el rendimiento de dos cultivos para consumo interno. Con la excepción de la evolución de la productividad, sobre la cual no se tiene información para este país, en Belice se produjeron estos mismos comportamientos. A pesar de que los cálculos elaborados acerca de la evolución de la productividad agraria en el periodo largo indicarían que la modernización del campo guatemalteco fue moderada, se considera oportuno calificarla como alta, debido a que en Guatemala lo fue el aumento en todos los rubros considerados, salvo en lo relativo a la mecanización; con la particularidad de que en este país se produjeron los incrementos más generalizados en el rendimiento de los cultivos para consumo interno. En Honduras sí parece justificable que el aumento de la productividad del sector primario haya sido moderado, porque sólo fueron altos los crecimientos relativos a los rendimientos de cultivos de exportación y de un alimento. Sin embargo, el notorio incremento de dicha productividad en Panamá no parece razonable, pues en este país los incrementos altos se redujeron a la mecanización y los rendimientos de los cultivos de exportación. Por su parte, la baja evolución de la productividad rural, probable en los

casos de El Salvador y Nicaragua, se corrobora al constatar que los altos incrementos se produjeron sólo en el rendimiento de un cultivo de exportación y otro para consumo interno.

En la etapa de auge, el incremento de la modernización rural puede considerarse notable en todos los países de la región, con la excepción de Honduras donde fue moderado. Los aumentos de los rendimientos de los cultivos para exportación fueron notorios en todos los países, sin excepciones. También lo fueron los relacionados con la productividad del sector agrario y con el consumo de fertilizantes, aunque en estos casos hubo dos excepciones: la de El Salvador en relación a la productividad y la de Honduras en ambos sentidos. El incremento de la mecanización fue relativamente importante en Belice, Honduras, Nicaragua y Panamá. Sin embargo, el incremento en el rendimiento de los cultivos para consumo interno sólo fue relevante en Guatemala, donde éste se produjo en relación a los tres productos considerados, pues en Belice, Costa Rica, El Salvador y Nicaragua únicamente aumentó de manera notoria el rendimiento de un cultivo de este tipo, en tanto que en Honduras y Panamá, ninguno.

En la etapa de crisis, las desigualdades nacionales con respecto a la evolución de la modernización rural se agudizaron enormemente. En esta etapa se pueden distinguir tres grupos, aunque la distinción entre el segundo y el primero no es muy nítida. El primero está integrado por Belice, Costa Rica y Honduras; el segundo, por Guatemala y Panamá; el tercero, por El Salvador y Nicaragua. Con la excepción de los rendimientos de los cultivos para consumo interno, de los cuales sólo uno tiene un

aumento elevado, en Belice se producen incrementos altos en todos los rubros contemplados, incluso en la mecanización; aspecto en el que este país protagonizó el único aumento notable de la región en esta etapa (para evitar reiteraciones inútiles, se da este hecho por sabido en los comentarios siguientes de este párrafo). En Costa Rica se produjeron incrementos relativamente altos en productividad, fertilizantes y todos los rendimientos de los cultivos para exportación, pero ninguno del mismo tipo en relación a los alimentos. En Honduras también se manifestaron aumentos elevados en la productividad y en los rendimientos de dos cultivos de exportación y de los tres para consumo interno. En Guatemala se produjeron crecimientos altos en fertilizantes, dos cultivos de exportación y un alimento, aunque la productividad decayó. En Panamá se incrementó de manera reseñable la productividad, pero sólo hubo aumentos del mismo tipo en el rendimiento de dos cultivos para exportación y otros dos para consumo interno. En El Salvador no hubo ningún incremento alto y en Nicaragua sólo uno: con respecto al rendimiento de un cultivo para consumo interno; por lo cual se corrobora la suposición de que en estos dos países la productividad del sector primario debió de reducirse en esta etapa.

El uso de fertilizantes tuvo una expansión notable en todos los países de la región, con la excepción de Honduras, durante la época de auge, pero en la década de los ochenta sólo continuó expandiéndose en Belice, Costa Rica y Guatemala, al tiempo que se deterioraba en Nicaragua y se estancaba en los otros tres países de la región. Entre 1960 y 1980, los kilogramos utilizados

por hectárea de tierra cultivable se triplicaron o incluso cuadruplicaron, de manera similar a lo sucedido en los países en desarrollo, en Costa Rica, Guatemala, Nicaragua y Panamá. En El Salvador se duplicaron escasamente, pero este incremento puede considerarse como notable, porque el punto inicial era alto. Las únicas cifras obtenidas al respecto en relación a Belice, indican el descenso de este indicador durante los setenta, pero es probable que su consumo de fertilizantes al comienzo de los sesenta fuese parecido al de Honduras y Nicaragua, por lo que se habría triplicado ampliamente en los veinte años posteriores. Si esto fuera así, Honduras habría sido el único país centroamericano con un escaso desarrollo en este sentido y el que en 1980 consumiría menos fertilizantes por hectárea de tierra cultivable. Durante los ochenta, la cantidad de fertilizantes por unidad de tierra cultivable disminuyó en algo más de un cuarto en Nicaragua, permaneció estancada en El Salvador, Honduras y Panamá, mientras que se incrementaba en Costa Rica, Guatemala y, sobre todo, Belice. Es interesante anotar que en esta década el consumo de fertilizantes se siguió incrementando en los países en desarrollo, pero descendió en los desarrollados, lo que estaría evidenciando que este tipo de tecnologías, como tantas otras ligadas al desarrollo, no pueden expandirse indefinidamente y tienen efectos graves sobre el medio ambiente (cuadro I.6).

En torno a 1990, Costa Rica y El Salvador presentan un consumo de fertilizantes alto; es decir, similar o mayor al de los países desarrollados. En este sentido, sobresale Costa Rica, al utilizar una proporción de fertilizantes mucho mayor a la

usual en las economías desarrolladas de libre mercado. Belice, Guatemala y, en menor grado, Panamá consumen entre 50 y 100 kilogramos por hectárea cultivable; es decir, tienen un desarrollo intermedio al respecto, al igual que los promedios de Iberoamérica y los países en desarrollo. Por último, Nicaragua y, en especial, Honduras tienen consumos bajos. Estos niveles fueron el resultado de que en el periodo largo, entre 1960 y 1990, dos países con alto consumo de fertilizante al comienzo del mismo lo incrementasen de manera relativamente moderada, al duplicarse en El Salvador y cuadruplicarse en Costa Rica; otros dos países, Belice y Guatemala, con bajos consumos iniciales, lo aumentasen notablemente, al multiplicarlo por siete aproximadamente; en tanto que las otras tres naciones --Honduras, Nicaragua y Panamá--, con bajo consumo en 1960, apenas consiguieron triplicarlo, en el mejor de los casos, en los 30 años siguientes (cuadro I.6).

El panorama de la mecanización en Centroamérica, medida en número de tractores por 1.000 hectáreas cultivables, es mucho peor que el relacionado con el uso de fertilizantes. En la etapa de auge, sólo se dio un crecimiento relativamente intenso en cuatro países de la región: Honduras, Nicaragua, Belice y, sobre todo, Panamá, pero de ellos sólo alcanzaron un grado de mecanización mínimamente significativo los dos últimos. En los ochenta, el número de tractores por hectárea se estancó en toda Centroamérica, con la excepción de Belice, el cual además fue el único que incrementó su parque de tractores en una proporción algo reseñable. Alrededor de 1990, el grado de mecanización en

Centroamérica distaba mucho del alto nivel alcanzado en los países desarrollados. En una posición intermedia se podrían ubicar Belice, Costa Rica, ambos con un grado de mecanización superior al del promedio iberoamericano, y quizás el único país con crecimiento reseñable en el periodo largo: Panamá, cuyo número de tractores por unidad de superficie era inferior al de este promedio pero superior al de los países en desarrollo. Los otros cuatro países centroamericanos ostentaban un grado de mecanización muy escaso (cuadro I.6).

El rendimiento de los principales productos de consumo interno en Centroamérica --maíz, frijol y arroz-- se caracterizó a lo largo de todo el periodo estudiado por su escaso dinamismo, con la excepción de Guatemala, cuyos altos incrementos en relación a los tres productos le permitieron transitar de rendimientos bajos a relativamente altos a nivel regional. Belice, Nicaragua y Panamá llegaron a los noventa con niveles bajos de rendimiento en todas sus producciones alimenticias, salvo el del frijol en Belice, que era de rango intermedio. En Panamá estos rendimientos se mantuvieron siempre bajos, pero en Belice y Nicaragua se produjeron retrocesos al respecto en la etapa de crisis. El más espectacular fue el referido al arroz nicaragüense, que pasó de alto a bajo rendimiento. Este tipo de rendimientos se mantuvieron relativamente altos, en el contexto regional, en El Salvador, pero su aumento fue escaso. En Costa Rica, el rendimiento del arroz se incrementó notablemente y alcanzó un buen nivel, pero el del maíz se mantuvo alto con poco aumento y el del frijol sufrió pocas alteraciones y permaneció

bajo. En Honduras, los rendimientos de arroz y frijol ascendieron a niveles altos, pero el del maíz siempre se mantuvo bajo. Sin embargo, se debe señalar al respecto que, sobre todo en los ochenta, los rendimientos regionales de cultivos alimenticios tendieron a deteriorarse en términos relativos dentro del contexto internacional, por lo que en Centroamérica, al comenzar los noventa, los únicos rendimientos relativamente altos a nivel mundial eran los del frijol, en Guatemala y El Salvador, y del arroz, sólo en este último país (cuadros I.11-13).

Si el dinamismo del rendimiento en las cosechas de maíz centroamericano entre 1950 y 1990 fue sólo ligeramente inferior al mundial, esto se debió al notable crecimiento que dicho indicador tuvo en Guatemala, que viene produciendo cerca de la mitad del maíz centroamericano, pues los incrementos obtenidos al respecto por el resto de los países de la región fueron más bien parcos. En efecto: la evolución del rendimiento del maíz en los países centroamericanos durante esas cuatro décadas sólo ha mostrado incrementos reseñables en Guatemala, que casi logró triplicarse debido a que su aumento en la etapa de auge se prolongó durante los ochenta. Este fue el único país de la región en donde el rendimiento de este cereal pasó de un nivel bajo a otro alto en el contexto regional. Como en el promedio regional, en Belice y Honduras apenas se duplicó; en el primer caso gracias exclusivamente a su dinamismo en la época de auge, pues descendió después, y en el segundo por sus incrementos a lo largo de esos cuarenta años. Los otros cuatro países estuvieron lejos de duplicar el rendimiento de sus cosechas de maíz, pero el nivel

de éste se mantuvo relativamente alto en Costa Rica y El Salvador, en tanto que permaneció bajo en Nicaragua y Panamá. En la época de auge, sólo Belice y Guatemala tuvieron dinámicas al respecto similares al promedio mundial, que logró duplicarse, fuertemente condicionado por el gran incremento del rendimiento en algunos países desarrollados, como Estados Unidos, que produce casi la mitad del maíz mundial. En esta época, otros tres países centroamericanos --Costa Rica, El Salvador y Honduras-- tuvieron aumentos moderados, mientras que en Nicaragua y Panamá permanecía estancado. En los ochenta, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá tuvieron incrementos de cierta significación; en tanto que en Costa Rica y El Salvador permanecía estancado y retrocedía en Belice. En 1990 Costa Rica, El Salvador y Guatemala ostentaban los mayores rendimientos de maíz de América Central, si bien este nivel no puede sino calificarse de mediano en el contexto internacional, pues era similar al de México y en torno a la mitad del promedio mundial. Los otros cuatro países centroamericanos tenían un rendimiento bajo en sus cosechas del cereal, aunque no muy distante de sus vecinos (cuadro I.11).

Con respecto al rendimiento de los frijoles centroamericanos, el dinamismo guatemalteco se hace todavía más notorio. Entre 1950 y 1990, si se logró un aumento mediano a nivel regional, es gracias a Guatemala, que produce en torno a un tercio de los frijoles de América Central y es el único país del Istmo donde se duplicó su rendimiento, al incrementarse en mayor medida que el del promedio mundial. En Honduras el rendimiento del frijol también se elevó de manera significativa,

aunque sin llegar a duplicarse; pero en los otros cinco países permaneció estancado. En la época de auge, el rendimiento del frijol sólo aumentó de manera alta en Guatemala, permaneciendo estancado en el resto. En la década posterior de crisis, los crecimientos al respecto fueron notorios en Honduras, Belice y Panamá; estancándose o dismiuyendo en el resto. A nivel regional, el rendimiento del frijol fue alto hasta los ochenta, cuando se estancó, al tiempo que se elevaba el mundial. De esta manera, en torno a 1990 dicho rendimiento regional era ya de nivel intermedio. Sin embargo, en esta fecha era todavía relativamente alto, incluso en el contexto mundial, en El Salvador y Guatemala. En el primer caso se mantuvo alto durante todo el periodo estudiado, pero en el segundo ascendió a dicho nivel desde rendimientos medianos. En Belice y Honduras se mantuvieron en general como medianos, pero en Costa Rica, Nicaragua y Panamá descendió a bajo después de ostentarlo mediano o alto (cuadro I.12).

El aumento del rendimiento del arroz entre 1950 y 1990 no alcanzó a duplicarse en el Istmo por el escaso dinamismo mostrado al respecto por Belice, Honduras y, en especial, Panamá, el mayor productor de la región de dicho cereal, junto con Costa Rica. Sin embargo, en los otros cuatro países el rendimiento de este cereal aumentó de manera similar o mayor que el promedio mundial, al duplicarse ampliamente. La evolución de tal rendimiento en el periodo de auge fue similar a la que se acaba de describir, pero en los ochenta sólo tuvo un crecimiento alto en Honduras, fue mediano en Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Panamá, al tiempo

que retrocedía en Belice y Nicaragua. Como en el caso del frijol, el rendimiento del arroz centroamericano empeoró en los ochenta en relación al promedio mundial, el cual está fuertemente condicionado por la producción asiática, que viene representando alrededor del 90% de la cosechada en el planeta. Al inicio de los noventa, el único país donde el rendimiento del arroz se mantuvo alto en el contexto mundial fue El Salvador, en tanto que sería mediano, después de ser alto diez años atrás, en Costa Rica y Nicaragua. En los otros cuatro países, dicho rendimiento era bajo al comenzar los noventa, aunque con anterioridad había sido mediano o alto, con la excepción de Panamá que siempre lo tuvo bajo (cuadro I.13).

Los rendimientos de los productos exportables --café, banano, caña de azúcar y algodón-- tuvieron un dinamismo mucho mayor que el de los productos para consumo interno, pues siempre predominaron los crecimientos altos al respecto. En la etapa de auge, todos los crecimientos fueron altos. En el periodo largo, sólo fueron intermedios los del café en El Salvador y Nicaragua. En la etapa de crisis, sólo primó el estancamiento o el retroceso en El Salvador y Nicaragua, pues en Guatemala, Honduras y Panamá esta tendencia se produjo en relación a un solo cultivo, y en Belice y Costa Rica en ninguno. En el periodo largo, el rendimiento del banano creció notablemente en todos los países de la región donde tal cultivo logró adquirir cierta relevancia. Lo mismo sucedió con respecto al rendimiento del café, que sólo fue intermedio en El Salvador y Nicaragua, y de la caña de azúcar, con la parcial excepción de Nicaragua. En la etapa de

auge, fueron altos los incrementos en el rendimiento de los cuatro productos en todos los países donde eran significativos. En la etapa de crisis, las tendencias fueron mucho más dispares, pues se mantuvieron los crecimientos altos y constantes en Belice (caña de azúcar) y Costa Rica (café, banano y caña), primó esta misma tendencia, pero no de manera general, en Guatemala, Honduras (en ambos países hubo crecimientos altos en café y caña, pero no en banano) y Panamá (crecimientos altos en café y banano, pero no en caña), mientras que en El Salvador y Nicaragua predominaba el estancamiento (caña en ambos casos y banano en el segundo) o el retroceso, como en el caso del rendimiento del café en ambos países. Al comenzar los noventa, los rendimientos eran altos en relación a todos los productos significativos a nivel nacional en cuatro países: El Salvador, Costa Rica, Guatemala y Honduras, pero en Nicaragua predominaba el nivel mediano (caña y café), en Panamá se alternaba el alto (banano) con el bajo (caña y café) y en Belice el bajo: caña de azúcar (cuadros I.7-I.10).

En el periodo largo, el rendimiento del café tuvo aumentos altos, al duplicarse por lo menos, en Costa Rica, donde casi se cuadruplicó, Guatemala, Honduras y Panamá, al igual que en el conjunto de Centroamérica, pero en El Salvador (25%) y Nicaragua (40%) dicho incremento fue de rango intermedio. En la etapa de auge, el crecimiento del rendimiento del café en todos los países centroamericanos fue superior al de México, América del Sur y al del promedio mundial. En Costa Rica se triplicó; en Guatemala se multiplicó por dos; en Honduras, Panamá y Centroamérica en general

casi se duplicó; en Nicaragua creció dos tercios y en El Salvador la mitad. En la etapa de crisis, el rendimiento mundial permaneció estancado, pero en todas las naciones centroamericanas registró cierto incremento, salvo en El Salvador y Nicaragua, donde hubo retrocesos importantes. En 1990 el nivel del rendimiento era alto --mayor que el mundial, el sudamericano o el mexicano-- en El Salvador, donde siempre lo fue, Costa Rica, donde ascendió desde un nivel mediano, Guatemala y Honduras, en los que ascendió desde niveles bajos; pero en Nicaragua era similar al mundial y en Panamá inferior a este promedio (cuadro I.7)

Entre 1950 y 1990, el rendimiento del banano centroamericano, que ha conseguido mantenerse en un nivel mundial alto desde su temprana modernización, aumentó de manera significativa tanto en los cuatro países donde tuvo mayor importancia --Costa Rica, Guatemala, Honduras y Panamá-- como en Nicaragua. Después de mantenerse más o menos estancado en los cincuenta, entre 15 y 20 toneladas por hectárea, logró ubicarse en torno a las 50 toneladas por hectárea en 1990. En los sesenta y setenta, creció rápidamente en los cinco países mencionados, pero en los ochenta sólo continuó el aumento en Costa Rica y Panamá, pues en los otros tres se mantuvo estancado o incluso tuvo cierto retroceso (CEPAL, 12-II-1986: 27-29; CEPAL, 5-IV-1993: 101; CEPAL, 15-XII-1993: 4; Ellis, 1983: 174-181, 402; Larach, 18-IV-1995: 4-6).

El rendimiento de la caña de azúcar aumentó de manera notable en el periodo largo, pues a nivel mundial lo hizo en 50%,

mientras que se duplicaba más o menos ampliamente en todos los países centroamericanos, con la excepción de Nicaragua, donde apenas creció un poco más que en dicho promedio mundial. En la etapa de auge, las tendencias fueron similares a las descritas. En la etapa de crisis, cuando el promedio mundial permaneció casi estancado, también hubo incrementos más o menos reseñables, sobre todo al comienzo de los noventa, en Belice, Costa Rica, Guatemala y Honduras, pero en El Salvador, Nicaragua y Panamá primó el estancamiento. Al comenzar los noventa, el rendimiento era mayor al mundial en cuatro países --Costa Rica, El Salvador, Honduras y, en especial, Guatemala-- donde con anterioridad había sido similar, pero en Nicaragua no pasó de este nivel, en tanto que en Belice y Panamá siempre se mantuvo por debajo de dicho promedio (cuadro I.9). Con respecto al rendimiento del algodón, llegó a ser más elevado que el promedio mundial en los tres países de la región donde tal cultivo alcanzó notoriedad --El Salvador, Guatemala y Nicaragua-- al final de la etapa de auge; es decir, antes de que su producción se desplomara en la etapa de crisis (cuadro I.10).

3. Sector externo

El presente capítulo se encuentra dividido en dos apartados. El primero trata sobre la evolución de las exportaciones durante la etapa de auge. El segundo, que abarca la etapa de crisis, se ha dividido a su vez en dos subapartados: el primero, clara continuación del apartado anterior, continúa desarrollando de manera exclusiva el tema de las exportaciones, en tanto que el segundo considera de manera más global el sector externo, pues analiza, con respecto al periodo de referencia, si bien en ocasiones se retrotrae a décadas anteriores, el balance comercial y algunos temas ligados a él, como los términos del intercambio, las transferencias unilaterales y la deuda externa. Con respecto a todos estos asuntos son considerados sistemáticamente los siete países estudiados, con la excepción de lo relacionado con el balance comercial, donde no se encontraron los datos suficientes para determinar el comportamiento de Belice.

A continuación, y a manera de síntesis, se presenta una visión global de la evolución del crecimiento y la diversificación de las exportaciones a lo largo de todo el periodo estudiado (1950-1993), el comportamiento del balance comercial, la deuda externa y las transferencias unilaterales en la etapa de crisis, así como de la desigual situación actual del sector externo en cada uno de los países de la región. Pero antes resulta conveniente definir algunos términos que se utilizan con frecuencia en este capítulo con respecto al proceso de diversificación de las exportaciones de bienes. Distinguir las

exportaciones tradicionales de las no tradicionales en relación a 1950 no presenta mayores dificultades. Si se admite que en dicha fecha las únicas exportaciones de bienes consolidadas en la región eran el café, el banano, los minerales y los productos forestales, deben ser consideradas como no tradicionales en relación a 1950 las otras exportaciones de productos primarios, así como todas las manufactureras. El problema se complica cuando se pretende diferenciar las exportaciones tradicionales de las no tradicionales en la etapa de crisis; es decir, en relación a 1980.

Las clasificaciones establecidas por la CEPAL entre exportaciones tradicionales y no tradicionales en relación a esta fecha no facilitan mucho la tarea. En los estudios económicos nacionales publicados por esta institución en los últimos años, donde las últimas cifras corresponden a 1994, sólo se consideran como exportaciones tradicionales las realizadas con respecto a un escaso número de productos primarios, el resto es incluido en el rubro de exportaciones no tradicionales. Por tanto, en éste se incluyen todas las exportaciones manufactureras, algunas de las cuales debieran considerarse tradicionales por haberse consolidado antes de 1980, y una serie de productos primarios que también deberían considerarse como tradicionales por el mismo motivo. Además, no se distingue entre exportaciones no tradicionales manufactureras y de productos primarios. En otros textos de la misma institución (CEPAL, 5-IV-1993: 102; CEPAL, V-1993: 16), el número de exportaciones consideradas como tradicionales es todavía menor, al englobar sólo a las

exportaciones agropecuarias o incluso sólo a las exclusivamente agrarias. Con todo, en la última de las fuentes citadas se contempla de manera independiente el rubro de las exportaciones agropecuarias no tradicionales, señalando su evolución entre 1980 y 1990, lo cual resulta útil, aunque en ocasiones incluye exportaciones de productos ya consolidados en 1980. En el presente texto, se ha considerado como productos tradicionales de exportación en la etapa de crisis a los ocho siguientes: café, banano, madera, minerales, algodón, azúcar, carne vacuna y mariscos. Los cuatro primeros ya eran tradicionales en 1950 y los otros cuatro se consolidaron antes de 1980 en la mayoría de los países de la región, aunque cuando en alguno de esos países se consolidaron después de tal fecha se tuvieron por no tradicionales, como el caso de los mariscos en Costa Rica. Al resto de las exportaciones primarias se las considera como no tradicionales, pero sólo se hace énfasis en los productos de aparición reciente.

Esta distinción entre productos tradicionales y no tradicionales es fundamental para determinar el proceso de diversificación de las exportaciones de bienes, pues en este trabajo sólo se le ha considerado reseñable cuando se incrementó de manera significativa el valor absoluto de los productos no tradicionales, así como su importancia relativa en relación al total de las exportaciones de bienes. Tampoco hay problema en este sentido para percibir la diversificación ocurrida en la estructura exportadora centroamericana durante la etapa de auge, pues ésta se detecta con claridad a través de los productos --

todos los manufacturados y algunos primarios-- que incrementaron de manera notoria dicha importancia relativa. Una vez más, el problema se plantea en la etapa de auge. Algunos autores pretenden que en ella se ha diversificado la oferta de exportaciones, bien porque aumentó la importancia relativa del conjunto de los productos supuestamente no tradicionales bien porque algunos productos mostraron un crecimiento intenso en términos absolutos. En el primer caso, el problema radica, como ya se señaló, en que dichos conjuntos engloban en realidad productos tradicionales y no tradicionales, y por tanto no se puede establecer con claridad cuáles de ellos crecieron más. En el segundo caso, el criterio tampoco se considera suficiente porque con frecuencia el crecimiento del producto en cuestión, aún siendo muy notable, no le permitió obtener una importancia relativa significativa. Según el criterio seguido en este trabajo, se perciben procesos de diversificación muy escasos en la etapa de crisis. Con respecto a los productos primarios, lo más frecuente es que, aun cuando surjan nuevos productos de exportación, el porcentaje de exportaciones primarias consideradas como no tradicionales, que siempre incluyen productos marginales que en realidad son tradicionales, se mantenga estancado o incluso retroceda (en ocasiones ello sucede además en un contexto de descenso del valor absoluto de las exportaciones de bienes), lo que estaría ocultando un proceso de sustitución de importaciones tradicionales por otras no tradicionales. Esta distinción, rara vez establecida, es fundamental, porque el proceso de diversificación implica que se

añadan nuevos productos a los ya existentes, no que los sustituyan. Con las exportaciones manufactureras la situación suele ser también ambigua: aparecen nuevos productos, aumenta la participación relativa del conjunto de las mismas, pero apenas se alcanza a superar al final de la etapa el nivel de 1980. En este caso, dicha evolución parece reflejar también un proceso de sustitución de exportaciones y no de diversificación.

Para evitar estos problemas, se determinó seguir el criterio señalado: sólo se considera relevante el proceso de diversificación cuando las exportaciones de productos, o grupos de productos, no tradicionales aumentan su importancia de manera significativa tanto en términos absolutos como relativos. Y en la etapa de crisis esto sólo sucede, dentro del ámbito centroamericano, en Panamá, con respecto a las ventas de productos manufactureros (dado que este es el único caso de posible diversificación de las exportaciones manufactureras en esta etapa, no se creyó necesario plantear la distinción de exportaciones manufactureras tradicionales y no tradicionales), y en Costa Rica y Guatemala, con respecto a productos primarios no tradicionales. En este sentido, conviene destacar que estos procesos se desarrollaron en lo fundamental en contextos de cierta recuperación del sector exportador, pues en los años de crisis aguda lo usual fue el aumento de la participación relativa de las exportaciones tradicionales, si bien no siempre que hubo recuperación fue ésta acompañada de diversificación. Esta percepción acerca de la diversificación de las exportaciones de bienes en la etapa de crisis, que quizás pudiera tildarse de

excesivamente cautelosa, contrasta poderosamente con las cifras aparecidas en algunos documentos de la CEPAL. Según dichos datos, entre 1980 y 1994 el porcentaje de las exportaciones no tradicionales se habría elevado de 15 a 30 puntos en los cinco países centrales (cuadro I.17). Aunque también es cierto que en otros documentos publicados por esta misma institución la percepción no es tan positiva. Por ejemplo, con respecto a las exportaciones de bienes en general, en uno de ellos se afirma: "Todavía no maduran a plenitud los programas de diversificación de las exportaciones no tradicionales, aunque se vienen consolidando nichos promisorios" (CEPAL, V-1993: 19).

La diversificación del sector exportador centroamericano en la segunda mitad del siglo XX fue notable, en especial si se la compara con la atonía que en este sentido prevaleció en la primera mitad de esta misma centuria, en la cual siguieron predominando los rubros ya consolidados con anterioridad. Al mediar el siglo XX, la obtención de divisas en Centroamérica dependía en lo fundamental de la venta de dos productos agrícolas, café y banano, aunque también era importante para algunos países --Honduras y Nicaragua, pero sobre todo Belice-- la exportación de productos primarios de extracción: minerales y forestales. Dentro de este panorama, Panamá era una excepción, por la importancia que tenían en este país las ventas al exterior de servicios vinculados con la actividad canalera, y de productos previamente importados. Las transformaciones ocurridas en las cuatro décadas siguientes fueron enormes y significaron un cambio profundo en la inserción de la región en la economía mundial, así

como de los factores dinamizadores de las economías nacionales; además de que sirvieron para amortiguar las fluctuaciones cíclicas de los precios internacionales. El mayor se produjo quizás en Belice, pues su sector exportador pasó de basarse casi exclusivamente en la venta de productos forestales, en cuya reproducción el hombre no tenía participación, a estar determinado sobre todo por la exportación de productos agrícolas --azúcar, banano y jugos cítricos, pero también mariscos--, pero con una participación no desdeñable de las ventas de manufacturas --artículos textiles--, incluidas las reexportaciones, y servicios, como el turismo y las remesas enviadas por los trabajadores radicados en el extranjero (aunque éstas no son propiamente exportaciones, en estos párrafos referidos a presentar una síntesis del proceso diversificador de las exportaciones, las consideraremos, para simplificar, como tales, de igual manera que lo hace en ocasiones el Banco Mundial: 1993: 393). En los cinco países centrales, los cambios también fueron profundos: se amplió la oferta de productos primarios --algodón, azúcar, carne y mariscos--, al tiempo que surgía y se consolidaba la venta de productos manufacturados --artículos textiles y medicamentos-- y servicios, como el turismo y las remesas. A pesar de que las exportaciones panameñas eran las más diversificadas al comenzar el periodo estudiado, las transformaciones al respecto también fueron notorias en este país, pues surgieron nuevos productos primarios --café, azúcar, carne y mariscos-- y manufactureros, como artículos textiles, medicamentos y los vinculados con la reexportación.

Sin embargo, este proceso de diversificación se desarrolló de manera muy diferente en las dos etapas consideradas, pues en la etapa de crisis se basó en rubros de significación muy distinta a la prevaleciente en la etapa de auge. En ésta, se basó en la venta de productos primarios y manufactureros procedentes de la propia región, los cuales pueden permitir el afianzamiento de un sólido sector exportador a largo plazo. Por el contrario, en la etapa de crisis la diversificación en esos rubros tendió a estancarse o incluso retroceder, al tiempo que se hacía presente, en lo fundamental por el incremento en la captación de divisas provenientes de actividades que en poco contribuyen al robustecimiento de la planta productiva nacional, bien porque involucran escasos recursos nacionales, como en el caso de la industria maquiladora, bien porque son realizadas en su totalidad en el extranjero, como las que permiten el envío de remesas. Por tanto, no resulta extraño que la diversificación en la exportación de productos primarios en el periodo largo se debiera casi exclusivamente a la producida en la etapa de auge, pues en la de crisis sólo fue perceptible con cierta claridad en Costa Rica --piña y plantas ornamentales-- y Guatemala, cardamomo y tabaco. Con respecto a las ventas de manufacturas, surgieron y se consolidaron en lo fundamental en la etapa de auge. En los cinco países centrales, este proceso estuvo íntimamente vinculado al proceso integrador creado en esa misma etapa. En la subsiguiente etapa, el proceso de diversificación de exportaciones manufactureras en estos mismos cinco países, estuvo determinado sobre todo por la expansión de la industria

maquiladora, existente ya en Belice antes de 1980 y dependiente de empresas transnacionales, las cuales son atraídas principalmente por la posibilidad de pagar salarios bajos (CEPAL, V-1993: 20). Por el contrario, las exportaciones de servicios se expandieron sobre todo en la etapa de crisis. Antes de 1980, el turismo sólo era significativo en Panamá, pero a partir de entonces se consolidó en Costa Rica, Belice y, en parte, Guatemala. Por su parte, en la etapa de auge las remesas sólo fueron importantes en Belice, pero también llegaron a serlo después en El Salvador, Guatemala y, muy parcialmente, en Nicaragua.

Como resultado de todas estas transformaciones, al final del periodo estudiado el sector exportador centroamericano era muy distinto de aquel que, 40 años atrás, se basaba casi exclusivamente, con la excepción de Panamá, en la venta de uno o dos productos primarios. En la actualidad, la oferta de este tipo de productos es mucho más variada y además la importancia relativa del conjunto de tales exportaciones primarias descendió notablemente, aunque las diferencias nacionales al respecto son muy llamativas, debido sobre todo a la expansión de las exportaciones de servicios y, en menor grado, a las manufactureras. Con la finalidad de establecer la importancia relativa en la actualidad de los principales rubros participantes en el proceso de generación de divisas por parte de los propios centroamericanos, se sumó al valor total de las exportaciones nacionales el de las transferencias unilaterales privadas y en relación a este resultado, referido a 1992, se calcularon los

porcentajes de los rubros considerados como principales: exportación de servicios, manufacturas y productos primarios, así como el de los ingresos provenientes de las mencionadas transferencias unilaterales privadas, que están integradas principalmente por las remesas. Antes de señalar los resultados obtenidos al respecto, conviene anotar que las cifras calculadas en este sentido deben tomarse como meras aproximaciones, pues en ocasiones proceden de datos calculados de manera independiente y que, por tanto, no son totalmente compatibles. En concreto, las cifras recabadas acerca de las exportaciones de manufacturas y productos primarios no siempre coinciden con el total de exportaciones de bienes, de las cuales se supone que son sus dos únicos componentes; además, con frecuencia no se pudo establecer si las ventas de productos maquilados estaban integradas al rubro de exportaciones de servicios o al de bienes. Con todo, los datos expuestos a continuación proporcionan una imagen aproximada acerca de la importancia que tienen cada uno de los rubros señalados en los sectores exportadores de cada país.

En 1992, las exportaciones de productos primarios habían dejado de ser mayoritarias en cuatro países de la región: Belice, El Salvador, Guatemala y Panamá; en los otros tres países continuaban siéndolo, pero en Costa Rica por muy escaso margen. En El Salvador las remesas representaban casi la mitad de los ingresos totales de divisas, en tanto que las exportaciones de servicios, manufacturas y productos primarios ostentaban porcentajes similares. En Guatemala, la exportación de productos primarios sumaba el 40% del total, la de servicios algo menos del

30% y el resto se lo dividían casi a partes iguales las ventas de manufacturas y las remesas. El caso de Belice era similar al anterior, pues las ventas de productos primarios sumaba también 40%, pero las de servicios eran similares y las de manufacturas, así como las remesas, rondaban el 10%. El caso de Panamá es especial, por la escasa importancia que tenían en esta nación las exportaciones de bienes producidos en el país. Si se toman en cuenta las reexportaciones, éstas representaban el 70%, algo más del 20% las ventas de servicios y el escuálido resto estaba integrado sobre todo por las exportaciones de productos primarios; si se excluyen las reexportaciones, las ventas de servicios alcanzaban algo más del 70% del total, las de productos primarios exceden el 20% y las de manufacturas no alcanzan el 5%. En Costa Rica, poco más de la mitad de las divisas era proporcionado por la venta de productos primarios, las exportaciones de servicios significaban casi el 30% y las de manufacturas poco menos del 20%. En Honduras y Nicaragua, las exportaciones de productos primarios superaban el 60%, pero en el primer caso tenían cierto relieve tanto las de manufacturas como las de servicios, en tanto que en el segundo sólo estas eran reseñables (cuadro I.19; CEPAL, Anuario... 1994: 459-481, 531-533; CEPAL, Estudios económicos nacionales durante 1994; Regional Surveys... 1993: 107).

Con respecto al dinamismo del sector exportador en el periodo largo, que en esta ocasión las cifras disponibles obligan a evaluarlo a partir de su comportamiento entre 1960 y 1993, sobresalen los crecimientos de Costa Rica, muy superior al de

Iberoamérica, Panamá, sólo ligeramente por encima del de esta área cultural, y quizás Belice (en este último caso el aumento de las exportaciones de bienes fue mediano, pero ello fue seguramente compensado por el mayor incremento de las exportaciones de servicios y la creciente importancia de las remesas). Los de El Salvador, Guatemala y Honduras fueron escasos, pues se situaron claramente por debajo del promedio iberoamericano. En el caso de El Salvador, el dinamismo de las exportaciones de bienes y servicios fue sensiblemente menor al de Guatemala y Honduras (aunque el doble del de Nicaragua), pero el masivo ingreso de divisas al final de periodo compensó holgadamente esta diferencia. Por último, el crecimiento de las exportaciones nicaragüenses fue realmente precario: casi la cuarta parte del promedio iberoamericano, el cual se multiplicó por 17 a lo largo de estos 33 años. En este lapso, el crecimiento de las exportaciones costarricenses de bienes y servicios duplicó a los de Guatemala y Honduras, triplicó al de El Salvador y cuadruplicó al de Nicaragua. Estas notorias diferencias nacionales en relación al ritmo de crecimiento de las exportaciones se forjaron en lo fundamental durante la etapa de crisis, puesto que entre 1960 y 1980 sólo fue superior al promedio iberoamericano en Guatemala, Honduras y, sobre todo, Panamá. Por el contrario, entre 1980 y 1993, cuando el valor de las exportaciones iberoamericanas se incrementaba en 50%, las de Costa Rica se duplicaron ampliamente, las de Belice crecieron probablemente de manera similar a las iberoamericanas, las de Panamá algo menos, las de Guatemala y Honduras permanecieron casi

estancadas, en tanto que las de El Salvador (por supuesto, en estos cálculos no se toman en cuenta las remesas) y Nicaragua retrocedían (cuadro I.16). En el crecimiento de la generación de divisas (ahora sí se toman en consideración las remesas) desempeñaron un papel importante, como es lógico, los rubros que se anotaron como principales responsables de la diversificación de sector exportador. Aunque el café y el banano seguían teniendo al final del periodo una gran significación, la expansión de las ventas de productos primarios todavía no consolidados al mediar el siglo XX, contribuyó decisivamente a dicho crecimiento en todos los países de la región, al igual que las de manufacturas, con la excepción parcial de Nicaragua. Las ventas de servicios, (que incluyen las de los productos de la industria maquiladora, tuvieron siempre un dinamismo muy superior al de las exportaciones de bienes, en tanto que las remesas adquirirían notoriedad en Nicaragua, pero sobre todo en Belice, El Salvador y Guatemala, y las reexportaciones se expandían en Belice y, en especial, en Panamá (cuadros I.16-19).

En el periodo largo, el crecimiento del valor de las exportaciones se debió sobre todo al aumento de su volumen, aunque el valor unitario de las mismas también tendió al alza. En la etapa de auge, el valor unitario de las exportaciones de bienes, así como su volumen, creció en todos los países. Por el contrario, entre 1980 y 1993, el valor unitario descendió en todos ellos, con la excepción de Panamá, de manera más o menos uniforme, al tiempo que el volumen sólo presentó tendencias claramente negativas en relación con algunos de los principales

productos de exportación en Guatemala y Honduras, pero sobre todo en El Salvador y Nicaragua. Por tanto, el deterioro de los precios unitarios en la etapa de crisis contribuye a explicar el comportamiento desfavorable de las exportaciones de bienes en el conjunto de la región, pero no las profundas diferencias nacionales al respecto. Estas se encuentran relacionadas, sin embargo, con la evolución del volumen de tales exportaciones, cuyos descensos más notorios, los de El Salvador y Nicaragua, estuvieron vinculados a su vez con los conflictos políticos internos padecidos por estos dos países en los ochenta (apartado 3.2.2; CEPAL, Anuario... 1984: 520; CEPAL, Anuario... 1994: 516-517). De la misma manera que en relación al valor unitario de las exportaciones, la crisis del Mercado Común Centroamericano en esta misma etapa afectó de forma relativamente uniforme a los países de la región, aunque en este caso sólo a los cinco centrales. Además de la disminución del valor de las exportaciones, propiciada por el descenso de los precios internacionales y el deterioro del Mercado Común Centroamericano, y de los términos del intercambio, fenómenos ambos surgidos en la propia etapa de crisis, contribuyeron al desequilibrio generalizado del sector externo el agravamiento de otros problemas que ya se habían hecho presentes en los setenta: el déficit del balance comercial y la carga y servicio de la deuda externa.

La desigual evolución nacional del valor de las exportaciones en los ochenta está relacionada, además de con el comportamiento del volumen exportado, con la evolución del

balance comercial y de la carga de la deuda externa, no así con la referida a los términos del intercambio ni con el nivel de diversificación alcanzado por las exportaciones, el cual fue expuesto con anterioridad. Entre 1981 y 1993, el balance comercial arrojó un amplio superávit en Panamá, representó menos del 3% del PIB en Costa Rica, un porcentaje algo mayor en Guatemala y Honduras, en tanto que éste era mucho más elevado en El Salvador y Nicaragua. Por su parte, la carga de la deuda externa, que al principio de la etapa de crisis se agravó en todos los países de la región, al final de dicha etapa se situó por debajo de los niveles prevalecientes en 1980 en Belice, Costa Rica y Panamá, en tanto que en los otros cuatro países el problema se había agudizado. Sin embargo, el problema de la deuda no era especialmente grave en 1994 en El Salvador ni Guatemala, como tampoco en Belice, Costa Rica y Panamá. La carga de la deuda externa en El Salvador y Guatemala, que no era muy pesada en 1980, se mantuvo en niveles relativamente manejables en la etapa de crisis gracias, por lo menos en parte, a las abundantes transferencias unilaterales que ambos recibieron. Sin embargo, en Honduras y, sobre todo, Nicaragua, países en los que dicha carga era ya abultada en 1980, este problema seguía siendo grave al final del periodo considerado, a pesar de que ambos, pero sobre Nicaragua, recibieron abundantes transferencias unilaterales.

En resumen, la situación actual del sector externo es relativamente favorable en Belice, Costa Rica y Panamá, debido a que su sector exportador ha superado la crisis de manera más

o menos clara, al tiempo que no padecen de graves problemas en relación a su deuda externa. En los casos de El Salvador, Guatemala y Honduras se conjugan aspectos positivos y negativos. Sus exportaciones de bienes primarios no han conseguido recuperar todavía los niveles anteriores a la crisis; sus exportaciones manufactureras sí lo han hecho, pero existe quizás una importancia excesiva al respecto de la industria maquiladora; las remesas aportan una cantidad significativa de divisas a El Salvador y Guatemala, aunque tampoco contribuyen al afianzamiento de un sector exportador poderoso; por su parte, la carga de la deuda externa sólo es grave en Honduras. Sin embargo, Nicaragua se encuentra todavía inmersa de lleno en la crisis: sus exportaciones de bienes a precios constantes son inferiores a las de 1970, el valor a precios corrientes de sus ventas al exterior de productos primarios y manufacturas todavía no recuperan el nivel de 1980; son escasas las divisas recibidas por las remesas y las ventas de la industria maquiladora; su problema con la deuda externa es desmesurado. El único dato significativo relativamente alentador es que sigue recibiendo una ayuda externa abundante.

3.1. Etapa de auge

Al mediar el siglo XX, el ingreso de divisas en los países centroamericanos dependía en lo fundamental de la exportación de bienes, con la excepción de Panamá, donde la venta al exterior

de servicios, ligada a las actividades del Canal, era más importante que la de bienes. En todos los países de la región, sin excepciones, la exportación de bienes se basaba en la venta de uno o dos productos primarios, al tiempo que la exportación de bienes manufacturados era casi inexistente.

En Belice, el 80% o más del valor de las exportaciones procedía de la explotación forestal: caoba, pino y chicle (Alvarez Icaza, 1987: 24; Ken, 1990: 57; Toussaint Ribot, 1993: 79). En los otros seis países, la exportación de bienes estaba dominada por dos productos agrícolas: el café y el banano. En tres países, estaba determinada en lo fundamental por sólo uno de ellos. En El Salvador el café representaba el 90% de las exportaciones en 1950. En esta misma fecha, el banano representaba el 70% de las exportaciones hondureñas; esto indica que en este país todavía debía de tener una importancia considerable la exportación minera de oro y plata, que en 1942 representaba algo más del 20% de las ventas al exterior. El banano también dominaba las exportaciones de bienes en Panamá, pues a comienzos de los cuarenta representaba más del 80% de las exportaciones de bienes de este país. Sin embargo, al comenzar los cincuenta el banano representaba una proporción menor a la mencionada, debido a la importancia ostentada tanto por dos productos cuya explotación para la venta al exterior se remontaba a tiempo atrás, fibra textil de abacá y cacao, como otro, el camarón, que en pocos años había adquirido un relieve notable. En Costa Rica y Guatemala, el café era el principal producto de exportación, pero el banano desempeñaba en ambos un papel

importante. La exportación combinada de estos dos productos procuraban a tales países entre el 80 y el 95% de sus divisas (cuadro I.17; Biesanz, 1993: 164; Bulmer-Thomas, 1989: 146, 169; Pan America Associates, 1945: 388, 412, 466-468).

Nicaragua constituye hasta cierto punto un caso singular. En torno a 1930, la composición de sus exportaciones era similar a la de Costa Rica y Guatemala, pues el principal producto era el café y el segundo lugar estaba ocupado por el banano. Sin embargo, en estas mismas fechas ya existía una cierta diferencia: esos dos productos representaban en Costa Rica y Guatemala más del 90% de las exportaciones totales, mientras que en Nicaragua apenas superaban el 70%, pues los metales preciosos y la madera también tenían una participación importante. Sin embargo, los efectos combinados de la Gran Depresión, la segunda Guerra Mundial y la enfermedad de Panamá, que se manifestaron de manera intensa entre 1930 y 1945 en todos los países centroamericanos productores de la fruta, determinaron el derrumbe de la producción bananera en Nicaragua, la cual apenas conseguiría repuntar en los ochenta. Por esta razón, Nicaragua aparece en 1950 como el país centroamericano más diversificado en el sector exportador, aunque esta diversificación no significara en absoluto la consolidación de una producción exportable distinta de la tradicional. En efecto, al mediar el siglo XX, la mitad de las divisas ingresadas en Nicaragua procedía del café y casi la cuarta parte del oro, mientras que el ajonjolí y el algodón tenían la misma importancia que la madera, en torno al 5% cada uno de ellos (Bulmer-Thomas, 1989: 41; CEPAL, 1966: 11; Ellis,

1983: 53).

Si bien las exportaciones de bienes en Panamá eran muy similares a las de los cinco países centrales, su comercio exterior se diferenciaba notablemente del imperante en el resto de la región, al no estar determinado en lo fundamental por las mencionadas exportaciones de bienes. En torno a 1950, el déficit del balance de bienes en Panamá era todavía más acentuado de lo que ha sido en décadas posteriores. El valor de los bienes importados en 1940 quintuplicaba holgadamente al de los bienes exportados y en 1943, debido en parte al drástico descenso de las ventas de banano, llegó incluso a ser 20 veces mayor. Según el profesor norteamericano John Biesanz y su esposa, quienes vivieron en Panamá y otros países centroamericanos alrededor de la fecha que nos ocupa, el déficit del balance panameño de bienes era quizás el más elevado del mundo: en 1952, señalan en un texto que se publicó por primera vez en 1955, en Nueva York, el valor de las exportaciones era casi seis veces menor que el de las importaciones. Esta enorme diferencia se subsanaba con una serie de ingresos ligados con la actividad canalera: la renta anual pagada por el gobierno estadounidense, así como la venta de mercancías y servicios a los residentes en la Zona, empresas navieras, turistas y pasajeros en tránsito. La mayoría de estas operaciones no eran registradas oficialmente, pero pueden ser catalogadas en lo fundamental como exportaciones de servicios, pues incluso en la venta de artículos, importados en gran parte, los panameños fungían como meros revendedores (Biesanz, 1993: 163-164; Pan American Associates, 1945: 468).

Las estructuras exportadoras prevalecientes en la región al mediar el siglo XX se originaron en distintos momentos históricos. La de Belice se había conformado dos siglos antes. El pronunciado déficit comercial de Panamá también tenía raíces seculares. Pero la consolidación del café y el banano se produjo en general en fechas más recientes: en la segunda mitad del siglo XIX.

La estructura exportadora de Belice en 1950 era, en efecto, la heredera directa de la que los colonos ingleses implantaron en este territorio al mediar el siglo XVII, si bien la población y la economía de esta zona no llegaron a demostrar una cierta importancia, aunque todavía muy escasa, hasta la segunda mitad de la siguiente centuria, cuando llegaron a este territorio los primeros contingentes mínimamente numerosos de esclavos negros. En los siglos posteriores, y hasta bien avanzada la década de 1950, las exportaciones beliceñas fueron en lo fundamental forestales, aunque el tipo de productos fue variando con el tiempo. Hasta después de mediar el siglo XVIII, el principal producto de exportación fue el palo de tinte o de Campeche, que era de fácil extracción, pues crece cerca de la costa y se exportaba en pedazos cortos y fácilmente manejables, y se empleaba para teñir las telas de la naciente industria europea. Para 1771, el principal producto de exportación era ya la caoba, que se utilizaba para la construcción de vías férreas y barcos y cuya extracción resultaba más difícil que la del palo de tinte, pues crece aislado en el interior y se exportaba en grandes

troncos. En la primera mitad del siglo XX, la caoba seguía constituyendo un producto fundamental en las exportaciones beliceñas, pero a él se sumaron en este periodo la madera de pino y el chicle, empleado en la fabricación de goma de mascar. Desde la segunda mitad del siglo XIX, se produjeron diversos intentos por desarrollar la agricultura para la exportación en Belice. Con este objetivo, se cultivó café, cacao, banano, cítricos y caña de azúcar, pero ninguno de tales productos consiguió alcanzar una mínima significación hasta la segunda mitad del siglo XX (Bolland, 1992: 219-220; Dachary y Arnaiz Burne, 1993: 88-91; Ghidinelli, 1992: 16; Ken, 1990: 57-59; Paz Salinas, 1979: 19-30, 73; Toussaint Ribot, 1993: 22, 77-79).

El acentuado déficit comercial que caracterizaba el sector externo panameño en 1950, y que lo sigue caracterizando hasta la actualidad, tiene también orígenes remotos. Aunque entre 1830 y 1835 el valor de las exportaciones superó al de las importaciones, dicho déficit fue crónico en Panamá durante todo el siglo XVIII y la construcción del ferrocarril transístmico en 1850 no hizo sino reavivarlo. Entre 1856 y 1858, las importaciones de este país triplicaron y hasta quintuplicaron sus exportaciones. La diferencia se subsanaba de la misma forma en que se haría desde entonces, con la venta de bienes y servicios ligados al tránsito interoceánico. A pesar del auge exportador de las empresas bananeras en la década de 1880, el balance comercial siguió siendo muy deficitario al final del siglo XIX, fomentado esta vez por el primer intento serio, aunque frustrado a la larga, de construcción del Canal. Determinado por el alto

nivel de las importaciones y las exportaciones de servicios, dicho "desequilibrio" se siguió manifestando a lo largo de todo el periodo de construcción definitiva del Canal, entre 1904 y 1914, y por supuesto con posterioridad (Jaén Suárez, 1979: 295-340).

Antes de mediar el siglo XIX, el café se convierte en el principal producto de exportación en Costa Rica, pero en Guatemala y El Salvador, donde la venta de tintes naturales, como la grana o cochinilla y el añil, siguieron siendo los principales productos de exportación muchas décadas después de la Independencia, no sucedió lo propio hasta las décadas de 1870 y 1880. El desarrollo del café en Nicaragua fue algo más tardío, pero en 1890 alcanzó a generar el 71% de las divisas por exportación. Bajo el control de capitales foráneos, las actividades extractivas, tanto forestales como mineras, continuaron teniendo una significación notable en este país hasta mediados del siglo XX (Samper K., 1993: 19-29). Las exportaciones de banano adquirieron importancia algo después que las de café: en la década de 1880. En torno a 1890, apenas representaba el 25% del total de las exportaciones en Honduras, donde seguía prevaleciendo la exportación de plata, y el 36% en Panamá. Sin embargo, a finales del siglo XIX, el banano ya representaba la mitad del valor de las exportaciones hondureñas y más del 60% de las panameñas, al tiempo que en Costa Rica este porcentaje ascendía a los 16 puntos. En Guatemala y Nicaragua la exportación de banano siempre tuvo una importancia menor a la detenida en aquellos tres países y se desarrolló de manera más errática. En

1913, cuando en Costa Rica llegó a ser superior a la del café, representaba poco más del 5% de las exportaciones totales en ambos países y en 1929, el 13% en Guatemala y el 18 en Nicaragua (Bulmer-Thomas, 1989: 9, 41; Ellis, 1983: 41; Hall, 1985: 18-20; Jaén Suárez, 1979: 314-315, 340; Posas, 1993: 152; Samper, 1993: 27-29; West y Augelli, 1989: 378-379).

Durante esta etapa de auge, el sector exportador de todos los países centroamericanos se caracterizó no sólo por su crecimiento sino también por su diversificación. En esta etapa, el dinamismo de las exportaciones fue notorio en todos los países y las diferencias nacionales al respecto no fueron muy relevantes, pues en ningún caso el ritmo de crecimiento de un país duplicó al del otro. Sin embargo, sobresalen cuatro de ellos por la intensidad de su crecimiento: Costa Rica, Guatemala, Nicaragua y Panamá. En los cinco países centrales, dicho dinamismo se debió en lo fundamental al crecimiento de las exportaciones de bienes, pues las de servicios, al aumentar en una proporción similar a las de aquellas, mantuvieron una importancia escasa. Por el contrario, el intenso crecimiento de las exportaciones panameñas se debió en lo fundamental a la expansión de las relacionadas específicamente con los servicios, en íntima vinculación con la actividad canalera, y las reexportaciones. En Belice el rubro más dinámico fue probablemente el de exportación de bienes, pero las reexportaciones y las remesas enviadas por los beliceños radicados en el exterior desempeñaron asimismo un papel

importante. En relación a la diversificación de las ventas al exterior, fue notable la desarrollada en las exportaciones de bienes de todos los países de la región, así como en las exportaciones de servicios de Panamá y Belice. En este país se produjo un cambio radical del sector exportador, pues la venta de productos forestales, predominante en 1950, fue prácticamente sustituida por la de una serie de productos primarios (azúcar, banano, jugos cítricos y mariscos) e incluso manufactureros (en especial textiles); además de la importancia que cobraron las mencionadas remesas y reexportaciones. En las otras seis naciones, más que de un proceso de sustitución de exportaciones, se trató de uno de ampliación de las mismas. Con respecto a las exportaciones de bienes, las ventas de los productos ya consolidados en 1950, café y banano sobre todo, crecieron con un ritmo no desdeñable en estos seis países, pero lo hicieron en mayor medida una serie de productos primarios no tradicionales (algodón, azúcar, carne vacuna y mariscos) e industriales (textiles, medicamentos y productos químicos), vinculados en lo fundamental con el éxito de esquemas de integración económica. En Costa Rica, El Salvador y Guatemala las exportaciones más dinámicas fueron las industriales; en Honduras y Nicaragua, las de productos primarios no tradicionales; en Belice y Panamá, estas últimas y las de servicios.

En esta etapa, el crecimiento de las exportaciones costarricenses fue el mayor, después del de Guatemala, de los cinco países centrales entre 1950 y 1980, pero entre 1960 y 1980 fue similar al de Iberoamérica e inferior a los de Guatemala,

Panamá e incluso Honduras. El crecimiento de las exportaciones guatemaltecas fue notable tanto si se refiere a 1950-1980 como a 1960-1980. La exportación de bienes y servicios entre 1960 y 1980 tuvo su mayor incremento en Panamá, pues fue sensiblemente superior al de Iberoamérica y al de los otros países centroamericanos. Ello se debió en lo fundamental al dinamismo de sus exportaciones de servicios, pues las de bienes crecieron más lentamente que las de tales países y promedio. El alto crecimiento de las exportaciones nicaragüenses en esta etapa se pone de manifiesto con claridad entre 1950 y 1975, cuando fue el mayor de los cinco países centrales, y entre 1960 y 1975. Sin embargo, permaneció casi estancado en el quinquenio 1975-1980, lo que se convierte en una prueba más de que la crisis de este país se anticipó en algunos años, por su crisis política interna, a la de los otros países de la región. Además, este es el motivo, por el cual, si se quiere percibir el dinamismo de las exportaciones nicaragüenses en la etapa de auge y se pretende que esta no terminó sino hasta 1980, se sacará la errónea conclusión de que fue relativamente escaso. Donde sí sucedió esto, en realidad, fue en Belice, El Salvador y Honduras. Con respecto a este último país, cabe señalar que el valor de sus exportaciones permaneció estancado en los cincuenta y aumentó con cierta intensidad en las dos décadas siguientes. Por ello, su crecimiento en esta etapa se percibe como el menor de la región entre 1950 y 1980, pero no sucede lo mismo al considerar sólo los veinte años posteriores (cuadro I.16).

Durante esta etapa de auge, en todos los países de la región

decaen drásticamente las importancias relativas de los productos que en 1950 dominaban la exportación de bienes en Centroamérica. Con la excepción de Belice, donde la explotación forestal disminuyó su valor, la causa de este descenso no radicó en la reducción de tales exportaciones. Por el contrario, las ventas de los productos consolidados en 1950, en especial el café y el banano, se expandieron en general de manera notable durante estos 30 años, pero lo hicieron en menor proporción que las de manufacturas y productos primarios no consolidados en esa fecha; en la mayoría de los casos algodón, azúcar, carne vacuna y mariscos (cuadros I.7-8, 18-20).

Como se anotó, al comenzar, en torno a 1950, el proceso de diversificación de las exportaciones característico de la etapa de auge, cuatro productos de exportación --café y banano en especial, pero también minerales y productos forestales-- representaban, por lo menos, el 80% de las exportaciones de cada país, aunque en ninguno de ellos tenían importancia los cuatro, y en ocasiones dicha proporción superaba el 90%. Treinta años después, en 1980, aunque estos productos consolidados décadas atrás continuaban siendo en general los bienes que proporcionaban mayor cantidad de divisas, su importancia relativa había descendido en por lo menos 40 puntos: en Costa Rica (café y banano) se situaba entre 40 y 50%; en El Salvador (café), Guatemala (café y banano), Honduras (banano, madera y minerales, pues el café se consolidó en este país en la etapa de auge) y Nicaragua (café y minerales) sumaba entre el 30 y el 40%; en Panamá (banano) se situaba en torno al 20% y en Belice (productos

forestales) no alcanzaba el 2%. Simultáneamente, la exportación de productos primarios no consolidados en 1950 crecía significativamente en todos los países, pero sobre todo en los cuatro donde el aumento de las exportaciones industriales fue menor. En 1980, estos productos primarios representaban el 80% de las exportaciones de bienes en Belice (azúcar, banano, jugo de cítricos y mariscos); en torno al 40% en Honduras (café, carne, azúcar y mariscos), Nicaragua (algodón, carne, azúcar y mariscos) y Panamá (azúcar, mariscos, carne y café); así como entre el 10 y el 20% en los tres países con mayor crecimiento de las exportaciones manufactureras: Costa Rica (azúcar y carne), El Salvador (algodón, azúcar y mariscos) y Guatemala (algodón, azúcar y carne). Por tanto, salvo el café en Honduras y Panamá, así como el banano en Belice, en esta etapa se consolidó la exportación de cuatro productos primarios de exportación que con anterioridad no tenían relieve en el sector externo de la región: uno, el azúcar, alcanzó cierta significación en todos los países, pero sobre todo en Belice; otros dos en cuatro países, carne vacuna (salvo en Belice y El Salvador) y mariscos (salvo en Costa Rica y Guatemala); y el cuarto, el algodón, en tres: El Salvador, Guatemala y Nicaragua (cuadro I.18).

Por su parte, el crecimiento de las exportaciones manufactureras fue impresionante. En 1960 su valor era inferior a los siete millones de dólares en cualquiera de los países de la región, pero en 1980 superaba los 250 en Costa Rica, El Salvador y Guatemala, los 100 en Honduras y los 50 en Nicaragua; si bien es cierto que en este país, a diferencia de lo sucedido

en los otros cuatro centrales, donde este tipo de exportaciones se incrementó de manera muy notable en la segunda mitad de los setenta, su valor era prácticamente idéntico en 1975 y 1980. Sin embargo, en Panamá, aunque casi se triplicó en este lustro, el valor de las exportaciones manufactureras apenas rebasaba en 1980 los 30 millones de dólares; la parquedad de esta cifra está en íntima relación con el hecho de que este país fuera el único de la región que no pertenecía a ningún esquema integrador (CEPAL, Anuario...1984: 535). Este gran crecimiento en términos absolutos se tradujo en que en 1980, la exportación de manufacturas, prácticamente inexistente 30 años atrás, sumaba el 35% de las exportaciones de bienes en El Salvador, se situaba entre 30 y 24% en Costa Rica y Guatemala, casi alcanzaba el 20% en Belice y Nicaragua, pero no llegaba al 15 en Honduras ni al 10 en Panamá (cuadro I.19).

Al comparar estos porcentajes con los referidos a la importancia relativa de los productos primarios no consolidados en 1950, se percibe que en esta etapa de auge estos crecieron en mayor medida que las exportaciones industriales en Belice, Honduras, Nicaragua y Panamá; al contrario de lo sucedido en Costa Rica, El Salvador y Guatemala, donde el dinamismo de las exportaciones manufactureras contribuyó en mayor grado al crecimiento de las exportaciones de bienes que las ventas de los productos primarios no consolidados en 1950. Entre los productos manufactureros exportados por la región, sobresalían al final del periodo los artículos textiles (en Belice, Costa Rica, El Salvador y Panamá), medicamentos (Costa Rica, El Salvador y

Guatemala) y productos químicos, en los cinco países centrales. La estrecha vinculación entre la evolución de las exportaciones manufactureras y el desarrollo del Mercado Común Centroamericano, integrado por los cinco países centrales de la región, se constata al percibir que las exportaciones intrarregionales alcanzaron a representar, al final de esta etapa de auge, entre un 25 y un 28% de las exportaciones de bienes de esos cinco países; con la excepción de Honduras, el cual exhibe el menor porcentaje de exportaciones intrarregionales, así como de exportaciones manufactureras, de los cinco, en clara relación con su alejamiento en los setenta de este esquema integrador (cuadro I.19).

Durante esta etapa de auge, en los cinco países centrales de la región la generación de divisas estaba vinculada en lo fundamental con la exportación de bienes (en la que por otra parte las empresas maquiladoras no tenían una presencia significativa), pues ni las reexportaciones, ni las exportaciones de servicios ni las remesas de los trabajadores emigrados habían adquirido todavía un papel relevante en ninguno de ellos. Aunque en ningún caso alcanzaban a representar el 10% de las exportaciones de bienes y servicios, al final de tal etapa el turismo sólo tenía cierta importancia en Costa Rica y Guatemala, en tanto que las remesas de los trabajadores apenas eran reseñables en El Salvador y Guatemala (CEPAL, Anuario... 1990: 446-468; CEPAL, 25-VI-1991: 63).

Belice fue el único caso en el que durante esta etapa decayó el valor de los productos de exportación predominantes en 1950.

Entre 1960 y 1980, el valor de las exportaciones forestales de este país en dólares a precios corrientes se mantuvo estancado, en menos de dos millones de dólares, lo que significa un obvio descenso si se considera a precios constantes. Esto se confirma al constatar que entre estos mismos años el volumen de la producción de madera exportable se redujo a casi la mitad (FAO, Cuadros por países 1982 y 1995). Este hecho cobra todavía mayor realce si se considera que la producción maderera descendió desde 1945 y que tal situación se agravó con la devastación que el huracán Hattie produjo en 1961 en una gran zona de explotación forestal (Paz Salinas, 1979: 74). Según otro autor, en 1950 la industria forestal empleaba a 3 000 trabajadores e ingresaba cuatro millones de dólares al país, mientras que en 1968 sólo ocupaba a 1 000 trabajadores y exportaba menos de un millón y medio de dólares (Alvarez Icaza, 1987: 27). Al final de la década de 1950, las exportaciones conjuntas de azúcar y concentrados de cítricos superaron por primera vez a las forestales. Desde entonces el azúcar se convirtió en el principal producto beliceño de exportación; posición que ha conservado hasta la actualidad (cuadro I.18; Ken, 1990: 58; Toussaint Ribot, 1993: 79; Vernon, 1993: 150). Además de los dos productos mencionados, el banano, los mariscos y los artículos textiles se incorporaron en esta etapa a la oferta exportadora beliceña, la cual no tuvo cambios importantes en los años posteriores (cuadro I.18).

Pero esta visión panorámica sobre la generación de divisas por los beliceños en esta etapa de auge, quedaría incompleta si no se mencionan otros tres aspectos. Uno de ellos, el de las

reexportaciones, tiene orígenes remotos; lo otros dos, la maquila y las remesas ingresadas por los trabajadores beliceños en el exterior, surgieron en esta misma etapa. Las reexportaciones, realizadas de manera legal o a través del contrabando, obtuvieron quizás su momento de mayor esplendor en la década de 1820, cuando el 80% del comercio realizado entre el Reino Unido y Centroamérica pasaba por Belice (Paz Salinas, 1979: 31; Vernon, 1993: 142). Alrededor de 1980, las reexportaciones desempeñaban un papel importante en el comercio externo beliceño, aunque mucho menor que en Panamá y tenían como destino fundamental únicamente a México. Entre 1979 y 1980, las reexportaciones representaron aproximadamente el 40% de las exportaciones totales y el 25% de las importaciones (CEPAL, Economic Survey... 1982: 13-17). Por su parte, la maquila tenía una presencia notable en la industria beliceña y en concreto en la confección de artículos textiles (Alvarez Icaza, 1987: 36-40; Toussaint Ribot, 1993: 112). Por último, las remesas enviadas por la emigración beliceña en Estados Unidos desempeñaron también un papel importante en el equilibrio de la balanza de pagos de este país durante esta etapa. Probablemente los primeros flujos de migración intensa se produjeron en la década de 1940, cuando más de 2 000 hombres abandonaron Belice para trabajar en el Canal de Panamá y en Estados Unidos. En los decenios posteriores, este último país se convirtió en el destino principal de varias decenas de miles de emigrantes beliceños. Las transferencias unilaterales privadas, constituidas en lo fundamental por dichas remesas, representaron en 1975 el 22% de las exportaciones totales de bienes y servicios

de dicho país y en 1980 el 11%. En los ochenta, se ha mantenido la improtancia de tales ingresos. Por ejemplo, a mediados de tal década, sumaban por lo menos el 25% de los ingresos financieros foráneos (Alvarez Icaza 1987: 25; CEPAL, Economic Survey... 1982: 17; Ghidinelli, 1992: 23; Palacio, 1989: 299; Regional Surveys... 1993: 105; Toussaint Ribot, 1993: 177-178).

En Panamá, la exportación de bienes producidos en el país se diversificó de manera importante, aunque el banano se ha mantenido hasta la fecha como el principal producto de exportación. Durante la etapa de auge, las exportaciones de fibra de abacá y cacao, todavía importantes en 1950, perdieron significación, pero se consolidaron las de mariscos, azúcar, café, aunque éste fue vendido siempre en una cuantía muy inferior a la de los cinco países centrales de la región, artículos textiles y productos derivados del petróleo (cuadro I.18). Estos últimos eran generados en una refinería construida en los sesenta en las cercanías de Colón. Pero la expansión de las exportaciones panameñas durante este etapa se debió en mayor medida a las reexportaciones y las exportaciones de servicios que a las exportaciones de bienes producidos en el país, algunos de los cuales, como los productos derivados del petróleo, también están vinculados con la actividad canalera. Las reexportaciones, que antes de 1950 se nutrían en lo fundamental de la venta de mercancías importadas a los extranjeros que residían en la Zona del Canal o transitaban por el país, cobraron una magnitud mucho mayor cuando en torno a tal fecha se creó la Zona Libre de Colón. Este centro de intermediación se llegó a convertir en el área

más importante de depósito, embalaje y distribución de mercancías, en especial de bienes de consumo duradero, de toda Iberoamérica y era abastecida por algunos de los principales países desarrollados de Europa, Asia y la propia América. Desde su creación, se convirtió en la segunda fuente de ingresos por servicios en el país y ha sido un elemento importante para equilibrar su balanza comercial. En 1981 el valor de las reexportaciones realizadas desde zonas de libre comercio eran siete veces superiores a las de bienes nacionales y el balance de estas zonas arrojaba un saldo positivo sólo un poco menor que el correspondiente al valor de la totalidad de los bienes nacionales exportados. Por su parte, las exportaciones de servicios en sentido estricto crecieron en esta etapa con mayor intensidad que las de bienes. Entre 1960 y 1980, éstas se multiplicaron por diez, pero las de servicios lo hicieron por veinte. De hecho, como ya se señaló, el balance de servicios con el exterior ha sido tradicionalmente el elemento equilibrador del balance de pagos del país. Por su parte, el valor del rubro de transportes y seguros, el más directamente vinculado con la actividad canalera dentro de las exportaciones de servicios, se multiplicaba por cien en esos mismos 20 años. Sin embargo, el turismo, que en Panamá tiene un alto componente de clientes comerciales, creció de manera más lenta, por lo que disminuyó considerablemente su importancia relativa. En 1960 un 25% de las exportaciones de bienes y servicios procedía de este renglón, en tanto que en 1980 sólo representaba el 12% de éstas (sin considerar las reexportaciones); porcentaje que con todo era el

más elevado de Centroamérica. Junto con la creación de la Zona Libre de Colón y de la refinería cercana a esta ciudad, el acontecimiento más importante de esta etapa en relación al sector externo fue la conformación alrededor de 1970 de un centro financiero internacional de primera importancia, al que sólo en los últimos tiempos Miami le hace la competencia, dentro del área hispanohablante (cuadro I.16; CEPAL, Panamá: la coyuntura económica, 10-VIII-1988: 13-17, 40; CEPAL, Anuario... 1990: 470; Agencia EFE, 1985: 988-996; West y Augelli, 1989: 466-467).

3.2. Etapa de crisis

3.2.1. Exportación

Aunque la capacidad de generar divisas se vio afectada negativamente en todos los países centroamericanos durante la crisis de los ochenta, en esta etapa se pusieron de manifiesto profundas diferencias nacionales en dos aspectos cruciales: la duración e intensidad de la propia crisis, y la evolución del proceso de diversificación en relación a la mencionada capacidad. Acerca de la primera cuestión, la crisis puede considerarse como relativamente moderada en los casos de Belice, Costa Rica y Panamá, pues en ellos se conjugaron contracciones no muy acentuadas del valor de las exportaciones con una recuperación más o menos rápida, la cual se hizo perceptible en general desde la segunda mitad de los ochenta. En El Salvador, Guatemala y

Honduras la crisis fue intensa. En el último caso, ha primado el estancamiento, pues el deterioro no fue muy profundo, pero hasta la fecha tampoco se perciben signos claros de recuperación; en los otros dos casos, la crisis se manifestó profundamente, aunque posteriormente se alternaron las señales positivas con otras menos dinámicas. Nicaragua ha sido el país de la región donde la crisis ha afectado de manera más dramática, pues en esta nación se conjugó la enorme intensidad de la crisis con la ausencia casi total hasta la actualidad de signos claramente alentadores. Con respecto a la diversificación de las formas empleadas por los centroamericanos para generar divisas durante esta etapa, se destaca Costa Rica, donde muestra especial dinamismo el turismo, así como las ventas de nuevos productos primarios y las procedentes de la industria maquiladora. En el resto de los países de la región, las manifestaciones al respecto son menos numerosas, más tenues o de significación más discutible, al proceder en lo fundamental de la propia industria maquiladora y de las remesas enviadas por los trabajadores centroamericanos residentes en el extranjero.

El comienzo de la crisis de las exportaciones en América Central, como en Iberoamérica, puede situarse en 1981 o 1982, cuando descendió el valor de las exportaciones totales, así como las de bienes en particular, después de muchos años de crecimiento casi ininterrumpido, si bien en El Salvador y, sobre todo, Nicaragua dicho deterioro se hizo perceptible desde el final de los setenta (CEPAL, Anuario... 1984: 458-501). Las primeras naciones de América Central en superar la crisis de las

exportaciones fueron Costa Rica, Belice y Panamá, pero esta recuperación sólo adquirió notoriedad en el caso de Costa Rica. Entre 1980 y 1993, las exportaciones iberoamericanas totales, así como las de bienes, se incrementaron un 50%, pero las de Belice y Panamá lo hicieron en menor o similar proporción, en tanto que en Costa Rica las exportaciones de bienes se duplicaron, las totales crecían un poco más y las de servicios se multiplicaban por cinco. El nivel de 1980 ya había sido rebasado en 1990 en Belice y Costa Rica en relación a las exportaciones tanto de bienes como de servicios, pero en Panamá, aunque sucedió lo propio con respecto a las reexportaciones y las exportaciones de servicios, así como a las exportaciones totales, las de bienes nacionales no lo hicieron sino hasta los primeros años de los noventa (cuadro I.16). En Costa Rica el crecimiento se debió tanto al comportamiento de los servicios (maquila, pero sobre todo turismo) como al de los bienes, pues tanto los productos primarios como los manufactureros habían recuperado antes de 1990 el valor que tenían en 1980. En relación a este año, en 1994 se había incrementado el valor de los productos primarios no tradicionales y de los tradicionales (banano y azúcar), a pesar del estancamiento del café, cuyo volumen creció, y del descenso de la carne. En Belice, también crecieron los servicios (turismo), así como el valor de los bienes, que tanto en su versión manufacturera como de productos primarios habían recuperado antes de 1990 el nivel de 1980. Entre los productos primarios tradicionales, cuyo valor global ascendió también antes de 1990, creció el valor de los jugos cítricos, banano y

mariscos, pero descendió el del azúcar. En Panamá, además del referido a las reexportaciones y los servicios, se destacó el dinamismo de las ventas industriales que en realidad no decayeron en los ochenta. Por el contrario, la recuperación de los productos primarios data de 1992, pero en los noventa las ventas de todos los productos primarios tradicionales (banano, mariscos, carne y café), salvo el azúcar, habían superado el valor de 1980.

En los otros cuatro países de la región, la evolución ha sido muy distinta, pues la recuperación, cuando se produjo, es todavía demasiado escasa y reciente como para considerarla mínimamente afirmada. Sin embargo, entre estos cuatro países la evolución nicaragüense se destaca por haber sido, sin duda, la menos favorable. Honduras constituye un caso especial pues, aunque no padeció intensamente la crisis, primó en él el estancamiento y aún no se evidencia una recuperación nítida. En efecto: el estancamiento del sector exportador hondureño se manifiesta en el valor de las exportaciones totales y de bienes, así como, dentro de estos últimos en las manufactureras y las de productos primarios, pues el crecimiento del banano y los mariscos fueron compensados por la disminución del azúcar y la carne, al tiempo que el valor de las ventas cafetaleras permanecía estancado a pesar del aumento de su volumen. En realidad, las únicas manifestaciones de claro dinamismo exportador en este país se produjeron en las ventas de servicios (maquila) y en los dos productos primarios mencionados. Con respecto a los otros tres países, el valor que las exportaciones totales tenían en 1980, sólo fue recuperado en Guatemala, en

1992, y El Salvador, en 1994. Sin embargo, esta recuperación se debió en lo fundamental al comportamiento de los servicios (sobre todo por la expansión de la maquila, aunque en Guatemala también contribuyó el turismo), cuyas ventas en 1990 eran superiores en los tres países a las obtenidas en 1980. Las exportaciones de bienes sólo recuperaron dicho nivel en Guatemala, apenas en 1994, a pesar de que desde 1992 lo habían alcanzado las exportaciones manufactureras tanto en este país como en El Salvador. Los productos primarios no tradicionales sólo manifestaron cierto dinamismo en Guatemala y, de entre los tradicionales, sólo superaron el valor de 1980 el azúcar (en Guatemala y El Salvador), el banano (en Guatemala), los mariscos (en El Salvador y Nicaragua) y la carne en Nicaragua. Por tanto, en 1994 todavía no había sido rebasado el nivel de 1980 en las exportaciones totales de Nicaragua, ni en las exportaciones de bienes de El Salvador y Nicaragua, ni en las exportaciones manufactureras de Nicaragua, ni en las exportaciones de productos primarios y de productos primarios tradicionales de ninguno de los tres países, ni en las de café (en ninguno de los tres países, aunque el volumen ascendió en Guatemala), ni en las de algodón (que se derrumbaron en los tres), ni las de la carne en el caso de Guatemala, ni las de azúcar y banano en el caso de Nicaragua, ni en los productos primarios no tradicionales en El Salvador y Nicaragua. Pero la percepción acerca de la evolución de la capacidad de estos tres últimos países para generar divisas desde 1980 no debe circunscribirse a la evaluación de sus exportaciones respectivas, pues las remesas enviadas por los trabajadores

residentes en el extranjero cobraron en ellos una importancia singular durante los ochenta. Si se toma en cuenta este renglón, que en el balance de pagos se incluye en el rubro de transferencias unilaterales privadas, la evolución de los ingresos de divisas generadas por los propios centroamericanos resulta claramente más favorable en el caso de El Salvador, aunque no sucede lo mismo con respecto a Guatemala y Nicaragua. En efecto: el nivel de 1980 en cuanto a generación de divisas (establecido a partir de la suma del valor de las exportaciones totales con el valor de las transferencias unilaterales privadas) se habría superado en El Salvador en la segunda mitad de los ochenta (es decir, varios años antes de que lo hicieran sus exportaciones totales) y en Guatemala en 1991 (apenas un año antes de que lo hicieran sus exportaciones totales), pero en Nicaragua todavía no habría sucedido lo propio en 1994. Es decir, este país sería el único de la región cuyos ingresos de divisas a precios corrientes siguen siendo, tanto si se consideran sólo las exportaciones como si a estas se añaden las transferencias unilaterales privadas, inferiores a los de dicho año. Esta situación es todavía más grave si se recuerda que en Nicaragua el comportamiento de las exportaciones en 1975-1980 fue mucho peor que el del resto de la región.

En resumen, durante los 14 últimos años, las reexportaciones crecieron en Panamá y quizás en Belice; las remesas en El Salvador, Guatemala, Nicaragua y Belice; la exportación de servicios en todos los países, sobre todo por el dinamismo de la maquila, con la excepción de Panamá, y el turismo (en especial

en Belice y Costa Rica, pero también en Guatemala y Panamá); las ventas de productos manufacturados también en todos ellos, pero con la única excepción en este caso de Nicaragua. Por su parte, las exportaciones de productos primarios, a diferencia de lo sucedido en la etapa anterior, se caracterizaron por su escasa diversificación y por el comportamiento desigual de los productos tradicionales. Los nuevos productos primarios en la etapa de crisis sólo crecieron de manera notable en Costa Rica y Guatemala; el valor global de los productos primarios consolidados en 1980 en tres países: Belice, Costa Rica y Panamá. Pero dentro de estos productos las tendencias fueron diversas. Las ventas al exterior de banano y marisco crecieron en todos los países donde eran importantes; las de azúcar en Costa Rica, Guatemala y El Salvador; las de carne en Nicaragua y Panamá; y las de café sólo en este país. Mientras tanto, las exportaciones de este grano permanecían estancadas (Costa Rica y Honduras) o retrocedían (Guatemala, El Salvador y Nicaragua); las de algodón se desplomaban en los tres países donde llegaron a ser importantes (El Salvador, Guatemala y Nicaragua), las de azúcar descendían en Belice, Honduras, Nicaragua y Panamá; y las de carne se deterioraban en Costa Rica, Guatemala y Honduras.

De lo dicho en los tres párrafos anteriores, se desprende que el proceso de diversificación con respecto a la generación de divisas en esta etapa de crisis se manifestó de manera más generalizada en dos renglones que en 1980 sólo eran significativos en Belice y cuya catalogación en el balance de pagos resulta discutible. Por un lado, el de la maquila, que

adquiere importancia en los cinco países centrales y cuyo valor agregado aparece incluido en el rubro de exportaciones de servicios. Por otro, el de las remesas, que se contabiliza independientemente del balance comercial y que cobra significación en El Salvador, Guatemala y Nicaragua. Simultáneamente, el turismo se expandió en Belice y Costa Rica, las ventas de productos primarios no tradicionales en este país y Guatemala, y las de manufacturas, excluyendo las procedentes de la industria maquiladora, sólo en Panamá. Resulta interesante resaltar al respecto que en los tres países --Belice, Costa Rica y Panamá-- donde la crisis del sector exportador fue moderada, su diversificación --mucho más notable en Costa Rica, el país centroamericano con una recuperación más sólida-- se basó en actividades con un mayor ingrediente nacional, en tanto que en los otros cuatro países los únicos procesos reseñables de diversificación se refieren a la maquila y las remesas, con la excepción de Guatemala, donde también se percibe en las ventas de productos primarios. En Costa Rica, la diversificación se manifestó en la expansión del turismo, la maquila y la venta de nuevos productos primarios; en Belice sólo en la de turismo; en Panamá sólo en la de bienes manufacturados, pues fue el único país donde estas exportaciones crecieron tanto en términos absolutos como relativos; en Guatemala en la de la maquila, las remesas y nuevos productos primarios; en El Salvador y Nicaragua en la de las remesas y la maquila; en Honduras sólo en la maquila.

Para evaluar mejor las manifestaciones de crisis y

recuperación en esta etapa, en relación al ingreso de divisas generadas por los propios centroamericanos, se decidió analizarla tanto de manera global, entre 1980 y 1994, lo que permite observar con toda claridad las profundas diferencias nacionales mencionadas al respecto, pues en este lapso se percibe la simultaneidad de comportamientos de crecimiento, estancamiento y retroceso, como a lo largo de su primer quinquenio; es decir, entre 1980 y 1985, cuando la crisis fue generalizada y las únicas diferencias nacionales detectables se relacionan con la mayor o menor profundidad de la misma. El análisis de este lustro, en el cual la crisis incidió en todos los países de la región, muestra de qué manera fueron afectados por la crisis los distintos rubros del sector exportador. En este sentido conviene anotar dos cuestiones. Por un lado, el comportamiento de las exportaciones fue peor en la primera mitad de los ochenta que en la segunda parte de esta década, con la excepción de El Salvador y, en parte, de Panamá. Por otra, las conclusiones que se sacan acerca de la crisis en 1980-1985 se pueden aplicar, salvo en Panamá, a los periodos totales de crisis de cada país; periodos que con frecuencia se prolongaron más allá de 1985. Esto se concreta al comprobar que en los países donde más duró la crisis --El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua-- ésta tuvo como principal responsable a lo largo de toda su duración la caída de las exportaciones de bienes, al tiempo que la ventas manufactureras resultaban más afectadas que las de productos primarios. Con respecto a las dos excepciones mencionadas, en Panamá las exportaciones de bienes y las reexportaciones, así

como las totales, disminuyeron en 1980-1985, al tiempo que aumentaban las de servicios; pero en 1985-1990 sucedió lo contrario, al disminuir las de servicios e incrementarse, lo mismo que las totales, las de bienes y las reexportaciones. Por su parte, El Salvador fue el único país donde las exportaciones totales continuaron descendiendo en la segunda mitad de los ochenta, debido al fuerte deterioro de las ventas de bienes en este lustro.

En el quinquenio 1980-1985, la crisis del sector exportador se manifestó en todos los países de la región y en todos ellos se debió en lo fundamental al deterioro de las ventas de bienes, pues las de servicios mostraron en general una tendencia positiva, aunque ésta sólo fue significativa en el caso de Panamá. Las exportaciones de bienes, que en Iberoamérica crecieron, aunque muy escasamente, disminuyeron siempre en América Central: en Costa Rica y Honduras un 6%, el doble de ese porcentaje en Panamá, en poco más del 20% en Belice, pero en El Salvador, Guatemala y Nicaragua lo hicieron entre 30 y 40%. Por su parte, las exportaciones de servicios, que todavía continuaban siendo poco significativas en todos los países de la región salvo en Panamá, sólo descendieron en Guatemala y Nicaragua, pero en ninguno de los dos casos tuvo una incidencia notoria en el comportamiento de las exportaciones totales, de bienes y servicios. En realidad, Panamá fue el único país de la región donde la evolución de este tipo de exportaciones en estos años fue significativa, a pesar de que en Costa Rica el ascenso de las

ventas de servicios permitió que el valor de las exportaciones totales fuera en 1985 algo superior al de cinco años atrás. En Panamá, las exportaciones de servicios se incrementaron 20%, lo que contrarrestó ampliamente la caída en las ventas de bienes nacionales. Sin embargo, el descenso del valor absoluto de las reexportaciones panameñas fue algo mayor que el aumento de las exportaciones de servicios. Por tanto, en este lustro las exportaciones totales de Panamá ascendieron en 11% (el único porcentaje positivo de la región, junto con el costarricense), si se excluyen las reexportaciones, pero si se las toma en consideración las exportaciones totales habrían disminuido ligeramente (cuadro I.16). El descenso de las reexportaciones beliceñas también contribuyó de manera importante a la crisis del sector exportador de este país en estos años. La crisis económica mexicana habría sido en este caso la causa de tal descenso que, junto con el referido al valor de las ventas de azúcar, se ha considerado como el principal detonante de la crisis del sector exportador en Belice (Alvarez Icaza, 1987: 29-30). El descenso de las exportaciones de productos primarios tradicionales fue el principal responsable de la crisis del sector exportador tanto en Belice y Panamá, países en los que aumentaron de hecho las exportaciones manufactureras, como en Guatemala y Nicaragua, en los que también disminuyeron éstas. Por el contrario, el valor perdido por las exportaciones manufactureras fue mayor que el relacionado con las ventas de productos primarios en Costa Rica, donde en realidad hubo un cierto crecimiento de estas últimas, El Salvador y Honduras, naciones en las que también se redujeron

los relativos a los productos primarios. Además, en este lustro de crisis aguda las manifestaciones de diversificación del sector exportador fueron escasas y tenues, al manifestarse sólo con cierta nitidez en el caso de las exportaciones de nuevos productos primarios en Costa Rica, el país que menos sufrió la crisis en este sentido. Esto demuestra que el proceso de diversificación que se percibe al analizar globalmente el periodo 1980-1994 se produjo en lo fundamental cuando dicha crisis iba siendo superada.

En estos cinco años, aunque las exportaciones de bienes, consideradas globalmente, fueron las principales responsables de la crisis de las exportaciones totales en todos los países de la región, la incidencia de las ventas de manufacturas y productos primarios en tal crisis fue muy distinta en las diferentes economías centroamericanas. El descenso del valor de las exportaciones de bienes se debió, en Belice y Panamá, sólo al comportamiento de las ventas de productos primarios; en Guatemala y Nicaragua, sobre todo al deterioro de las exportaciones de este tipo de bienes; en Costa Rica, únicamente al decremento de la exportación manufacturera; en El Salvador y Honduras, en mayor medida a la evolución de este tipo de productos. En los cinco países centrales, el descenso del valor de las exportaciones manufactureras fue drástico, lo que determinó el descenso de su importancia relativa en todos ellos. La causa de este proceso se encuentra en la crisis del Mercado Común Centroamericano, integrado por estos cinco países, y en la consiguiente disminución del comercio desarrollado en su seno. Por el

contrario, en Belice y Panamá las exportaciones manufactureras crecieron tanto en términos relativos como absolutos. En términos absolutos, este incremento sólo fue reseñable en Belice, donde, de manera similar al promedio iberoamericano, las exportaciones manufactureras aumentaron 40%, pero ni siquiera en este caso dicho crecimiento puede considerarse como significativo, porque fue seguido de un descenso, también en términos absolutos y relativos, en los años siguientes. El valor de las exportaciones de productos primarios descendió en todos los casos, con la excepción de Costa Rica, donde se produjo un pequeño incremento en este sentido; aunque la importancia relativa de tales exportaciones se incrementó en los cinco países centrales. Este descenso fue especialmente notorio en Panamá, Guatemala y Nicaragua. Estos dos últimos países fueron los únicos de la región donde el valor perdido por el descenso de las exportaciones de productos primarios fue mayor que el perdido por las exportaciones manufactureras (cuadro I.19; CEPAL, Anuario... 1990: 520-522; CEPAL, Anuario... 1994: 530-532).

En este mismo quinquenio de 1980-1985, el comportamiento del valor de las exportaciones de productos primarios --que descendió en todos los países de la región, con la excepción de Costa Rica, aunque en El Salvador y Honduras es menos intenso que el relativo a la exportación manufacturera-- dependió en lo fundamental del relativo a las exportaciones tradicionales de este tipo. De la misma forma que el de las exportaciones totales de productos primarios, el valor de las tradicionales --café, banano, algodón, azúcar, carne vacuna y mariscos-- disminuyó en términos absolutos

en todos los países, salvo en Costa Rica, donde tuvo un ligero incremento. Sin embargo, en los cinco países centrales, debido al fuerte deterioro de las exportaciones manufactureras, aumentó la importancia relativa, tanto de las exportaciones agropecuarias totales como de las exportaciones agropecuarias tradicionales. En Belice y Panamá, el porcentaje de los productos primarios tradicionales, que también descendieron en términos absolutos, disminuyó, pero lo hizo en una proporción menor que el ascenso del porcentaje referido a las exportaciones manufactureras, lo que demuestra que el comportamiento de las exportaciones primarias no tradicionales en estos dos países fue todavía peor que el de las exportaciones primarias tradicionales. En los cinco países centrales, también disminuyó el valor absoluto de las exportaciones agropecuarias no tradicionales, con las excepciones de Costa Rica y Guatemala. Sin embargo, este crecimiento, que en Guatemala fue muy parco, no parece tener una significación notable, pues la fuente que los hace patentes (CEPAL, V-1993: 16) incluye en dicho rubro productos que en realidad eran tradicionales en 1980, como cacao, madera y semilla de algodón. El único producto no tradicional que parece haberse comenzado a consolidar en estas fechas fue el marisco en el caso de Costa Rica, país en el que, por otra parte, el valor absoluto de los productos no tradicionales creció más que el de los tradicionales (cuadro I.18 y fuente citada en él).

Pero el comportamiento de las ventas al exterior de los principales productos de exportación fue muy desigual y no siempre se comportaron de la misma manera en todos los países de

la región. En general, la evolución de las ventas de azúcar, algodón y carne es claramente negativa, en tanto que la del café, banano y marisco tiende a ser mejor. Las exportaciones de azúcar, algodón y carne disminuyeron en todos los países donde son significativas, tanto en términos absolutos como relativos, con las excepciones del algodón en Nicaragua --aunque este incremento no se percibe si se toma como punto de referencia la década de los setenta, en lugar del año de 1980-- y el azúcar en El Salvador, las cuales incrementaron su importancia en estos años. El café y el banano mostraron comportamientos muy desiguales a nivel nacional. En términos relativos, el primero de ellos aumentó su importancia en todos los casos, con la excepción de Honduras, donde se estancó; pero en términos absolutos sólo ascendió en Costa Rica y Panamá, en tanto que permanecía estancado en Guatemala y retrocedía en El Salvador, Honduras y Nicaragua. Por su parte, las exportaciones de banano aumentaban en términos absolutos y relativos en Guatemala y Nicaragua, permanecían estancadas en Costa Rica y se deterioraban un poco en Panamá. Por último, las exportaciones de marisco fueron, de las seis estudiadas, las que tuvieron un mayor dinamismo, pues crecieron en términos absolutos y relativos en todos los países, con la excepción de Nicaragua, donde sólo lo hizo en términos relativos. A nivel nacional, el buen comportamiento de las exportaciones de productos primarios en Costa Rica se debió en lo fundamental al incremento de las ventas de café, pues las de banano, el otro producto principal de exportación en este país, permanecieron estancadas, en tanto que las de azúcar y carne

disminuían. En Honduras, el escaso decremento de las exportaciones de productos primarios se debió a que las alzas --escasa en el caso del banano y notable en el del marisco-- casi contrarrestaron los descensos relativamente escasos en los casos del café y el azúcar y drástico en el de la carne. En relación a Belice, el dramático descenso de las exportaciones azucareras sólo pudo ser paliado en parte por los muy notables aumentos de las relativas a jugos cítricos y mariscos. En El Salvador, que según las fuentes ahora manejadas tuvo un deterioro notable de sus exportaciones agropecuarias totales y tradicionales en estos años, disminuyó el valor de sus dos productos principales de exportación, café y algodón, en tanto que aumentaba el del azúcar y marisco, al tiempo que ascendía la importancia relativa de todos ellos, con la excepción del algodón. En Guatemala el valor de las exportaciones de algodón y azúcar descendió en términos absolutos y relativos, pero la importancia relativa del café y el banano aumentó, si bien el valor absoluto del primero permaneció estancado y el del segundo se elevó. En Panamá, el descenso fue notable en el caso del azúcar y moderado en el del banano, pero los aumentos en las ventas de mariscos y café fueron significativos. En Nicaragua, la única exportación que en realidad creció en términos absolutos es la de banano, la cual por otra parte tiene una importancia escasa en este país. En 1985 las ventas de algodón eran muy superiores a las de 1980, pero eran menores de las que se realizaron años atrás. Por su parte, el valor de las exportaciones de café, azúcar, carne y mariscos disminuyeron entre 1980 y 1985, aunque la importancia relativa

subió en cuatro de los seis productos mencionados y sólo descendió en relación al azúcar y la carne (cuadro I.18; fuentes mencionadas en él; CEPAL, 5-IV-1993: 102-104; CEPAL, V-1993: 16).

Entre 1980 y 1994, el dinamismo del sector exportador en Belice, Costa Rica y Panamá fue más intenso que en los otros cuatro países de la región. En estos 14 años, en Costa Rica el valor de las exportaciones totales casi se triplicó, pero el crecimiento de las exportaciones de servicios, al multiplicarse por seis, fue mucho más intenso que el de las exportaciones de bienes, el cual se duplicó. De esta manera, el valor de las exportaciones de servicios pasó de 16 a 35% de las exportaciones totales en estos años. Los principales responsables de este incremento de las exportaciones constarricenses de servicios fueron la maquila, que desde 1985 triplicó su valor, y sobre todo el turismo, que desde 1980 multiplicó su valor por ocho, aunque su crecimiento se hizo más notorio sobre todo desde 1988. En términos absolutos, el aumento del valor de las exportaciones de servicios fue sólo ligeramente inferior al de las exportaciones de bienes. En 1994, los ingresos por turismo superaron ampliamente a los del banano, el principal producto de exportación, en tanto que los obtenidos por la maquila, aunque muy inferiores a los del turismo, superaban los procedentes de la venta de cualquier producto de exportación, con la excepción del café y el banano. (cuadro I.16; fuentes citadas en él; CEPAL, Estudio económico de Costa Rica 1990: 38). En Panamá las exportaciones totales se duplicaron entre 1980 y 1994, pero en realidad sólo hizo lo propio uno de

los rubros contenidos en ellas: el de las reexportaciones. En términos absolutos, las exportaciones de servicios crecieron más que las de bienes nacionales, pero en términos relativos sucedió lo contrario, debido al fuerte impulso de estas últimas en los noventa. Dentro de las exportaciones de servicios, el rubro de "transportes y seguros", el más directamente vinculado con la actividad canalera, permaneció estancado y el de "viajes" no llegó a duplicarse, a pesar de lo cual el turismo generaba en 1994 la mitad de las divisas de la totalidad de la exportación de bienes y algo más que las ventas de banano. Con todo, la importancia relativa de las exportaciones de servicios en Panamá continuó siendo notable, pues osciló entre el 70 y el 80% de las exportaciones totales si en éstas no se incluyen las reexportaciones, aunque disminuyó del 33 al 20% si éstas se toman en consideración (cuadro I.16; fuentes citadas en él). Al comenzar los noventa, las reexportaciones panameñas habían incrementado su importancia, ya significativa en 1980, en el balance comercial del país y se mantenían como núcleo de máxima significación en el comercio manufacturero de Iberoamérica y el Caribe. En 1994, el valor de las reexportaciones salidas de la Zona Libre de Colón era diez veces superior al de las exportaciones nacionales y su saldo positivo era claramente superior al valor de la totalidad de las exportaciones nacionales. Dos años antes, en 1992, las reexportaciones panameñas representaban el 7% de las importaciones totales y el 10% de las exportaciones de productos manufactureros de Iberoamérica, en tanto que eran superiores a las exportaciones

manufactureras de cualquier país de esta área cultural, con las excepciones de México y Brasil. En 1991, el 70% de las mercancías importadas por la Zona Libre de Colón procedían de Asia (sobre todo de Hong Kong, Japón, Corea del Sur y Taiwán) y el resto, en lo fundamental, de Estados Unidos y Europa. Los productos importados (en su mayoría textiles, materiales y aparatos eléctricos, así como instrumentos y aparatos de óptica, fotografía, relojes, etc.) eran vendidos en casi su totalidad a Iberoamérica y el Caribe. De estos destinos conviene resaltar las cifras elevadas que eran reexportadas a la propia Panamá y Belice, pues probablemente representaban pasos intermedios hacia una nueva reexportación (CEPAL, Anuario... 1994: 533-535; CEPAL, Panamá: evolución económica durante 1994: 28-29; Panamá-Dirección de Estadística y Censo, 1993: 125-134).

En Belice la exportación de servicios creció en mucha mayor proporción que la de bienes, alcanzando a representar más del 40% de las exportaciones totales, debido en parte al turismo (cuadro I.16; CEPAL, Economic Survey... 1982: 14-17; Regional Surveys... 1993: 107). En las últimas décadas, el turismo hacia Centroamérica ha tenido tres destinos principales: Costa Rica, Guatemala y Panamá. En los sesenta y setenta, los ingresos panameños por este rubro eran muy superiores a los de los otros dos países, quienes se disputaban entre sí el segundo lugar en este sentido. Antes de 1980, el turismo rara vez alcanzó a representar el 10% de las exportaciones totales en Costa Rica y Guatemala, pero en Panamá superó con frecuencia el 20%. Desde tal fecha, los ingresos por turismo progresaron mucho más lentamente

en Guatemala y Panamá que en Costa Rica, donde en 1994 llegaron a sumar el 21% de las exportaciones totales. Sin embargo, en Guatemala, a pesar de duplicarse entre 1989 y 1994, y Panamá dichos ingresos apenas rondaban el 10% de las exportaciones totales nacionales en 1994, cuando también eran inferiores a los costarricenses en términos absolutos. Por su parte, Belice se convirtió en los ochenta en un centro turístico importante a nivel regional. En 1990, este país recibió 222 mil visitantes, cifra superior a la de su población total e idéntica a la correspondiente a Panamá; aunque en ese mismo año Costa Rica recibió 435 mil visitantes y Guatemala poco más de medio millón (CEPAL, Anuario... 1990: 428-471; CEPAL, Anuario... 1994: 438-481; CEPAL, Estudios económicos nacionales durante 1994; Regional Surveys... 1993: 107, 223, 336, 493). Si bien es cierto que en Belice el número de visitantes en relación a su población total ya era muy elevado en 1980, cuando recibió 64 mil, debido probablemente a que muchos de ellos viajan a este país por razones exclusivamente comerciales, también lo es que en los ochenta, además de incrementarse notablemente el número de visitantes, la infraestructura turística se expandió de manera notable. El centro de este desarrollo turístico es el pueblo de San Pedro, situado al norte de Belice y base de la industria de la langosta (Alonzo, 1992: 95; Pape, 1992: 62; Villagrán Kramer, 1991: 16; West y Augelli, 1989: 385; Witter, 1985: 6).

En 1990, el valor de las exportaciones totales y de bienes era inferior al de 1980 en El Salvador, Guatemala y Nicaragua, pero las exportaciones de servicios habían crecido en todos los

casos. El valor de las exportaciones totales imperante en 1980 sólo fue superado en 1992, en el caso de Guatemala, después de ascender casi un 70% desde 1988, y en 1994, en el caso de El Salvador, después de aumentar un 50% entre este año y el anterior. En Nicaragua todavía no había sucedido lo propio en 1994, a pesar de que en este año el valor de las exportaciones totales creció en un 20%. En relación a las exportaciones de bienes, su valor en 1994 apenas era el mismo que el de 1980 en Guatemala, donde lentamente consiguió acumular una subida del 50% desde 1988, pero todavía era inferior al de 1980 en El Salvador, donde ascendió un 40% entre 1993 y 1994, y Nicaragua, donde el único signo claro de recuperación al respecto se produjo en el mismo año de 1994, cuando las exportaciones de bienes se incrementaron en casi 30%. Por tanto, la lenta recuperación guatemalteca es perceptible entre 1988 y 1994, cuando las exportaciones totales se duplicaron. En estos seis años, el valor de las exportaciones de servicios creció incluso algo más, en términos absolutos, que las de bienes, pero éstas sólo se incrementaron en un 50%, mientras que las de servicios se quintuplicaban, debido sobre todo al turismo y quizás a la maquila. En El Salvador, el notable incremento de 1993 y 1994 se debió tanto a las exportaciones de bienes como a las de servicios, sobre todo por la gran expansión de la maquila, cuyo valor agregado representó en 1994 el 10% de las exportaciones totales y la mitad de las de café. En Nicaragua, el notable crecimiento de las exportaciones totales en 1994 se debió exclusivamente a las exportaciones de bienes, pero el valor bruto

de la maquila en esta misma fecha representaba el 8% de las exportaciones totales y algo más de la mitad de las exportaciones del café o de la carne. En estos tres países --Guatemala, El Salvador y Nicaragua-- el drástico descenso de las exportaciones totales hasta el inicio de sus respectivas recuperaciones se debió en lo fundamental a la disminución de las exportaciones de bienes, las cuales disminuyeron entre la mitad (en El Salvador y Nicaragua) y un tercio (Guatemala) entre 1980 y el comienzo de las susodichas recuperaciones, pues las exportaciones de servicios, con un peso reducido en el sector exportador de estas naciones, alcanzaron el nivel de 1980 en los propios ochenta, aunque también tuvieron descensos importantes en Guatemala y Nicaragua. El caso de Honduras es sui generis, pues, si bien no padeció con especial intensidad la crisis en 1980-1985, no ha mostrado signos claros de recuperación hasta la fecha, salvo en lo referente a la maquila. En 1988 el valor de sus exportaciones totales, así como las de bienes y servicios, era superior al de 1980, pero en los seis años posteriores a 1988, como en los anteriores a esta fecha, el único incremento más o menos reseñable se produjo en las exportaciones de servicios debido a la maquila, cuyo valor agregado se triplicó en términos corrientes entre 1991 y 1994. En este sentido, la maquila de la confección ha tenido una importancia especial (cuadro I.16; fuentes citadas en él; CEPAL, Honduras: evolución económica durante 1993: 10).

En Belice, Costa Rica y Panamá, el crecimiento de las exportaciones de bienes se debió al comportamiento de las ventas

tanto de manufacturas como de productos primarios, pero en Costa Rica fue mayor el dinamismo de los segundos, mientras que en Panamá sucedió lo contrario. En Costa Rica el nivel de 1980, que se duplicó en 1992, se había recuperado ya en 1985 en relación a los productos primarios y las manufacturas hicieron lo propio tres años después. En Panamá las exportaciones manufactureras no disminuyeron, pero las de productos primarios no recuperaron el valor de 1980 hasta 12 años después. El estancamiento hondureño en las exportaciones de bienes se debió en lo fundamental al comportamiento de las exportaciones de productos primarios, pues las de manufacturas descendieron intensamente para recuperar su importancia relativa en las exportaciones de bienes en los noventa. En Nicaragua el descenso de las exportaciones de bienes fue determinado por las ventas tanto de productos primarios como de manufacturas, pero en éstas el descenso fue mucho más pronunciado. El ascenso de las exportaciones nicaragüenses de bienes en 1994 se debió en lo fundamental al incremento de ciertos productos primarios tradicionales, como el café, la carne y los mariscos. En El Salvador y Guatemala, como en Nicaragua, durante la crisis las exportaciones manufactureras descendieron en mayor medida que las de productos primarios, pero, a diferencia de Nicaragua, las exportaciones manufactureras jugaron un papel más importante en la recuperación que las de productos primarios. En ambos países, en 1992, ni probablemente en 1994, el valor de las exportaciones de productos primarios era claramente inferior, sobre todo en El Salvador, al de 1980. Sin embargo, en ese mismo año de 1992, el valor de las exportaciones

manufactureras conseguía superar, aunque fuese por primera vez, al de dicho año de referencia. El notable incremento, producido en ambos países, del valor de las exportaciones manufactureras entre 1990 y 1992, que se reflejó en el ascenso de su importancia relativa --en El Salvador llegaron a representar casi la mitad de las exportaciones de bienes--, apenas se tradujo en recuperar los niveles alcanzados 12 años atrás. Con todo, el hecho de que el mencionado crecimiento de las exportaciones manufactureras en estos dos países entre 1990 y 1992 coincidiese con una clara atonía de las de productos primarios, que retrocedieron en El Salvador y se estancaron en Guatemala, demuestra el mayor dinamismo de aquéllas en años recientes. Si bien la mencionada recuperación de las exportaciones salvadoreñas de bienes entre 1993 y 1994 se debió en la misma medida a la expansión de las exportaciones tradicionales, sobre todo la del café, y de las no tradicionales, entre las que se incluyen las manufactureras (cuadro I.19; CEPAL, Anuario... 1994: 530-533; CEPAL, Estudios económicos nacionales durante 1994).

Entre 1980 y 1992, el valor de las exportaciones de productos primarios sólo se incrementó de manera clara en Belice y, sobre todo, en Costa Rica. En Belice, el porcentaje global de los cinco productos primarios principales de exportación se mantuvo constante, alrededor de los 80 puntos, en relación a las exportaciones totales de bienes, pues la drástica reducción, incluso en términos absolutos, de las exportaciones de azúcar fue ampliamente compensada por el auge de las de banano, mariscos, madera y, en especial, jugos cítricos. En 1980, casi el 60% de

las exportaciones costarricenses de bienes estaba integrado por las ventas de café, banano, azúcar y carne. Diez años más tarde, a pesar de que el valor global de estos productos se incrementó en cierta medida, debido a que las exportaciones de bienes lo hicieron en mayor grado (y también las exportaciones agropecuarias totales), este porcentaje se había reducido en unos 15 puntos por el descenso de la importancia relativa de todos ellos, con la excepción del banano. Sin embargo, los valores absolutos sólo descendieron en relación al azúcar y la carne, pues el del café permaneció estancado y el del banano, por supuesto, ascendió. Entre los productos primarios no tradicionales de exportación que se expandieron en esta década destacan los mariscos, plantas ornamentales y piñas. En 1994, tras un nuevo incremento de las exportaciones de bienes, la importancia relativa de estos dos conjuntos era similar a la de 1990, pues los cuatro productos tradicionales representaban algo menos de 45% de las exportaciones de bienes, en tanto que los tres productos no tradicionales mencionados casi sumaban el 10%. En relación a 1980, en 1994 el valor del banano y el azúcar se había incrementado, sobre todo por la evolución del volumen, el del café se mantenía estancado, a pesar de los aumentos de volumen, y el de la carne permanecía por debajo. Por tanto, en 1994 el valor global de las exportaciones tradicionales de productos primarios era claramente superior al de 14 años atrás. En Panamá la crisis de las exportaciones de los productos primarios, que se prolongó hasta 1991, afectó en mayor medida a los productos no tradicionales que a los tradicionales, pues

estos aumentaron en más de 10 puntos porcentuales su participación en las exportaciones de bienes, al integrar el 65% de ellas en 1990; fecha en la que su valor global era ya superior al de 1980. En esta década de crisis, de los cinco productos tradicionales de exportación, sólo el azúcar perdió importancia en términos absolutos y relativos, pues el banano, pescado y marisco, café y carne aumentaron su importancia en ambos sentidos. Durante el relativo auge de las exportaciones de bienes producido entre 1992 y 1994, la importancia relativa de estos cinco productos se mantuvo, pues el declive de las exportaciones azucareras, que continuó durante estos años, se compensó ampliamente con la expansión de las ventas de bananos. Entre los productos primarios que cobraron significación en el sector exportador panameño después de 1980, se destacan el cuero, las frutas y los alimentos preparados. Sin embargo, después de que los productos primarios recuperaron el valor obtenido en 1980, entre 1992 y 1994, el porcentaje de las exportaciones conjuntas de cuero, tabaco, puré de banano, ron, crustáceos preparados y extractos de frutas sólo ascendió de 4.6 a 5.3 en relación a las exportaciones totales de bienes nacionales (cuadros I.17-18; fuentes citadas en ellos; CEPAL, 5-IV-1993: 102-111; CEPAL, V-1993: 16; CEPAL, Estudios económicos nacionales durante 1994).

En Honduras el estancamiento del valor de las exportaciones de productos primarios entre 1980 y 1994 ha coincidido con la permanente escasa participación en ellas de los productos no tradicionales, pues los tradicionales --banano, café, azúcar, carne vacuna, mariscos, madera y minerales-- mantuvieron su

importancia relativa en torno al 75%, a pesar del deterioro de las ventas azucareras --el azúcar fue, de los tres productos agrícolas mencionados, el único que sufrió un notable y prolongado descenso del volumen exportado, el cual tuvo lugar desde 1988 hasta 1994-- y la carne, el cual fue compensado sobre todo por el auge de las de mariscos. Entre los productos no tradicionales que expandieron su participación en el sector externo hondureño deben mencionarse las frutas. La todavía inconclusa crisis de las exportaciones de productos primarios en Nicaragua tampoco llevó consigo el aumento de la importancia relativa de las ventas externas de productos no tradicionales en este rubro, pues la de los siete productos que podrían considerarse como tradicionales en 1980 --café, algodón, carne vacuna, azúcar, mariscos, minerales y banano-- se mantuvo en general por encima del 70%. En este caso, esta situación no parece propicia al cambio en un futuro inmediato, pues el crecimiento de este tipo de exportaciones en 1994 se debió sobre todo al aumento el valor de las exportaciones de dos productos tradicionales: café y marisco. De manera similar, cuando en 1990 el valor de las exportaciones nicaragüenses de bienes creció en un 25% se debió también al incremento en las ventas de productos primarios tradicionales. En relación a 1980, el valor y el volumen del café exportado fue más bajo tanto en 1989, último año completo de gobierno sandinista, como en 1994; el valor y el volumen del algodón fueron ligeramente superiores en 1989, pero mucho más bajos que los prevalecientes en los setenta, y se desplomaron ambos desde 1993; el valor y el volumen del azúcar

fueron más altos en 1989, pero más bajos en 1994; el valor del banano fue más alto en 1989 y más bajo en 1994, pero el volumen fue menor en ambas fechas; el valor de la carne y los mariscos fue menor en 1989, pero más alto en 1994. Por tanto, en 1989, el único producto que había crecido con cierta intensidad fue el azúcar, mientras que en 1994 el marisco y la carne fueron los únicos con una tendencia semejante (cuadros I.17-18; fuentes citadas en ellos; CEPAL, 5-IV-1993: 102-111; CEPAL, V-1993: 16; CEPAL, Estudios económicos nacionales durante 1994).

Acerca de la evolución del valor de las exportaciones de productos primarios en El Salvador desde 1980 las cifras consultadas muestran grandes diferencias, pero coincidirían en mostrar que no se produjo un proceso mínimamente significativo de diversificación al respecto. Según los datos contenidos en el cuadro I.18, la importancia relativa de los cuatro principales productos primarios de exportación en El Salvador se habría mantenido casi idéntica entre 1980 y 1990, en poco más de 50%, pues el incremento en los porcentajes de café y azúcar habrían compensado la práctica desaparición de las exportaciones algodoneras, en tanto que el correspondiente a los mariscos habría permanecido sin cambios. Esto indicaría que las exportaciones de productos primarios no tradicionales tampoco habrían experimentado cambios significativos al respecto, pues, de acuerdo con el cuadro I.19, el porcentaje de las exportaciones manufactureras, también en relación a las exportaciones totales de bienes, fue casi idéntico en ambas fechas. Según los datos contenidos en estos mismos cuadros, así como algunos de los

ofrecidos en un texto de la propia CEPAL (El Salvador: evolución económica durante 1994, 7-IX-1995: 25), la reducción de la importancia relativa de los productos primarios tradicionales se habría producido en realidad en los noventa, al descender a menos del 40%, pero esta no se habría debido en lo fundamental a la expansión de los productos primarios no tradicionales, entre los que destacan sólo las semillas y los alimentos preparados, sino a la de las exportaciones manufactureras, cuya importancia relativa ascendió en 12 puntos entre 1990 y 1992. Por otra parte, conviene reiterar que el incremento de las exportaciones de bienes en 1993 y 1994 se debió en la misma proporción a la expansión de las exportaciones tradicionales (en realidad, sólo al café en este rubro) y de las exportaciones no tradicionales, que incluyen a todas las manufactureras. Según otros textos de la CEPAL (5-IV-1993: 104; V-1993: 16), desde la segunda mitad de los ochenta se habría producido un rápido descenso de la importancia relativa de las exportaciones agropecuarias tradicionales, pero éste no habría significado una expansión importante de las exportaciones agropecuarias no tradicionales, entre las que se destacan el cacao y el tabaco, sino de las exportaciones no agropecuarias, lo que contradice los datos ofrecidos al respecto en el cuadro I.19, pues éste indica que el porcentaje de las exportaciones manufactureras no superó el nivel de 1980 sino hasta después de 1990. De acuerdo con estos mismos textos, la reducción de la importancia relativa de los productos tradicionales en la segunda mitad de los ochenta estuvo determinada por el descenso de las exportaciones algodonerías, que

se derrumbaron antes de 1990, y de las cafetaleras, cuyo valor y volumen todavía no habían recuperado en 1994 el nivel de 1980. De la misma manera, el valor de las exportaciones tradicionales en 1994 era todavía muy inferior al obtenido 14 años atrás, al igual que, probablemente, el de las exportaciones totales de productos primarios (CEPAL, El Salvador: evolución económica durante 1994, 7-IX-1995: 25-26).

Guatemala es el único país centroamericano, junto con Costa Rica, donde se detecta una diversificación de cierta envergadura en el sector exportador de productos primarios después de 1980; aunque en realidad no se hizo claramente perceptible sino hasta los noventa. Entre 1980 y 1990, las exportaciones de productos primarios tradicionales decayeron en proporción similar al total de las exportaciones de bienes y a las exportaciones agropecuarias, por lo que los porcentajes de las exportaciones agropecuarias (en torno a los 60 puntos), agropecuarias tradicionales (en torno a los 50 puntos) y agropecuarias no tradicionales (en torno a los 10 puntos) permanecieron semejantes en ambas fechas. Este hecho indica que en tal década no hubo un proceso relevante de expansión de las exportaciones primarias no tradicionales, aunque en 1990 ya aparecen en la lista de diez productos principales de exportación tres bienes agrícolas -- cardamomo, tabaco y semillas-- que mantendrían su presencia en ella durante los noventa. De igual manera que en 1994, la importancia relativa de los productos agropecuarios tradicionales de exportación en 1992 se ubicaba en 40%; es decir, había retrocedido 10 puntos en relación a la prevaleciente en 1990,

mientras que la de productos manufacturados sólo se había incrementado en 5%. Esto indica que en estos dos años, en los cuales hubo un cierto aumento del valor de las exportaciones de bienes, la participación de los productos primarios no tradicionales se incrementó en otro 5%. De hecho, en 1992, las legumbres, cardamomo, tabaco, semillas y alimentos preparados estaban presentes en la lista guatemalteca de los diez productos principales de exportación, donde representaban el 10% de las exportaciones de bienes; porcentaje mucho más elevado que el ostentado por los productos agrícolas no tradicionales que se incluían en las listas correspondientes a los otros países centroamericanos. Con respecto a las exportaciones de los cinco productos agrícolas considerados como tradicionales en 1980, las ventas de algodón se redujeron en la segunda mitad de los ochenta, para casi desaparecer en la década siguiente. El valor del café se redujo, sobre todo en los noventa, aunque su volumen creció de manera más o menos constante, en tanto que ascendían el valor, el volumen, con respecto al banano sólo en los noventa, y la importancia relativa del banano y el azúcar. Por su parte, el valor de la carne se mantuvo estable en los ochenta, para decaer intensamente en los noventa (cuadros I.18-19; fuentes citadas en ellos; CEPAL, 5-IV-1993: 102-111; CEPAL, V-1993: 16; CEPAL, Guatemala: evolución económica durante 1994: 23-24).

Antes de dar por terminado el análisis de la generación de divisas en Centroamérica durante esta etapa de 1980-1994, tema que se identifica usualmente con el de las exportaciones, se debe

aludir a las transferencias unilaterales privadas, las cuales se constituyeron en un renglón importante de este asunto en varios países de la región, aunque no sean registradas como exportaciones. La inclusión de este tema, que resulta necesaria para ofrecer un cuadro completo acerca de la generación de divisas en Centroamérica, obliga por otra parte a replantearse, si bien parcialmente, la cuestión de la superación de la crisis de los ochenta en Centroamérica. En esta etapa, las transferencias unilaterales privadas llegaron a tener importancia en Belice, Guatemala, Nicaragua y, sobre todo, en El Salvador. Hasta 1980, éstas sólo fueron realmente significativas para la economía de Belice, como se vio en el apartado anterior, aunque en los setenta alcanzaron a representar entre el 5 y el 10% de las exportaciones totales en El Salvador y Guatemala. En los ochenta este porcentaje se mantuvo por debajo del 5% en Costa Rica, Honduras y Panamá. En 1980, los ingresos por transferencias unilaterales privadas eran insignificantes en Nicaragua, rondaban los 16 millones en Belice y El Salvador, en tanto que superaban los 100 millones en Guatemala. Sin embargo, sólo en Belice representaban algo más del 10% de las exportaciones totales. En ese mismo año, las remesas enviadas por los trabajadores residentes en el extranjero --según las estimaciones que la CEPAL estableció para El Salvador, Guatemala y Nicaragua entre 1980 y 1989, las cuales se consideran más fidedignas que las aparecidas en los balances de pago oficiales-- ascendían a 11 millones en el caso de Nicaragua, a 74 en el de El Salvador y a poco más de 100, en este caso coincide con la cifra señalada

antes, en Guatemala, pero sólo en los dos últimos alcanzaba a representar el 6% de las exportaciones totales, en tanto que en Nicaragua este porcentaje era inferior a los tres puntos. En esta etapa de crisis, las transferencias unilaterales privadas, así como las remesas, crecieron en los cuatro países mencionados, pero fue en El Salvador donde mostraron mayor dinamismo. En 1989, las transferencias unilaterales privadas representaban un ingreso de 21 millones de dólares en el caso de Belice, en tanto que por concepto de remesas, de acuerdo con las estimaciones mencionadas de la CEPAL, ingresaban 60 millones en Nicaragua, 250 en Guatemala y 760 en El Salvador. En relación a las exportaciones totales, dichas cifras representaban el 10% en Belice, entre el 16 y el 17 en Guatemala y Nicaragua, y casi el 100% en El Salvador. En este mismo año, dichas remesas equivalieron en Guatemala y Nicaragua al 66% de las exportaciones de café, las cuales fueron triplicadas por la remesas familiares recibidas en El Salvador. En 1994 las transferencias unilaterales privadas ascendían a 1.000 millones de dólares en este último país, a casi 400 en Guatemala y a 30 en Nicaragua, lo que representaba el 75% de las exportaciones salvadoreñas, el 17% de las guatemaltecas y el 7% de las nicaragüenses, así como más del triple de las exportaciones de café en El Salvador, una proporción similar a la de ellas en Guatemala y algo más del 40% de las ventas exteriores de este grano en Nicaragua (CEPAL, Anuario... 1990: 428-471; CEPAL, Anuario... 1994: 438-481; CEPAL, Economic Survey... 1982: 17; CEPAL, 25-VI-1991: 62-64; Regional Surveys... 1993: 107).

De acuerdo con tales cifras, no resulta extraño que en El Salvador la recuperación de la crisis, en relación a los ingresos de divisas generadas por los propios salvadoreños, se perciba de manera muy diferente si sólo se toman en consideración al respecto las exportaciones o si se involucra también las transferencias unilaterales privadas. Ya se anotó que en este país el valor de las exportaciones totales en 1980 no se recuperó sino hasta 1994. Sin embargo, esta recuperación se habría producido antes de 1990 si a las exportaciones se suma el valor de las transferencias unilaterales privadas. En relación a los otros tres países donde éstas son significativas, dicha diferencia no es notoria. En Belice tal recuperación se manifestó antes de 1990, independientemente de que en ella se contemplen o no las remesas. En Guatemala las exportaciones recuperaron en 1992 el nivel de 1980, pero sólo lo habrían hecho un año antes si se añadieran a estas el valor de las remesas. Por último, en Nicaragua dicho nivel no se recuperó ni siquiera en 1994, al margen de que sean o no incluidas en los cálculos correspondientes el valor de las transferencias unilaterales privadas (CEPAL, 25-VI-1991: 62; CEPAL, Anuario... 1994: 462-479; CEPAL, Estudios económicos nacionales durante 1994).

3.2.2. Balance comercial y deuda externa

En términos generales, la evolución del valor total de las exportaciones depende del comportamiento tanto de los precios unitarios pagados por ellas como de su volumen. En la etapa de

auge, el aumento del valor de las exportaciones centroamericanas se debió sobre todo al incremento de su volumen. En la subsiguiente etapa de crisis, hubo comportamientos negativos en ambos sentidos. Pero el impacto del deterioro de los precios unitarios fue generalizado y relativamente uniforme, por lo que no contribuye a explicar las diferencias nacionales con respecto a la evolución del valor de las exportaciones, en tanto que la evolución del volumen de las mercancías exportadas fue muy dispareja y se constituye en el elemento determinante de tales diferencias nacionales. Esta es la razón por la que las susodichas diferencias no se detectan con claridad en los indicadores que tienen como base los mencionados precios unitarios (valores unitarios de las exportaciones de bienes y relación de precios del intercambio de bienes) y sí sucede así con aquellos que involucran el volumen de lo exportado, como el propio valor de las exportaciones y el balance comercial, e incluso con la evolución de la deuda externa. La mencionada distinción entre el impacto de los precios y el volumen en la evolución de las exportaciones centroamericanas en los ochenta, resulta más significativa todavía si se observa la relación existente entre tales aspectos y las causas internas y externas de la mencionada crisis. En efecto: todos los países fueron afectados, y de manera similar, por el deterioro de los precios internacionales, pero los que vieron contraerse el volumen de sus exportaciones fueron únicamente aquellos en los que se desarrollaron agudos conflictos político-militares a su interior: Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Aunque éstos fueron los

factores condicionantes más poderosos en la crisis de las exportaciones centroamericanas --uno externo de carácter económico, los precios internacionales, y otro interno de carácter político-militar--, ello no supone que no existiesen otros de caracteres distintos a los señalados. Por ejemplo, estuvieron involucrados asuntos externo de carácter fundamentalmente geopolítico, como la agresión estadounidense en contra de la revolución sandinista, y asuntos internos de carácter económico, como algunos de los que influyeron en la crisis del Mercado Común Centroamericano.

Como es lógico, la evolución de los precios internacionales de los principales productos centroamericanos de exportación afectó de manera similar a todos los países de la región. Por tanto, este asunto sirve para explicar, aunque sea parcialmente, la crisis de las exportaciones en el conjunto de la región, pero no proporciona elementos significativos para establecer el por qué de las diferencias nacionales al respecto. Entre 1982 y 1993, el valor unitario de las exportaciones de bienes en los cinco países centrales se mantuvo en general entre un 10 y un 25% por debajo del nivel prevaleciente en 1980; es decir, manifestó una tendencia similar a la del promedio iberoamericano. Ciertamente fue en El Salvador (en 1992) y Nicaragua (en 1992 y 1993) donde esta disminución alcanzó niveles notoriamente más bajos de los señalados, pero ello sucedió en fechas puntuales y recientes, por lo que no puede ser considerada como elemento significativo para explicar el peor desempeño relativo que las exportaciones de estos dos países manifestaron desde el comienzo de la etapa de

crisis. Por su parte, en Panamá el valor unitario de las exportaciones de bienes, tras decaer en la primera mitad de los ochenta, creció desde 1985 y en 1991-1993 era superior, caso insólito en la región, en un 50% al prevaleciente en 1980 (CEPAL, Anuario... 1994: 516-517).

Los índices centroamericanos de la relación de precios del intercambio de bienes, con base en 1980, muestran variaciones nacionales más significativas que las señaladas con respecto a los valores unitarios de las exportaciones del mismo tipo. Por tanto, dichas diferencias nacionales en los términos del intercambio se deben en mayor medida a las distintas evoluciones de los valores unitarios de las importaciones que a las referidas a los de las exportaciones. Con todo, de la misma forma que se señalaba en relación al valor unitario de las exportaciones, no se encontró ninguna correlación significativa entre las desiguales evoluciones de las economías nacionales, establecidas a partir del comportamiento del valor de las exportaciones, y las diferencias nacionales detectadas en la evolución desde 1980 de los términos del intercambio y del valor unitario de las importaciones. Por tanto, estas diferencias no pueden ser consideradas como factores que incidieran significativamente en las distintas evoluciones nacionales de la economía global y del valor de las exportaciones en la etapa de crisis. Con respecto al promedio iberoamericano, los términos del intercambio han mostrado una clara y continuada tendencia descendente desde 1980 hasta 1993, fecha en la que se percibe un deterioro al respecto de algo más del 30%, pero en 1980-1985 ello se debió a que los

valores unitarios de las exportaciones disminuyeron en mayor medida que los valores unitarios de las importaciones, en tanto que desde 1985 los valores unitarios de las exportaciones permanecían más o menos estancados y lo referidos a las importaciones se incrementaban. En América Central, los términos del intercambio, aunque en general mostraron también una clara tendencia negativa, ésta no se manifestó de manera tan lineal (en la mayoría de los casos su comportamiento fue mejor en la segunda mitad de los ochenta que en la primera mitad de esta década y en los primeros años noventa) y en 1993 su situación al respecto era menos desfavorable que la del promedio mencionado. En esta fecha, la relación de precios del intercambio era algo superior al nivel de 1980 en Honduras y Panamá, casi un 20% inferior en Costa Rica y Guatemala, y poco menos de la mitad en El Salvador y Nicaragua. Por tanto, estos dos últimos países eran los únicos de Centroamérica donde este indicador se mostraba en una situación peor que la del promedio iberoamericano en los primeros años de la década de los noventa (CEPAL, Anuario... 1994: 516-523).

De esta manera, la evolución de los términos del intercambio entre 1980 y 1993 tuvo sus manifestaciones más positivas, dentro del ámbito centroamericano, en Panamá y Honduras, las de Costa Rica y Guatemala pueden considerarse como moderadamente desfavorables, y las de El Salvador y Nicaragua como muy desfavorables, aunque en general la situación más desventajosa de estos dos países no puede considerarse como causa de su mayor deterioro económico a otros niveles, pues sólo se manifestó desde la segunda mitad de los ochenta, en el caso de El Salvador, o

incluso en los propios noventa, en el de Nicaragua. En Panamá y Honduras, los términos del intercambio evolucionaron de manera negativa en la primera mitad de los ochenta, pero desde la segunda mitad de esta década fueron de los pocos países iberoamericanos donde se mantuvo en general un nivel superior al de 1980. En Panamá esto se debió al muy notorio incremento del valor unitario de las exportaciones, pues el de las importaciones también fue muy elevado dentro del contexto iberoamericano. El buen comportamiento de Honduras en este sentido se debió a que el valor unitario de las importaciones retrocedió en mayor medida que el de las exportaciones, el cual nunca descendió por debajo de un 10% desde 1985. En Costa Rica los términos del intercambio descendieron en la primera mitad de los ochenta, al decaer en mayor proporción el valor unitario de las exportaciones que el de las importaciones, ascendió a un nivel similar al de 1980 entre 1985 y 1990, debido a las moderadas y simultáneas reducciones de los valores unitarios de las exportaciones y las importaciones, y volvió a decaer entre 1991 y 1993, como consecuencia del deterioro del valor unitario de las exportaciones, pues el de las importaciones se mantuvo en un nivel similar al de los años anteriores. En Guatemala los términos del intercambio mantuvieron en general un deterioro de entre 10 y 20% entre 1981 y 1993, debido a que el valor unitario de las exportaciones mantuvo un descenso similar al mencionado y el de las importaciones permanecía más o menos estable. En Nicaragua el deterioro de los términos del intercambio no se hizo especialmente notable hasta 1991-1993, debido a que el valor

unitario de las exportaciones descendió de manera notable (antes el descenso había sido moderado) al tiempo que el de las importaciones, que se había mantenido más o menos estable en años anteriores, crecía. La evolución de la relación de precios del intercambio de bienes en El Salvador ha sido la peor de Centroamérica y quizás de toda Iberoamérica, pero ello se debió sobre todo al enorme y temprano incremento del valor unitario de las importaciones, el cual se mantuvo entre 40 y 50% por encima del nivel de 1980 entre 1989 y 1993, pues el valor unitario de las exportaciones sólo descendió por debajo del 20% desde 1990 y en general nunca lo hizo por debajo del 30% (CEPAL, Anuario... 1994: 516-523).

La crisis del Mercado Común Centroamericano fue otro de los factores que determinó de manera general, aunque en este caso sólo afectó directamente a los cinco países centrales, el deterioro de las exportaciones centroamericanas, pero, al igual que lo señalado acerca de los precios internacionales, no constituye un elemento importante para explicar las diferencias nacionales al respecto. En el periodo de crisis más intensa y generalizada, entre 1980 y 1985, no existe ninguna relación clara entre el grado del descenso de las exportaciones totales o de bienes (mucho más intenso en El Salvador, Guatemala y Nicaragua que en Costa Rica y Honduras) y el de las exportaciones intrarregionales, pues el valor de las exportaciones al resto de Centroamérica se redujo en esos cinco años a casi la mitad tanto en Costa Rica como en Guatemala, a la tercera parte en El Salvador y Nicaragua, y a la cuarta parte en Honduras (CEPAL, 7-

IX-1989: 49). Por otra parte, la revitalización de este esquema integrador al comienzo de los noventa, se constituyó en un elemento importante en la recuperación general de la crisis del sector exportador centroamericano y en concreto de sus exportaciones manufactureras, pero tampoco en este caso se pone de manifiesto de manera nítida la vinculación entre los diferentes dinamismos señalados con respecto a las exportaciones globales a nivel nacional (detectable en Costa Rica antes de 1990, en Guatemala y El Salvador en los primeros años noventa, en tanto que en Honduras prevalecía el estancamiento y en Nicaragua todavía no había signos muy claros de recuperación en 1994) y la recuperación de las exportaciones intrarregionales. En efecto: el valor que las exportaciones al resto de Centroamérica tenían en 1980 fue superado, y de manera casi simultánea, entre 1992 y 1994, en los cinco países centrales, con la excepción de Honduras (CEPAL, 9-VI-1993: 35; CEPAL, 26-VI-1995: 53).

Al contrario de lo sucedido con respecto a la evolución del valor unitario de las exportaciones, de los términos del intercambio y del Mercado Común Centroamericano, que explican, aunque sea parcialmente, la crisis generalizada de las exportaciones centroamericanas pero no sus grandes diferencias nacionales; la evolución del volumen de las exportaciones de productos primarios permite detectar algunas de las causas de estas diferencias, al tiempo que no siempre da razón de la mencionada crisis regional. En efecto: los cuatro países centroamericanos con mayores deterioros en sus exportaciones de

bienes --El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua-- son los que se vieron afectados por reducciones más significativas en los volúmenes de sus exportaciones de productos primarios, en especial El Salvador y Nicaragua. El volumen de las exportaciones de café, que adquieren una importancia fundamental en los cinco países centrales, tuvo incrementos importantes en Costa Rica, donde incluso llegó a duplicarse, Guatemala y Honduras, pero en El Salvador y Nicaragua todavía no había recuperado en 1994 su nivel de 14 años atrás. Las exportaciones de algodón casi desaparecieron en esta etapa de crisis en los tres países --El Salvador, Guatemala y Nicaragua-- donde llegaron a ser importantes; tanto, que en 1980 eran el segundo producto de exportación en todos ellos. El volumen de las exportaciones de banano también consiguió duplicarse en Costa Rica, pero en Honduras, donde ha sido durante décadas el principal producto de exportación, se redujo al comienzo de los noventa después de permanecer estancado en los ochenta, en Guatemala se mantuvo más o menos estancado aunque se incrementó al comienzo de los noventa, y en Nicaragua tuvo un prolongado e intenso, sobre todo en 1992-1994, descenso. Las exportaciones de azúcar fueron las únicas de las cuatro consideradas con un comportamiento parcialmente diferente, si bien en 1980 tenían una significación escasa en los cinco países centrales. Su volumen se incrementó en todos ellos, con la excepción de Honduras, donde disminuyó notablemente, y Nicaragua, donde mantuvo una cierta tendencia al estancamiento; pero en Costa Rica no alcanzó a duplicarse, en tanto que sí lo conseguía en El Salvador y se triplicaba con

creces en Guatemala (CEPAL, 5-IV-1993: 105-111; CEPAL, Estudios económicos nacionales durante 1994).

En la etapa de auge, el valor de las importaciones creció en mayor medida todavía que el de las exportaciones, por lo que ya en estas fechas el déficit del balance comercial se hizo crónico y tendió a agravarse cíclicamente, en consonancia con las fluctuaciones características del sector exportador. Esta expansión de las importaciones estuvo ligada al proceso de industrialización desarrollado en esta etapa. Paradójicamente, el proceso de sustitución de ciertas importaciones de carácter manufacturero se tradujo en una ampliación, incluso de mayor magnitud, de la importación de los bienes intermedios, de capital y combustibles que tal industrialización requería. A ello contribuyó sin duda el hecho de que el sector manufacturero se desarrollara sobre la base de industrias de "último proceso" que importaban casi todos los insumos requeridos para realizar en la región la última etapa de la producción. En muy escasas ocasiones, estas empresas procesaron materias primas nacionales o regionales. Todo ello llevó consigo transformaciones significativas en la estructura de las importaciones, las cuales se manifestaron en la disminución de la importancia relativa de los bienes de consumo y el aumento de los intermedios y de capital. En el conjunto de los países del Mercado Común Centroamericano, la importación de bienes de consumo, a pesar de multiplicarse por diez en términos absolutos, disminuyó su importancia relativa con respecto al total de las importaciones en casi la mitad, al pasar de 46 en 1950 al 23% en 1977.

Paralelamente, la importación de bienes intermedios ganaba diez puntos porcentuales, para situarse en el 35% en 1977. Por su parte, las importaciones de bienes de capital, que en 1950 eran muy inferiores a las de bienes de consumo, eran similares a éstas en 1977 (CEPAL, I-1980: 30-33; CEPAL, 19-IX-1991: 3, 40).

En la etapa de crisis, aunque el valor de las importaciones centroamericanas de bienes siguió evolucionando de manera más dinámica que el de las exportaciones del mismo tipo, al superar antes de 1993, incluso a precios constantes, el nivel de 1980 en todos los países de la región --antes de 1990 en Costa Rica, Guatemala y Honduras, en este año en Panamá y en 1992 en El Salvador-- con la excepción de Nicaragua, su comportamiento guardó una cierta relación con el de las exportaciones. En 1993, el valor de las importaciones de bienes a precios constantes era el doble que el de 1980 en Costa Rica, un 60% mayor en Guatemala, casi un 50% en Panamá, y en torno a un tercio mayor en El Salvador y Honduras, en tanto que en Nicaragua era claramente inferior al de 1980, si bien algo mayor que el de 1970. También a precios constantes, el valor de las exportaciones en 1980 fue superado en Costa Rica desde 1985 y en 1993 había sido ampliamente duplicado; Panamá superó dicho nivel desde 1990 y tres años más tarde lo superaba en un 50%; en Honduras el nivel fue superado desde 1985 pero en 1993 apenas lo rebasaba en menos del 10%, Guatemala sólo lo superó, y por poco, en 1993; El Salvador y Nicaragua todavía no lo superaban, aunque por muy escasa diferencia, en esta fecha. Sin embargo, existía una diferencia importante al respecto entre estos dos países. En

1993, el valor de las exportaciones salvadoreñas de bienes era 50% mayor al de 1970, en tanto que el de las nicaragüenses era un 12% menor. A partir de estas cifras, se puede concluir que Costa Rica fue el país de la región que mostró un mayor dinamismo tanto en las exportaciones como en las importaciones y que Panamá ocupó el segundo lugar al respecto. En El Salvador, Guatemala y Honduras el crecimiento de las exportaciones fue escaso y claramente inferior al de las importaciones; mientras que Nicaragua se destaca por el descenso de ambos indicadores (CEPAL, Anuario... 1994: 528-529, 536-537).

Las diferencias nacionales que se ponen de manifiesto en la evolución de las exportaciones y las importaciones desde 1980 guarda una cierta similitud con la referida tanto al balance comercial como a la deuda externa. Con respecto al balance comercial entre 1981 y 1993, el desarrollo más positivo tuvo lugar en Costa Rica y, sobre todo, Panamá; los de Guatemala y Honduras fueron algo peores que el de Costa Rica; pero el déficit correspondiente a El Salvador y, en especial, Nicaragua fue muy grave. Panamá fue el único país de la región cuyo balance comercial tendió al superávit en esos 13 años; en Costa Rica el déficit promedio fue de 3% en relación al PIB total; en Guatemala y Honduras dicho déficit promedio se situó en torno al 5%; pero en El Salvador superó el 10% y en Nicaragua el 20%. En términos absolutos, el déficit del balance comercial acumulado en estos mismos 13 años, entre 1981 y 1993, sumó algo más de 6.000 millones de dólares tanto en El Salvador como en Nicaragua, un poco más de 5.000 en Guatemala y en torno a los 1.700 en Costa

Rica y Honduras; en tanto que en Panamá dicho balance acumulaba un superávit de más de 2.000 millones de dólares (CEPAL, Anuario... 1990: 182-183, 446-471; CEPAL, Anuario... 1994: 190-191, 458-481).

Con respecto a la evolución de la deuda externa total entre 1980 y 1993, periodo en el que aumentó un 40% en Iberoamérica, el único país centroamericano donde no se duplicó fue en Costa Rica, donde creció en 20%, si bien la deuda pública externa tampoco lo hizo en Panamá. En los otros cinco países de la región (se incluye Belice) se duplicó, por lo menos, la deuda externa, tanto total como pública, llegando a triplicarse ambas en el caso de Belice y a cuadruplicarse en el de Nicaragua. Sin embargo, la vinculación entre la evolución del valor de las exportaciones y la de la deuda externa total durante los ochenta se hace más nítida si ésta se relaciona con el valor del PIB y de las exportaciones totales. En efecto: la carga de la deuda externa total en relación a estos indicadores descendió en Belice, Costa Rica y quizás Panamá, en tanto que ascendía en los otros cuatro países de la región, pero sobre todo en Nicaragua (cuadros I.20-21).

Este gran crecimiento de la deuda externa en la etapa de crisis, detectable en todos los países centroamericanos con la excepción de Costa Rica, cobra aún mayor realce si se repara en que con frecuencia recibieron abundantes divisas a través de transferencias unilaterales, tanto privadas como oficiales. Ya se anotó que antes de 1980 las transferencias unilaterales privadas sólo tenían importancia en Belice y que después de tal

fecha cobraron relevancia también en El Salvador, Guatemala y, en parte, Nicaragua. De igual manera, las transferencias unilaterales oficiales tampoco tenían significación en la región antes de la crisis de los ochenta, con la misma excepción de Belice, el único país de ellas donde tales ingresos superaron, aunque por poco margen, el 5% de las exportaciones de bienes y servicios en la segunda mitad de los setenta. Sin embargo, en la etapa de crisis adquirieron importancia en todos los países de la región, salvo en Guatemala, donde en general se mantuvieron muy por debajo del 5% de las exportaciones totales. Los países en los que estos ingresos se hicieron más notables fueron El Salvador y Nicaragua: en el primer caso representaron entre el 20 y el 40% de las exportaciones totales entre 1984 y 1994; en el segundo, más del 20% en 1980, entre el 10 y el 20% en 1981-1984, entre el 40 y el 50% en los seis años posteriores y alrededor del 100% en 1991-1994. Estas transferencias unilaterales oficiales oscilaron en Honduras entre el 10 y el 25% de las exportaciones totales en 1985-1993, pero en Costa Rica sólo superaron el 10% en 1985, 1987 y 1988, en tanto que en Belice se mantuvieron entre el 5 y el 10%, y en Panamá oscilaron entre el 15 y el 25% de las exportaciones de servicios (en este caso se prefirió tomar este punto de referencia, porque las exportaciones totales, que incluyen las reexportaciones, aparecen muy abultadas) sólo en 1990-1993 (CEPAL, Anuario... 1990: 428-471; CEPAL, Anuario... 1994: 438-481; CEPAL, Economic Survey... 1982: 17; CEPAL, Estudios económicos nacionales durante 1994; Regional Surveys... 1993: 107).

Si se suman los ingresos provenientes de transferencias oficiales y privadas entre 1980 y 1993, y se los compara con la suma de los déficit del balance comercial entre 1981 y 1993, se percibe que aquellos fueron significativos en todos los países de la región, aunque adquirieron mayor magnitud en El Salvador y Nicaragua que en Costa Rica, Guatemala, Honduras y Panamá (sobre Belice no se tienen los suficientes datos como para constatarlo completamente, pero los manejados parecen indicar que su situación al respecto es similar a la de estos últimos). El Salvador fue el país centroamericano que en esos 14 años ingresó más divisas bajo el concepto de transferencias unilaterales totales (las privadas fueron algo más cuantiosas que las oficiales en este caso), las cuales superaron a los poco más de 6.000 millones de dólares que sumaron sus déficits comerciales acumulados entre 1981 y 1993. En Nicaragua las transferencias unilaterales totales, provenientes en lo fundamental de fuentes oficiales, superaron los 3.000 millones de dólares; es decir, representaron la mitad del déficit comercial acumulado en los años señalados, el cual tuvo un valor similar al salvadoreño. En Costa Rica, Honduras y Guatemala las transferencias unilaterales totales sumaron en torno a los 2.000 millones de dólares, pero sólo en los dos primeros casos, donde en lo fundamental tuvieron su origen en fuentes oficiales, superaron los déficits comerciales acumulados en los 13 años mencionados, en tanto que en Guatemala, que las recibió en lo fundamental de fuentes privadas, representó algo menos de la mitad de tales déficits. Por su parte, Panamá recibió entre 1980 y 1993 poco más de 2.000

millones de dólares bajo el concepto de transferencias unilaterales oficiales; es decir, poco menos del superávit acumulado por su balance comercial en 1981-1993 (recordemos que fue el único país de la región con superávit comercial en estos años), aunque en este país el rubro de transferencias unilaterales privadas, en lugar de representar un aporte de divisas al país, como sucedió en el resto de la región, expresó salida de las mismas; en concreto por valor de algo más de 500 millones de dólares entre las mencionadas fechas de 1980 y 1993 (CEPAL, Anuario... 1990: 182-183, 446-471; CEPAL, Anuario... 1994: 190-191, 458-481; CEPAL, 25-VI-1991: 62).

Lo señalado hasta aquí acerca de la deuda externa centroamericana se ha referido sólo a su evolución en la etapa de crisis. Sin embargo, se considera oportuno concluir este capítulo con un análisis más amplio sobre este asunto, el cual no sólo ha tenido gran importancia desde la década de los setenta hasta hoy sino que también la seguirá teniendo en el futuro mediato. En general, el problema de la deuda a nivel centroamericano e iberoamericano se agravó en los setenta, se hizo más virulento en la década siguiente y ha tendido a mejorar a comienzos de los noventa. Sin embargo, las diferencias nacionales son notorias al respecto. En Belice y El Salvador, pero sobre todo en Guatemala, nunca se manifestó de manera especialmente intensa. En los otros cuatro países de la región ya era grave al terminar la época de auge y empeoró en la década perdida. Pero a comienzos de los noventa no mostraba signos de especial gravedad en ninguno de los países de la región, con las

excepciones de Honduras y, sobre todo, Nicaragua, donde se ha convertido en desmesurado.

Aunque el endeudamiento público en Centroamérica tiene antecedentes remotos, en la etapa de auge, y especialmente desde 1960, los gobiernos de la región tuvieron un acceso sin precedentes al crédito externo, lo cual se tradujo en el creciente endeudamiento público de tales países y, al aumentar los intereses de tal deuda y disminuir el valor de las exportaciones, en una de las causas de la crisis de los ochenta. En 1960, la deuda pública externa se situaba entre diez millones de dólares, en el caso de Honduras, y 45, en el caso de Costa Rica. En los sesenta creció notablemente, pero fue en la década siguiente cuando este proceso adquirió dimensiones preocupantes. En 1980, la deuda pública superaba los 2.000 millones de dólares en Panamá, rondaba los 1.500 en Costa Rica y Nicaragua, se acercaba a los 900 en Honduras y oscilaba entre los 500 y los 550 en El Salvador y Guatemala. Ello supuso el drástico incremento de las remesas por pago de utilidades e intereses, los cuales en 1960, salvo en los casos de Panamá y Honduras, donde representaban el 13%, eran inferiores al 5% del valor de las exportaciones. Sin embargo, en 1980 esta proporción rondaba el 20% en Costa Rica, Honduras y Nicaragua; era superior al valor de las exportaciones en Panamá; y sólo en Honduras y Guatemala era inferior al 10%. En la etapa de crisis, el servicio de la deuda se agravó en todos los países, con la excepción de Panamá, pero tendió a mejorar después, con las excepciones de Honduras y Nicaragua. En 1993, los pagos de utilidades e intereses

representaban algo menos del 10% de las exportaciones, cifra considerada como aceptable, en Costa Rica y Guatemala, rondaba el 15% en El Salvador y Panamá, pero ascendía a 30, coeficiente tenido por elevado, en Honduras y a más de 100% en Nicaragua (cuadro I.22; CEPAL, Auario... 1981: 498-499; CEPAL, I-1980: 35; CEPAL, 15-VII-1988: 6; CEPAL, 20-XII-1994: 35).

Por tanto, al final de la época de auge el problema de la deuda externa ya era grave en cuatro países centroamericanos. Esto se confirma si se pone en relación el valor de la deuda externa total con el PIB. En efecto: en 1980 la deuda externa total de Costa Rica, Honduras, Nicaragua y Panamá excedía ampliamente la mitad del PIB, aunque en ningún caso era superior a éste. Si se considera como relativamente normal una proporción de la deuda externa total con respecto al PIB que no alcance el 30%, como sucedía en el promedio iberoamericano en 1980, el problema de la deuda habría surgido en Honduras durante los setenta, pero en Costa Rica, Nicaragua y Panamá habría tenido sus orígenes con anterioridad. Sin embargo, la carga de la deuda externa total en esa misma fecha no parecía especialmente abultada en relación a las exportaciones de bienes y servicios en ningún país centroamericano. En 1975-1980, la deuda externa total de Costa Rica, Honduras y Nicaragua (con respecto a Panamá este porcentaje no es utilizado, porque el gran valor de las reexportaciones lo convierten en inoperante) superaba el valor de sus exportaciones, al contrario de lo sucedido en los otros países de la región, pero en ningún caso lo duplicaban, como sí sucedía en el promedio iberoamericano. La única excepción al

respecto es la de Nicaragua, donde tal porcentaje era casi de 200 puntos en 1975, pero ascendió a 369 en 1980 (cuadro I.21; CEPAL, Anuario... 1981: 498-499; CEPAL, IX-1995: 115).

En la crisis de los ochenta, el problema de la deuda se hizo grave en todos los países de la región, pues incluso en El Salvador y Guatemala su valor llegó a duplicar el valor de las exportaciones, aunque en el segundo caso siempre fue inferior a la mitad del PIB. (En general, la carga de la deuda externa total en América Central siempre es más favorable, en comparación con el promedio iberoamericano, en relación a las exportaciones que al PIB, debido a la gran apertura de las economías istmeñas). Sin embargo, adquirió sus perfiles más dramáticos en los cuatro países donde ya era grave al comenzar la década, pues sólo en ellos llegó a superar el valor del PIB y a triplicar el de las exportaciones. Pero sus tonalidades más oscuras las adquirió en Honduras y, en especial, Nicaragua, en los cuales el problema sigue siendo especialmente virulento. En 1994 la deuda externa total en Honduras era algo superior al PIB y triplicaba con creces las exportaciones; en Nicaragua era seis veces superior al PIB y más de 20 veces a las exportaciones. Por el contrario, el problema había dejado de ser especialmente grave en los otros cinco países de la región en torno a esa misma fecha, cuando la deuda externa total era similar a la mitad del PIB en Costa Rica y Panamá, apenas algo superior al 30% en Belice y menor que esta proporción en El Salvador y Guatemala, al tiempo que en estos dos últimos países, así como en Costa Rica, se hallaba lejos de duplicar el valor de las exportaciones (cuadro I.21 y fuentes

citadas en él).

01082

5
24

II. SOCIEDAD

1. Demografía

Esta primera parte del trabajo, que trata acerca del tamaño y la distribución de la población, así como de los factores que inciden en tales fenómenos, se ha dividido en dos apartados. El dedicado a la explosión demográfica contempla también, como es lógico, el estudio de la mortalidad y la natalidad, los dos factores más importantes para la comprensión de dicha explosión. Asimismo se refiere brevemente a la migración externa cuando ésta condicionó de manera apreciable el tamaño de la población de los países estudiados. Sin embargo, este tema es analizado más minuciosamente en el segundo apartado, destinado a las migraciones, el cual examina también los flujos demográficos desarrollados al interior de las fronteras nacionales; es decir, los cambios en la distribución espacial de la población.

La explosión demográfica en América Central, que comenzó a manifestarse en toda su intensidad alrededor de 1950, hizo que la población de esta región se triplicara entre dicha fecha y 1990. Como en todas las regiones del mundo donde se ha producido tal fenómeno, la explosión demográfica en Centroamérica tuvo como causa fundamental el abatimiento de la incidencia letal de las enfermedades infectocontagiosas, vinculada sobre todo a las mortalidad infantil. Aunque la disminución de la mortalidad en general y de la mortalidad infantil en

particular se manifestó en todos los países ístmicos, es lógico que lo hiciera más intensamente en Costa Rica y Panamá, que en las otras naciones de la región, pues el control de las enfermedades infectocontagiosas está directamente vinculado tanto con las condiciones específicamente sanitarias como con los niveles de educación e ingreso, así como con las condiciones de la vivienda; aspectos en los que, como puede apreciarse en capítulos posteriores, los dos países mencionados gozan en general de una mejor posición. Tampoco resulta extraño que Costa Rica y Panamá sean asimismo los dos únicos países de la región donde la explosión demográfica haya comenzado a disminuir su intensidad de manera constante desde hace algunos quinquenios. En efecto: la reducción del tamaño de la familia, que supone cambios importantes en la valoración sobre la propia dimensión de la familia, los hijos, la sexualidad y la reproducción, está vinculada tanto con el aumento en los niveles de bienestar como con el progresivo acceso de la mujer a determinadas actividades laborales; proceso en el que también se han destacado a nivel regional los dos países mencionados.

Las migraciones internas y externas conocieron también un auge sin precedentes en América Central durante la segunda mitad del siglo XX. El proceso de urbanización, vinculado con la presión demográfica sobre la tierra y la atracción ejercida por el desarrollo socioeconómico de las ciudades, fue la manifestación principal de las migraciones internas y se prolongó sin interrupción durante todo el periodo estudiado; es decir, desde 1950 hasta 1990. Este proceso fue menos intenso

en Belice y Guatemala; el país centroamericano que, junto con Honduras, tenía al final del periodo el nivel de urbanización más bajo. La colonización, especialmente relevante en Costa Rica y Nicaragua, fue la segunda consecuencia significativa de las migraciones internas durante el periodo estudiado.

Hasta el final de los setenta, las causas de la migración interna y externa en América Central fueron principalmente de carácter socioeconómico. Sin embargo, durante la década de los ochenta, el factor político-militar cobró una importancia decisiva. Los agudos conflictos de este tipo que surgieron en Nicaragua, El Salvador y Guatemala incidieron profundamente tanto en los traslados poblacionales ocurridos al interior de estos tres países, como en los flujos migratorios externos de todos los países de la región, con la excepción de Panamá. Entre 1950 y 1980, los países centroamericanos desarrollaron tres corrientes migratorias de carácter internacional. Una se detuvo drásticamente a raíz de la guerra que enfrentó a Honduras y El Salvador en 1969, cuando unos 200,000 salvadoreños tuvieron que regresar a su solar patrio. Otra, compuesta por los nicaragüenses que se dirigían a Costa Rica, se intensificó a partir de los conflictos político-militares vividos por Nicaragua durante la segunda mitad de los setenta y la totalidad de la década siguiente. La tercera tenía como destino común a los Estados Unidos, pero se integraba con habitantes de todos los países centroamericanos. Durante los ochenta, se hacen especialmente significativos los flujos de salvadoreños, guatemaltecos y nicaragüenses hacia el exterior.

Los primeros se dirigieron principalmente a Estados Unidos, México y Guatemala; los segundos, a Estados Unidos y México; mientras que los nicaragüenses dividieron sus destinos entre Costa Rica, Estados Unidos y Honduras.

1.1. Explosión demográfica

Durante la segunda mitad del siglo XX, la población centroamericana protagonizó una explosión demográfica de mayor intensidad incluso que la vivida por Iberoamérica en su conjunto. En las tres décadas anteriores a 1950, la población istmeña creció, como la iberoamericana en general, a un ritmo no desdeñable pero sin alcanzar a duplicarse. Sin embargo, los poco más de nueve millones de centroamericanos existentes al mediar el siglo se habían duplicado en menos de 25 años y en 1990 habían ya triplicado su número, al sumar casi 30 millones de personas. A lo largo de estas décadas, los centroamericanos crecieron más intensamente que el conjunto de los iberoamericanos, el cual necesitó más de 25 años para duplicarse y más de cuarenta para triplicarse. De esta manera, la población centroamericana, que en 1950 representaba el 5.8% de la iberoamericana, englobaba en 1995 casi el 7% de ésta. Este mayor dinamismo del crecimiento demográfico en América Central se puso de manifiesto a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XX, pero se hizo más notorio a partir de la década de los sesenta, pues la desaceleración del crecimiento poblacional que

desde entonces caracterizó a Iberoamérica no se percibió de manera clara en la mayoría de los países centroamericanos (cuadro II.1).

A pesar de que desde 1950 en ninguno de los países istmeños el aumento de la población fue más lento que el del conjunto iberoamericano, se pueden detectar al respecto algunas diferencias entre ellos, principalmente durante los últimos quinquenios. La población se duplicó en menos de 25 años en todos los países centroamericanos, con la excepción de Belice que, siguiendo la pauta del promedio iberoamericano, no duplicó su población sino un poco después de 1975. Como con respecto a Iberoamérica considerada en su conjunto, se estima que en relación a 1950 Belice, El Salvador y Panamá triplicaron sus poblaciones entre 1990 y 1995, pero las de Guatemala y Nicaragua ya se habían multiplicado por tres en el quinquenio anterior, mientras que las de Costa Rica y Honduras habían hecho lo mismo incluso con mayor antelación, durante los primeros años de la década de los ochenta (cuadro II.1).

A nivel regional, la importancia demográfica de los países centroamericanos ha variado poco a lo largo de las últimas décadas. Guatemala ha sido de manera constante el país más poblado al concentrar alrededor de un tercio de la población istmeña. En el polo opuesto, la población beliceña nunca llegó a representar el uno por ciento de la regional, manteniendo siempre la densidad demográfica más baja. El Salvador, que siempre tuvo una densidad de población muy superior a la de cualquiera de los otros países de la región, ha sido tradicio-

nalmente el segundo país más poblado, pero en los últimos años se estima que los hondureños son ligeramente más numerosos que los salvadoreños. Nicaragua ha ocupado durante todo el siglo la posición intermedia entre los siete países de la región, al representar continuamente poco más del 10% de la población total. Por último, la población panameña, que era ligeramente superior a la costarricense en 1920 y 1930, pasó a ocupar el sexto lugar desde 1940, dejando a Costa Rica el quinto (cuadro II.1).

Las primeras manifestaciones de la explosión demográfica en América Central pueden ubicarse en Costa Rica y Guatemala durante la primera mitad de los años treinta, cuando ambos países alcanzaron una tasa de crecimiento igual o superior al 2%. En los primeros años de la década siguiente, todos los países de la región superaban esta tasa, menos El Salvador, y durante la década de 1950 en ningún caso fue inferior al 2.5%: la explosión demográfica estaba en su apogeo. Entre 1950 y 1980, el dinamismo demográfico fue más intenso en Costa Rica, Honduras y Nicaragua; países cuyas tasas de crecimiento promedio por quinquenio nunca fueron inferiores a 3 puntos. Por el contrario, las tasas de los otros cuatro países de la región se situaron con frecuencia por debajo de este nivel durante esos 30 años (cuadro II.2).

El debilitamiento de este acelerado crecimiento todavía no se percibe con claridad, salvo en Costa Rica y Panamá, aunque incluso en estos países dicho proceso fue algo más tardío que en el promedio iberoamericano. Según estimaciones del CELADE,

sólo estos dos países (quizás Belice esté en la misma situación), concluirían el siglo con tasas de crecimiento inferiores al 2%, pues los descensos del crecimiento demográfico detectados en algunos de los otros países se consideran transitorios (cuadro II.2). De acuerdo con tales estimaciones, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua terminarían la centuria con altas tasas de crecimiento, que con frecuencia se aproximarán todavía al tres por ciento. Pese a las similitudes anotadas, el crecimiento demográfico de Panamá y Costa Rica manifiesta diferencias. En el primer caso, la desaceleración se hizo notable desde la primera mitad de los setenta y se prolongó de manera ininterrumpida en los años siguientes, debido al progresivo descenso de la natalidad. Sin embargo, en Costa Rica, a pesar de que el ritmo del crecimiento se hizo más lento entre 1965 y 1975 por la disminución de la tasa de natalidad, se estima que la desaceleración no se volvería a poner de manifiesto hasta los primeros años de los noventa. El motivo fue que entre 1975 y 1990 el descenso de la natalidad no fue notable, al tiempo que se elevaba la tasa de migración externa, debido al flujo de inmigrantes que, procedentes de otros países centroamericanos, llegaron a Costa Rica huyendo de la violencia imperante en sus naciones de origen (cuadros II.2, II.5 y II.7).

Aunque en Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala las tasas de natalidad se mantuvieron muy altas durante todo el periodo estudiado, sus crecimientos demográficos respectivos mostraron evoluciones diferentes a partir de los setenta. Las

guerras civiles vividas en El Salvador y Nicaragua no afectaron de manera notable sus respectivas tasas de mortalidad, pero sí sus tasas de migración externa. En ambos casos, el número de personas que huyeron de estos conflictos fue lo suficientemente importante como para afectar significativa, aunque quizás temporalmente, sus crecimientos poblacionales totales. Esto se evidencia en las estimaciones del CELADE con respecto a El Salvador, pero no sucede lo mismo en relación a Nicaragua. No obstante, los cuadros II.8 y II.11 ponen de manifiesto que los nicaragüenses que salieron de su solar patrio durante los ochenta fueron mucho más numerosos que los supuestos por el CELADE. Este hecho indica que la tasa de crecimiento propuesta por esta institución en este sentido es exagerada. Aunque Guatemala también padeció durante este periodo un intenso conflicto político-militar, la repercusión que éste tuvo en el crecimiento total de su población fue menor por dos razones. En primer lugar, la proporción de guatemaltecos que salieron de su país por estos motivos fue mucho menor que en los dos casos anteriores. En segundo lugar, al mismo tiempo que de este país salían personas por los virulentos conflictos que en él se desarrollaban, recibía a un número importante de salvadoreños que huían de su nación por iguales motivos. Al contrario de lo sucedido en El Salvador, Nicaragua y Guatemala, el crecimiento demográfico de Honduras, como el de Costa Rica y Belice, se vio potenciado por los conflictos regionales mencionados (cuadros II.2, II.3, II.5, II.7 y II.10).

Como parcialmente se puede colegir de lo dicho en páginas anteriores, el crecimiento total de la población depende del número de nacimientos y defunciones ocurridos, cuya diferencia indica el crecimiento natural de la población, así como de la migración externa neta, es decir, de la diferencia entre los inmigrantes que deciden establecerse en el país en cuestión y los emigrantes nacionales que lo abandonan. La explosión demográfica a la que se ha hecho referencia estuvo determinada en lo fundamental por la disminución constante de la mortalidad y la permanencia de una natalidad alta. La migración externa, por su parte, no desempeñó un papel decisivo en el crecimiento total de ninguno de los países de la región sino hasta los setenta y, sobre todo, en la década siguiente, cuando se constituyó en el factor determinante de la desaceleración del crecimiento demográfico en Nicaragua y, especialmente, en El Salvador.

Como se mencionaba, la causa principal de la explosión demográfica centroamericana fue el fuerte y constante descenso de la tasa bruta de mortalidad. A comienzos de siglo superaba en todos los países centroamericanos las dos y en ocasiones las tres defunciones por cien habitantes. En el quinquenio de 1950-1955 Costa Rica, El Salvador y Panamá ya tenían tasas inferiores a 2%; en la primera mitad de la década siguiente ningún país alcanzaba este nivel. En los años siguientes este indicador, que siempre ha sido mas favorable a Costa Rica y Panamá --añadiendo así una diferencia adicional a las mencionadas entre ellos y el resto de la región--, continuó

descendiendo de manera constante en todos los países hasta llegar al quinquenio 1985-1990, durante el cual en ninguno de ellos rebasó las 10 muertes por mil habitantes; tasa similar a la de los llamados países desarrollados (cuadro II.3). Tal similitud entre las tasas brutas de mortalidad de sociedades con características demográficas tan dispares, se hace posible porque en los países desarrollados, si bien la tasa de mortalidad infantil es significativamente menor que la existente en Centroamérica, el porcentaje de ancianos, y por tanto la importancia de las defunciones de este sector de la población en la tasa bruta de mortalidad, es muy superior.

Como en los demás lugares del planeta donde han tenido lugar descensos similares de las tasas brutas de mortalidad, en América Central tal disminución encuentra su explicación en el progresivo control de las enfermedades infectocontagiosas. Dado que la incidencia letal de este tipo de afecciones se concentra siempre en los niños desde su nacimiento hasta los cinco años de edad, este grupo etario es el más beneficiado por el mencionado control. Antes de que se comenzaran a poner en práctica las acciones que permitieron abatir los efectos mortales de estas enfermedades, las cuales constituyeron la principal causa de la muerte durante milenios, era frecuente que aproximadamente entre la mitad y un tercio del total de muertes correspondiera a los menores de cinco años y que más de un 20% de los recién nacidos perdieran la vida antes de cumplir un año de edad (Sánchez Albornoz, 1977: 217-220). En la medida en que fueron controladas las enfermedades

infectocontagiosas, disminuyeron tanto las tasas de mortalidad correspondientes a los primeros años de vida como la proporción de muertes infantiles, al tiempo que las enfermedades asociadas a los adultos --como los tumores y las enfermedades del aparato circulatorio-- cobraban mayor relieve como causas de muerte. De esta manera, los países industrializados, y parcialmente algunos países iberoamericanos, entre los que se encuentran Costa Rica y Panamá, llegaron a una situación donde las enfermedades infectocontagiosas ocupan posiciones secundarias como causa de muerte y donde la proporción de muertes infantiles sobre la mortalidad total, así como la tasa de mortalidad infantil, alcanzaron niveles bajos. Quizás no sea inútil señalar que la disminución del porcentaje de muertes infantiles en relación a la mortalidad total, además de estar vinculada con el control de las enfermedades infectocontagiosas, depende del descenso de la importancia relativa de los grupos etarios más jóvenes, proceso este último característico también de la llamada modernización.

En todos los países de América Central, se produjeron notables descensos de la tasa de mortalidad infantil (cuadro II.58) debido al progresivo control sobre las enfermedades infectocontagiosas, lo cual se tradujo en el mencionado descenso de sus respectivas tasas brutas de mortalidad. Sin embargo, en la actualidad la situación de Costa Rica y Panamá es muy distinta a la que prevalece en el resto de la región, donde la tasa de mortalidad infantil y la incidencia mortal de las enfermedades infectocontagiosas siguen siendo muy elevadas.

Por otra parte, se deben señalar dos cuestiones con respecto a la evolución en Centroamérica de la mortalidad infantil y de la incidencia letal de las enfermedades infectocontagiosas, la cual, como se puntualizaba, está asociada principalmente a las defunciones infantiles. Por un lado, como se señala en el tercer capítulo de este trabajo, el descenso de la mortalidad infantil en la región no sólo se manifestó de manera diferente a nivel nacional, pues también evolucionó de distinta forma al interior de cada país, siendo en todos ellos más beneficiados los sectores urbanos, los que disponían de mayor poder adquisitivo y aquellos con niveles educacionales más elevados. Por otro, se debe tener en cuenta que dicho descenso de la mortalidad infantil no dependió exclusivamente de la mejora y ampliación de los aspectos específicamente sanitarios: asistencia médica, fármacos curativos y preventivos, así como insecticidas y productos que matan a los transmisores de algunas enfermedades infecciosas; pues en las condiciones sanitarias también influyen el nivel de ingreso (decisivo para obtener una nutrición adecuada), el educativo (que implica generalmente mayor capacidad para enfrentar el problema de la enfermedad, así como mayores conocimientos dietéticos y la posibilidad de obtener mejores ingresos) y las condiciones de la vivienda, pues el hacinamiento y la ausencia de agua potable o alcantarillado facilitan la transmisión de las enfermedades infecciosas.

En los ochenta, en Costa Rica y Panamá las enfermedades infectocontagiosas no figuraban entre las principales causas

de muerte de la población general (tampoco en Argentina), la mortalidad infantil presentaba tasas inferiores al 20 por mil (en Argentina era algo más elevado y en Estados Unidos era de 10 por mil) y el porcentaje de defunciones de niños menores de cinco años sobre el total de las defunciones rondaba los 15 puntos (en Argentina era inferior a 10 y en Estados Unidos menor de 2). Por el contrario, en los otros cinco países de la región, las enfermedades infectocontagiosas continuaban figurando como algunas de las principales causas de muerte en la población general, las tasas de mortalidad infantil eran superiores al 20 por mil y entre el 23 y el 44% de las defunciones totales correspondían a menores de cinco años (cuadros II.4, II.60).

El otro factor que posibilitó la explosión demográfica en América Central fue el mantenimiento de las altas tasas de natalidad tradicionales, que con frecuencia venían superando los cuatro nacimientos anuales por cien habitantes. También en este caso, los países que primero comienzan a manifestar un cambio son Costa Rica y Panamá, los cuales simultáneamente al promedio iberoamericano desde los últimos años sesenta ostentaron constantemente tasas inferiores a la mencionada. Sin embargo, el descenso de la natalidad fue más intenso y sistemático en el segundo de estos dos países. De esta manera, en Panamá dicho indicador descendió por debajo del 3% desde la primera mitad de los ochenta, mientras que en Costa Rica tal comportamiento no está previsto sino para el comienzo de la

década de los noventa. Por el contrario, las estimaciones del CELADE prevén que El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua terminarán el siglo con tasas superiores al tres por ciento; comportamiento lógico si se considera que en el primero de ellos este indicador no descendió del cuatro por ciento hasta los ochenta y en los otros tres no se estima que suceda lo propio sino en la presente década. No obstante, a pesar de las altas tasas de natalidad prevalecientes en algunos países de la región, la tendencia de todos ellos durante los últimos quinquenios apunta hacia un paulatino pero claro descenso (cuadro II.5).

Las tasas globales de fecundidad ponen de manifiesto tendencias parecidas a las señaladas con respecto a la tasa bruta de natalidad. Mas es conveniente manejar también este indicador pues, al reflejar el número promedio de hijos que tienen las mujeres en edad fértil, permite percibir con mayor claridad los cambios producidos en la familia como consecuencia del mencionado descenso de la natalidad. En efecto: el número promedio de hijos de las familias centroamericanas al mediar el siglo era de entre seis y siete en todos los países de la región. Actualmente se estima que en Costa Rica y Panamá es de tres, mientras que en los otros cuatro países la tasa global de fecundidad oscila entre 4.5 y 5.5 hijos situándose entre las más altas del continente (cuadro II.6). Sin embargo, como en el caso de la mortalidad infantil, las diferencias en el tamaño de las familias centroamericanas, el cual se encuentra vinculado al uso de anticonceptivos, no se percibe sólo a nivel

nacional, pues la residencia urbana o rural de la madre, así como su nivel educativo, que guarda una estrecha relación con su poder adquisitivo, marcan importantes diferencias al interior de todos los países. En general, se puede afirmar que las familias con dos, tres o cuatro hijos y el uso de anticonceptivos sólo se han generalizado en Costa Rica y Panamá, pero en los otros cuatro países sólo son características de sectores urbanos relativamente reducidos, acomodados e instruidos. Por tanto, la mayoría de la población salvadoreña, guatemalteca, hondureña y nicaragüense, especialmente la residente en áreas rurales y con bajos niveles de ingresos y escolaridad, sigue integrada en familias extensas, en las cuales suelen convivir, además de los padres y un elevado número de hijos, otros tipos de parientes (García, Gomáriz, 1989: v. I, 410, 429-430).

Este descenso de la fecundidad tiene un significado de máxima relevancia, pues la disminución del tamaño familiar implica cambios socioculturales que alteran patrones de larga duración. Por un lado, lleva consigo transformaciones en la valoración sobre el tamaño de la familia, los hijos, la sexualidad y la reproducción. Tradicionalmente, se propiciaban y enaltecían las familias numerosas, al contrario de lo sucedido en las sociedades industrializadas, donde la riqueza, el prestigio y el poder se asocian con las familias de dimensiones reducidas. Durante siglos, cuantos más hijos tuviera una familia, mayores eran las posibilidades de aumentar sus ingresos familiares y de que los padres tuvieran una vejez sin demasiadas penurias. A la inversa, los vástagos de las

sociedades desarrolladas suponen una carga económica para sus padres, los cuales no suelen depender económicamente de su progeñie en la vejez. Además, la ancestral identificación entre la sexualidad y la reproducción se fragmenta, con la reciente generalización de los anticonceptivos. Por otro lado, la disminución del tamaño familiar está estrechamente vinculada con la posibilidad de alcanzar mayores niveles de bienestar y de transformaciones profundas en la actividad laboral de la mujer, las cuales serán analizadas en el próximo capítulo. (Weeks, 1984: 131-133, 140-147).

Uno de los efectos de mayor trascendencia en la explosión demográfica es la enorme proporción de jóvenes que de ella se deriva, pues la permanencia de un alto porcentaje de este grupo etario en una sociedad cada vez más numerosa exige, para avanzar por la senda del desarrollo, la ampliación constante de la cobertura de los servicios sociales y de las posibilidades de empleo. En los dos capítulos siguientes se verá el relativo éxito de los países de la región al enfrentar este grave problema. Baste ahora señalar que en Centroamérica la notable disminución de la mortalidad y el mantenimiento de altos índices de natalidad --procesos que más allá de las diferencias señaladas se manifestaron en todos los países istmicos-- determinaron la impresionante juventud de la población de la región. La población menor de 15 años representó en El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua alrededor del 45% de sus poblaciones nacionales respectivas durante todo

el periodo. Sin embargo, en Costa Rica y Panamá se produjo una significativa disminución del porcentaje de este grupo etario entre 1960 y 1990, vinculada lógicamente con el descenso de la natalidad protagonizado por estos países a lo largo de esos treinta años. En efecto: en Costa Rica y Panamá la proporción de jóvenes menores de 15 años rondaba en 1960 el 45%, como en los otros países de la región, pero en 1990 se había reducido a alrededor del 35%, cifra que, sin embargo, todavía puede considerarse como elevada (cuadro II.12).

1.2. Migración

En estrecha vinculación con la explosión demográfica descrita, se produjeron al interior de los países de la región dos procesos migratorios que cambiaron notablemente el paisaje del Istmo: el de urbanización y el de colonización. Durante las tres primeras décadas del periodo considerado, la migración interna en los países de la región estuvo condicionada por factores, tanto de expulsión como de atracción, similares a los del resto de Iberoamérica. El aumento de la presión demográfica sobre la tierra, con las repercusiones negativas que tal fenómeno suele llevar consigo en lo relativo a la ecología y a la estructura de la tenencia de la tierra, cuando no también la expansión de los latifundios, motivaron la expulsión de los campesinos del ámbito rural donde nacieron. Además, estos flujos se vieron potenciados porque el traslado de los

emigrantes propiciaba un aumento de sus niveles de vida. Los ingresos más elevados y el más fácil acceso a servicios educativos y sanitarios, constituían los principales atractivos de la vida urbana, mientras que la posibilidad de disfrutar de una parcela mayor representaba la aspiración más común entre quienes se dirigían hacia las zonas sin colonizar.

Sin embargo, desde finales de los setenta, a estos factores socioeconómicos que venían propiciando la migración interna, se añadieron otros de carácter político-militar, derivados de los intensos conflictos surgidos en Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Millones de centroamericanos cambiaron su residencia por tales motivos en la última década. Algunos, los llamados "refugiados", se alejaron de sus solares patrios; otros, los conocidos como "desplazados", se trasladaron a zonas ubicadas dentro de sus países natales. Aunque el análisis de estos últimos debería realizarse, de acuerdo con la división temática común en los estudios demográficos, al tratar las migraciones internas, se decidió hacerlo al examinar el tema de los refugiados, con la finalidad de ofrecer una visión más global de los trastornos poblacionales causados por los mencionados conflictos. Por tanto, su estudio se hará en la parte de este trabajo dedicada a la migración externa durante los ochenta; es decir, al final de este apartado.

Para examinar el proceso de urbanización en Centroamérica, se decidió contemplarlo en relación al ámbito iberoamericano y en tres momentos diferentes. En principio, en relación a todos los

países centroamericanos con excepción de Belice, se estudia este proceso entre 1950 y 1980, a partir de tres indicadores. De manera simultánea se examinan tanto el porcentaje representado por la población económicamente activa ocupada en actividades no agropecuarias como el grado de urbanización referido a la población considerada como urbana en los recuentos censales, la cual incluye en general a las cabeceras municipales, al margen de que sus efectivos demográficos sean muy reducidos y se ocupen principalmente en actividades agropecuarias. Posteriormente, y con respecto a esos mismos países y periodo, se analiza la evolución de la población ubicada en localidades de más de 20.000 habitantes. En un segundo momento, se examina el desarrollo de la urbanización en esas mismas seis naciones pero en la década de los ochenta, tomando en consideración los dos indicadores señalados en primer lugar. Por último, a través de los tres indicadores mencionados, se comenta de manera independiente el proceso de urbanización de Belice, pues constituye un caso con características peculiares dentro de la región.

El hecho de estudiar la urbanización a partir de tres indicadores diferentes --población económicamente activa ocupada en actividades no agropecuarias, grado de urbanización y población ubicada en localidades de más de 20.000 habitantes-- tiene la ventaja de disminuir el riesgo de una captación distorsionada de dicho fenómeno, ya que ninguno de tales indicadores considerados de manera aislada, es lo suficientemente fidedigno para su estudio. Sin embargo, dicho procedi-

miento tiene el inconveniente de dificultar una visión global al respecto, pues, tanto la intensidad del proceso de urbanización como la magnitud de los niveles alcanzados en este sentido en una fecha dada, varían de acuerdo con el indicador utilizado para su medición. A pesar de ello, se pueden sacar tres conclusiones del análisis que a continuación se realiza. Por un lado, el proceso de urbanización, como en el resto de Iberoamérica, se prolongó a lo largo de todo el periodo estudiado en todos los países del Istmo, con la excepción de Belice, donde no fue relevante. Por otro, si se prescinde del caso beliceño, Guatemala fue el país de la región donde este proceso fue menos intenso. Por último, en el contexto centroamericano, el nivel más bajo de urbanización en 1990 era compartido por Guatemala y Honduras.

Según el grado de urbanización y la proporción de la población activa ocupada en labores no agropecuarias, se pueden distinguir tres tipos de países en la Iberoamérica de 1950. En el primero, integrado por Argentina, Chile, Uruguay y Venezuela, tanto los porcentajes de ocupación no agraria como los de urbanización superaban el 50%. Estos eran, por tanto, los únicos cuatro países del subcontinente donde la población urbana y ocupada en actividades no agrarias era mayoritaria a mediados de siglo. En el segundo, integrado por Brasil, Colombia, México, Perú, Paraguay, Costa Rica y Panamá, el nivel de urbanización oscilaba entre el 30 y el 40%, pero la ocupación no agrícola se situaba entre el 40 y el 50%. En la mayoría de estos países, entre los que se encuentran dos

centroamericanos, el porcentaje de personas ocupadas en actividades no agrícolas era así superior al de la población urbana, lo que indica la relativamente escasa importancia del trabajo agrario en las localidades urbanas. El tercer grupo, se ha conformado con el resto de los países iberoamericanos, donde el grado de urbanización y de ocupación no agraria nunca sobrepasaba el 40%. Por tanto, en este grupo las manifestaciones del primer indicador pueden ser similares a las del segundo grupo de países, pero nunca las referidas al segundo indicador. Dentro de este tercer grupo, se encuentran los otros cuatro países centroamericanos, aunque cabe hacer una distinción entre ellos. El Salvador, Nicaragua y Guatemala tenían niveles de ocupación no agraria parecidos a los de los otros países de su grupo, mientras que sus grados de urbanización, salvo en Guatemala, eran similares a los del segundo grupo. Por el contrario, Honduras tenía el grado de urbanización más reducido de Iberoamérica (no alcanzaba el 20%) y sólo ligeramente superior al de Haití, Africa y Asia, ninguno de los cuales alcanzaba el 17%. El nivel de ocupación no agraria en Honduras (27.7%) era más similar al de los otros países de su grupo, aunque sólo era mayor en Iberoamérica que el de la República Dominicana. Sin embargo, en este caso se diferenciaba más claramente de los promedios africano y asiático, los cuales no alcanzaban el 20% en este sentido (cuadros II.13, II.20; así como las fuentes mencionadas en ellos).

Treinta años después, en 1980, se podían distinguir cuatro tipos de países en Iberoamérica con respecto al nivel de

urbanización alcanzado. El primero estaba integrado por las mismas cuatro naciones que lo componían en 1950: Argentina, Chile, Uruguay y Venezuela, pero ahora sus grados de urbanización y ocupación no agrícola superaban el 80%; proporciones similares a las de los países desarrollados. Brasil, Colombia, México y Perú conformaban el segundo grupo, que se caracterizaba porque ambos indicadores oscilaban entre el 60 y el 70%. El tercer tipo estaba integrado precisamente por Costa Rica y Panamá y se identificaba por su posición intermedia: su nivel de ocupación no agrícola era como el del grupo anterior, pero su grado de urbanización lo vinculaba con el cuarto tipo. En éste, los dos indicadores eran inferiores al 60%, pero dentro de él se debe hacer una distinción con respecto a los cuatro países centroamericanos que incluía. En efecto: en El Salvador y Nicaragua la ocupación no agrícola rondaba el 55%, mientras que en Guatemala y Honduras se situaba alrededor del 40%; cifra por otra parte superior a la referida a Africa y Haití, donde tal indicador rondaba el 30%. En cuanto al grado de urbanización, Nicaragua (53.4%) tenía un nivel superior al de cualquiera de los otros países centroamericanos, incluidos Costa Rica y Panamá, y el de El Salvador (41.5%) era similar al de Costa Rica y sólo ligeramente superior a los de Guatemala y Honduras, que oscilaban alrededor del 35%. Sin embargo, como en relación a la ocupación no agrícola, los porcentajes de estos dos últimos países, aunque eran los más bajos de Iberoamérica, eran superiores a los de Haití, Africa y Asia, poblaciones donde el grado de urbanización no alcanzaba el 30%

(cuadros II.13, II.20; las fuentes señaladas en ellos; IIMD-IRM, 1989: 33).

Aunque en estos seis países centroamericanos se detecta el avance de la urbanización durante los treinta años que se vienen analizando, la percepción de su intensidad varía según se examine a partir de la ocupación no agrícola o del grado de urbanización. El nivel promedio de este último indicador en Iberoamérica siempre fue superior al de cualquier país istmico, pero esta diferencia, en general, no hizo sino aumentar en la segunda mitad del siglo. Con todo, fue en Nicaragua y en Honduras donde el grado de urbanización evolucionó de manera más intensa en la región, mientras que en El Salvador se caracterizó por la lentitud de su ascenso. La comparación entre las evoluciones de la ocupación no agrícola arroja resultados distintos. En Costa Rica, Panamá, El Salvador y Nicaragua el aumento del porcentaje de la ocupación no agrícola fue similar o mayor al del promedio iberoamericano, pero en Guatemala y Honduras fue más lento, por lo que la notable diferencia existente entre estos dos países y dicho promedio en 1950 se acentuó en las décadas siguientes. En Costa Rica y Panamá, la evolución de este indicador permitió que ambos países tuvieran en 1980 un porcentaje de ocupación no agrícola parecido al de dicho promedio. Por su parte, El Salvador y Nicaragua mantuvieron una distancia notable pero constante entre 1950 y 1980. En síntesis: la comparación entre la evolución del promedio iberoamericano y la del Istmo es mucho más favorable a éste en lo relativo a la ocupación no agrícola que con respecto a la

residencia urbana.

Al mediar el presente siglo, la población que vivía en localidades de más de 20.000 habitantes representaba en la mayoría de los seis países centroamericanos a los que nos venimos refiriendo porcentajes muy reducidos con respecto a la población total, aunque similares a los de otros países iberoamericanos, como Bolivia, Ecuador o Perú. En concreto, entre tales naciones de América Central, este porcentaje sólo era superior a los 20 puntos en Panamá, en el que se elevaba al 28%. El aumento de esta proporción, más notable en Nicaragua y Honduras, fue significativo durante las tres décadas siguientes en los seis países de la región. En El Salvador se había elevado en 20 años al 21%. Aunque en este sentido no se cuenta con cifras posteriores a 1970 sobre este país, todo hace suponer que el porcentaje actual es más elevado, pues la guerra que sufrió en los últimos diez años aceleró sin duda el ritmo de crecimiento de sus ciudades más populosas y, en concreto, de su capital.

En los otros países de la región las poblaciones con más de 20.000 habitantes también agrupaban a más del 20% de las poblaciones nacionales en 1980, último año del que se tienen datos al respecto. En Panamá este porcentaje superaba los 40 puntos, en Costa Rica y Nicaragua los 30, pero en Guatemala, Honduras y probablemente en El Salvador no alcanzaba esta última cifra, situándose así entre los países iberoamericanos con un porcentaje más reducido en este sentido. Como con frecuencia ha sucedido en el continente, fueron las ciudades

capitales las que, en general, se beneficiaron en mayor medida de este proceso de urbanización, aunque las diferencias entre las proporciones de la población total que acogen estas localidades son muy significativas en Centroamérica, al variar desde la décima parte en el caso de Tegucigalpa hasta la tercera en el caso de la ciudad de Panamá (cuadro II.14).

Tanto los datos acerca del grado de urbanización como los referidos a la población ocupada en actividades no rurales, muestran que el proceso de urbanización se mantuvo a lo largo de los ochenta en Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá. De acuerdo con el primero de tales indicadores, los países más dinámicos en esta década fueron Honduras y Nicaragua, mientras que El Salvador y Panamá mostraron un incremento relativamente reducido. No obstante, en 1990, la región se seguía caracterizando por sus bajas tasas de urbanización: Guatemala tenía la más baja de Iberoamérica, aunque sensiblemente superior a la de Haití (28%); en Costa Rica, El Salvador y Honduras continuaba sin alcanzar el 50% porcentaje que, con excepción de Paraguay, todos los países iberoamericanos fuera del Istmo, habían ya superado. La tasa de urbanización de la misma Nicaragua, la más elevada de Centroamérica, se encontraba en esta fecha muy por debajo del promedio iberoamericano (cuadro II.13). De la misma manera que en las décadas anteriores, en los ochenta la ocupación no agrícola de la región mostró mayor dinamismo que la tasa de urbanización. Pero a diferencia de lo ocurrido con anterioridad fueron Guatemala y, sobre todo, Honduras los países ístmicos

que durante esta década evolucionaron más rápidamente en dicho sentido. Con todo, el porcentaje de hondureños y guatemaltecos ocupados en actividades no agrícolas era en 1990 notablemente inferior al de las poblaciones de cualquiera de los otros países de la región (cuadro 11.20).

Al contrario de lo sucedido en el resto de Istmo, el proceso de urbanización de Belice no parece haber tenido ninguna relevancia de acuerdo con los datos obtenidos, los cuales sugieren en ocasiones tendencias contradictorias al respecto. Entre 1950 y 1980, mientras su ocupación no agrícola aumentó progresiva aunque lentamente, el porcentaje de su población en localidades de más de 20.000 habitantes disminuyó. Esta última tendencia se debió al descenso de la importancia relativa de la localidad urbana más importante de esta nación, la ciudad de Belice, la única que durante todo el periodo tuvo una población mayor de 20.000 habitantes. Parece lógico suponer que tal dinámica estuvo vinculada con el aumento de otras localidades urbanas más pequeñas que la mencionada, entre ellas Belmopán, que en 1970 sustituyó a la ciudad de Belice como capital del país; de esta manera, se explica la simultaneidad del descenso de la importancia relativa de la ciudad de Belice con el estancamiento del grado de urbanización del país, el cual se mantuvo ligeramente superior al 50% entre 1960 y 1990. Otra de las peculiaridades de este país radica en que, de acuerdo con los indicadores que se vienen utilizando, su nivel de urbanización parece demasiado elevado en relación a su desarrollo económico, pero ello se podría explicar por la

escasa tradición agrícola de este país. Tal hecho se pone de manifiesto en especial a mediados del siglo XX, cuando el porcentaje de su población activa en actividades no agropecuarias era incluso mayor al de Argentina y Uruguay y cuando la proporción de su población residente en localidades de más de 20.000 habitantes era mayor que la de casi todos los países iberoamericanos. Sin embargo, la lenta o negativa evolución de tales indicadores explica que en 1980 la importancia relativa de su empleo no agrícola sea similar a la del promedio iberoamericano y que en esa misma fecha el porcentaje de su población concentrada en ciudades de más de 20.000 habitantes sea muy inferior al de casi todos los países americanos de lenguas predominantemente ibéricas (cuadros II.13, II.14, II.20).

El segundo proceso importante derivado de los flujos migratorios que se desarrollaron al interior de los países ístmicos en la segunda mitad del siglo XX, ha sido el de la colonización. Este proceso, que todavía no puede darse por concluido, está teniendo graves consecuencias ecológicas y étnicas. Por un lado, supone la desaparición de los bosques y las selvas que constituían la vegetación natural de los territorios colonizados. Por otro, significa la expansión de los mestizos y criollos hispanohablantes sobre espacios previamente ocupados por indígenas y negros anglófonos; circunscritos estos últimos a la fachada caribeña de la región. Durante siglos, la muy escasa población de las amplias y selváticas llanuras de la

vertiente caribeña del Istmo, había estado integrada en lo fundamental por pequeñas comunidades indígenas. En las últimas décadas del siglo pasado, estas tierras comenzaron a tener una importancia económica relevante, debido a la construcción de vías férreas y la implantación de compañías fruteras transnacionales. Pero la mano de obra necesaria para llevar a cabo tales actividades se conformó con indígenas tradicionalmente asentados en estas zonas y, en especial, con negros anglófonos procedentes de diferentes islas caribeñas, pues pocos fueron los mestizos, indígenas y criollos centroamericanos que, antes de mediar el siglo XX, se decidieron a abandonar sus hábitats tradicionales, ubicados en la vertiente del Pacífico y en la región montañosa interior, para trasladarse a la planicie caribeña (Lizcano, 1993).

Las cifras relativas a la evolución del espacio agroeconómico en los distintos países de la región, demuestran que Costa Rica y Nicaragua fueron las naciones donde la colonización adquirió mayor intensidad durante la segunda mitad del siglo XX, si bien la destrucción de bosques y selvas también ha sido notable en Guatemala, Honduras y Panamá (cuadro II.15).

En Costa Rica, los flujos migratorios se orientaron en tres direcciones. Una se dirigió al Sureste, atraída por la construcción de la carretera panamericana, que en 1962 terminó de unir a este país con Panamá, y por las plantaciones bananeras que la United Fruit Company trasladó al Pacífico cuando ciertas plagas hicieron presa de las que tenía en la vertiente caribeña. Otra se dirigió hacia la cuenca del río San

Juan, en la frontera con Nicaragua, cuyos habitantes también participaron en la colonización de esta parte del territorio costarricense. La tercera se desplazó hacia la costa caribeña, habitada principalmente por negros anglófonos, que habían llegado desde finales del siglo pasado para trabajar en las empresas transnacionales que construyeron la vía férrea San José-Puerto Limón e introdujeron en este país el cultivo del plátano con fines de exportación. Los colonizadores nicaragüenses se desplazaron fundamentalmente hacia el Este. Primero ocuparon las porciones orientales de los departamentos de Jinotega, Matagalpa, Boaco y Chontales. Más tarde penetraron profundamente en el extenso departamento de Zelaya, hábitat tradicional de miskitos, sumus y negros anglófonos.

La colonización panameña tuvo como metas la Península de Azuero, en la costa del Pacífico, y las selvas del Darién, en las que incursionaron siguiendo la construcción de la carretera que uniría la ciudad de Panamá con la localidad de Yaviza; territorio ocupado por el grupo indígena chocó. En Guatemala, los colonizadores se dirigieron hacia el Sur y al interior del departamento del Petén, mientras que en Honduras se trasladaron hacia el Departamento de Gracias a Dios, solar ancestral de miskitos, sumus y payas. El único país de la región donde no hubo proceso de colonización significativo fue El Salvador, que ya se encontraba muy densamente poblado al comienzo del periodo, pues en Belice también hubo migraciones de este tipo. A comienzos de los ochenta, el único país de la región sin "frontera" era El Salvador. En Costa Rica los espacios

colonizables eran ya muy reducidos, pero en los otros cinco países de la región todavía quedaban amplias zonas donde continuaba imperando la exuberante vegetación natural (CIDCA, 1982; Nuhn, 1975; Sandner y Steger, 1987: 154; West y Augelli, 1976: 379-380; West y Augelli, 1989: 368-369, 421, 445-448, 458).

A pesar de que el trasiego de personas a través de las fronteras que dividen el Istmo ha sido una constante en la historia centroamericana, la importancia de la migración externa en la región era reducida al mediar el presente siglo. Sólo dos corrientes migratorias tenían cierto relieve en esas fechas. La primera estaba conformada por nicaragüenses que se desplazaban a Costa Rica. Este flujo se mantuvo constante durante todo el periodo estudiado, pero se intensificó a partir de la segunda mitad de los setenta, debido a los intensos conflictos político-militares que asolaron Nicaragua durante más de una década. La segunda corriente encaminaba a campesinos salvadoreños hacia la vecina Honduras. Este flujo migratorio se revirtió a raíz de la guerra que enfrentó en 1969 a Honduras con El Salvador. Como consecuencia de dicho conflicto armado, de los 350.000 salvadoreños que se calcula residían en Honduras en las fechas previas al mismo, 200.000 regresaron a su país natal. Desde entonces, Honduras dejó de ser el principal destino de los emigrantes salvadoreños. La gran mayoría de los salvadoreños que en los lustros siguientes decidieron abandonar su nación se dirigieron principalmente a los Estados Unidos,

México o Guatemala. Por otra parte, la mencionada guerra entre Honduras y El Salvador motivó los mayores trastornos que conoció la migración externa de la región entre 1950 y 1975, al invertir, si bien de manera temporal, las tendencias tradicionales con respecto a la migración externa. Aunque este conflicto no tuvo consecuencias demográficas reseñables en las otras naciones del Istmo, determinó que la tasa neta de migración externa en El Salvador, contraviniendo su tendencia característica a lo largo de toda la segunda mitad del siglo, fuera positiva en el quinquenio 1965-1970, debido al numeroso contingente de salvadoreños que regresó a su país. Esta fue también la causa de que en 1965-1970 la tasa neta de migración externa en Honduras mostrara porcentajes negativos, en contra asimismo de su tendencia general (cuadros II.7, II.8; CSUCA, 1978a: 321-334).

Antes de que América Central se viera envuelta en los intensos conflictos de los ochenta, se puso de relieve un tercer proceso de gran importancia para la comprensión de la migración externa en la región: la afluencia de centroamericanos hacia los Estados Unidos. Al comenzar la década de los setenta, la mayoría de los panameños, costarricenses, hondureños y guatemaltecos registrados en el exterior estaban establecidos en aquél país, aunque el número de guatemaltecos y hondureños establecidos en los países vecinos seguía siendo notable. Durante los setenta, aumentó notablemente la atracción de Estados Unidos sobre la población centroamericana. Al comenzar la década de los ochenta, este país se había consti-

tuido en el principal destino de los emigrantes de todos los países de la región, con la excepción de los nicaragüenses, los cuales se hallaban repartidos en proporciones similares entre los propios Estados Unidos y Costa Rica. Según los datos censales, que siempre minusvaloran este tipo de fenómenos, en 1980 residían en Estados Unidos cerca de 100.000 salvadoreños, mientras que las colonias de panameños y guatemaltecos ubicadas en este país sumaban unas 60.000 personas cada una y las de costarricenses, hondureños y nicaragüenses oscilaban entre 30.000 y 45.000 personas. Aunque su importancia demográfica fue mínima, por su importancia étnico-cultural es conveniente señalar el descenso durante los setenta del número de jamaicanos y barbadienses residentes en Panamá pues indica una cierta disminución de la población angloafricana ubicada en este país centroamericano (cuadro II.9).

De lo dicho hasta aquí sobre la migración externa en América Central, se desprende que algunos de los flujos migratorios característicos de los ochenta tienen su origen en décadas anteriores; como los de guatemaltecos, salvadoreños y nicaragüenses hacia Estados Unidos, y los de estos últimos hacia Costa Rica.

El número de personas que, forzadas por la situación político-militar imperante, tuvieron que marcharse de su habitual lugar de residencia hacia otras zonas situadas tanto dentro como fuera de sus fronteras nacionales respectivas, constituye una de las manifestaciones más dramáticas de la intensa violencia padecida durante los últimos diez años en

tres países de la región: entre dos y tres millones de personas fueron arrancadas de sus hogares en esta década.

Algo más de la mitad, los llamados refugiados, buscaron cobijo fuera de sus respectivos territorios nacionales: Guatemala, El Salvador y Nicaragua. El resto, constituido por los desplazados, afectó poderosamente las corrientes migratorias que se venían desarrollando al interior de estos tres países. Por su parte, la migración externa derivada de estas causas, que representaba alrededor del 10% de la población regional total al final de los ochenta, tuvo significativas repercusiones demográficas en todos los países del Istmo, salvo en Panamá.

Los salvadoreños fueron quienes sufrieron de una manera más intensa esta tragedia: alrededor de un millón, es decir, la quinta parte de la población total de El Salvador, se vieron impelidos a emigrar al extranjero, al tiempo que otra décima parte aproximadamente fue desplazada hacia otros lugares dentro de su propio país. Estados Unidos fue el destino de la mayoría de los salvadoreños que salieron al exterior, siendo México y Guatemala los otros polos de atracción principales. En Guatemala es muy posible que la población desplazada al interior del país haya sido mayor que la que salió del mismo; la cual se dirigió en proporciones similares a Estados Unidos y México. Aunque las cifras al respecto no son muy fidedignas, se estima que cerca de medio millón de guatemaltecos fueron forzados, en general de manera violenta, a cambiar de residencia dentro de su propio país. El problema de las migraciones

motivadas por cuestiones políticas también adquirió en el caso de Nicaragua el rango de tragedia nacional. Varias decenas de miles de nicaragüenses salieron del territorio donde nacieron hacia Estados Unidos, Honduras y Costa Rica, mientras que unos 300.000 tuvieron que trasladarse a otros lugares dentro de la propia Nicaragua (cuadros II.10-II.11).

Aunque Belice no recibió una proporción significativa de los refugiados centroamericanos, los 14.000 salvadoreños y guatemaltecos que se estima llegaron a este país durante los ochenta representaron una aportación humana notable dada su escasa población. Además, esta inmigración tuvo repercusiones étnico-culturales evidentes, al incrementar sustancialmente el número de mestizos e indígenas en una nación donde la mayoría de la población está integrada por angloafricanos. Por otra parte, no fue ésta la corriente migratoria externa más importante en Belice durante la segunda mitad del siglo, pues se estima que entre un sexto y un tercio de los beliceños radica en la actualidad en Estados Unidos por razones de tipo socioeconómico (cuadro I.10; West y Augelli, 1989: 405).

2. Estructura social

Este capítulo se ha dividido en dos apartados. El primero trata en lo fundamental acerca de las lentas y profundas transformaciones ocurridas en la estructura ocupacional de la población económicamente activa. El segundo versa sobre la evolución y la distribución del ingreso.

Los cambios analizados en el primer apartado tuvieron tres manifestaciones principales. Por un lado, el mercado laboral femenino se amplió de manera sustancial, a lo largo de las dos etapas, y se transformó cualitativamente al integrar en cada vez más proporción trabajos mejor remunerados y de mayor prestigio social que los desempeñados tradicionalmente por las mujeres. Por otro lado, se confirma el proceso de urbanización estudiado en el capítulo anterior, a partir del descenso de la importancia relativa de las ocupaciones ligadas con el agro. Este proceso, como el anterior, se puso de manifiesto tanto en la etapa de auge como en la de crisis. Sin embargo, la tercera transformación, referida a la ascendente movilidad social estructural, se desarrolló sobre todo en la etapa de auge -- aunque también se manifiesta con claridad en el periodo largo--, pues en la de crisis tendió a estancarse o retroceder. Así sucedió por lo menos en relación a la evolución de la participación relativa tanto del sector formal urbano como de las tres ocupaciones más claramente identificadas con los ingresos altos y medio: gerentes, profesionales y empleados. Esta ascendente movilidad estructural, que se percibe cuando

las ocupaciones mejor remuneradas aumentan su importancia relativa a costa de las peor remuneradas, implica el incremento de la productividad laboral y los ingresos de la PEA, por lo que resulta lógica su relación con el comportamiento de dos indicadores, cuya evolución fue estudiada en la primera parte del presente trabajo: el PIB por habitante y la productividad nacional. No resulta así extraño que estas tres variables hayan tenido dinámicas similares: expansión de la etapa de auge y estancamiento o retroceso en la de crisis.

Esta movilidad social ascendente está en íntima relación también con una serie de procesos sociales de máxima significación en la estructura social, pues significó el surgimiento o la expansión de modernos estratos obreros, con su inevitable correlato empresarial, y sectores medios, vinculados en lo fundamental con la producción fabril y con empresas o instituciones del sector terciario. En este proceso desempeñaron un papel relevante tanto la iniciativa privada como el dinámico comportamiento estatal. Si la movilidad social estructural se encuentra relacionada, como se anotó, con la evolución del ingreso por habitante y la productividad nacional, la expansión de los obreros fabriles y los sectores medios está vinculada con otros dos asuntos tratados también en la primera parte de este trabajo: la modernización económica de la industria y del sector terciario, pues la modernización de la tecnología y las formas de organización laboral implican el aumento de la productividad y la demanda de mano de obra calificada. En este sentido, conviene hacer dos comentarios.

Por un lado, el dinámico comportamiento en la etapa de auge del empleo fabril que se analiza en este apartado, además de constituir una clara manifestación de la mencionada expansión de los estratos obreros modernos, está obviamente relacionado con el proceso de modernización industrial que se examinó en el segundo capítulo de la primera parte. Por otro, el incremento demostrado a continuación en la importancia relativa de los profesionales y empleados, integrados sobre todo en el sector terciario, confirman las apreciaciones contenidas en ese mismo capítulo en el sentido de que, a pesar del lento o nulo aumento de la productividad en tal sector económico, se produjeron en él claros signos modernizadores, perceptibles no sólo en la etapa de auge sino también en el periodo largo, pues las dos ocupaciones mencionadas, a diferencia de otras integradas en el mismo sector, se caracterizan por sus niveles relativamente altos de ingreso y productividad.

En este sentido, cabe reiterar que ni siquiera en los casos en los que se detectó un descenso en la productividad del sector terciario, dicha disminución significa que no se produjeran aumentos de productividad en algunas empresas e instituciones integrantes de tal sector, sino que los progresos realizados en ellas fueron contrarrestados en las cifras globales manejadas por el enorme incremento de las microempresas características del sector informal, donde prevalecen tecnologías rudimentarias.

Aunque las lentas y profundas manifestaciones señaladas afectaron a todos los países de la región, estos se pueden

dividir en dos grupos de acuerdo con sus respectivas características al final del periodo. En el primero se encuentran Costa Rica y Panamá; en el segundo, los cinco países restantes. En efecto, la población activa de Costa Rica y Panamá, a diferencia de la de los otros países, se caracteriza en el contexto regional por su escasa proporción de trabajadores agropecuarios y por la alta participación de las ocupaciones mejor remuneradas y del sector formal urbano.

Sin embargo, no todas las transformaciones estudiadas en este apartado tuvieron un ritmo lento. Algunas se desarrollaron aceleradamente durante la década de los ochenta, pero su incidencia se circunscribió a dos países de la región: El Salvador y Nicaragua. En el primero de estos países se llevó a cabo una reforma agraria de cierta significación. En Nicaragua, el gobierno sandinista puso en práctica un programa renovador de mayor envergadura y profundidad, el cual nacionalizó una porción significativa de los medios de producción. Al respecto, este apartado se limita a señalar los cambios introducidos en la estructura agraria nicaragüense. Por otra parte, se debe anotar que el futuro de dichas transformaciones sociales está hoy en entredicho, después de que el FSLN perdió la presidencia y la mayoría parlamentaria en las elecciones de 1990.

En el segundo apartado, se tratan una serie de asuntos ligados directamente con el poder adquisitivo de la población: salario, desempleo, subempleo, pobreza, distribución y niveles de ingreso. De este apartado, se derivan tres conclusiones

principales. Las dos primeras enfatizan las características generales en la región, aunque la primera se refiere a las permanencias y la segunda a los cambios, y la tercera, a sus diferencias nacionales. Por un lado, se concreta un asunto que se examina también en el primer apartado: la gran cantidad de población centroamericana que, incluso al final de la etapa de auge, subsistía con bajos niveles de ingresos. En general, esta situación, como indica la segunda conclusión, no hace sino agravarse en los ochenta, cuando el grave deterioro de los ingresos se constituyó, con respecto a los temas estudiados a lo largo de toda esta segunda parte del trabajo, en el efecto más negativo de la crisis económica que caracterizó a esos años. Dada esta estrecha vinculación entre crisis económica y deterioro de los ingresos, no resulta extraño que en Costa Rica y Panamá, los países de la región que junto con Belice padecieron en menor medida la crisis económica, el deterioro de los ingresos haya sido relativamente moderado, en tanto que en Nicaragua, donde la crisis económica adquirió una especial virulencia, dicho deterioro se hiciera más dramático.

Por último, se establecen diferencias nacionales en dos sentidos. Uno se relaciona con la distribución del ingreso, la cual ha sido más equitativa en Costa Rica, Honduras y Guatemala que en El Salvador, Panamá y la Nicaragua anterior a la Revolución. El otro se refiere al nivel de ingresos de los sectores mayoritarios de la población, el cual ha venido siendo más elevado en Costa Rica y Panamá que en los otros cuatro países mencionados de la región. La disparidad de ambas

clasificaciones demostraría que, en contra de lo que se sostiene con frecuencia, estos dos aspectos, la distribución del ingreso y el nivel del poder adquisitivo de la mayoría de la población, no están directamente relacionados, y que sólo el segundo de ellos guarda una vinculación clara con el desarrollo socioeconómico nacional. En efecto, al margen de sus muy distintas distribuciones en el ingreso, Costa Rica y Panamá sobresalen en el contexto regional en relación tanto por los superiores ingresos de la mayoría de la población como por sus desarrollos socioeconómicos nacionales. En el polo opuesto, y también al margen de sus diferencias en la distribución del ingreso, en los otros cuatro países de la región coinciden el escaso desarrollo socioeconómico nacional con los menores ingresos de los sectores mayoritarios de sus respectivas poblaciones.

2.1. Ocupación

Los altos porcentajes de la dependencia demográfica, es decir, el porcentaje de la población menor de 15 años y mayor de 64 en relación a la población de 15 a 64 años, comunes a la mayor parte de Iberoamérica, son reflejo fundamentalmente de la gran proporción de población joven ya señalada. La dependencia demográfica sólo comenzó a disminuir, por tanto, con el abatimiento de la natalidad y del crecimiento natural de la población. Por ello, en América Central este descenso sólo es

notable y continuo, a partir de los setenta, en Costa Rica y Panamá, lo que les permite llegar a 1990 con porcentajes de dependencia similares a los del promedio iberoamericano e inferiores a 70 puntos. En los otros cinco países de América Central estos porcentajes continúan superando los 90 puntos en la actualidad (cuadro II.16).

Dos procesos contrapuestos deben destacarse a partir del examen de las diferencias de género en la evolución de la PEA. Por un lado, la disminución relativa de la PEA masculina, debido a la ampliación de las coberturas de la educación, que retrasó el ingreso de los jóvenes en el mercado laboral, y de la seguridad social, que anticipó el retiro de ese mismo mercado de los adultos. Por otro, el fuerte incremento de la PEA femenina transformó el perfil sexual de la fuerza de trabajo.

El descenso de las tasas refinadas de participación masculina en la actividad económica ha sido continuo desde 1950 hasta 1990 en todos los países de la región, con excepción de Costa Rica en los ochenta. Dichas tasas descendieron en torno al 10 por ciento en la región, con las excepciones de Costa Rica, debido a su mencionado ascenso durante los ochenta, y Nicaragua, donde tal descenso fue más acentuado como consecuencia de que en esa misma década una porción significativa de su mano de obra masculina emigró o se incorporó a la lucha armada que se libraba en su interior. El hecho de que Costa Rica sea el único país de la región en el que dicha tasa ascendiera en tal década puede estar relacionado

con un cierto deterioro de sus niveles educativos inferiores en el periodo en cuestión. En efecto: Costa Rica fue también el único país del Istmo en el que la tasa de escolarización de niños entre los 6 y 11 años descendió en los ochenta. En las otras naciones de la región este indicador mantuvo su ascenso, al tiempo que continuaban descendiendo sus tasas refinadas de participación masculina. Con respecto a la posible comparación de las tasas refinadas de participación entre los distintos países de la región, debe recordarse que cuanto más elevada sea la edad a partir de la cual se elaboran estos indicadores mayor será su magnitud. En concreto dichas tasas serían más bajas en Costa Rica y Belice, si en lugar de estimarse en relación a la población mayor de 12 y 15 años respectivamente, se establecieron, como con respecto al resto de los países de la región, en relación a la población mayor de 10 años. Esta diferencia debe de tomarse en consideración especialmente en el caso de Belice, pues el hecho de que su tasa refinada de participación masculina sea mucho más elevada que las del resto de la región, a pesar de que su nivel educativo sea sensiblemente mayor que el de la mayoría de los países que la integran, depende de la mencionada disparidad metodológica (cuadros II.17, II.47).

La participación económica femenina, al contrario de la masculina, muestra en toda la región una clara tendencia ascendente, incluso a lo largo de los ochenta. Dicha trayectoria se pone de relieve tanto con respecto a la población femenina en edad de trabajar (en este caso no se

contemplaron las cifras correspondientes a Belice) como en relación a la población activa total. Las pocas manifestaciones que a partir de las cifras consultadas podrían indicar una tendencia opuesta, la más evidente se refiere a Honduras durante los cincuenta, deben atribuirse a diferencias metodológicas en la recopilación de los datos. Al margen de Belice, la tasa refinada de participación femenina en la actividad económica aumentó en todos los países de la región en más de un 10% entre 1950 y 1990, con excepción de Honduras y Panamá, en los cuales tal ascenso fue menor. En la última de tales fechas dicho indicador oscilaba entre el 25 (Guatemala) y el 36% (El Salvador y Panamá); es decir, había países en el Istmo con tasas altas, medianas y elevadas a nivel iberoamericano. Aunque en todos los casos estas tasas refinadas femeninas aparecen como muy inferiores a las masculinas, que nunca eran inferiores al 60% y en general se situaban por encima del 70%, se debe recordar que tal indicador subestima la participación femenina, sobre todo en el ámbito rural y en especial con respecto a las campesinas indígenas de Guatemala (cuadro II.17; García y Gomáriz, 1989, vol. I: 259, 412).

El mencionado aumento de la participación económica femenina también se pone de manifiesto en todos los países de la región, sin excepciones, al considerarla en relación a las poblaciones activas totales de cada nación. De acuerdo con las cifras existentes, afectadas sobre todo por el mencionado subregistro en las zonas rurales, las mujeres istmeñas, que representaban al comienzo del periodo estudiado entre el 16 y el 22% de sus

respectivas poblaciones activas nacionales, constituían en 1990 entre un 25 y un 36% de tales conjuntos; lo cual significaba una participación femenina elevada en el ámbito iberoamericano. Sin embargo, puede suponerse que, al eliminarse el subregistro rural, proporciones similares a las de la participación femenina urbana, que oscilaban entre el 35 y el 50%, podrían estimarse para los ámbitos nacionales de la región ístmica al finalizar los ochenta (cuadro II.18; García y Gomáriz, 1989, vol. I: 412).

Aunque este incremento de la participación femenina en el mercado laboral es manifestación de cambios que podrían calificarse sin mayores problemas de positivos, también lo es de otros que no los son tanto, como indica el hecho de que al mediar la década de los ochenta un elevado porcentaje de mujeres centroamericanas asumía la dirección del hogar sin el concurso de una pareja que las ayudase en esta tarea. En esas fechas, a nivel nacional, la jefatura femenina del hogar, en su inmensa mayoría sin pareja, oscilaba entre un 15 y un 27% en los distintos países de la región. Pero esta situación se hacía más grave en las localidades urbanas, donde entre una quinta y una tercera parte de los hogares son conducidos por mujeres (cuadro II.19).

Con todo, la ampliación del mercado de trabajo femenino estuvo ligada a una profunda y positiva transformación del mismo pues, como se verá páginas adelante, se tradujo sobre todo en una significativa participación de la mujer en actividades que requieren un cierto nivel de instrucción y que,

por tanto, otorgan un prestigio y un nivel de ingresos al que las mujeres trabajadoras no accedían con anterioridad. El mercado de trabajo femenino en las sociedades llamadas "tradicionales" era relativamente reducido, escasamente remunerado y poco atractivo socialmente, por lo que sólo ingresaban a él quienes económicamente lo necesitaban: ciertas mujeres de las familias con menos recursos, en especial las solteras (hasta que se casaban) y las separadas o viudas que se veían obligadas a compatibilizar el trabajo doméstico con la obtención de los ingresos necesarios para el sustento familiar. Dado el considerable tamaño de las familias, no era frecuente que las mujeres casadas trabajaran fuera del hogar de manera sistemática. Por tanto, el trabajo femenino dependía en gran medida del estado civil de la mujer, lo que le convertía en una actividad discontinua en su vida, y de sus obligaciones domésticas, por lo que tendía a la estacionalidad y a las jornadas parciales. Muchas mujeres trabajaban en la agricultura como familiares no remuneradas, aunque la captación censal de este fenómeno es siempre muy deficiente. En la ciudad, la mayoría trabajaban en servicios personales, como empleadas domésticas o lavanderas, como obreras, en especial como hilanderas, modistas o costureras, y en el comercio, como propietarias o dependientes. Esta última categoría era probablemente la única donde se ubicaban mujeres de cierto poder adquisitivo. Estas son las características de una parte significativa del mercado laboral femenino de América Central en la actualidad. Sin embargo, las cifras relativas a dicho

mercado de trabajo, indican que otra porción importante de trabajadoras centroamericanas tiene una relación laboral con características muy diferentes a las mencionadas.

El mercado femenino de trabajo en Centroamérica se ha diversificado, al incorporar empleos nuevos --como los de enfermera o profesora-- que exigen mayor preparación -- conseguida en general a través de procesos escolarizados-- y procuran mayores ingresos y prestigio social que las tradicionales. El acceso a estos empleos sigue comúnmente una lógica distinta a la que guiaba al tradicional mercado de trabajo femenino. En esta lógica, además de la necesidad económica, interviene el deseo de alcanzar una cierta realización personal. La sola existencia de esta nueva lógica implica una nueva percepción sobre la mujer, por parte tanto de la sociedad en su conjunto como de las propias mujeres. Su papel social, que antes se deseaba ceñido al ámbito doméstico, pues no se trabajaba fuera de él si no era por necesidades económicas imperiosas, se amplía hacia trabajos prestigiosos fuera del hogar. Se podría argumentar que estos cambios no son muy significativos, pues los nuevos empleos femeninos se concentraron en tareas consideradas tradicionalmente como más propias de las mujeres, las cuales, como en el caso de las maestras, continuaron desarrollando tareas de socialización con respecto a niños y jóvenes. Además, las nuevas ocupaciones femeninas son en general de menor prestigio y remuneración que las de los hombres integrantes de los mismos grupos ocupacionales. Por ejemplo, en el grupo de los profesionales, las ocupaciones

mejor remuneradas, como arquitecto, ingeniero o médico, son mayoritariamente masculinas, y las de peores ingresos relativos, como enfermero y maestro, femeninas en su mayor parte. Pero la exactitud de estas aseveraciones no debe ocultar la profundidad de los cambios: el horizonte laboral de las mujeres centroamericanas se amplió, se desligó del hogar, se hizo más atractivo y remunerador, además de que, aunque fuese a pequeña escala, comenzaron a competir con los hombres en las ocupaciones de mayores ingresos y prestigio. Todo ello posibilitó una mayor participación pública de la mujer.

Por otra parte, estos nuevos trabajos femeninos poseen características distintas a los tradicionales, en el sentido de que tienden a constituirse en más permanentes a lo largo del ciclo vital y requieren de una jornada completa para su desarrollo. En este sentido, se hacen más similares a los desempeñados por los hombres. Dicho cambio se relaciona, por un lado, con el mayor prestigio y remuneración de los nuevos empleos, pues al ser valoradas de manera más positiva existe menor interés en abandonarlos, pero también se vinculan con la disminución del tamaño de la familia. Una familia numerosa obliga a la mujer a desempeñar trabajos discontinuos, estacionales y de jornadas parciales. La disminución del tamaño familiar, como se anotaba en el capítulo anterior, está relacionada con cambios socioculturales profundos y permiten a la mujer seguir trabajando fuera del hogar después de casarse, disminuyendo con ello la incidencia del estado civil sobre el trabajo femenino. Al disminuir su intensidad, la

función reproductiva de la mujer se hace compatible así con distintas formas de trabajar (cuadros II.24-II.25; CEPAL, 1989: 61-87).

Si se observa la evolución de la PEA centroamericana de acuerdo con su participación relativa en cada uno de los tres grandes sectores en los que suele dividirse la actividad económica, el aspecto más notable fue, como en el resto de Iberoamérica, el constante descenso de la importancia del mercado laboral agropecuario. Aunque dicha disminución se puso de manifiesto a lo largo de todo el periodo estudiado en todos los países centroamericanos, hubo notables diferencias entre ellos tanto en cuanto a la importancia relativa de la PEA agropecuaria al comienzo y al final del periodo como en relación a la intensidad de su descenso. En 1950, el agropecuario era el sector económico con mayor capacidad de empleo en todos los países de la región, si bien las diferencias nacionales al respecto no eran desdeñables: en Belice agrupaba al 40% de la PEA total, en Costa Rica y Panamá en torno al 57, y en los otros cuatro países entre el 65 y el 72%. Al finalizar el periodo el panorama era muy distinto, pues la PEA agropecuaria sólo era mayoritaria en Guatemala y Honduras, en los que representaba cerca del 50% de las poblaciones activas nacionales respectivas, mientras que en Belice, Costa Rica, Nicaragua, Panamá y, probablemente, El Salvador la mayor parte de la mano de obra se concentraba, como en Iberoamérica, en el sector terciario. En los cuatro países mencionados en primer

lugar, la PEA agropecuaria representaban en 1990 entre un cuarto y un tercio de sus respectivas poblaciones activas, aunque los menores porcentajes correspondían a Belice, Costa Rica y Panamá. En El Salvador la PEA agropecuaria seguía siendo mayoritaria en 1980, último año del que se tienen datos al respecto, pero se considera muy probable que dejara de serlo durante los ochenta, pues en esta década se debió de agudizar, como consecuencia del conflicto armado padecido en ella, el proceso de urbanización que venía desarrollándose en décadas anteriores. Con todo, al final del periodo el sector primario ocupaba más trabajadores que el secundario en todos los países de la región, salvo en Costa Rica, donde, como en Iberoamérica, la oferta de empleo era similar en ambos sectores (cuadro II.20).

La intensidad del descenso de la PEA agropecuaria tampoco fue igual en todos los países de la región. Entre las fechas que enmarcan el periodo, es decir, entre la mitad del siglo y 1980 (en los casos de Belice y El Salvador) o 1990 (en relación a los otros cinco países), el porcentaje de la PEA agropecuaria disminuyó algo menos de 20% en Belice; en El Salvador, Guatemala y Honduras en torno al 20; y en Costa Rica, Nicaragua y Panamá en más de 30 puntos (cuadro II.20).

En América Central, y también de forma similar a lo acontecido en el resto de Iberoamérica, el sector económico que más se benefició en general del descenso relativo de la PEA agropecuaria fue el terciario, el cual, como se anotó, se distinguía al final del periodo por absorber más mano de obra

que la agricultura y la industria en cuatro o cinco países de la región. Salvo en Belice, donde el ascenso de la PEA terciaria fue menor y más errático, la fuerza de trabajo ocupada en los servicios y el comercio tuvo una dinámica tan constante como la del sector primario, pero en sentido contrario y, en general, algo más lenta. La participación de la PEA terciaria se incrementó en Guatemala y Honduras en algo más del 10%; en Costa Rica, El Salvador y Panamá en torno al 20; y en Nicaragua en más de un 30%. Conviene señalar que este proceso de "terciarización" de la mano de obra se intensificó en los ochenta, por lo menos en ciertos países como Guatemala, Honduras y Nicaragua, pues probablemente dicho incremento esté relacionado con algunos fenómenos característicos de la última década, como el incremento de la actividad informal urbana y el correlativo descenso del nivel de ingresos. De una u otra manera, el sector terciario absorbía al final del periodo entre casi un tercio y la mitad de las poblaciones activas nacionales (cuadro II.20).

La importancia cuantitativa de la PEA secundaria fue la que conoció cambios menos profundos en el periodo estudiado. Al final del mismo, la PEA industrial representaba en Costa Rica, de igual manera que en el conjunto del mercado laboral iberoamericano, el 26% de la total, pero en los otros países dicho porcentaje oscilaba entre los 14 y los 20 puntos. Aunque tendió a incrementar su importancia relativa, la PEA industrial en América Central evolucionó con frecuencia de manera errática y en general, como en el resto de Iberoamérica, con lentitud:

en los casos en los que demostró mayor dinamismo (en Costa Rica y Honduras) su participación en la PEA total ascendió en menos de un 10% entre 1950 y 1990. En general, este escaso dinamismo no fue sólo característico de los ochenta, lo cual sería lógico como reflejo de la crisis económica vivida por los países de la región en esta década, sino de todo el periodo estudiado (cuadro II.20).

La razón del relativamente escaso dinamismo de la PEA industrial entre 1950 y 1980, el cual se produjo de manera paralela a un significativo crecimiento de la producción del sector secundario, radicó en que buena parte del empleo y de la producción generados por el subsector fabril para satisfacer la demanda creciente de bienes --derivada del aumento de la población y de los niveles de vida de ésta--, lo consiguió suplantando a la industria artesanal, que los venía produciendo tradicionalmente con un uso más intensivo de mano de obra, aunque con menor productividad. Aun cuando la producción artesanal siguió jugando un papel importante en la generación de empleo, ya en 1975, después de unos 15 años de notable desarrollo industrial, el empleo fabril superaba al artesanal en este sentido tanto en El Salvador y Nicaragua como en Costa Rica y Panamá. De esta manera, pese a que el empleo artesanal continuó creciendo en ese periodo, en términos absolutos, se fueron forjando en Centroamérica grupos obreros modernos (cuadro II.21).

La movilidad social estructural que llevó consigo la

modernización de la mano de obra entre 1950 y 1980, se pone de manifiesto al examinar la evolución de la población económicamente activa por ocupación y por estratos sociales en ese mismo periodo. En efecto: los grupos ocupacionales que mostraron un mayor dinamismo en todos los países fueron bien los inequívocamente relacionados con mejores ingresos y mayor calificación de la mano de obra --profesionales, gerentes y empleados de oficinas-- bien el de los vendedores y comerciantes. El grupo de los obreros, que incluye a los artesanos, así como los trabajadores de servicios personales, manifiestan comportamientos erráticos y dispares en los distintos países de la región. Sin embargo, el descenso de la importancia relativa de los agricultores fue también generalizado (cuadro II.22).

De la misma forma, se puede percibir que entre 1950 y 1980 el estrato no manual, el vinculado con mayores ingresos, fue el que tuvo un crecimiento más significativo y que el caracterizado por ingresos más bajos, el de trabajadores manuales en el sector primario, fue el único que disminuyó de manera notable. Por su parte, el comportamiento de los obreros manuales urbanos y de los trabajadores de servicios personales, los dos estratos con ingresos intermedios, con frecuencia tuvieron un comportamiento errático. En todos los países se comprueba que la pérdida de importancia relativa en uno de los estratos es compensada por otro con mayores niveles de ingresos. Se puede concluir, por tanto, que estos cambios estructurales en la ocupación de la población activa, con una

dirección parecida a la manifestada en el resto de Iberoamérica, indican una movilidad social ascendente, la cual involucra el aumento de los niveles de ingresos y productividad de segmentos importantes de la población. Por otra parte, se comprueba que Costa Rica y Panamá son los países de la región que tenían en 1980 una mayor proporción de mano de obra en los estratos de mayores ingresos, pues en ambos casos el estrato no manual representaba alrededor del 30% de la población activa y el estrato de obreros manuales de los sectores secundario y terciario, alrededor del 25% (cuadro II.23; CEPAL, 1989(b): 11-12). Sin embargo, esta tendencia a la movilidad social ascendente, que se percibe con claridad entre 1950 y 1980 en todos los países de la región, no se manifiesta con la misma nitidez en los ochenta, cuando en algunos casos se produjo incluso cierta inversión al respecto. Aunque la importancia relativa de la ocupación vinculada con ingresos menores, la de los agricultores, continúa descendiendo, las de las ocupaciones identificadas con remuneraciones más elevadas --profesionales, gerentes y empleados de oficinas-- ascienden con lentitud o incluso, como en el caso de Costa Rica, retroceden (cuadro II.22).

Con todo, los cambios en el periodo largo son notables en relación tanto con el descenso de la PEA agropecuaria, caracterizada por los peores ingresos relativos, como con el aumento de las tres profesiones mejor remuneradas. Con respecto a los agricultores, en 1950 representaban entre 50 y 80% de la PEA, si bien los porcentajes menores se encontraban en Costa

Rica y Panamá; pero en 1980-90, y después de descender en todos los países entre 20 y 30 puntos, en ningún caso tal participación era superior al 50%, en tanto que en Costa Rica, Panamá y quizás Belice no alcanzaba el 25% de la población activa. Por el contrario, la importancia relativa de las tres ocupaciones mejor remuneradas oscilaba en 1950 entre 4 y 12% (los mayores porcentajes correspondían también a Costa Rica y Panamá), pero al final del periodo, y después de duplicarse en todos los países de la región, en las dos últimas naciones mencionadas integraban entre el 20 y el 25% de sus respectivos mercados laborales, mientras que en las cinco restantes tal porcentaje oscilaba entre los 10 y los 15 puntos. Además de la mencionada movilidad social ascendente, tales cifras ponen de relieve la expansión de los sectores medios, pues son ellos precisamente los que integran la mayor parte de las tres ocupaciones mejor remuneradas. Sin embargo, estos procesos, que podrían ser calificados de positivos, no deben ocultar el hecho de que, de acuerdo con esta misma clasificación ocupacional, al final del periodo grandes segmentos de la población centroamericana permanecía en una situación caracterizada por los bajos ingresos y, en general, el escaso nivel de desarrollo socioeconómico. En efecto, si esta situación se la considera propia de por lo menos los rubros de trabajadores de servicios y agricultores, se comprueba que se encontraba en ella entre el 40 y 60% de la población activa en todos los países de la región. Este hecho se corrobora, grosso modo, cuando en este mismo capítulo se examina la gran importancia que tienen en

estos países, aunque las diferencias nacionales al respecto son muy significativas, otras variables vinculadas directamente con los ingresos, como el empleo informal, el subempleo y la pobreza (cuadro II.22).

Dicha transformación estructural se hizo más llamativa en el caso de las mujeres que en el de los hombres. A mediados de los ochenta, en todos los países de la región, entre el 40 y el 45% de la mano de obra femenina trabajaba en las ocupaciones de mayores ingresos: gerentes, profesionales, empleados de oficinas y comerciantes. Además, en todas estas ocupaciones la participación femenina era notable. En el grupo de gerentes, tradicionalmente reservado a los hombres, las mujeres representaban entre el 13 y el 30%. En los otros tres grupos representaban entre el 40 y el 70% (cuadro II.24). Otra clasificación más detallada permite concretar algunas cuestiones con respecto al trabajo femenino en el periodo estudiado. Por un lado, las mujeres eran claramente mayoritarias en ocupaciones vinculadas tradicionalmente con ellas, aunque en ocasiones se caracterizaban por sus bajos ingresos y prestigio social, como sucedía con el servicio doméstico, pero en otras estas eran de tipo medio, como entre las profesoras de primaria, enfermeras y secretarias. Por otro, y en relación a las profesiones usualmente vinculadas a los hombres y relacionadas con altos ingresos y prestigio social, las mujeres estaban mucho mejor representadas en unas (médicos y abogados) que en otras, como en el gremio de los ingenieros, aunque su participación era minoritaria en todas ellas. Por

último, dentro del proletariado industrial, su significación sólo era notable en la rama textil, pues en los otros rubros contemplados en este sentido apenas aparecen y desde luego en mucha menor proporción que la referida a las profesiones antes mencionadas. Lógicamente, el escasísimo porcentaje de agricultoras se debe, como ya se anotó, al subregistro que es común en toda Iberoamérica en este sentido (cuadro II.25).

Por otra parte, no debe olvidarse que en la ampliación de estos grupos sociales de poder adquisitivo alto y medio, el sector público jugó un papel importante a lo largo de todo el periodo, incluso en la década de los ochenta. Al comenzar la segunda mitad de ésta, el sector público tenía una importancia fundamental en el empleo en Costa Rica, Guatemala, Nicaragua y Panamá, al tiempo que se constituía en una importante fuente de trabajo para las mujeres. Este hecho se deriva lógicamente de la ampliación durante el periodo de los servicios sociales administrados por el Estado, pero también de su mayor injerencia en la vida económica, que determinó, también en este caso, la creación de nuevas instituciones estatales y paraestatales, con el consiguiente aumento de la demanda de mano de obra calificada (cuadros II.26-II.27).

Los cambios mencionados no se tradujeron en general en un aumento significativo de la proporción de trabajadores asalariados en relación con los patronos, los trabajadores por cuenta propia y los familiares no remunerados. En ningún caso, los trabajadores asalariados vieron incrementar su importancia,

entre 1950 y 1990, en un porcentaje superior a los 10 puntos, con excepción de Honduras y Panamá, en los que ascendió alrededor de 20 puntos. Sin embargo, también en este aspecto se manifiesta un cierto cambio de tendencia en torno a 1980: en las tres décadas anteriores a esta fecha, la participación de los asalariados fue en general en ascenso, mientras que en los ochenta muestra estancamiento o retroceso, salvo en Honduras, donde continuó incrementándose. Al mediar el siglo, la participación de los asalariados en el mercado laboral de América Central era de entre el 30 y el 40% en Guatemala, Honduras y Panamá, al tiempo que oscilaba entre el 55 y el 67% en las otras cuatro naciones. Al finalizar el periodo estudiado, la participación asalariada fluctuaba entre el 50% de la fuerza de trabajo, en Honduras y Guatemala, y el 70%, en Costa Rica; país que siempre tuvo el mayor porcentaje de asalariados a nivel regional (cuadro II.28).

De cualquier manera, la mencionada evolución de los asalariados centroamericanos contradice la tesis de que el desarrollo del capitalismo o la llamada modernización, que sin duda se vio notablemente impulsada durante estos años, tiene como una de sus características fundamentales la desposesión de los trabajadores de sus medios de producción. El caso centroamericano demuestra que el desarrollo del capitalismo no lleva consigo necesariamente, el incremento, por lo menos significativo, de las relaciones sociales asalariadas. Con mayor motivo, debe de desaconsejarse la utilización del cambio de las relaciones de trabajo asalariadas como indicador del

grado de desarrollo del capitalismo, cuanto menos en lo que concierne a la historia reciente.

El examen de la evolución del empleo en los sectores urbanos formal e informal permite corroborar y explicar algunos de los fenómenos que se pusieron de manifiesto al estudiar el comportamiento de la PEA centroamericana desde otros ángulos. En primer lugar, el escaso dinamismo entre 1950 y 1980 de la productividad del sector terciario, estudiado en el segundo capítulo de la primera parte, y de la importancia relativa de los asalariados entre 1950 y 1980, así como la simultánea movilidad estructural de carácter ascendente, se pueden relacionar con el hecho de que los sectores urbanos formal e informal crecieran durante esos treinta años de manera intensa y similar. En segundo lugar, la creciente terciarización del empleo, el descenso de la importancia relativa de los asalariados y el deterioro de la mencionada movilidad social en los ochenta, deben vincularse con que el crecimiento de la ocupación informal urbana fuera mayor al del sector formal no agrícola.

Las cifras recabadas acerca de la importancia relativa del sector urbano formal entre 1950 y 1980 ponen en evidencia dos cuestiones. Por un lado, la tendencia general a una ascendente movilidad social estructural en dicha etapa y quizás en el periodo largo, pues no es probable que en la etapa de crisis, a pesar del retroceso que se produjo en este sentido, se anulasen totalmente los incrementos previos. Por otro, que la

situación de Costa Rica y Panamá también es mejor en este sentido que la del resto de la región, excluyendo a Belice. En 1950, la PEA urbana formal representaba en torno al 30% de la total en Costa Rica y Panamá, pero sumaba entre 10 y 20% en los otros cuatro países. En los 30 años siguientes, aumentó entre 10 y 20 puntos en los seis países. En 1980 representaba alrededor de la mitad de la PEA nacional en Costa Rica y Panamá, como en el promedio iberoamericano, pero en los otros cuatro países este porcentaje oscilaba entre 25 y 30 puntos. Esta diferencia también se pone de manifiesto si este sector urbano formal se relaciona con el total de la PEA urbana. En efecto, en 1980 el sector urbano formal representaba algo más del 85% de la PEA urbana, en tanto que en los otros cuatro países dicho porcentaje oscilaba entre los 73 y los 62 puntos (cuadros II.29-II.30).

Por su parte, las cifras relativas a la PEA urbana informal en estas mismas décadas ponen de relieve tanto su dinamismo generalizado como su menor importancia en Costa Rica y Panamá al final del periodo. Como en el resto de Iberoamérica, en América Central este sector incrementó su participación en la PEA total en estos 30 años. Este dinámico desempeño fue con seguridad uno de los factores determinantes en el escaso aumento de la población asalariada en la región, aunque no deja de sorprender en este sentido que Honduras, uno de los países de la región con un mayor incremento en el porcentaje de asalariados, haya sido también uno de los que tuvo mayor aumento en la PEA urbana informal. Donde sí se contempla una

correlación clara es entre los mayores crecimientos de la región con respecto a este sector informal urbano, que se produjeron en Honduras y Nicaragua, y la dinámica de la productividad del sector terciario en esta misma etapa, pues en todos los países de la región ésta tuvo un cierto incremento, con las excepciones, precisamente, de Honduras y Nicaragua. Estos fueron los únicos países centroamericanos en los que el sector formal urbano creció menos que el sector informal urbano. Por otra parte, en 1980 el sector informal urbano representaba en Costa Rica y Panamá algo menos del 15% de la PEA no agrícola, pero en los otros cuatro países de la región este porcentaje oscilaba entre los 27 y los 38 puntos. Por último, si se identifican los bajos niveles de ingreso con todos los sectores contemplados en esta clasificación, salvo el formal urbano, se percibe que tales niveles eran padecidos por alrededor de la mitad de los costarricenses y panameños, y por algo más del 70% de la población en los otros cuatro países (cuadros II.29-II.30).

En el ámbito iberoamericano, una de las manifestaciones de la crisis económica de los ochenta consistió en el deterioro relativo del empleo en las empresas grandes y medianas; no así del referido al sector público, que en general mantuvo su política anterior de generación de empleo. Dicho deterioro se tradujo en la expansión de los sectores vinculados a menores ingresos y productividad, como son el informal y el integrado por empresas pequeñas. En concreto, se estima que entre 1980 y 1989 la proporción del empleo informal en las urbes

iberoamericanas se incrementó del 24 al 30% (cuadro II.32; Infante, 1991: 7-13). Todo parece indicar que en América Central tuvo lugar un proceso similar, si bien las cifras que permiten evaluarlo, por su carácter parcial o meramente aproximativo, no siempre lo reflejen con claridad.

El incremento de la informalidad urbana puede percibirse a través del descenso de la importancia relativa de los asalariados, mayoritariamente vinculados al sector formal, dentro de algunos de los grupos ocupacionales más proclives a integrar trabajadores informales. De acuerdo con tal supuesto, se puede afirmar que el sector informal centroamericano se expandió en la última década, pues en todos los países de la región en los que se pudo obtener información al respecto el porcentaje de asalariados entre los grupos de "comerciantes" y "obreros urbanos" era menor alrededor de 1990 que en la última fecha (1970 o 1980) de la que se obtuvo el dato correspondiente (cuadro II.31). Las variaciones de la importancia relativa del sector informal en las áreas metropolitanas de América Central entre 1982 y 1989, ponen de manifiesto ciertas tendencias de la informalidad urbana de la región durante los ochenta que en ocasiones deben de ser contrastadas con otras informaciones. En general las estimaciones en relación a 1989 deben considerarse más exactas que las referidas a siete años antes, sobre todo con respecto a San Salvador y ciudad de Guatemala, pues en ambos casos los porcentajes de los sectores informales correspondientes a 1982 fueron calculados de manera muy aproximada. El intenso

crecimiento detectado en la informalidad de Managua no parece exagerado, si se considera la incidencia que debieron de tener en tal proceso los desplazamientos demográficos de origen bélico. También resulta factible que, conforme muestran tales cifras, la informalidad en San José disminuyera ligeramente entre las dos fechas mencionadas, pues la economía de Costa Rica, después de soportar una profunda crisis en los primeros años de la década de los ochenta --precisamente fue 1982 el año en el que esta crisis se manifestó de manera más aguda--, creció a continuación de forma sostenida. Sin embargo, los aumentos de la informalidad que tales cifras insinúan en los casos de Tegucigalpa y la ciudad de Guatemala deben de considerarse como estimaciones moderadas. Por su parte, con respecto a San Salvador, todo parece indicar que la evolución de la informalidad fue contraria a la indicada por las cifras en cuestión; es decir, lejos de retroceder, habría aumentado durante los ochenta. Como resultado de tales fluctuaciones, al concluir los ochenta, el sector informal representaba entre un tercio y la mitad de la mano de obra metropolitana en América Central, salvo en el caso de San José, y quizás de Panamá, donde apenas representaba el 22% (cuadro II.32; Menjívar y Pérez, 1991: 21-24, 150, 163).

El estudio de la evolución en la tenencia de la tierra se hace imprescindible para comprender el desarrollo social de América Central debido a dos motivos principales. Por un lado, ha constituido un elemento fundamental para delimitar la estruc-

tura social de las áreas rurales y, dado que estos ámbitos han venido acogiendo a proporciones muy significativas de la población total, del conjunto de las sociedades nacionales de las que forman parte tales áreas. Por otro, es uno de los aspectos que ha determinado con mayor fuerza el nivel de ingreso de la población rural. Por supuesto, no es el único parámetro en este sentido. El ingreso de la población rural depende también, entre otras cuestiones, de los salarios pagados en el campo, de los rendimientos obtenidos por unidad de superficie productiva y de la participación en la producción de bienes agropecuarios para la exportación, más rentables en general que los destinados al consumo nacional. Sin embargo, aunque la evolución de tales factores haya podido jugar un papel positivo para una parte de las grandes mayorías rurales de Centroamérica durante las últimas décadas, como sucedió entre 1950 y 1980 en Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, la estructura de la tenencia de la tierra, aunada a la subordinación de los pequeños campesinos con respecto a los escasos y poderosos intermediarios de productos agropecuarios, ha impuesto límites estrictos al aumento del ingreso de la gran mayoría de la población rural.

La primera cuestión que se pone de relieve al estudiar la evolución de la tenencia de la tierra en las últimas cuatro décadas es la ausencia de cambios estructurales, salvo los que se produjeron durante los años ochenta en El Salvador y, sobre todo, en Nicaragua. Este hecho no sólo se evidencia al comparar la importancia relativa en 1950 y 1975 de los estratos sociales

en el campo, establecidos a partir del número de hectáreas que cada uno de ellos utiliza, también se hace patente al examinar la evolución entre 1950 y 1980 de los sectores rurales moderno y tradicional con respecto a la PEA agrícola. A lo largo de estos 30 años, en el conjunto del Istmo el sector tradicional representó de manera constante algo menos del 60% de la PEA agrícola, mientras que el sector moderno integraba, de manera permanente, algo más del 40%. A nivel nacional, las diferencias en este sentido entre 1950 y 1980 sólo son substanciales en Panamá, donde el sector moderno aumentó a costa del tradicional, y en Nicaragua, donde ocurrió el proceso inverso, aunque en El Salvador también se percibe este último fenómeno pero con menor intensidad (cuadro II.30).

La profunda desigualdad ha sido la característica fundamental, compartida por todos los países integrantes de la región, en la distribución de la tierra en Centroamérica durante este periodo. (Se dejan de lado por ahora las situaciones derivadas de las dos reformas agrarias mencionadas, de las que nos ocuparemos más adelante). A pesar de esta característica común, cuya raíz se encuentra en las reformas liberales de las últimas décadas del siglo pasado, se deben distinguir dos tipos de estructuras agrarias en la región, según la importancia relativa que tengan las fincas familiares en cada una de ellas, pues este dato pone de relieve la significación demográfica del único estrato social de la población rural que al mismo tiempo puede ser numeroso, como por definición no lo pueden ser los terratenientes, y gozar de un nivel aceptable de autonomía,

beneficio impensable entre jornaleros y minifundistas, y de recursos materiales (cuadro II.34).

Al primer tipo, pertenecerían las estructuras agrarias de Costa Rica, Nicaragua (antes de la revolución de 1979) y Panamá. En estos países, las fincas familiares han representado porcentajes relativamente significativos en relación al total del número de fincas. Aunque entre 1950 y 1975 en Costa Rica y Nicaragua este porcentaje haya disminuido, al tiempo que ascendía en Panamá, en ningún caso fue inferior al 20%, es decir, una de cada cinco fincas podía propiciar en estos tres países cierta autonomía y poder adquisitivo. Sin embargo, este hecho no significa que las estructuras agrarias de estas naciones no contuvieran desigualdades profundas. Por el contrario, Costa Rica y Nicaragua han sido los países donde las grandes fincas ocupaban porcentajes más altos de la superficie bajo fincas, que en ambos casos superaban los 80 puntos, y donde este porcentaje referido a las fincas familiares era más pequeño (cuadro II.34).

El segundo tipo integraría a El Salvador (antes de la reforma agraria de principios de los ochenta), Guatemala y Honduras, en los cuales la proporción de fincas familiares en relación al número total de fincas era inferior al mencionado 20%. De estos países, la situación es un poco más favorable en Honduras, donde tal fracción cayó por debajo del mencionado 20% entre 1950 y 1975, para situarse en un 16.7% en esta última fecha. Pero en El Salvador y Guatemala nunca fue superior al 10%. En ambos países la desigualdad es impresionante: más del

88% de las fincas son insuficientes por su tamaño para el sustento de una familia, mientras que poco más del 2% de las fincas han ocupado, entre 1950 y 1975, entre el 50 y el 72% de la superficie bajo fincas. Es conveniente señalar que en El Salvador y Guatemala, donde la desigualdad de la estructura agraria ha sido más intensa, las grandes fincas han ocupado un porcentaje de la superficie total bajo fincas menor que en Nicaragua (antes de la Revolución) y Costa Rica. Ello demuestra que tal indicador no debe considerarse de manera aislada, como se hace con frecuencia (cuadro II.34).

De las dos reformas agrarias ocurridas en América Central en las últimas décadas, la nicaragüense ha sido bastante más profunda que la salvadoreña. Aunque en El Salvador el sector reformado afectó a una porción no desdeñable de la población rural (22.1%) y de la superficie bajo fincas (25.4%), el sector comercial sigue ocupando en la actualidad más de la mitad de tal superficie (Aquino, 1989: 32). Por el contrario, en Nicaragua las propiedades superiores a las 140 hectáreas, que en 1978 representaban más del 50% de la superficie bajo fincas, en 1985 no alcanzaban a ocupar el 25%. Los medianos propietarios, de entre 45 y 140 hectáreas, no vieron afectado el porcentaje de la superficie que controlaban, pero sí, y de manera negativa, los minifundistas y los pequeños campesinos. Los grandes beneficiarios fueron los sectores cooperativo y estatal, cada uno de los cuales se extendió sobre el 20% de la superficie bajo fincas (Gallardo, 1986: 167). Actualmente, el futuro de la reforma agraria implementada por el Frente

Sandinista de Liberación Nacional está en entredicho, pues a raíz del triunfo electoral de Violeta Barrios de Chamorro, han surgido fuertes presiones que pretenden restaurar la situación prerrevolucionaria. Sin embargo, no resulta muy probable que ello suceda, pues la nueva estructura agraria generó intereses y fuerzas sociales poderosas que defienden los cambios ocurridos en el campo, por lo menos en lo que tuvieron de redistribución de la riqueza.

2.2. Ingreso

Los cambios en la estructura social tratados en el apartado anterior fueron acompañados, por lo menos hasta mediados de los setenta, de incrementos generalizados, aunque con frecuencia de escasas proporciones, en los ingresos de los sectores mayoritarios de la población. Tendencia opuesta, como se señalaba al comienzo de este trabajo, con la vivida por la región durante los 80 años transcurridos hasta 1950. Sin embargo, la evolución positiva mencionada se invirtió en la mayoría de los países centroamericanos durante la década del ochenta del presente siglo; y por otra parte no tuvo, ni siquiera en los momentos en los que manifestó mayor intensidad, la suficiente fuerza como para alterar de manera significativa la profunda desigualdad social heredada del periodo anterior. La única excepción probable en este sentido ha sido la de Nicaragua desde la revolución de 1979. Sin embargo, la

redistribución del ingreso ocurrida en este país durante los ochenta no se tradujo, paradójicamente, en la elevación de los niveles de vida de la mayoría de su población, sino que fue paralela a un profundo y generalizado deterioro en este sentido.

El examen de diversos indicadores permite afirmar que entre 1950 y 1980 la evolución del ingreso fue positiva en la región por lo menos hasta la crisis de 1973. Ya se mencionaba en el apartado anterior que los cambios estructurales ocurridos en este periodo indicaban la constante expansión de los sectores de mayores ingresos a costa de los estratos de menor poder adquisitivo. La evolución del producto interno bruto por habitante sugiere también que el nivel de ingresos de la fuerza de trabajo, considerada globalmente, se incrementó de manera significativa, tanto en periodo largo como en la etapa de auge. Los datos existentes sobre la evolución de la incidencia de la pobreza en los setenta, muestran también esta tendencia positiva (cuadro II.38).

La mencionada crisis de 1973 afectó negativamente los salarios reales de Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá, países en los que disminuyeron entre un 15 y un 25% hasta 1980, pero estos se incrementaron en Costa Rica y El Salvador de una manera no desdeñable (cuadro II.35). De la misma forma, la evolución del empleo en los setenta tampoco mostraba un deterioro generalizado pues, si bien el desempleo tendió a agudizarse, el subempleo disminuyó en la mayoría de los países. Con todo, el nivel de subocupación en 1980 era grave, al

afectar entre un cuarto, en Costa Rica y Panamá, y dos tercios, en Honduras, de la fuerza de trabajo (cuadros II.36-II.37).

Con respecto al ingreso, la crisis económica de los ochenta se manifestó de alguna manera en todos los países, con la excepción de Belice. En relación a este país, el único indicador obtenido al respecto --el referido a la evolución del producto interno bruto por habitante-- muestra en tal década un dinamismo en absoluto desdeñable. Con respecto a los otros seis países de la región, la crisis de los ingresos se mostró con desigual agudeza: Costa Rica fue la nación que la padeció menos intensamente y Nicaragua, la más afectada.

Las tasas medias anuales del producto por habitante resultaron negativas en toda la región con la mencionada excepción de Belice, pero las diferencias nacionales fueron considerables. En Costa Rica dicha tasa tuvo un comportamiento ligeramente negativo, pero en El Salvador, Guatemala, Honduras y Panamá fue de entre menos 1.4 y 1.9%, y en Nicaragua alcanzó el menos 5.6%. De esta manera, en relación a 1980, el producto por habitante en 1989 se había reducido en un 5% en Costa Rica; entre un 14 y un 18% en El Salvador, Guatemala, Honduras y Panamá; y en más del 40% en Nicaragua (cuadro I.2).

Las distintas magnitudes nacionales del producto interno bruto por habitante al final del periodo, permiten establecer una clara distinción entre los países de la región. Al término de los ochenta, el producto interno bruto por habitante de Belice, Costa Rica y Panamá era casi idéntico y, aunque menor al del conjunto iberoamericano, duplicaba cuanto menos al de

las otras cuatro naciones del Istmo. Sin embargo, la situación de Honduras y Nicaragua en este sentido era bastante peor que la de El Salvador y Guatemala. De acuerdo con el indicador de paridad del poder adquisitivo (PPA), que pretende medir y hacer comparables las capacidades adquisitivas nacionales, la clasificación de los países de la región en 1990 resulta similar, aunque en este caso Costa Rica está en una situación sensiblemente mejor que la de Belice y Panamá, cuyas diferencias con El Salvador y Guatemala se acortan (cuadro I.1).

Entre 1980 y 1987, los salarios reales disminuyeron en todos los países de la región, con excepción de Costa Rica, donde se incrementaron en un 20%. En Guatemala y Honduras el descenso fue de entre el 13 y 17%; pero en El Salvador y Nicaragua se vieron reducidos en más de la mitad. En Panamá, donde el deterioro de los salarios reales entre 1980 y 1987 había sido casi imperceptible, se hizo patente quizás después de la profunda crisis económica que asoló al país como consecuencia de las duras medidas económicas que los Estados Unidos le impusieron entre 1988 y 1990 (cuadro II.35).

Mientras tanto, el problema del desempleo se intensificó también a lo largo de los ochenta, salvo en el caso de Costa Rica, donde se redujo. Al final del periodo, las tasas de desempleo llegaron a ser de las más altas de Iberoamérica en El Salvador, Nicaragua y Panamá; países donde alcanzaron entre un 20 y un 30%. Aunque las correspondientes a Guatemala y Honduras se incrementaron en menores proporciones que en los

tres casos anteriores, en 1989 este indicador sólo presentaba niveles bajos en el caso e Costa Rica. En general, a lo largo de los ochenta, se percibe una intensa relación entre el nivel de desempleo y la evolución económica nacional. En Costa Rica, Guatemala y El Salvador, la tasa de desempleo se incrementó en la primera mitad de los ochenta para reducirse, por lo menos en los dos primeros casos, en la segunda, cuando se fue superando la crisis económica que azotó a estos países en los primeros años de la década. Por el contrario, en Nicaragua y Panamá fue en la segunda mitad de esta década cuando se deterioraron en mayor medida, tanto las economías nacionales respectivas como sus niveles de desempleo. En el caso específico de Panamá, como consecuencia directa de la mencionada intervención estadounidense, el producto interno bruto por habitante descendió en casi un 20% en 1988; año en el que la proporción de desempleados ascendió de un 14 a un 21% (cuadro II.36; CEPAL, 1990: 69).

Con respecto al subempleo, problema crónico de la región, las cifras manejadas por Menjívar y Trejos, indicarían que se habrían reducido notablemente en los ochenta. Sin embargo, no parece probable que dicha tendencia se corresponda con lo sucedido en la realidad, pues la evolución de la subocupación está directamente relacionada con la del empleo informal, el cual, según se estableció en el apartado anterior, aumentó en dicho periodo. Por esta razón, se considera que para evaluar la incidencia del subempleo al final del periodo estudiado resultan más fidedignos los datos aportados al respecto por

García y Gomáriz en relación a 1985-1987. También en este sentido, se percibe al final del periodo una clara diferencia entre Costa Rica y Panamá, países donde la subocupación afectaría entre un cuarto y un quinto del mercado laboral, y las otras cuatro naciones de la región en las que la lengua mayoritaria es el español. En El Salvador, Guatemala y Honduras, este problema interesaría, según las cifras más fidedignas, en torno al 60% de la fuerza de trabajo. Parece lógico suponer que la subocupación en Nicaragua afectaría también a, por los menos, dos tercios de la población activa pues, como se anotó, era el país de la región donde el empleo informal tenía una mayor incidencia en 1989. Además, se debe de recordar que la fase más intensa de la crisis de los ochenta no tuvo lugar en Nicaragua en la primera mitad de la década, como en la mayoría de los otros países de la región, sino en la segunda mitad. Por tanto, resulta plausible suponer que los porcentajes recabados acerca del subempleo nicaragüense, los cuales estiman la incidencia del problema en torno a 1985, se incrementaron en los años siguientes (cuadro II.37).

También la incidencia de la pobreza se agudizó durante los ochenta en todos los países de la región, excepto en Costa Rica y Panamá, en los cuales hubo una ligera mejoría. En Honduras y Nicaragua, dicho incremento afectó más a la población urbana --la cual, no obstante, ha mantenido siempre una situación más favorable que la del campo en este sentido-- que a la población rural. Lo contrario sucedió en Guatemala y El Salvador, donde el incremento de la pobreza fue más agudo en el campo que en

la ciudad (cuadro II.38).

Al margen de la evolución de la incidencia de la pobreza en los ochenta, este parámetro pone de relieve la profunda desigualdad de la estructura social en Centroamérica, aunque también resalta las diferencias existentes al respecto entre los distintos países que integran la región. El porcentaje de la población total que en 1990 no podía cubrir sus necesidades básicas superaba los 70 puntos en El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, naciones en las que este porcentaje superaba los 80 puntos en relación a sus respectivos ámbitos rurales. En estos países el porcentaje de pobreza extrema, definida como aquella situación en la que ni siquiera se cubren las necesidades alimenticias mínimas, es también aterrador, pues se sitúa entre el 42 y el 63%; agravándose el problema en las áreas rurales también en este caso. En Panamá y Costa Rica la situación es menos dramática que en las naciones señaladas, las cuales tienen algunos de los niveles más bajos de Iberoamérica en este sentido. En 1990, en Costa Rica la pobreza afectaba a alrededor del 20% de la población y la extrema pobreza al 11%. Con respecto a Panamá, existen dos estimaciones diferentes al respecto, aunque ambas coinciden en que la evolución fue positiva en los ochenta. Según una de ellas al final del periodo la pobreza afectaría a la mitad de los panameños, mientras que la indigencia incidiría sobre una cuarta parte de ellos. Según la otra, sólo un 34 y un 16% de los panameños viviría, respectivamente, en situación de pobreza e indigencia en esas mismas fechas (cuadro II.38).

Dentro de este contexto de pobreza, muchas veces generalizada, las profundas desigualdades de los ingresos cobran toda su significación. El rasgo más relevante en la evolución de la distribución del ingreso a nivel regional es la persistencia de las marcadas desigualdades previas al periodo estudiado, aunque las diferencias nacionales y temporales no sean desdeñables. Según las cifras recabadas, el 20% más pobre de la población no obtuvo nunca, en ningún país de la región, más del 6% del ingreso nacional; el 20% más rico siempre se benefició de entre un 49 y un 66% del ingreso nacional; y el 5% más rico, de entre un 25 y un 33%. No es extraño así que el ingreso promedio del 20% más pobre fuera entre diez y 33 veces más bajo que el del 20% más rico y entre 20 y 53 veces más bajo que el del 5% más favorecido de la población. Sin embargo, dentro de esta situación común de profunda desigualdad se pueden distinguir tanto grados de desigualdad como niveles de ingreso diferentes entre los países de la región (cuadros II.39-II.41).

El Salvador es el país con mayor desigualdad económica, seguido de Panamá y Nicaragua (antes de la revolución). Esta desigualdad en los otros tres países es relativamente reducida. La comparación entre los ingresos promedio de los grupos más pobres y más rico de los países del área ofrece una clasificación muy dispar a la anterior y similar a la referida a la incidencia de la pobreza. Con lo que se demuestra que, por lo menos en Centroamérica, no existe relación entre una distribución de la riqueza más o menos equitativa y los niveles de

ingreso de la porción más pobre de la sociedad. En efecto: tanto en Costa Rica, con una desigualdad relativamente reducida, como en Panamá, con una desigualdad bastante pronunciada, tanto los ingresos promedio del 20% más pobre como los del 20% más rico son, con una diferencia apreciable, los más elevados de la región. De los otros cuatro países, El Salvador tiene los ingresos más bajos con respecto al segmento más pobre de la población y los más altos con relación a los más ricos, coincidiendo en este caso con la situación que exhibe este país de mayor desigualdad de la región. Sin embargo, Honduras debe su relativamente escasa desigualdad social a niveles de ingreso bajos tanto entre los segmentos más favorecidos como entre los menos favorecidos (cuadros II.39-II.41).

Las cifras disponibles sobre la distribución del ingreso únicamente permiten observar su dinámica entre 1960 y 1980, en los casos de Costa Rica y El Salvador; mientras que en los otros cuatro países de la región la evolución de este parámetro sólo puede comprobarse en la década transcurrida entre 1970 y 1980. Es probable, sin embargo, que tales cifras muestren la pauta seguida por la región en las tres décadas anteriores a 1980. Durante tales años, el porcentaje del ingreso captado por el 20% más pobre cuando aumentó lo hizo de manera escasa, siendo frecuente, por el contrario, que disminuyera. Por su parte, el porcentaje del ingreso acaparado por el 20% más rico disminuyó en todos los países del Istmo, con la excepción de El Salvador, el más desigual de todos ellos. Sin embargo, este

descenso sólo tuvo alguna relevancia en Costa Rica. Con respecto al porcentaje del ingreso disfrutado por el 60% de la población alrededor de la mediana, Costa Rica fue el único país de la región que conoció un aumento significativo, a costa de la mencionada disminución del porcentaje captado por el 20% más rico. En los otros países, este porcentaje permaneció prácticamente estancado. Aunque no se tienen datos acerca de la evolución de dicho parámetro durante los ochenta, se puede presumir que fue negativa, pues si en los años de bonanza económica transcurridos entre 1950 y 1980 no se produjo una disminución sensible de la desigualdad social, difícilmente pudo suceder esto en los ochenta, años caracterizados por una profunda crisis económica (cuadros II.39-II.41).

3. Servicios sociales

Este capítulo se ha dividido en dos apartados. El primero versa acerca de la educación, en tanto que el segundo trata de la salud y de dos factores que influyen en ella de manera notable: la nutrición y las condiciones de la vivienda.

Con respecto a la educación en el periodo largo y en la etapa de auge hubo progresos significativos de acuerdo con todas las variables contempladas en todos los países de la región: tasas de analfabetismo, cobertura de los tres niveles educativos y nivel de instrucción de la PEA. En la etapa de crisis, fue frecuente el estancamiento, sobre todo en relación a la tasa de analfabetismo y la cobertura de la enseñanza superior. En estos años, los progresos más relevantes tuvieron lugar en Honduras y Nicaragua, en lo referente al abatimiento del analfabetismo y la ampliación de la cobertura de la educación primaria.

Aunque los avances reseñados en materia educativa beneficiaron en general a todos los componentes de las sociedades centroamericanas, las cifras recabadas acerca de los niveles educativos en diversos sectores, si bien no están muy actualizadas ni se refieren a la totalidad de los países, permiten afirmar que se han mantenido grandes diferencias al interior de dichas sociedades, de acuerdo con el hábitat, el poder adquisitivo y las características étnico-culturales de la población. En efecto: la población rural, pobre o indígena, exhiben sistemáticamente situaciones educativas menos

favorables que sus contrapartes urbanas, sobre todo si viven en la capital, no pobres y no indígenas. Sin embargo, al final del periodo las diferencias de género en este sentido no eran significativas salvo en Guatemala, donde las mujeres, parece que debido sobre todo al comportamiento de las indígenas, mantuvieron una posición peor que la de los hombres en todos los aspectos donde se toma en cuenta estas diferencias de género: analfabetismo, participación en la matrícula universitaria y nivel de instrucción de la PEA.

De acuerdo con las características educativas de sus respectivas poblaciones al final del periodo estudiado, los países centroamericanos se podían dividir en tres grupos. El primero está integrado por Belice, Costa Rica y Panamá, pues en estas tres naciones todos los parámetros observados tenían un nivel alto en el ámbito regional. El tercer grupo está integrado por Guatemala, que exhibe los peores niveles de forma constante. En el segundo, se ubicaron los otros cuatro países de la región, cuyos niveles fueron intermedios a nivel regional, aunque en general eran bajos si se consideran con parámetros más amplios. Los únicos datos que ponen en entredicho tal clasificación son los siguientes: el promedio de años de escolarización de la población adulta --25 años o más-- en 1990 era similar en El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, en tanto que en Belice era sólo un poco superior al de estos cuatro países; el porcentaje de niños que no asistían a la escuela en 1986 era escaso, en torno a los 10 puntos, en Honduras, tanto a nivel nacional como rural, y alto

y semejante, en el ámbito específicamente rural, casi 50 puntos, en El Salvador y Guatemala; el escaso porcentaje de alumnos que no terminaban el primer nivel en 1988 era parecido en El Salvador, Guatemala y Nicaragua, al superar apenas un tercio; el único dato obtenido sobre las condiciones educativas en el contexto rural panameño indica que su grado de analfabetismo era reactivamente alto en 1980, pues casi alcanzaba al 40%.

Por último, conviene señalar que los mencionados progresos educativos en América Central se debieron sobre todo a la incidencia de los recursos estatales (la educación privada sólo ha sido predominante en la educación secundaria) y que existe una clara relación entre el nivel del gasto educativo del sector público --más elevado en general en Belice, Costa Rica y Panamá, pero con fuertes incrementos en Honduras y Nicaragua en los ochenta-- y las conquistas nacionales en este sentido.

Con respecto a las variables analizadas en torno a la salud, la alimentación y la vivienda, se anotan enseguida los resultados más significativos en relación a su evolución en los tres lapsos estudiados, las desigualdades al interior de los países y las disparidades entre ellos.

En el periodo largo, con la excepción del alcantarillado hondureño, y en la etapa de auge mostraron una clara tendencia positiva en todos los países las variables manejadas: esperanza de vida al nacer, mortalidad infantil, número de habitantes por médico y por auxiliar de médico, porcentaje de la población que dispone de agua potable y porcentaje de la población servida

con alcantarillado. En la etapa de crisis, las tendencias fueron más dispares. En los indicadores específicamente relacionados con la salud --esperanza de vida, mortalidad infantil y atención médica--, se mantuvieron las tendencias positivas previas, con las excepciones parciales de El Salvador, donde aumentó el número de habitantes por médico y auxiliar de médico, y Honduras, donde sólo retrocedió ligeramente este último indicador. En lo relativo a la vivienda hubo tendencias positivas, pero también estancamiento y retroceso, sobre todo entre la población rural de El Salvador y la urbana de Honduras. Pero el aspecto más castigado por la crisis económica de esta década fue, como es lógico, el relacionado con la alimentación: la proporción de indigentes ascendió en El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, en tanto que la disponibilidad diaria de calorías disminuía en el primero de estos países y en el último, tanto la referida a las calorías como a las proteínas.

El análisis realizado acerca de la distinta incidencia de la mortalidad infantil en diferentes sectores sociales, pone de relieve que las condiciones de la salud dependen en mayor medida de las diferencias educativas y de las vinculadas con la posición ocupada en la estructura social que de las relacionadas con el hábitat y las características étnico-culturales; si bien la mortalidad infantil siempre es más elevada entre la población de escasos recursos, bajo nivel educativo, rural e indígena que entre sus contrapartes de mayores recursos, alto o mediano nivel de ingreso, urbana y no

indígena. Por su parte, las condiciones de la vivienda siempre son mucho más favorables en las localidades urbanas que en las zonas rurales, al igual que en la alimentación, donde también se perciben diferencias, como es lógico, de acuerdo con el nivel de ingresos.

Por último, las diferencias nacionales detectadas en relación a la salud, la alimentación y la vivienda aconsejan dividir a los países centroamericanos en tres grupos, de acuerdo con los niveles alcanzados en el ámbito regional en esas mismas materias al final del periodo estudiado. En el primero quedaron ubicados Costa Rica y Panamá, con altos niveles en todos los aspectos considerados, aunque las condiciones de las viviendas rurales panameñas son claramente peores que las de Costa Rica. El segundo grupo se integró únicamente por Belice, donde se alternan los niveles altos (en mortalidad infantil y auxiliares de médico), los no tan altos (en esperanza de vida y médicos) y los medianos, en los servicios de agua potable y alcantarillado, aunque con respecto a estos dos últimos temas la situación en la vivienda rural es similar a la del tercer grupo. Este está conformado por los otros cuatro países de la región. Sin embargo, en El Salvador y Honduras predominan completamente los niveles bajos, pues sólo podrían considerarse como medianos, se repite que en el ámbito regional, los relativos al alcantarillado en el primer país y al número de médicos en el segundo. Por su parte, en Guatemala y Nicaragua los niveles bajos se alternan con los medianos, los cuales pueden ser detectados en la cobertura de

la seguridad social, el agua potable y el alcantarillado en Guatemala, y en el número de médicos y auxiliares de médicos, cobertura de la seguridad social e incidencia de la extrema pobreza en Nicaragua.

3.1. Educación

En el periodo largo, el balance regional de la evolución en el aspecto educativo es bastante positivo, aunque en los ochenta esta dinámica tendió a frenarse y, en ocasiones, a invertirse. La evolución del porcentaje de alfabetos, que es considerado con frecuencia como indicador del grado de difusión de las destrezas elementales requeridas para el desarrollo, fue positiva en todos los países de la región desde la década de los cincuenta. En los ochenta la situación se estancó en Costa Rica, Guatemala y Panamá, mientras que mejoraba en Belice, El Salvador y, sobre todo, en Honduras y Nicaragua, donde el gobierno sandinista consiguió grandes avances al poco tiempo de llegar al poder, aunque en años posteriores fueron parcialmente revertidos. Entre 1950 y 1990, las tasas de analfabetismo de Costa Rica y Panamá, más favorables al comenzar el periodo, pasaron de 21 y 30 a 7 y 12% respectivamente, en tanto que las de Belice se han mantenido como las más bajas de la región durante todo el periodo. Las de El Salvador, Honduras y Nicaragua pasaron en esas cuatro décadas de porcentajes entre 60 y 65 puntos a otros situados

en torno a los 25 puntos. La lenta mejoría de Guatemala en este sentido hizo que su situación al final del periodo, cuando dicha proporción era cercana al 50%, fuera sensiblemente peor que la de estos tres países y sólo comparable a la de Haití en el contexto latinoamericano (cuadro II.42).

Aunque el positivo avance de la alfabetización señalado a nivel nacional involucró a los sectores más desfavorecidos de todos los países centroamericanos, al final del periodo los estratos rurales, pobres e indígenas seguían teniendo en ellos porcentajes de analfabetismo muy superiores a los de sus contrapartes urbanos, no pobres y no indígenas. Sin embargo, en el transcurso de estas décadas las tradicionales diferencias en este sentido entre hombres y mujeres se anularon, salvo en Guatemala. En efecto: las diferencias de género en el grado de analfabetismo muestran que en 1990 la situación de las mujeres era similar a la de los varones, con la excepción de este país, donde tal disparidad adquiriría dimensiones notorias. En Guatemala la mitad de las mujeres eran analfabetas en 1985, en tanto que "sólo" el 37% de los hombres estaba en esa situación (cuadro II.42 y fuentes citadas en él).

Las cifras relativas al analfabetismo en las zonas urbanas y rurales indican que las disparidades entre ellas eran alrededor de 1980 significativas en todos los países, con la excepción de Costa Rica y Belice. Es probable que al final del periodo, a pesar de los avances registrados desde 1950, el analfabetismo en la población rural ronde o sea superior a un preocupante 40% en El Salvador, Guatemala (donde alcanza el

60%), Nicaragua e incluso Panamá. Por el contrario, con respecto a la población urbana, este indicador apenas superaba el 20% en 1980 en Guatemala, el país de la región donde se mostraba, también en este caso, más elevado (cuadro II.42). Por su parte, las diferencias del nivel de analfabetismo entre la población pobre y la que puede cubrir sus necesidades básicas, se pone de manifiesto al comprobar que en Honduras y Guatemala más del 74% de los analfabetos, que en ambos casos representan porcentajes significativos de sus poblaciones totales, son pobres (cuadro II.43).

De los seis grupos étnico-culturales en los que se puede dividir la casi totalidad de la población centroamericana -- mestizos, indígenas, criollos, mulatos, creoles y garífonas --, los indígenas, y quizás los garífonas, aunque la importancia demográfica de estos es muy escasa, son quienes han vivido más alejados de los procesos educativos a los que se refiere este capítulo. Dado que la gran mayoría de los indígenas istmeños se concentran en Guatemala y que éste es el único país de la región donde la población india representa un alto porcentaje, el estudio de los indígenas guatemaltecos cobra un relieve especial para comprender el perfil étnico de la evolución educativa del Istmo (Lizcano, 1993: 37-38). En 1950 el 90% de los indígenas guatemaltecos era analfabeto. A pesar de que este porcentaje se redujo a 63 puntos durante las tres décadas siguientes, duplicaba ampliamente al de la población no indígena a comienzos de los ochenta. Por otra parte, las persistentes diferencias en el nivel de analfabetismo de los

hombres y las mujeres indígenas en Guatemala, demuestran que las diferencias de género señaladas a nivel nacional con respecto a este país tienen un claro perfil étnico. En efecto, aunque el analfabetismo femenino entre los no indígenas era superior al masculino en 1981, esta distancia se hacía mucho mayor entre los indígenas. Frente al 53% de indios analfabetos en esta fecha, el analfabetismo involucraba a las tres cuartas partes de las indias (cuadro II.44).

El nivel de escolarización se expandió también de manera notable en toda la región durante la segunda mitad del siglo XX, aunque durante los ochenta este proceso tendió a frenarse y en algunos casos a revertirse, como se puso de manifiesto principalmente en las zonas rurales de El Salvador y Nicaragua, los países de la región que sufrieron más intensamente los conflictos político-militares característicos de esta década (García y Gomáriz, 1989, vol. I: 420). Las mujeres contribuyeron significativamente a esta expansión de la escolarización, pues al final del periodo su acceso a la enseñanza primaria y media era similar al de los hombres. De la misma forma, salvo en Guatemala, la presencia femenina en las universidades centroamericanas era también alta, e incluso involucraba a carreras que tradicionalmente habían exhibido un acusado perfil masculino. Este avance se ha reflejado en la alta proporción femenina entre los profesionales y técnicos centroamericanos, la cual se puso en evidencia en el capítulo anterior.

Uno de los indicadores usualmente empleados para calcular la cobertura de los diferentes niveles educativos señala el porcentaje de alumnos matriculados en cada uno de ellos en relación a los grupos de edades que supuestamente cursan estos niveles. Según este indicador, la cobertura de la educación primaria conoció una tendencia muy positiva en la región desde 1950. De acuerdo con estos cálculos, al final de los ochenta sólo El Salvador y Guatemala, países en los que se situaba en torno al 80%, tenían una cobertura del primer nivel educativo claramente inferior al 100% (cuadro II.47). Sin embargo, este indicador no es muy fidedigno en relación a la educación primaria, pues el porcentaje de niños matriculados en este nivel con edades superiores a las consideradas como típicas representa en general más de la mitad de las matrículas. Por ello no es de extrañar que la brecha de escolarización en primaria, inexistente en la mayoría de los países centroamericanos según el indicador anterior, sea una realidad en todos ellos y sobre dimensiones muy elevadas en los ámbitos rurales de algunos. En 1990, dicha brecha a nivel nacional era de alrededor del 10% en Costa Rica y Panamá, de casi 20% en Honduras, de poco menos del 30% en El Salvador y Nicaragua, y de algo más del 40% en Guatemala. Por su parte, en la segunda mitad de los ochenta, alrededor de la cuarta parte de los niños salvadoreños y nicaragüenses permanecía sin escolarizar, así como más de un tercio de los guatemaltecos. Pero en el campo estas proporciones se hacían todavía más graves, al involucrar a casi la mitad de los niños en El Salvador y Guatemala y a

casi la tercera parte en Nicaragua. Sin embargo, en estos dos últimos aspectos la situación de Honduras era relativamente favorable (cuadro II.48). A pesar de que parece indiscutible la notable expansión de la educación primaria en todos los países de la región durante el periodo estudiado, las deficiencias señaladas al final del mismo con respecto a algunos países son especialmente relevantes por cuanto determinan en gran medida la persistencia en el futuro mediato de grandes limitaciones en la globalidad de los sistemas educativos respectivos. En este sentido, cabe señalar también el alto porcentaje de deserciones entre los estudiantes centroamericanos de primaria, pues en buena medida es un índice de analfabetismo funcional. Al final de los ochenta, en los cuatro países de la región con niveles educativos más bajos, la proporción de los alumnos que no terminaba este ciclo se situaba entre el 57 y el 65% a nivel nacional, en tanto que en Belice y Panamá rondaba el 30 y en Costa Rica el 20% (cuadro II.48).

La evolución de la cobertura de la educación media fue también muy favorable en el periodo largo, pero en la etapa de crisis se invirtió en Costa Rica y Nicaragua, llegando en general a 1990 con un nivel poco favorable. En Costa Rica y Panamá, que ya tenían al principio del periodo una posición más ventajosa, la cobertura de la enseñanza media se duplicó ampliamente entre 1960 y 1980, al alcanzar en esta última fecha 43 y 61% respectivamente, para disminuir lentamente en los años siguientes en el primer caso y permanecer estancada en el

segundo. Al margen de Belice, de los otros cuatro países centroamericanos, sólo en El Salvador rebasaba, aunque por poco, el 10% en 1960. En 1990, en Guatemala apenas rebasaba el 20, en El Salvador y Honduras rondaba el 30%, pero en Nicaragua se acercaba al 40% (cuadro II.47).

Por último, la cobertura de la enseñanza superior fue la que tuvo incrementos más sustanciales en todos los países, aunque durante los ochenta su crecimiento se estancó en todos, con la excepción de El Salvador donde aumentó notablemente, y Nicaragua, donde disminuyó. En 1950, los alumnos de tercer nivel en toda Centroamérica no sumaban las 10.000 personas y en ninguno de los países de la región superaban las 2.000. Sin embargo, durante los sesenta y los setenta tuvo incrementos sustanciales, los cuales permitieron que al mediar los ochenta superaran los 300.000 efectivos en la totalidad de la región y que en ninguna de sus seis naciones integrantes fueran inferiores a 25.000. En general, la situación de la enseñanza superior en la región no era desfavorable en 1985, en comparación con la que prevalecía en el subcontinente: la cobertura de Costa Rica y Panamá era de las más favorables y la de los otros cuatro países era similar a la de Brasil, Colombia o Paraguay (cuadros II.46-II.47).

La participación femenina en la educación universitaria fue incrementándose durante el periodo estudiado, hasta que al final de los ochenta era más numerosa que la de los varones en Nicaragua y Panamá, representaba en torno al 70% de estos en Costa Rica, El Salvador y Honduras, pero en Guatemala era

notablemente inferior a la de estos tres países. En 1985, la mayor participación femenina se ubicaba en medicina y humanidades, donde con frecuencia era superior al 50%, mientras que la menor correspondía a ingeniería. En ciencias y derecho tal participación solía tener niveles intermedios (cuadro II.49).

La dinámica señalada en relación a los distintos niveles de enseñanza determina lógicamente la evolución de los niveles de instrucción de la fuerza de trabajo. Por tanto, no es de extrañar que también en este sentido la situación de Costa Rica y Panamá sea mucho más favorable que la de El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua. A comienzos de la década de 1960, la PEA que en estos cuatro países no tenía instrucción ninguna o había aprobado menos de cuatro años de educación primaria --con respecto a Nicaragua no se tienen datos relativos a estas fechas, pero los referidos al principio de la década siguiente demuestran que su situación era similar a la de los otros tres--, rondaba el 80%; porcentaje que se elevaba alrededor de 10 puntos en relación a sus ámbitos rurales respectivos. Estas cifras contrastan claramente con la situación prevaleciente en las áreas urbanas y sobre todo en las ciudades capitales. En efecto: más de la mitad de la población activa de todas las capitales de la región habían aprobado en esas fechas más de cuatro años de escolaridad. Por su parte, la mitad de la mano de obra costarricense y el 40% de la panameña habían aprobado menos de cuatro cursos de primaria y en Costa Rica esta situación "sólo" afectaba al 65%

de su población rural (cuadro II.50).

Diez años después, a comienzos de los setenta, la situación había mejorado en todos los ámbitos, pero las diferencias entre las zonas rurales y urbanas seguían siendo evidentes. Entre el 25 y el 40% de los capitalinos habían aprobado en estas fechas siete o más cursos, pero con frecuencia sólo el 2% de la PEA rural se encontraba en esta situación, que en la propia Costa Rica no abarcaba siquiera al 10% de la fuerza de trabajo rural (cuadro II.51).

A mediados de los ochenta, en El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua la población mayor de diez años sin ningún tipo de instrucción oscilaba entre el 25 y el 40%; la que había aprobado algún curso de primaria representaba entre el 45 y el 53%; la que había aprobado algún curso de educación secundaria oscilaba entre el 10 y el 25%; pero la población con estudios superiores no rebasaba el cuatro por ciento en ninguno de estos cuatro países. Estos porcentajes eran siempre más favorables a Costa Rica y Panamá en esta fechas. Por último, el nivel de instrucción de la población corrobora también otro aspecto señalado antes: la ausencia de diferencias significativas de género en todos los países de la región con la excepción de Guatemala. En efecto: en ninguno de los niveles de instrucción considerados existen diferencias apreciables entre los hombres y las mujeres, salvo en el mencionado país, donde estas diferencias son notables en todos los niveles menos en el de secundaria. Esta constante demuestra que en Guatemala tal brecha es de carácter estructural (cuadro II.52).

Con respecto a la relación entre el nivel de satisfacción de las necesidades básicas y el nivel educativo de la población, se tienen datos referidos al final de los setenta para Costa Rica, Guatemala y Honduras. Estas cifras ponen de manifiesto la estrecha vinculación entre ambas variables en la región, pero también diferencias significativas entre los países que la componen. En Guatemala más del 90% de la población calificada como "pobre", que representaba el 65% de la población total, no poseía en esas fechas ningún grado de instrucción, mientras que entre los "no pobres" este porcentaje era inferior a los 80 puntos. En Honduras, donde el porcentaje de pobres era similar al de Guatemala, esta situación era mejor en términos generales, pero la diferencia de los niveles educativos de acuerdo a la satisfacción de las necesidades básicas era muy marcada. Casi la mitad de los hondureños pobres se encontraban sin ningún tipo de instrucción y apenas el 3% de ellos tenían estudios superiores al primer nivel. Por el contrario, sólo la cuarta parte de los hondureños no pobres se encontraban sin instrucción y más del 20% de ellos habían obtenido al menos algún grado de secundaria. Este último porcentaje era similar al de Costa Rica, pero se debe recordar que en este país la población no pobre representaba un porcentaje muy superior al de Honduras. Además, en Costa Rica la instrucción de los pobres era más elevada que en Honduras y Guatemala, a pesar de tener mucha menos importancia en términos relativos (cuadro II.53).

A partir de los datos consultados, no es posible abordar de manera pormenorizada la explicación de la evolución educativa descrita en las páginas anteriores. Sin embargo, las cifras recabadas sugieren que la evolución del gasto público jugó un papel decisivo en la dinámica del sistema educativo en su conjunto y que la inversión privada tuvo relevancia tanto en la educación media como en la universitaria. Con todo, el incremento del gasto público constituyó el factor determinante en la disminución del analfabetismo y en la expansión de la educación primaria, así como en la ampliación de los servicios educativos en general hacia los sectores menos favorecidos: rurales, indígenas y de escaso poder adquisitivo, pues la inversión privada en lo fundamental se concentró en las localidades urbanas y atendió a sectores de ciertos recursos económicos.

Del examen de las cifras acerca del porcentaje del gasto público en educación con respecto al PIB, se sacan tres conclusiones principales, que demuestran la relación existente entre tales indicadores y las condiciones educativas. En primer lugar, los avances educativos realizados por todos los países de la región en la etapa de auge no pueden dejar de vincularse con un incremento muy notable del gasto público en educación, el cual aumentó en general en una proporción bastante mayor incluso que la del propio PIB. En este sentido cabe señalar que fue precisamente Guatemala, la nación centroamericana con menores progresos educativos en esta etapa, el único país de la región donde permaneció estancado el porcentaje del gasto

gubernamental en educación con respecto al mencionado PIB. En segundo lugar, resulta interesante destacar que en la etapa de crisis Honduras y Nicaragua fueron, al mismo tiempo, los dos países centroamericanos con mayores avances educativos y los únicos de la región en los que se incrementó dicho porcentaje de manera significativa. Por último, se comprueba que los tres países que han mantenido una mejor situación educativa en la región --Belice, Costa Rica y Panamá-- son también aquellos cuyos Estados realizaron mayores desembolsos, en términos relativos, en este sentido (cuadro II.56).

A pesar de la evidente importancia de la educación pública en Centroamérica, no puede desdeñarse la que tuvo la educación privada. A comienzos de los setenta, más del 90% de los alumnos y maestros de educación primaria estaban integrados en escuelas públicas, tanto en Costa Rica y El Salvador como en Honduras y Panamá. Aunque estos porcentajes eran algo más reducidos en Guatemala y Nicaragua, nunca se situaban por debajo de los 77 puntos en esas fechas. Pero la situación prevaleciente en la educación media era muy distinta. En El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua una amplia mayoría de los maestros dedicados a este nivel educativo trabajaban en esos años en colegios privados. Incluso en Costa Rica y Panamá, donde esta proporción era notablemente menor, los profesores que trabajaban en la educación media privada oscilaban entre el 20 y el 30% (cuadro II.54).

Aunque la expansión de los estudios universitarios en Centroamérica se debió en lo fundamental a las acciones

emprendidas por los Estados de la región, en ocasiones las instituciones de carácter privado también participaron en ella. Las actuales universidades privadas comenzaron a fundarse en los sesenta. Al final de la década siguiente, las universidades privadas matriculaban entre el 15 y el 25% de los alumnos en educación superior en Guatemala, El Salvador y Nicaragua. En estos dos últimos países, los jesuitas dirigían las universidades privadas más importantes, las cuales desempeñaron papeles relevantes en la vida académica y política de ambos países, por lo menos desde la década de los setenta. En la década siguiente, las universidades privadas continuaron sin tener relevancia en Honduras y Panamá, pero en Costa Rica pasaron a matricular alrededor del 25% del alumnado universitario. En El Salvador se produjo en estos años un auge impresionante de las universidades privadas, debido a que el gobierno clausuró en 1980 la Universidad de El Salvador. Sin embargo, en 1986, después de la reapertura de dicha universidad, la matrícula universitaria en entidades públicas era ya nuevamente mayoritaria. Durante los ochenta, las importancias relativas de las universidades públicas y privadas en Guatemala y Nicaragua permanecieron similares (cuadro II.55).

3.2. Salud

En este apartado se examinan, en primer lugar, la evolución de la esperanza de vida y la mortalidad infantil; indicadores que

suelen emplearse para determinar cuáles son a nivel global las condiciones sanitarias y de bienestar de los distintos grupos humanos. A continuación se analizan una serie de factores que inciden de manera directa en la salud de las personas: la cantidad y la calidad de la alimentación, la atención médica, la cobertura de la seguridad social y las condiciones de la vivienda. En ocasiones los indicadores utilizados para abordar estos temas han sido cruzados con otros relativos al ingreso, la educación, área de residencia y características étnico-culturales. Estas relaciones permiten establecer que, por un lado, los niveles de ingreso y educación inciden sobre las condiciones sanitarias de manera notable, pero también, por otro, que estas condiciones están asociadas al área de residencia y a las características étnicas. En efecto: los niveles de salud en los sectores rurales e indígenas, que en general se caracterizan por su escaso nivel adquisitivo y escolar, son inferiores a los de los sectores urbanos y no indígenas.

En la etapa de auge, como en general en el periodo largo, la evolución de los indicadores manejados fue sin duda positiva en todos los países incluso con respecto a sus sectores sociales más desfavorecidos, aunque al final de la misma tales indicadores muestran que la situación en El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua era deplorable en comparación con los niveles iberoamericanos. Durante los ochenta, la dinámica de dichos indicadores fue más dispar, pues señalan tendencias que van desde la continuación de la evolución positiva anterior

hasta el estancamiento o el retroceso. En general, los indicadores que miden las condiciones sanitarias a nivel global --esperanza de vida y mortalidad infantil-- mantuvieron su tendencia progresiva, pero los referidos a aspectos más concretos, como asistencia médica y condiciones habitacionales, tuvieron dinámicas más erráticas. De los aspectos considerados en este capítulo, el de la nutrición fue donde el deterioro se hizo más evidente y generalizado, lo cual no resulta extraño pues la influencia del descenso de los ingresos derivados de la crisis económica es mucho más directa e inmediata en él que en aspectos tales como la asistencia médica o las condiciones de la vivienda.

La evolución de la esperanza de vida al nacer fue positiva y constante durante los tres lapsos estudiados en todos los países de la región, con la única excepción de El Salvador entre 1975 y 1985, años en los que permaneció estancada. Los países con una situación inicial más favorable --Panamá y Costa Rica-- vieron aumentar su esperanza de vida al nacer desde cifras algo superiores a los 55 años hasta otras superiores a los 70. En Belice la posición era intermedia al terminar los ochenta, cuando este indicador se ubicaba en los 68 años. Los otros cuatro países no alcanzaban los 46 años de esperanza de vida al comienzo del periodo, pero al final del mismo este indicador oscilaba entre los 62 y los 64 años en todos ellos (cuadro II.57).

De acuerdo con las estimaciones del CELADE, aunque la tasa de mortalidad infantil al final del periodo era de las más

altas de Iberoamérica en El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, su evolución desde 1950 fue progresiva en todos los países de la región y no se interrumpió en ninguno de ellos durante los ochenta. El punto de partida fue también más favorable para Costa Rica y Panamá que pasaron, a lo largo de los cuarenta años estudiados, de algo más de 90 a unos 20 muertos por mil nacidos vivos; proporción similar, por otra parte, a la de Belice. Pero los avances de los otros cuatro países en este sentido tampoco fueron desdeñables, al pasar de tasas entre 140 y 200, al principio del periodo, a otras entre 57 y 68 al final del mismo. Sin embargo, cifras recientemente publicadas por CEPAL indicarían que a mediados de los ochenta las tasas de mortalidad infantil en El Salvador, Honduras y Nicaragua serían muy inferiores a las previstas por el CELADE, al cifrarse en 31, 17 y 13 muertes por mil nacidos vivos respectivamente (cuadro II.58).

El nivel de la tasa de mortalidad infantil depende en gran medida del control conseguido por la sociedad en cuestión sobre las enfermedades infectocontagiosas: intestinales, respiratorias e inmunoprevenibles, es decir, enfermedades diarreicas, infecciones respiratorias agudas, como la influenza y la neumonía, y enfermedades prevenibles por vacunación, como la tos ferina, el tétanos y el sarampión. Los efectos letales de este tipo de enfermedades están fuertemente asociadas a la mortalidad de los niños de menor edad, por lo que el progresivo control de las enfermedades infectocontagiosas se refleja principalmente en el nivel de la mortalidad infantil. De esta

manera, los bajos niveles de mortalidad infantil imperantes en los países industrializados se corresponden con un perfil epidemiológico donde los efectos letales de las enfermedades infectocontagiosas son muy escasos o nulos tanto entre la población en general como entre los infantes. Por la misma razón, existe una clara relación entre los niveles de la mortalidad infantil en los distintos países centroamericanos y el tipo de enfermedades que las causan. Sin embargo, las cifras relativas a las principales causas de muerte entre la población infantil, así como las tasas de mortalidad infantil, revelan que el nivel alcanzado por los países centroamericanos mejor situados en este sentido es bastante inferior al de ciertos países iberoamericanos, como Argentina, y por supuesto al de países desarrollados como Estados Unidos. Otra conclusión que se desprende de la comparación de las principales causas de muerte entre los niños de diferentes países es la alta incidencia de la desnutrición en todos los infantes de América Central, excepto entre los costarricenses. Dado que la deficiencia en la alimentación se considera comúnmente como una causa asociada importante en las muertes debidas a las enfermedades infectocontagiosas, el hecho de que la desnutrición aparezca como causa principal de la muerte de un relativamente alto porcentaje de niños, incluso en Panamá, sugiere que en estos casos las deficiencias nutricionales juegan un papel de enormes proporciones en la mortalidad infantil (cuadros II.59-II.61).

En Costa Rica y Panamá, donde la tasa de mortalidad infantil

es inferior a la de los otros países de la región, las enfermedades infectocontagiosas provocan alrededor del 15% de las muertes de los niños menores de un año; proporción superior a la de Argentina y Estados Unidos, pero inferior a la prevaleciente en los otros cinco países istmeños, donde oscila entre el 28%, en el caso de El Salvador, y el 69%, en el caso de Nicaragua. Esta última cifra se refiere a 1977 y con seguridad disminuyó en los años posteriores, pues los avances registrados en materia de salud durante el gobierno sandinista fueron importantes (cuadro II.61). El examen de los datos acerca de las principales causas de defunción entre los niños de uno y cuatro años muestran un panorama similar. En El Salvador, Guatemala y Honduras las enfermedades infectocontagiosas causan entre el 55 y el 80% de las muertes en este grupo etario; en Panamá, el 36%; en Costa Rica el 23%; en Argentina el 8%; y en Estados Unidos no aparecen como causa relevante de muerte (cuadro II.60).

Dado que la tasa de mortalidad infantil refleja con bastante exactitud las condiciones sanitarias y los niveles de bienestar prevalecientes en los distintos conjuntos humanos, sus variaciones al interior de las sociedades nacionales cobran una relevancia especial. En los países centroamericanos, estas diferencias eran menores a comienzos de los ochenta con respecto a las áreas de residencia y la identidad étnica que en relación a los grupos sociales y el nivel educativo. Por otra parte, se debe resaltar el hecho de que las cifras recabadas en este sentido muestran que el descenso de la

mortalidad infantil benefició a todos los sectores considerados en los distintos países istmeños. En este sentido, se comprueba una vez más que el desarrollo social protagonizado por las sociedades centroamericanas durante la segunda mitad del siglo involucró también a los sectores menos favorecidos.

Las tasas de mortalidad infantil en las áreas urbanas y rurales de América Central muestran que la situación de Costa Rica y Panamá era mejor que la del resto de los países de la región en dos sentidos. Por un lado, eran notablemente inferiores. A comienzos de los ochenta, la tasa de mortalidad infantil entre la población rural de estos dos países no alcanzaba las 30 muertes por mil nacidos vivos, es decir, alrededor de la tercera parte de la que prevalecía en el ámbito rural de los otros países y menos de la mitad de las ocurridas en sus localidades urbanas. Por otro, en Costa Rica y Panamá las diferencias entre sus ámbitos rurales y urbanos eran menores que las de los otros países de la región, en los cuales estas diferencias oscilaban en alrededor de un 20%; porcentaje similar al que distinguía a la población indígena de la no indígena en Guatemala (cuadros II.62-II.63).

En el cuadro II.64, se muestran las tasas de mortalidad infantil correspondientes a cinco grupos socioocupacionales: peones y campesinos agrarios, y asalariados, no asalariados y grupos medios urbanos. En general, los peones agrícolas son el sector en peor situación y los grupos medios urbanos son los que gozan de una situación más ventajosa. En este caso, se percibe que las diferencias entre las tasas de mortalidad

infantil de los distintos grupos considerados son mayores que las señaladas en relación a los grupos étnicos y las áreas de residencia, y que los niveles de los grupos sociales menos favorecidos son peores que los de las áreas rurales o las indígenas. Se comprueba así que las diferencias de tipo socioeconómico son más significativas, lo cual se ratifica al considerar las relativas a la educación, pues los niveles educativos están claramente asociados a los referidos al poder adquisitivo.

En efecto: las tasas de mortalidad infantil, que con respecto a las áreas de residencia y la condición étnica se diferenciaban en alrededor del 20%, ostentan variaciones de más del doble entre los peones agrícolas y los sectores medios urbanos, mientras que las tasas existentes entre la población sin ningún tipo de instrucción con frecuencia son tres veces más elevadas que las de la población con más de seis cursos aprobados (cuadro II.65). Por otra parte, las tasas de mortalidad infantil alrededor de 1980 eran siempre superiores a los cien muertos por mil nacidos vivos en Guatemala, Honduras y Nicaragua tanto entre los peones agrícolas como entre la población sin instrucción.

Para examinar el tema de la nutrición se consideran una serie de indicadores relativos a la disponibilidad diaria de calorías y proteínas por habitante, así como la incidencia de la extrema pobreza o indigencia, términos que caracterizan a los sectores de la población que no satisfacen sus necesidades básicas en

el aspecto nutricional.

La evolución en la disponibilidad diaria de calorías por habitante a nivel nacional no fue en ningún caso muy reseñable. Sin embargo, fue constante y positiva en Belice, Costa Rica y Guatemala, incluso en los ochenta. En Nicaragua y El Salvador la tendencia positiva se revirtió en los ochenta, probablemente como consecuencia de las guerras civiles en las que se vieron envueltos. Belice y Costa Rica consiguieron, por lo menos desde los años setenta, alcanzar de manera definitiva una suficiente disponibilidad diaria de calorías. Los progresos de Guatemala y Honduras fueron constantes desde los sesenta, pero --sobre todo en el segundo caso-- insuficientes. Panamá se mantuvo, durante todos los años considerados, alrededor del mínimo de este indicador. Mientras que El Salvador nunca lo alcanzó y la regresión ya señalada de Nicaragua lo hizo descender en este país por debajo de dicho mínimo (cuadros II.66-II.67).

En términos generales, como en relación al indicador anterior, la evolución de la disponibilidad diaria de proteínas por habitante fue lenta y discontinua. Belice, Costa Rica y Panamá rebasaron el mínimo de 60 gramos al final de los sesenta y los setenta, manteniendo su posición favorable durante los ochenta. La evolución de Guatemala fue más positiva y constante que la de Honduras y El Salvador, alcanzando el mínimo señalado al final de periodo. Nicaragua, que tenía la situación más favorable de la región tradicionalmente, por la abundancia de ganado vacuno que le caracterizó desde el siglo XVII, descendió por debajo del mínimo durante los ochenta, constituyéndose en

el único país de la región en el que se manifestó una tendencia negativa en este sentido de manera clara (cuadro II.69).

Sin embargo, a pesar de los progresos señalados a nivel nacional, proporciones significativas de las poblaciones centroamericanas mantuvieron altos índices de desnutrición durante todo el periodo. En 1970, el consumo promedio diario de calorías entre la mitad de la población con menores ingresos era claramente insuficiente, aunque algo mayor en Costa Rica y Nicaragua que en El Salvador, Guatemala y Honduras. Como contrapartida, este consumo era ampliamente duplicado entre el 5% más rico de la población (cuadro II.68). De manera similar, en esa misma fecha, el 50% más pobre de las poblaciones centroamericanas consumía en promedio una cantidad de proteínas insuficiente. En El Salvador, Guatemala y Honduras este consumo era de aproximadamente la mitad de lo considerado como adecuado y en Costa Rica y Nicaragua alrededor de las dos terceras partes. En este caso, las diferencias nutricionales entre los distintos estratos socioeconómicos eran todavía mayores, pues el cinco por ciento más rico de la población consumía con frecuencia tres y hasta cuatro veces más proteínas que el referido 50% más pobre (cuadro II.70).

En 1980, más de la mitad de los hondureños y salvadoreños no conseguían subsanar sus necesidades alimenticias básicas, de la misma forma que un tercio de los guatemaltecos y nicaragüenses y que casi la cuarta parte de los panameños. En Costa Rica, por el contrario, la extrema pobreza afectaba sólo al 14% de la población. En todos los países de América Central,

como en Iberoamérica en general, dicha situación era menos dramática entre la población urbana que entre la rural. Entre un 36 y un 70% de la población rural de El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua se encontraba en situación de indigencia en 1980. Las cifras sobre la incidencia de la extrema pobreza en Centroamérica en 1990 indican que, durante los ochenta, ésta permaneció más o menos estancada en Costa Rica y Panamá pero se agudizó en los otros cuatro países de la región. En dicha fecha, entre el 52 y el 63% de las poblaciones totales de El Salvador, Guatemala y Honduras se encontraban en situación de indigencia, en tanto que en torno al 70% de sus poblaciones rurales padecían el mismo problema. En Nicaragua la situación era algo mejor, pues "sólo" poco más del 40% de su población total y poco más del 50% de la rural era considerada indigente (cuadro II.38).

En cuanto a los recursos humanos directamente vinculados con la salud, el número de habitantes por cada médico disminuyó en todos los casos notablemente durante el periodo estudiado. Esta tendencia positiva se mantuvo durante los ochenta en todos los países de la región, con excepción de El Salvador, donde se produjo una ligera involución de la dinámica positiva que había mantenido hasta entonces. En general, el porcentaje de médicos por habitante se duplicó ampliamente en la región entre 1960 y 1984. La evolución del porcentaje de auxiliares de médico en relación a la población, fue también bastante positiva en términos generales. Durante los ochenta esta tendencia

favorable se revirtió ligeramente en El Salvador y Honduras, pero en los demás países de la región no se produjo esta regresión (cuadro II.71).

En cuanto a la cobertura de la seguridad social, prácticamente todo lo alcanzado al final del periodo se consiguió a lo largo del mismo, es decir, durante la segunda mitad del siglo XX. A mediados de los ochenta, en Costa Rica y Panamá la seguridad social protegía a entre el 60 y el 70% de la PEA, en Guatemala y Nicaragua, al 30% aproximadamente y en El Salvador y Honduras, a poco más del 10%. En la mayor parte de los países, dicha cobertura se estancó o retrocedió en términos relativos durante los ochenta. Sólo en Panamá y sobre todo en Nicaragua aumentó de manera significativa en esos años (cuadro II.72).

A partir de los indicadores disponibles, se constata que las condiciones de vivienda en Centroamérica mejoraron significativamente durante las dos décadas anteriores a 1980. Sin embargo, es probable que esta mejoría comenzara una década antes, paralelamente a los avances ocurridos en otros aspectos socioeconómicos. Durante los años ochenta, sobre los que se tiene referencia en cuanto a la evolución de ciertos indicadores entre 1980 y 1985, se produjo un fuerte deterioro en relación a las condiciones de la vivienda en Honduras y Guatemala; y estancamiento o mejoría, según los indicadores en cuestión y los segmentos de la población a los que se refieran, en los otros cinco países de la región.

En general, la evolución de la población que dispone de agua

potable en la región fue positiva tanto en el periodo largo como en la etapa de auge. Con respecto a la situación de este tópico al final de los ochenta, los países centroamericanos pueden dividirse en tres grupos. El primero está integrado con Costa Rica y Panamá, los países de la región con una mejor posición en este sentido: en ambos la totalidad de la población urbana contaba con este servicio, pero en relación a la rural no sucedía lo propio, sobre todo en Panamá. El segundo grupo quedó conformado con dos países: Belice y Guatemala. Con respecto a la población urbana, en Belice todo el mundo contaba con agua potable al final de los ochenta y en Guatemala el 90%, pero en relación a la población rural sólo el 40% disponía de este líquido en ambos países. El tercer grupo lo constituyen El Salvador, Honduras y Nicaragua, con los menores porcentajes de la región en esta variable, con la excepción de la población rural de Honduras. En Honduras y Nicaragua, poco más de la población nacional disponía de agua potable, pero en el primer caso la diferencia entre la población urbana y rural no era muy llamativa, en tanto que en el segundo sí: el 80% de la población urbana nicaragüense disponía de ella, pero sólo sucedía lo propio con el 20% de la que residía en áreas rurales. En El Salvador, apenas un 40% de la población nacional contaba con este servicio, debido sobre todo al muy escaso porcentaje, 10 puntos, referido a la población rural. En la etapa de crisis, hubo aumentos significativos en las poblaciones urbanas de El Salvador y Nicaragua, así como en las rurales de Guatemala, Honduras y Nicaragua, al tiempo que se

producían retrocesos, también significativos, en la población urbana de Honduras y en la rural, muy intenso, de El Salvador (cuadro II.73).

Con respecto a la expansión del alcantarillado, la evolución fue positiva en todos los países de la región, tanto en el periodo largo, con la excepción de Honduras donde prevaleció el estancamiento entre la población urbana, como en la etapa de auge. En la etapa de crisis, se mantuvo en general la tendencia positiva anterior, salvo entre las poblaciones urbanas de Nicaragua, donde prevaleció el estancamiento, y Honduras, donde tal indicador tuvo un fuerte retroceso. Al final de los ochenta, las situaciones mejores de la región se encontraban en Costa Rica y Panamá, aunque casi un 70% de la población rural de este último país carecía de alcantarillado. En una posición intermedia se encontraban Belice, El Salvador y Guatemala. Entre el 67 y el 86% de las poblaciones urbanas de estos tres países, disponía de este servicio, pero tal porcentaje nunca alcanzaba 50 puntos en el área rural. Sin embargo, esta situación era mejor en Guatemala que en El Salvador, donde apenas el 40% de la población rural estaba servida con alcantarillado, y Belice, donde este porcentaje se ubicaba por debajo de los 30 puntos. En Honduras y Nicaragua, se encontraban las menores proporciones nacionales de población servida con alcantarillado: 33 y 27% respectivamente. En el primer caso, la población rural se encontraba, caso insólito en una situación un poco mejor que la urbana, pero en Nicaragua, en tanto que el 35% de la población urbana disponía

de este servicio, sólo sucedía lo propio con el 16% de la rural (cuadro II.74).

Los porcentajes recabados acerca de las viviendas que disponen de luz eléctrica en América Central, se refieren únicamente a la etapa de auge y permiten sacar tres conclusiones: la tendencia general fue positiva, las diferencias nacionales al respecto eran significativas, al estar Costa Rica y Panamá en una mejor posición relativa, pero mucho más notorias todavía eran las existentes entre los ámbitos urbano y rural (cuadro II.75).

CONCLUSION

Las conclusiones del presente trabajo se han dividido en tres bloques. El primero pone de relieve los elementos comunes que se han detectado en relación al desarrollo socioeconómico de los países centroamericanos en los tres lapsos estudiados: el periodo largo, que abarca las últimas cuatro décadas, y las dos etapas, la de auge y la de crisis, que dicho periodo comprende. El segundo bloque trata sobre las diferencias nacionales que se han hecho perceptibles al analizar dicho tema, las cuales se refieren tanto a los distintos dinamisismos de los tópicos estudiados como al nivel alcanzado por ellos al final del periodo. El tercero plantea algunos asuntos que se derivan de lo examinado en este trabajo, aunque también involucran temas de carácter político no desarrollados en él.

Con respecto a las tendencias generales, se exponen primero las de carácter social, comenzando por las que han demostrado una mayor independencia en relación a la crisis económica de los ochenta y terminando por las que fueron más afectadas por ella, y a continuación, después de un breve inciso que trata sobre algunas permanencias relativas también a lo social, las de tipo económico.

Los principales aspectos demográficos evolucionaron con una notable independencia de la crisis económica de los ochenta. El incremento de la población y el grado de urbanización, el descenso de la tasa de mortalidad y el mantenimiento de una natalidad alta, así como el alto grado de juventud de la

población y de la dependencia demográfica, fueron características comunes en todos los países de la región a lo largo de todo el periodo largo y no se vieron afectados de manera notoria por la crisis económica de la llamada "década perdida". En efecto, los únicos cambios algo significativos en tales dinámicas, que no afectaron al proceso de urbanización, sólo se percibieron con cierta claridad en dos países, Costa Rica y Panamá --cierta disminución en las tasas de crecimiento demográfico y natalidad, así como en la proporción de jóvenes y de población dependiente--, y además sus primeras manifestaciones se produjeron antes de que se iniciara la mencionada crisis.

En lo relativo a la educación, la vivienda y la salud, los efectos de la crisis económica no fueron especialmente notorios, aunque sí mayores, sobre todo en los dos primeros aspectos, que los producidos sobre las variables demográficas mencionadas. En general, los indicadores vinculados directamente con las condiciones de la salud --esperanza de vida al nacer, mortalidad infantil, número de habitantes por médico y auxiliar de médico-- muestran que esta dimensión de lo social tuvo una evolución positiva en todos los países de la región a lo largo de los tres lapsos considerados. En la etapa de crisis, los comportamientos negativos se circunscribieron al aumento del número de habitantes por médico o auxiliar de médico en Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras. En la educación los progresos fueron también significativos en el periodo largo y en la etapa de auge, pero

en la de crisis fue frecuente el estancamiento, en especial en lo referido al abatimiento del analfabetismo y la expansión de la enseñanza superior. Sin embargo, en esta etapa fueron notables los progresos realizados por Honduras y Nicaragua tanto en la alfabetización como en la cobertura de la educación primaria. En cuanto a la mejoría en las condiciones de la vivienda, se han hecho evidentes asimismo en el periodo largo y en la etapa de auge, pero en la de crisis, mientras esta misma tendencia se mantenía en general en relación a la expansión del alcantarillado, el servicio de agua potable tenía evoluciones dispares. En esta última etapa, los retrocesos más notables se manifestaron, en términos relativos, entre la población rural salvadoreña, que vio cómo empeoraba su acceso al agua potable, y entre la población urbana de Honduras, cuya situación se agravó en relación tanto con el agua potable como con el alcantarillado.

Una de las manifestaciones más preocupantes de la crisis económica de los ochenta se produjo en relación a la estructura ocupacional. Aunque en estos años la importancia relativa de la PEA agropecuaria siguió descendiendo, en clara correspondencia con el hecho ya anotado de que se mantuvo el proceso de urbanización previo, las manifestaciones más claras de ascendente movilidad social estructural se estancaron o retrocedieron. Este tipo de movilidad social ascendente, que está claramente relacionada con aumentos globales de niveles de vida, fue una característica general en todos los países de la región en la etapa de auge. Sus manifestaciones más nítidas

fueron los incrementos de las importancias relativas tanto de los tres rubros ocupacionales asociados con mayores ingresos y prestigio social --gerentes, profesionales y empleados-- como del sector formal urbano. Estos incrementos evidencian la expansión, o incluso el surgimiento, de modernos grupos empresariales, estratos obreros y sectores medios, como respuesta al dinámico comportamiento de la iniciativa privada y del sector público. Sin embargo, en la etapa de crisis, aunque no se revirtieron por completo los logros obtenidos en la etapa previa, lo que significa que en el periodo largo son también perceptibles estas tendencias modernizadoras, la evolución cambió de signo. La importancia relativa de las tres ocupaciones mejor remuneradas permaneció en general estancada, al tiempo que en las áreas metropolitanas de América Central el sector informal crecía más intensamente que el formal, sobre todo en los países que más padecieron la crisis económica: El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua.

Sin embargo, de los aspectos considerados como sociales en este trabajo, los más afectados por la crisis económica de los ochenta fueron, como es lógico, los que tienen una mayor vinculación con el poder adquisitivo de la población. También resulta lógico que los países que más padecieron esta crisis sean los que mostraron un mayor deterioro en estos aspectos. En efecto: en esta etapa los comportamientos de El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua con respecto al producto por habitante y la expansión del sector informal urbano, así como a la evolución de los salarios mínimos reales, el desempleo y

la pobreza, siempre fueron negativos y peores que los de Costa Rica y Panamá, los países que, junto con Belice, resintieron esta crisis de manera menos intensa. Aunque no se puede afirmar con total certeza, es muy probable que los ingresos de la mayoría de los centroamericanos se incrementase en la etapa de auge. Así lo sugieren sobre todo algunos de los balances realizados con respecto al desarrollo global de dicha etapa; como los referidos al producto por habitante, la productividad nacional y sectorial, la modernización agropecuaria e industrial. Lo que resulta más difícil de establecer es si se produjo esta misma tendencia en el periodo largo; es decir, en qué medida la crisis de los ochenta pudo anular lo obtenido en la etapa previa. En este sentido, por supuesto, la respuesta no puede ser uniforme para todos los países de la región. No parecerían existir muchas dudas de que en los tres países que padecieron la crisis de los ochenta con menor intensidad la mayor parte de sus respectivas poblaciones hayan mejorado sus ingresos en el periodo largo. Pero es dudoso que haya sucedido lo propio en los otros cuatro países de la región y, sobre todo, en Nicaragua, donde en la actualidad el ingreso per cápita es similar al de 1950 y el valor absoluto de los tres sectores económicos, sin tomar en cuenta el aumento demográfico, es inferior al de 1970.

Antes de reseñar las tendencias generales referidas a la economía, resulta conveniente destacar que, a pesar de la evolución positiva del desarrollo social centroamericano, detectable en la mayoría de los aspectos considerados en todos

los países de la región no sólo en la etapa de auge sino también en el periodo largo, se han mantenido hasta el presente profundas desigualdades al interior de todas estas naciones. En efecto, aunque se puede constatar que con frecuencia los sectores menos favorecidos de la región también se beneficiaron en cierta medida de dicho desarrollo social, al final del periodo estudiado los estratos sociales no específicamente modernos, compuestos en lo fundamental por la población rural y el sector informal urbano, incluyendo en ambos casos a los indígenas, mantenían una presencia significativa y estaban claramente asociados con niveles bajos, según los criterios usuales, de salud, educación, poder adquisitivo, alimentación y vivienda. Sin embargo, las diferencias de género, tras importantes avances en los aspectos ocupacionales y educativos, no eran tan marcadas. Con todo, la significación de los sectores sociales no modernos, como en muchos otros aspectos sociales y económicos, era distinta en los diferentes países de la región. Pueden ser considerados como ampliamente mayoritarios en El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, pero en Belice, Panamá y, sobre todo, Costa Rica, si bien no son en absoluto insignificantes, han llegado a ser minoritarios.

Como la social, la evolución económica de los países centroamericanos en las últimas cuatro décadas presenta características comunes. En el periodo largo, hubo crecimiento económico en todos los países de la región, aunque, de acuerdo con la evolución del producto por habitante, este fue

insignificante en Nicaragua y escaso en El Salvador, Guatemala y Honduras. De cualquier manera, el mayor o menor crecimiento detectable en el periodo largo fue determinado en lo fundamental por el dinamismo de la etapa de auge, pues en la de crisis prevaleció el estancamiento o el retroceso: el único ingreso per cápita de la región que en 1994 era significativamente mayor que el ostentado al comienzo de la crisis fue el de Belice. Los crecimientos económicos nacionales en el periodo largo y en la etapa de auge se debieron sobre todo a la expansión de los sectores secundario y terciario, en tanto que la producción agropecuaria, a pesar de mantenerse durante todo el periodo como uno de los motores principales del crecimiento, redujo su importancia relativa. Por el contrario, en la etapa de crisis, la actividad económica menos dinámica fue, salvo en El Salvador, la industrial.

Los procesos de modernización de la planta productiva centroamericana tuvieron comportamientos similares a los del crecimiento económico, al deberse sobre todo a los ocurridos en la etapa de auge. Con respecto a la productividad nacional, tuvo un cierto incremento en todos los países a lo largo de periodo largo, salvo en el Salvador y Nicaragua, donde permaneció estancada. El crecimiento en este sentido, se debió exclusivamente, con la única excepción quizás de Belice, a lo sucedido en la etapa de auge, pues en la de crisis dicha productividad nacional se redujo en los otros seis países de la región. Aunque ello no significa que no se produjesen ciertos signos de modernización a su interior, el desempeño

global del sector terciario fue bastante negativo, con la parcial excepción de Panamá, donde, por otra parte, este sector tiene una importancia singular. En la etapa de auge, la productividad en el sector terciario avanzó en general lentamente, aunque en dos países, Honduras y Nicaragua, llegó incluso a descender. En la subsiguiente etapa de crisis, este retroceso se generalizó y agravó. Estos comportamientos determinaron que en la evolución de la productividad de este sector en el periodo largo primase el descenso, siendo Panamá la única nación centroamericana con progresos mínimamente significativos en este sentido. Por el contrario, la dinámica de la modernización industrial fue positiva en todos los países de la región tanto en el periodo largo como en la etapa de auge, aunque en la de crisis prevaleció su estancamiento. Así sucedió en cuatro naciones istmeñas, si bien manifestó ciertos avances en Costa Rica y Panamá, al tiempo que retrocedía en Nicaragua. Por su parte, la modernización del sector primario --mucho más notoria en la expansión del uso de fertilizantes que en la de la mecanización y en los rendimientos de los cultivos exportables que en los de los alimentos-- fue también una característica común a los siete países de la región en el periodo largo y en la etapa de auge, siendo el sector que en este sentido padeció la crisis económica con menor intensidad. En efecto: incluso en la etapa de crisis se detectó cierto dinamismo modernizador en el agro de todas las naciones centroamericanas, con las excepciones de El Salvador y Nicaragua.

A pesar de la modernización del aparato productivo de América Central en el periodo estudiado, los niveles alcanzados en este sentido, dentro del contexto mundial, e incluso iberoamericano, distaron mucho de poder considerarse como elevados. El grado de modernización industrial obtenido no puede sino calificarse de incipiente. De manera similar, los rendimientos de los cultivos para consumo interno al final del periodo eran de nivel mediano o bajo en el ámbito internacional, salvo algunas excepciones en El Salvador y Guatemala. En el único aspecto donde la modernización de la planta productiva centroamericana alcanzó cierto relieve fue en lo relativo a los productos agropecuarios para la exportación, lo cual resulta lógico si se toma en cuenta que, entre otras cuestiones, tales productos eran los únicos que debían de competir en el mercado internacional. En relación a este tipo de cultivos, al final del periodo todos los rendimientos eran altos, dentro del contexto mundial, en cuatro naciones centroamericanas --Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras--, pero en Nicaragua se alternaban los rendimientos altos con los medianos, en tanto que en Panamá, con la excepción del banano, y Belice predominaban los bajos.

Una de las transformaciones económicas más notorias en el periodo estudiado se refiere a la diversificación de las formas de generación de divisas por parte de la población centroamericana, aunque también en este caso es posible hacer una clara distinción entre la etapa de auge y la de crisis. En la primera, dicha diversificación consistió en lo fundamental

en la ampliación de la oferta de los productos destinados a la exportación, tanto primarios --al café y el banano, los principales productos de exportación consolidados en 1950, se añadieron el azúcar, el algodón, la carne vacuna y los mariscos-- como manufacturados, cuyas ventas eran casi inexistentes al mediar el siglo, pero crecieron significativamente a partir de la creación de Mercado Común Centroamericano. En la etapa de crisis, la tendencia general consistió en el estancamiento del proceso previo de diversificación de la oferta de bienes, aunque en este sentido hubo excepciones negativas, como el derrumbe de las exportaciones de algodón, y positivas, como la consolidación de nuevos productos primarios de exportación en Guatemala y, sobre todo, Costa Rica. No obstante, en esta etapa de crisis, la diversificación en las formas de generar divisas se sustentó en lo fundamental en rubros distintos a los que habían predominado antes, como la venta de productos maquilados, el turismo y las remesas enviadas por los trabajadores centroamericanos residentes en el extranjero. Esto supuso un cambio profundo en la inserción de América Central en la economía mundial y, hasta cierto punto, en los factores dinamizadores de las economías nacionales, aunque en general estas nuevas maneras de obtención de divisas, a diferencia de las generadas en la etapa de auge, no tuvieron efectos notables en el robustecimiento de las respectivas plantas productivas.

Debido a que las economías centroamericanas se han venido caracterizando por su alto nivel de dependencia con respecto

a las exportaciones, no resulta extraño que la evolución del valor de éstas haya sido similar a la de las economías globales de la región. Por tanto, las diferencias de comportamiento en el sector exportador centroamericano en las etapas de auge y crisis no se reducen a las señaladas en relación a su diversificación: también involucran tendencias distintas en su crecimiento cuantitativo. En efecto: el notable incremento de las exportaciones en el periodo largo, se debió sobre todo al obtenido en la etapa de auge, porque en la de crisis hubo descensos importantes en todos los países de la región. En 1994, el valor de las exportaciones, a precios corrientes, era considerablemente superior al de 1980 en Belice, Costa Rica y Panamá, pero en Nicaragua era todavía inferior y en los otros tres países de la región la diferencia, aunque positiva, no era notoria.

De acuerdo con los niveles económicos y sociales detentados al final del periodo estudiado, se ha dividido a los países centroamericanos en dos grupos. El primero está integrado por Belice, Costa Rica y Panamá; el segundo, por El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua. Pero es necesario hacer dos salvedades al respecto. Según algunos de los elementos considerados, Belice merecería quizás integrar un grupo intermedio entre los dos señalados, pues sus niveles de modernización económica y condiciones sociales en ocasiones son medianos e incluso bajos; en tanto que en Nicaragua los niveles económicos, no así los sociales, suelen ser claramente

inferiores a los del resto de su grupo. Los principales criterios para establecer tal clasificación han sido los niveles nacionales detentados al final del periodo en relación tanto con el PIB por habitante --claramente relacionado con el crecimiento en el periodo largo de la economía global y sectorial, así como con el de las exportaciones-- como con distintos indicadores sociales. Las similitudes entre los niveles de variables tan diversas muestran una evidente correlación entre ellas.

En Costa Rica y Panamá coinciden los niveles de ingreso por habitante más altos de la región en torno a 1990 con los crecimientos más intensos en el periodo largo, así como en las dos etapas, en relación al propio PIB por habitante, los distintos sectores económicos y las exportaciones. En todos estos aspectos sólo hay una excepción notable: el crecimiento del sector primario panameño en el periodo largo, a diferencia del costarricense, que también destacó en este sentido, fue similar al de otros países del segundo grupo, al predominar el incremento mediano tanto en la producción de alimentos como en la destinada a la exportación. Sin embargo, este moderado dinamismo en el sector primario panameño fue compensado por el buen desempeño del sector terciario y, en especial, de la rama de servicios básicos, la más directamente vinculada con la actividad canalera, lo que demuestra, entre otras cuestiones, la gran importancia de esta actividad en la economía global de Panamá. Otra prueba al respecto la constituye el hecho de que el alto crecimiento de las exportaciones de este país estuviera

fuertemente condicionado por el comportamiento de dos rubros que también están íntimamente ligados al mencionado accionar de la Zona del Canal: la exportación de servicios y la reexportación. Otra distinción notable entre Costa Rica y Panamá en lo relativo a los temas económicos se refiere al dinamismo y nivel alcanzado por la modernización industrial y agraria en uno y otro país, pues en todos estos aspectos las calificaciones obtenidas por Costa Rica fueron altas y medianas las relativas a Panamá. No obstante, este país sobresalió en el contexto regional por el incremento de la productividad en el sector terciario, cuya significación en la economía nacional acaba de ser subrayada.

En cuanto al nivel de las condiciones sociales, existe un gran parecido entre Costa Rica y Panamá. Son los dos únicos países de la región donde se ha percibido, si bien en fechas relativamente recientes, cierto descenso del crecimiento demográfico, la natalidad, el grado de juventud de la población y el nivel de dependencia demográfica. Asimismo son las naciones de la región con una menor proporción de pobres y de personas ocupadas en los dos sectores ocupacionales de menores ingresos: el urbano informal y el primario; en tanto que sus porcentajes son los mayores de la región en relación a las tres ocupaciones mejor remuneradas y el empleo urbano formal. Estos dos países también sobresalen positivamente por sus condiciones educativas, de salud y vivienda, aunque en estos casos se debe hacer otra salvedad: los niveles educativos y de vivienda en el agro de Panamá son medianos, lo que probablemente está

relacionado con el regular desempeño económico del sector primario en este país.

Por su parte, en Belice el ingreso por habitante al final del periodo era similar al de Costa Rica y Panamá, así como el alto crecimiento durante todo el periodo largo de su economía nacional y de los sectores primario, secundario, terciario y exportador. Sin embargo, su nivel de modernización es mediano en la industria, donde también predominó al respecto un dinamismo intermedio, y bajo en el agro, a pesar de los notables progresos realizados en este sentido. Con respecto a las condiciones sociales, la posición de Belice es parecida a la de Costa Rica y Panamá en la baja proporción de la PEA agropecuaria, en la favorable situación educativa, en la baja tasa de mortalidad infantil y en el número de habitantes por auxiliar de médico, pero los niveles de Belice son medianos en cuanto al porcentaje de las tres profesiones mejor remuneradas y la esperanza de vida al nacer; en tanto que son similares a los del segundo grupo en la proporción de jóvenes, en la dependencia demográfica, en las condiciones de la vivienda rural y en el número de habitantes por médico.

El Salvador, Guatemala y Honduras, comparten bajos niveles de ingreso per cápita al final del periodo, así como crecimientos bajos en el periodo largo e intensos deterioros en la etapa de crisis con respecto a la evolución de este mismo indicador, pero en la etapa de auge su crecimiento sólo fue bajo en Honduras, mientras que en los otros dos países se ha calificado de mediano. El crecimiento de las exportaciones fue

similar al del producto por habitante: en los tres países fue escaso en el periodo largo y padeció agudamente la crisis de los ochenta, pero en la etapa de auge su peor desempeño lo obtuvo en Honduras. En cuanto al crecimiento sectorial, predominaron los aumentos medianos en el contexto regional, pero hubo algunas excepciones importantes al respecto, sobre todo en relación al sector primario. Los crecimientos de este sector fueron muy bajos tanto en Honduras en la etapa de auge, debido en especial al comportamiento de la producción alimenticia, como en El Salvador en la etapa de crisis, al resultar afectada la producción de alimentos y de cultivos exportables; pero en Guatemala fue relativamente alto en los tres lapsos en ambos aspectos. Con respecto a la modernización económica en estos tres países, la productividad nacional tuvo magros incrementos en Guatemala y Honduras en el periodo largo, pero se estancó en El Salvador; la productividad del sector terciario, también en el periodo largo, decreció en todos ellos, debido sobre todo a su desempeño en la etapa de crisis; a pesar de su estancamiento en esta etapa, la dinámica modernizadora de la industria en el periodo largo fue alta en El Salvador y Guatemala, países que actualmente comparten con Costa Rica los niveles más altos de la región en este sentido, pero no sucedió lo propio en Honduras, donde la intensidad del proceso modernizador en la industria, así como su nivel actual, ha sido calificado de mediano. Por su parte, El Salvador y Guatemala también comparten en la actualidad, a diferencia de Honduras, donde es mediano como resultado de una dinámica del

mismo tipo, altos niveles regionales en la modernización agraria, si bien en El Salvador ello no fue consecuencia de un notable desarrollo al respecto en el periodo largo, sobre todo por las negativas repercusiones de la crisis de los ochenta, mientras que Guatemala sí se destacó en el ámbito regional por sus avances en este sentido, en especial con respecto a los rendimientos de los cultivos para consumo interno.

En cuanto a las condiciones sociales, El Salvador, Guatemala y Honduras presentan todavía altos índices de crecimiento demográfico y natalidad, así como un alto grado de juventud y dependencia demográfica. Asimismo son altos sus porcentajes de PEA agrícola, de PEA urbana informal y de pobreza, en tanto que son bajos los relativos a las tres ocupaciones mejor remuneradas y el empleo urbano formal. Por último, también son bajos sus niveles en salud, vivienda y educación, pero sobre este último aspecto cabe hacer dos matizaciones: en sentido positivo, sobresale Honduras, por su nivel de escolarización en primaria, y en el sentido contrario se destaca Guatemala, tanto por ostentar en general la peor situación educativa de la región como porque en ella se siguen manifestando notorias diferencias de género.

Por último, en Nicaragua, las condiciones sociales son similares a las de estos tres últimos países, pero no sucede lo mismo con lo relativo a la economía: su producto por habitante es notoriamente inferior al de ellos, así como lo ha sido su crecimiento en el periodo largo de la economía nacional y de los sectores primario, secundario, terciario y exportador.

Pero estos pocos resultados en el periodo largo se debieron en lo fundamental a que Nicaragua ha padecido con especial virulencia la crisis de los ochenta, pues en la etapa de auge fueron altos sus crecimientos en el ingreso per cápita, la exportación, la industria y la producción agropecuaria. Además, Nicaragua detenta en la actualidad los niveles regionales más bajos en modernización industrial y agraria, al tiempo que su problema con la deuda externa no tiene parangón en América Central y son escasos sus ingresos de divisas procedentes de la industria maquiladora y las remesas de trabajadores radicados en el exterior.

A partir de los distintos ritmos nacionales de desarrollo económico que han sido estudiados en el presente trabajo, es dable plantearse las posibles relaciones entre desarrollo económico y dos cuestiones vinculadas con las formas de ejercer el poder estatal y con algunas de las maneras de disputarlo: el régimen político y el conflicto político-militar. Con respecto a este último, Bulmer-Thomas afirma, de manera atinada, que se puede observar su clara incidencia negativa sobre el comportamiento económico nacional en la historia reciente de América Central. En efecto: los principales conflictos político-militares centroamericanos en el periodo que nos ocupa, bien provocaron crisis económicas bajo condiciones externas favorables, como en la Guatemala de la primera mitad de los cincuenta y en la Nicaragua de entre 1978 y 1979, bien agravaron los problemas económicos condicionados

por el exterior, como en El Salvador y Nicaragua en la década de los ochenta (Bulmer-Thomas, 1989: 361).

Pero si con respecto a los temas analizados en este trabajo se puede demostrar la relación íntima y negativa entre conflicto político-militar y desarrollo económico, en absoluto sucede lo mismo con la que se pretende establecer con frecuencia entre tipo de régimen político y desarrollo económico; en el sentido de que la democracia propiciaría el desarrollo económico en mucha mayor medida que la dictadura. A lo largo de este trabajo, se encuentran pruebas numerosas que demuestran que la intensidad del desarrollo económico nacional es independiente de los regímenes políticos imperantes. Es cierto que Costa Rica, con una de las democracias más consolidadas de Iberoamérica, se destaca en el contexto centroamericano por su buen desempeño económico, pero también lo es que algo similar ha sucedido con Panamá, cuyos distintos regímenes políticos no siempre se han caracterizado por sus rasgos democráticos en las últimas décadas. Sin embargo, dentro de nuestro objeto de estudio, el proceso que niega de manera más evidente la validez de la pretendida vinculación entre dictadura y escaso o nulo desarrollo económico es el referido al intenso dinamismo económico de Nicaragua entre 1950 y 1977, lapso en el cual este país estuvo gobernado por un régimen político que, sin ninguna duda, merece el calificativo de dictatorial. Quizás alguien se sienta tentado a sostener que ésta es la excepción que confirma la regla, pero se le podría responder con dos aseveraciones: en la historia reciente de la

humanidad hay numerosos ejemplos de convivencia entre dictadura y buen desempeño económico; por otra parte, en el aspecto que nos ocupa, como en tantos otros, las excepciones, lejos de confirmar ninguna regla, las destroza.

Mucho se ha escrito con la finalidad de explicar los éxitos económicos, sociales y políticos de Costa Rica en las últimas décadas. No es éste, obviamente, el momento indicado para enfrentar el tema con la amplitud que requiere. No obstante, puede resultar interesante terminar este estudio con algunas reflexiones que vinculan sus dos últimas conclusiones: la íntima relación del conflicto político-militar con la crisis económica y la independencia entre tipo de régimen político y desarrollo económico. En este sentido, se podría afirmar que el relativamente intenso desarrollo económico de Costa Rica en el periodo largo no se debió, en lo fundamental, a un supuesto influjo directo de la democracia imperante en este país sobre su economía, pero sí se ha relacionado con ella de manera indirecta: a través, precisamente, de contribuir a evitar que dicho país sufriera, como la mayoría de sus vecinos, graves conflictos político-militares. No es extraño que esto haya sucedido así, pues la democracia costarricense, como las democracias en general, se caracteriza, entre otros asuntos, por ser un régimen político más propicio que otros en orden a conseguir dirimir de manera pacífica los conflictos sociales y políticos que ineludiblemente aparecen en toda sociedad contemporánea. Por esta razón, la democracia en general, como se ha demostrado en el caso de Costa Rica, tiene más

posibilidades que la dictadura de evitar, también a largo plazo, los conflictos violentos generalizados, los cuales, como se anotaba, repercuten negativamente sobre la economía. Por supuesto, con estos comentarios no se pretende establecer una relación unívoca entre ausencia de conflicto político-militar y desarrollo económico, lo cual sería tan simplista como absurdo; únicamente se trata de señalar algunas de las posibles influencias positivas, aunque indirectas, de la democracia sobre la economía.

ANEXO ESTADISTICO

Indice de cuadros

- I.1. Ingreso por habitante y nivel de desarrollo humano.
- I.2. Crecimiento del PIB per cápita.
- I.3. Importancia relativa de las actividades económicas en el PIB.
- I.4. Incremento porcentual del producto por trabajador.
- I.5. Crecimiento del sector primario.
- I.6. Modernización agrícola.
- I.7. Café verde. Superficie, rendimiento y producción.
- I.8. Banano. Producción.
- I.9. Caña de azúcar. Superficie, rendimiento y producción.
- I.10. Algodón sin desmontar. Superficie, rendimiento y producción.
- I.11. Maíz. Superficie, rendimiento y producción.
- I.12. Frijol seco. Superficie, rendimiento y producción.
- I.13. Arroz en cáscara. Superficie, rendimiento y producción.
- I.14. Crecimiento de la industria manufacturera.
- I.15. Modernización industrial.
- I.16. Exportación de bienes y servicios y de bienes.
- I.17. Exportación de productos principales y no tradicionales (porcentajes).
- I.18. Exportación de diez productos principales (porcentajes).
- I.19. Exportación de manufacturas e intrarregional.
- I.20. Deuda externa total desembolsada (millones de dólares).

- I.21. La carga de la deuda externa total desembolsada (porcentajes).
- I.22. Remesas por pagos de utilidades e intereses (porcentaje del valor fob de las exportaciones totales de bienes y servicios).
- II.1. Población total (miles de personas).
- II.2. Tasa de crecimiento total (por cien habitantes).
- II.3. Tasa bruta de mortalidad (por cien habitantes).
- II.4. Tasa de mortalidad en niños menores de una año y porcentaje de defunciones de menores de cinco años sobre el total de defunciones, 1984-1988.
- II.5. Tasa bruta de natalidad (por cien habitantes).
- II.6. Tasa global de fecundidad.
- II.7. Tasa de migración externa (por cien habitantes).
- II.8. Migración externa neta (miles de personas).
- II.9. Población censada fuera de su país de nacimiento (miles de personas).
- II.10. Población refugiada en México y otros países del Istmo en los ochenta (miles de personas).
- II.11. Población emigrada a Estados Unidos, población refugiada en Centroamérica (incluye México) y población desplazada al interior de los propios países en conflicto en 1989 (miles de personas).
- II.12. Población menor de 15 años (porcentajes).
- II.13. Porcentaje de urbanización y tasa de crecimiento de la población urbana.

- II.14. Población en ciudades de 20.000 habitantes y más, así como en el área metropolitana principal (porcentajes sobre la población nacional).
- II.15. Superficie agrícola y forestal.
- II.16. Dependencia demográfica (porcentajes de la población menor de 15 años y mayor de 64 sobre la población de 15 a 64).
- II.17. Tasa referida de participación en la actividad económica (porcentaje de la PEA de 10 años y más, salvo en Belice -- 15 años y más-- y Costa Rica --12 años y más--, sobre el total de la población de la misma edad).
- II.18. Participación de la mujeres en la PEA nacional (porcentajes).
- II.19. Jefatura del hogar en 1984-1987 (porcentajes).
- II.20. Población económicamente activa por sector económico (porcentajes).
- II.21. Empleo y productividad industrial.
- II.22. Población económicamente activa por ocupación (porcentajes).
- II.23. Población económicamente activa por estratos ocupacionales (porcentajes).
- II.24. Población femenina económicamente activa por ocupación (porcentaje de ocupados y de mujeres sobre ambos sexos).
- II.25. Importancia de la fuerza laboral femenina en algunas ocupaciones, 1971-1984 (porcentaje de mujeres sobre ambos sexos).
- II.26. Funcionarios del sector público.

- II.27. Porcentaje de la población ocupada en el sector público.
- II.28. Población económicamente activa por categoría ocupacional (porcentajes).
- II.29. Sectores formal e informal (porcentajes sobre la PEA total).
- II.30. Sectores formal e informal (porcentajes sobre la PEA urbana y agrícola).
- II.31. División de las ocupaciones de "comerciantes" y "obreros urbanos" según categorías ocupacionales (porcentajes).
- II.32. Sector informal en áreas metropolitanas (porcentajes).
- II.33. Composición del sector informal en áreas metropolitanas según categoría ocupacional y su importancia relativa en el empleo de los sectores económicos hacia 1989.
- II.34. Distribución de la tierra por tamaño de fincas y superficie (porcentajes).
- II.35. Índice de salarios mínimos reales en 1980 (base 1970=100) y variación acumulada de los salarios reales entre 1980 y 1987.
- II.36. Desempleo (porcentaje de la PEA).
- II.37. Subocupación (porcentaje de la PEA).
- II.38. Pobreza e indigencia (porcentajes sobre el total de la población).
- II.39. Estructura de la distribución del ingreso (porcentajes).
- II.40. Niveles de ingreso (dólares de 1970).
- II.41. Diferencia de ingreso entre el 20% más rico y el 20% más pobre.
- II.42. Grado de analfabetismo (porcentajes).

- II.43. Población alfabetizada y analfabetizada por estratos de necesidades básicas en 1978 (porcentajes).
- II.44. Población analfabetizada según grupo étnico en Guatemala (porcentajes).
- II.45. Promedio de años de escolarización de la población adulta (25 años o más) en 1990.
- II.46. Matrícula inicial en educación primaria, media y superior (miles de alumnos).
- II.47. Tasa bruta de matrícula en la educación primaria, media y superior (porcentaje de matriculados sobre la población del grupo de edades correspondiente).
- II.48. Educación primaria.
- II.49. Participación femenina en la matrícula universitaria.
- II.50. Nivel de instrucción de la PEA según zona de residencia, alrededor de 1960 (años aprobados por la PEA de 10 años y más).
- II.51. Nivel de instrucción de la PEA según zona de residencia, alrededor de 1970 (años aprobados por la PEA de 10 años y más).
- II.52. Nivel de instrucción de la población de 10 años y más por sexo a mediados de los ochenta.
- II.53. Nivel educativo de la población por estrato de satisfacción de necesidades básicas al final de los ochenta (porcentajes).
- II.54. Educación pública primaria y secundaria en 1971 (porcentajes sobre el total).
- II.55. Porcentaje de alumnos matriculados en universidades

públicas.

- II.56. Gasto público en educación (porcentaje del PIB).
- II.57. Esperanza de vida al nacer (años).
- II.58. Tasa de mortalidad infantil (muertos menores de un año por cada mil nacidos vivos).
- II.59. Principales causas de defunción en la población general.
- II.60. Principales causas de defunción de 1 a 4 años.
- II.61. Principales causas de defunción en menores de un año.
- II.62. Mortalidad infantil por áreas urbanas y rurales.
- II.63. Mortalidad infantil en Guatemala según grupo étnico (menores de dos años).
- II.64. Mortalidad infantil por grupo sociocupacional del jefe del hogar.
- II.65. Tasas de mortalidad infantil por educación de la madre.
- II.66. Disponibilidad diaria de calorías por habitante.
- II.67. Porcentaje de las necesidades mínimas promedio de calorías.
- II.68. Estimación del consumo diario de calorías por estratos de ingreso, 1970.
- II.69. Disponibilidad diaria de proteínas por habitante (gramos).
- II.70. Estimación del consumo diario de proteínas por estratos de ingreso, 1970.
- II.71. Número de habitantes por cada médico y por cada auxiliar médico.
- II.72. PEA protegida por la seguridad social.
- II.73. Población que dispone de agua potable (porcentajes).

II.74. Población servida con alcantarillado (porcentajes).

II.75. Viviendas que disponen de luz eléctrica (porcentajes).

Cuadro I.1

INGRESO POR HABITANTE Y NIVEL DE DESARROLLO HUMANO

	PIB por habitante (dólares de 1980)				PIB real per cápita (PPA en dólares) c) 1990	Índice de desarrollo hu- mano (IDH) c) 1990	Lugar ocupado a nivel mundial según IDH c) 1990
	1950a)	1970b)	1980b)	1989b)			
Iberoamérica	925	1.499	2.013	1.872	----	-----	----
Argentina	1.864	2.749	3.010	2.354	4.295	0.832	46
Belice	----	----	1.170	1.461	3.000	0.689	82
Bolivia	599	691	785	601	1.572	0.398	122
Brasil	583	1.112	2.011	2.020	4.718	0.730	70
Colombia	634	897	1.207	1.379	4.237	0.770	61
Costa Rica	636	1.201	1.552	1.460	4.542	0.852	42
Cuba	----	----	----	----	2.200	0.711	75
Chile	1.480	2.121	2.315	2.526	5.099	0.864	36
Ecuador	539	755	1.415	1.363	3.074	0.646	89
El Salvador	489	720	773	651	1.950	0.503	110
Guatemala	609	756	983	797	2.576	0.489	113
Haití	209	192	256	211	933	0.275	137
Honduras	469	559	682	608	1.470	0.472	116
México	950	1.779	2.498	2.280	5.918	0.805	53
Nicaragua	----	974	747	485	1.497	0.500	111
Panamá	705	1.378	1.766	1.461	3.317	0.738	68
Paraguay	620	752	1.293	1.296	2.790	0.641	90
Perú	661	1.066	1.190	896	2.622	0.592	95
Rep. Dominicana	471	748	1.130	1.174	2.404	0.586	97
Uruguay	1.558	1.855	2.412	2.254	4.895	0.881	30
Venezuela	2.675	4.695	3.377	2.736	6.169	0.824	50
Países capitalistas desarrollados	1538d)	----	3.499d)/ 14.499e)	18.211e)	14.440	-----	----
Iberoamérica	389d)	----	798d)/ 2.109e)	1.984e)	4.490	-----	----
Africa	115d)	----	215d)/ 611e)	572e)	1.200	-----	----
Asia	89d)	----	609d)	----	----	-----	----
Asia meridional y oriental	----	----	500e)	711e)	1.735	-----	----

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1989: 24. En el promedio de Iberoamérica está incluido el PIB por habitante de Haití como único país no iberoamericano. El de Nicaragua, que no es especificado por esta fuente, se decidió estimarlo en 460 dólares, porque según Bulmer-Thomas (1989: 415) y CEPAL (1978: 21) en 1950 era sólo ligeramente inferior al de Honduras. Argentina fue considerado como el país de mayor ingreso en esta misma fecha, pues, aunque según esta fuente (CEPAL, 1989: 24) era menor que el de Venezuela, el cual parece muy sobrevaluado, de acuerdo con otro texto de la CEPAL (1978: 21) era mayor que el de esta nación. A la inversa, el producto por habitante de Uruguay en la primera de estas fuentes aparece como inferior al de Argentina y en la segunda, como superior.

b) CEPAL, Anuario... 1990: 184-185. El promedio de Iberoamérica incluye el de Haití. Si se decidió seleccionar las cifras relativas a 1989, en lugar de las de 1990, fue porque los valores de los productos por habitante de Argentina y Venezuela proporcionados por los anuarios estadísticos de la CEPAL con respecto a esta última fecha (por ejemplo: CEPAL, Anuario... 1992: 184), no se consideraron apropiados por dos motivos: en primer lugar, son mucho más elevados que los estimados por otras fuentes (Banco Mundial, 1992: 215; PNUD, 1992: 156); en segundo lugar, no parecen compatibles, también por su excesiva magnitud, con los ofrecidos por la propia CEPAL en relación a fechas anteriores. De acuerdo con las cifras proporcionadas por dos textos

(BID, 1993: 289; CEPAL, Anuario... 1993: 755), se puede afirmar que el producto por habitante de Belice en 1989 era casi idéntico al de Panamá. Dichas fuentes señalan también que el ingreso per cápita de Belice aumentó en un 20% durante los ochenta. A partir de estos datos, se calculó el producto por habitante de este país en 1980 y 1989. La cifra sobre Puerto Rico (Almanaque Mundial 1994: 563) se refiere al PNB por habitante en 1990.

c) PNUD, 1993: 153-155, 231. El rubro de "países capitalistas desarrollados" engloba a más de 40 países industrializados", entre los que se encuentran todos los europeos exsocialistas, incluida, por ejemplo, Albania. El rubro de "América Latina" incluye el Caribe y el de "África" se refiere sólo a la subsahariana. Esta fuente contempla aisladamente Asia oriental, incluida China, y Asia meridional, incluida India; al sumar las cifras relativas a estas dos regiones y dividir el resultado por dos se obtuvo la correspondiente al rubro de "Asia meridional y oriental".

d) CEPAL, 1979: 6. Se refiere a dólares de 1970. "Asia" excluye China. Las cifras se refieren a 1950 y 1977.

e) Naciones Unidas, 1992: 288. Se refiere a dólares de 1988. Las cifras aluden a 1981 y 1991.

Cuadro 1.2

CRECIMIENTO DEL PIB PER CAPITA

	Tasa anual media				Indice e)				Variación acumulada d)	
	1950-1978a)	1975-1980b)	1980-1985c)	1980-1990d)	1950	1970	1980	1989	1981-1990	1991-1993
Iberoamérica	2.6	3.0	-1.6	-1.2	100.0	162.1	217.6	202.4	-8.9	4.3
Argentina	1.6	0.3	-3.9	-2.2	100.0	147.5	127.9	126.3	-20.2	21.0
Belice	----	----	----	----	----	----	----	----	19.6	7.9
Bolivia	1.3	0.6	-4.4	-2.4	100.0	115.4	131.1	100.3	-21.2	3.2
Brasil	4.1	4.4	-1.1	-0.5	100.0	190.7	344.9	346.5	-5.2	-0.5
Colombia	2.2	3.2	0.4	1.7	100.0	141.5	190.4	217.5	17.9	4.8
Costa Rica	2.7	2.2	-2.7	-0.6	100.0	188.8	244.0	229.6	-5.8	7.4
Cuba	----	----	----	----	----	----	----	----	-4.1	----
Chile	1.4	6.0	-2.2	0.9	100.0	143.3	156.4	170.7	12.2	17.9
Ecuador	2.7	3.5	-0.2	-0.7	100.0	140.1	262.5	252.9	-6.6	2.9
El Salvador	2.0	-1.8	-3.0	-1.4	100.0	147.2	158.1	133.1	-13.5	6.5
Guatemala	2.0	2.9	-4.2	-2.0	100.0	124.1	161.4	130.9	-18.2	3.4
Haití	-0.1	3.3	-2.8	-2.3	100.0	91.9	122.5	101.0	-20.6	-24.4
Honduras	1.1	3.6	-2.9	-0.9	100.0	119.2	145.4	129.6	-8.2	2.3
México	2.6	3.7	-0.5	-1.8	100.0	187.3	262.9	240.0	-6.4	0.7
Nicaragua	2.5	-5.8	-2.7	-4.1	100.0	211.7	162.4	105.4	-34.5	-110
Panamá	2.6	3.5	0.4	-1.4	100.0	195.5	250.5	207.2	-13.6	17.4
Paraguay	1.8	6.9	-0.8	0.0	100.0	121.3	208.5	209.0	0.5	-0.6
Perú	2.0	-0.7	-2.8	-3.4	100.0	161.3	180.0	135.6	-28.9	-0.5
Rep. Dominicana	2.6	2.5	-0.7	-0.3	100.0	158.8	239.9	249.3	-2.9	1.4
Uruguay	0.8	4.0	-3.9	-0.3	100.0	119.1	154.8	144.7	-2.8	10.7
Venezuela	2.8	-0.1	-4.6	-2.1	100.0	175.5	126.2	102.3	-19.0	9.3
Paises capitalistas desarrollados	3.1	----	----	2.0f)	----	----	----	----	----	----
Iberoamérica	2.6	----	----	-0.6f)	----	----	----	----	----	----
Africa	2.4	----	----	-0.7f)	----	----	----	----	----	----
Asia	4.5	----	----	----	----	----	----	----	----	----
Asia meridional y oriental	----	----	----	3.6f)	----	----	----	----	----	----

Fuentes y notas:

a) CEPAL, 1979: 6, 13. Las cifras que aluden a cuatro grandes áreas geográficas del mundo al final de la columna, se refieren a 1950-1977.

b) CEPAL, Anuario... 1984: 146.

c) CEPAL, Anuario... 1990: 69.

d) CEPAL, Anuario... 1993: 69, 755.

e) Elaboración del autor a partir de las cifras absolutas del cuadro anterior. En relación al incremento del producto venezolano per cápita entre 1950 y 1980, no parecen confiables las cifras anotadas en las columnas correspondientes, debido a su sobrevaluación en 1950, ya señalada en el cuadro anterior. Según otras fuentes

tes que parecen más fidedignas al respecto (CEPAL, 1978: 21-24; CEPAL, 1979: 13; CEPAL, Anuario... 1981: 122), su valor se duplicó entre 1950 y 1977, pero decreció en algo menos del 10% en los tres años siguientes.

f) Naciones Unidas, 1992: 288. Se refiere a 1982-1991.

Cuadro I.3

IMPORTANCIA RELATIVA DE LAS ACTIVIDADES ECONOMICAS EN EL PIB

	Primarias						Terciarias					
	1950a)	1960a)	1970a)	1980b)	1990b)	1994b)	1950a)	1960a)	1970a)	1980b)	1990b)	1994b)
Belice e)	----	----	----	19.7	18.0	18.5	----	----	----	54.0	58.0	56.2
Costa Rica	38.5	29.7	25.0	17.8	19.2	18.5	45.5	53.7	55.1	57.3	58.5	58.6
El Salvador	41.0	36.0	30.6	27.8	26.3	25.6	42.7	47.5	48.6	53.6	55.1	54.4
Guatemala	36.5	33.4	30.1	27.1	----	26.6	51.5	54.2	53.0	50.0	----	54.5
Honduras	44.8	32.8	34.6	23.7	24.3	23.1	37.6	45.8	44.1	53.4	54.8	53.6
Nicaragua	36.6	29.5	20.7	23.2	23.2	27.0	51.8	57.7	49.7	47.5	52.6	47.0
Panamá	32.6	26.1	20.7	9.9	10.8	10.5	58.3	57.7	57.0	74.7	81.2	77.5
Iberoamérica	19.9c)	17.9c)	14.4c)	9.5d)	10.3d)	9.9d)	----	55.7c)	55.1c)	53.8d)	56.9	57.0

	Secundarias						Industria manufacturera					
	1950a)	1960a)	1970a)	1980b)	1990b)	1994b)	1950a)	1960a)	1970a)	1980b)	1990b)	1994b)
Belice e)	----	----	----	26.2	24.0	25.2	----	----	----	20.7	16.4	15.4
Costa Rica	16.3	17.7	19.9	24.8	22.4	22.9	10.4	11.1	15.5	18.6	18.4	19.0
El Salvador	16.4	17.5	20.8	18.5	18.6	20.1	12.9	13.8	15.2	15.0	15.3	16.1
Guatemala	15.4	14.8	16.9	22.9	----	18.8	10.7	11.7	16.7	17.6	16.0	15.4
Honduras	16.8	21.7	21.2	23.0	20.9	23.3	7.7	11.4	15.8	16.9	18.0	17.8
Nicaragua	13.5	16.4	23.3	29.2	24.2	25.9	10.5	12.4	21.6	25.6	22.2	22.2
Panamá	12.7	17.8	22.4	17.3	10.7	15.5	6.4	-9.2	11.6	9.9	8.9	8.9
Iberoamérica	----	30.7c)	32.4c)	36.7d)	32.8	33.1	17.5	20.0	26.2	26.3	24.1	23.7

Fuentes y Notas

a) CEPAL, 1978. Elaboración del autor. Los porcentajes no suman 100 necesariamente la fuente citada calculó independientemente el valor de cada actividad y el total. El sector secundario incluye minas, canteras y construcción; el terciario,

los servicios básicos. En otro texto de la CEPAL (15-VII-1988: 54) se ofrecen también datos sobre la composición del PIB entre 1950 y 1970, pero no se incluye Panamá. Aunque las cifras manejadas al respecto por estas dos fuentes muestran en ocasiones diferencias importantes, son similares las tendencias fundamentales que se desprenden de ambas series.

b) CEPAL, Estudios económicos nacionales entre 1990 y 1994. Elaboración parcial del autor. Los sectores económicos incluyen las mismas actividades que en el cuadro anterior. Las últimas cifras de El Salvador se refieren a 1993. Se omiten los datos de Guatemala de 1990 por no ser en absoluto compatibles con los de 1980 y 1994; en este mismo sentido, hay problemas también, aunque menores, en los casos de Honduras y Panamá. En Panamá, la suma de los sectores no coincide necesariamente con el total debido a que los componentes han sido extrapolados independientemente del total.

c) CEPAL, Anuario... 1984: 154, 163, 220. Elaboración parcial del autor. Por similares razones a las ya expuestas, la suma de los sectores no coincide necesariamente con el total. Según esta fuente, la participación del sector primario en el producto hondureño entre 1950 y 1970 sería notablemente inferior (entre 10 y 6 puntos) a la expuesta en el presente cuadro, lo que redundaría probablemente en el aumento de la participación del sector terciario.

d) CEPAL, Anuario... 1994: 81, 94, 186-187. Elaboración parcial del autor. Las últimas cifras de participación sectorial en Iberoamérica se refieren a 1993.

e) CEPAL, Anuario... 1994: 240-241. Elaboración del autor. Las cifras bajo la columna de 1994 se refieren a 1993.

Cuadro I.4

INCREMENTO PORCENTUAL DEL PRODUCTO POR TRABAJADOR

	Total	1950-1975 a)			Sector terciario	Total b)	1980-1990		
		Sector primario	Manufac-turas	Construc-ción			Sector primario c)	Sector secundario c)	Sector terciario c)
Belice	----	----	----	----	----	----	----	----	----
Costa Rica	119	104	189	17	52	-7	21	-23	-12
El Salvador	41	45	130	65	26	-27	----	----	----
Guatemala	89	98	108	-28	42	-20	-14	-40	-38
Honduras .	39	2	129	-19	-15	-13	59	0	-48
Nicaragua	104	131	244	410	-20	-44	----	----	----
Panamá	110	122	72	50	56	-21	25	40	-14
América Latina	112	----	----	----	----	-13	----	----	----
Mundo	----	----	----	----	----	----	----	----	----

Fuentes y notas

a) CEPAL, VIII 1976: 78-79. No se incluyen los rubros de minas, canteras, electricidad, gas, agua, transportes y comunicaciones. Las cifras relativas a Panamá, que se refieren al periodo 1960-1980, fueron elaboradas por el autor a partir de CEPAL, Anuario... 1981: 368-369; OIT, Anuario... 1945-89: 818-822. Si se tomara en cuenta el aumento de la productividad de Panamá en los cincuenta para valorar su comportamiento global en la época de auge, el sector secundario sería el más beneficiado, pues entre 1950 y 1963 la productividad total aumentó poco, en algo menos del 2% anual promedio, sobre todo por su estancamiento en el sector terciario, pero en la industria manufacturera lo hizo en más del 6%, es decir, alcanzó a duplicarse (CEPAL, Anuario... 1981: 150-151). La cifra relativa a Iberoamérica (incluye Haití), que se refiere al periodo 1950-1975, es también elaboración del autor, a partir de OIT, 1986, vol. III: 1-12, CEPAL, 1978: 15, 19; CEPAL, Anuario... 1990: 718.

b) Elaboración del autor, a partir de OIT, 1986, vol. III; CEPAL, Anuario... 1991; CEPAL, Anuario... 1992.

c) Elaboración del autor, a partir de OIT, 1986, vol. III: 123-125; OIT, Anuario... 1991: 216, 228; OIT, Anuario... 1992: 226, 228; CEPAL, Anuario... 1994: 190-201. Las cifras de Guatemala y Panamá se refieren a 1980-1989 y la de Honduras a 1980-1991. El sector terciario incluye electricidad, gas, agua, transporte, almacenamiento, comunicaciones, comercio y servicios. La intensidad de la disminución de la productividad en Panamá entre 1980 y 1989 parece transitoria, pues en los cuatro años siguientes a la última de tales fechas su PIB total creció en un 31% y los de los sectores más afectados, el secundario y el terciario, en más de la mitad y en 23% respectivamente.

Cuadro I.5

CRECIMIENTO DEL SECTOR PRIMARIO

	Total a)							Consumo interno			Exportación		
	Tasas anuales			Indices				Tasas anuales			Indice e)		
	medias			(1970=100) d)				medias			Indice e)		
	1950- 1960b)	1960- 1970b)	1970- 1980c)	1980	1985	1990	1993	1950/52=100 e)	1952- 1960b)	1960- 1970b)	1970- 1980c)	1950/52=100	1975- 1977
Belice	----	----	----	100.0	103.6	142.5	172.5	----	----	4.7	----	----	
Costa Rica	4.3	5.7	2.6	129.2	139.9	176.0	199.5	283.1	3.0	3.4	3.5	318.6	248.3
El Salvador	3.3	4.0	3.0	134.1	118.4	125.2	137.1	244.7	----	----	3.1	219.5	375.6
Guatemala	2.9	4.4	3.8	157.7	155.1	179.1	194.2	187.7	2.8	4.5	3.1	265.3	343.6
Honduras	0.5	5.5	3.0	131.0	143.6	170.9	190.4	150.4	2.2	4.1	1.6	142.8	162.0
Nicaragua	3.0	6.2	0.0	98.8	106.0	91.6	91.6	301.5	----	----	0.7	155.9	730.3
Panamá	2.5	5.4	1.5	113.9	135.9	145.6	164.2	----	4.3	5.5	3.3	----	----
Iberoamérica	3.5	3.5	3.5	141.8	161.5	174.9	183.3	----	----	3.6	3.0	----	----

Notas y fuentes:

- a) Incluye agricultura, silvicultura, caza y pesca. Todos los indicadores de este cuadro se refieren al valor de la producción respectiva.
- b) CEPAL, Anuario... 1984: 153, 155. Las tasas de 1960-70 se calcularon sumando las de sus dos quinquenios y dividiendo el resultado por dos.
- c) CEPAL, Anuario... 1990: 76, 79.
- d) CEPAL, Anuario... 1994: 194-195, 240-241. Dólares a precios de 1980. Elaboración del autor. Con respecto a Belice, también es elaboración del autor, pero el año base es 1980 y se refiere a precios constantes de 1984.
- e) Bulmer-Thomas, 1989: 417-422. Elaboración del autor. Valor agregado en dólares de 1970. En realidad, Honduras habría duplicado su producción para la exportación en 1980, no así la agropecuaria total ni, mucho menos, la de alimentos.

Cuadro I.6

MODERNIZACION AGRICOLA

	Kgs. de fertilizantes por ha. de tierra cultivable a)				Número de tractores por mil has. de tierra cultivable a)				Número absoluto de tractores en uso		
	1961- 1965b)	1969- 1971c)	1979- 1981c)	1989- 1991c)	1961- 1965b)	1969- 1971c)	1979- 1981c)	1989- 1991c)	1961- 1965c)	1979- 1981c)	1989- 1991c)
Belice	----	51	32	90	----	13	16	19	319	803	1.090
Costa Rica	56	109	148	245	9	10	12	12	4.311	5.950	6.450
El Salvador	54	105	103	105	3	4	5	5	1.800	3.290	3.417
Guatemala	12	22	53	75	2	2	2	2	2.250	3.990	4.220
Honduras	9	16	14	15	0	1	2	2	331	3.230	3.470
Nicaragua	9	22	37	29	0	0	2	2	250	2.183	2.600
Panamá	16	39	54	50	1	4	10	8	789	5.343	5.086
Iberoamérica	11	24	50	55	4	5	8	10	----	----	----
Países en desarrollo	----	19	49	83	----	2	4	7	----	----	----
Países desarrollados	----	82	115	110	----	22	27	32	----	----	----

Notas y fuentes:

a) Las tierras cultivables comprenden las de labranza (con cultivos temporales y en barbecho por menos de cinco años), así como las destinadas a cultivos permanentes.

b) CEPAL, Anuario... 1984: 158. Elaboración del autor. En 1961-65, Honduras tenía un tractor por 4.529 has. de tierra cultivable y Nicaragua un tractor por 5.340 has. de tierra cultivable. En este último país, había un tractor por 1.830 has. de tierra cultivable en 1970.

c) FAO, Cuadros por países... 1995. En parte, elaboración del autor.

d) FAO, Cuadros por países... 1982.

Cuadro I.7

CAFE VERDE. SUPERFICIE, RENDIMIENTO Y PRODUCCION (a)

	Superficie				Rendimiento				Producción			
	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)
Costa Rica	50	83	94	106	416	1.279	1.659	1.427	21	106	155	151
El Salvador	117	180	170	166	672	1.020	838	951	79	183	142	158
Guatemala	185	254	243	244	300	703	811	803	56	179	197	196
Honduras	41	120	144	160	300	588	786	733	12	71	113	117
Nicaragua	50	95	73	75	372	623	522	612	19	59	38	46
Panamá	18	22	25	27	175	322	415	427	3	7	10	12
Centroamérica	461	754	749	778	412	802	874	874	190	605	655	680
Mundo	5.4	10.001	11.356	----	399	528	543	545	2.2	5.288	6.161	----
México	149	451	----	----	399	507	607	514	59	228	----	----
América del Sur	3.585	4.294	----	----	414	574	547	623	1.484	2.475	2.624	2.577

Notas y fuentes:

a) Superficie cosechada en miles de hectáreas, rendimiento en kilogramos por hectárea y producción en miles de toneladas métricas. Las cifras relativas a Centroamérica, 1989-91 y 1992-94 son elaboración del autor.

b) FAO, 1987: 618, 621.

c) FAO, Anuario de producción 1994: 171. Las cifras de producción de 1979-81 siempre son superiores a las de 1974-76, proporcionadas por FAO, Anuario de producción 1984: 201.

d) FAO, Anuario de producción 1991: 173.

Cuadro I.8

BANANO. PRODUCCION (a)

	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)
Belice	0	18	35	52
Costa Rica	230	1.134	1.601	1.805
El Salvador	41	45	62	70
Guatemala	434	476	456	480
Honduras	790	1.402	1.064	989
Nicaragua	25	139	103	88
Panamá	366	1.048	1.197	937
Centroamérica	1.886	4.262	4.518	4.421
Mundo	14.289	38.163	46.518	52.045
México	451	1.435	1.548	----
América del Sur	3.604	9.033	12.148	13.931

Notas y fuentes:

- a) En miles de toneladas métricas.
 b) FAO, 1987: 516. Las cifras relativas a Centroamérica 1989-91 y 1992-94 son elaboración del autor.
 c) FAO, Anuario de producción 1994: 166.
 d) FAO, Anuario de producción 1994: 168.

Cuadro I.9

CAÑA DE AZÚCAR. SUPERFICIE, RENDIMIENTO Y PRODUCCIÓN (a)

	Superficie				Rendimiento				Producción			
	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)
Belice	1	24	23	24	22.418	41.519	40.721	49.417	14	1,007	950	1.170
Costa Rica	17	46	40	37	35.975	56.006	61.012	79.733	615	2.551	2.420	2.926
El Salvador	29	33	40	51	26.461	82.488	74.982	81.882	750	2.716	3.038	4.149
Guatemala	15	69	108	129	39.620	81.115	82.220	90.285	597	5.610	8.802	11.650
Honduras	30	77	41	42	19.837	36.659	69.797	70.127	593	2.794	2.844	2.497
Nicaragua	13	39	42	42	36.328	62.991	63.165	56.043	483	2.447	2.654	2.360
Panamá	15	48	28	32	20.600	49.215	46.134	52.372	309	2.353	1.275	1.673
Centroamérica	120	336	322	357	28.008	57.970	68.270	75.280	3.361	19.478	21.983	26.875
Mundo	1.6	13.611	---	17.719	41.454	56.508	60.341	60.390	253.2	769.275	1,052.862	1,070.049
México	186	535	552	537	52.762	66.016	67.507	76.188	9.803	35.324	37,259	40.904
Cuba	1.178	1.305	1.350	1.267	36.904	53.331	57.086	37.045	43.480	69.322	77.078	47.000

Notas y fuentes:

a) Superficie cosechada en miles de hectáreas, rendimiento en kilogramos por hectárea y producción en miles de toneladas métricas. Las cifras relativas a Centroamérica, 1989-91 y 1992-94 son elaboración del autor.

b) FAO, 1987: 587, 590.

c) FAO, Anuario de producción 1994: 153.

d) FAO, Anuario de producción 1991: 156.

Cuadro I.10

ALGODON SIN DESMONTAR. SUPERFICIE, RENDIMIENTO Y PRODUCCION (a)

	Superficie				Rendimiento			Producción		
	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)
Costa Rica	0	9	1	----	1.452	2.695	1.121	13	3	----
El Salvador	16	82	7	4	2.064	2.202	2.319	169	14	10
Guatemala	3	116	39	15	3.715	3.064	2.560	434	119	38
Honduras	1	11	2	----	1.961	2.588	----	22	5	----
Nicaragua	11	104	40	13	1.973	1.789	1.881	220	71	25
Centroamérica	31	322	89	32	2.665	2.382	2.272	858	212	73
Mundo	27.564	34.371	32.821	31.623	1.244	1.662	1.623	42.768	54.606	51.255
México	571	362	221	221	2.718	2.407	2.457	984	531	171
Estados Unidos	9.199	5.381	4.602	4.602	1.493	1.851	----	8.038	8.547	----

Notas y fuentes:

a) Superficie cosechada en miles de hectáreas, rendimiento en kilogramos por hectárea y producción en miles de toneladas métricas. Las cifras relativas a Centroamérica, 1989-91 y 1992-94 son elaboración del autor.

b) FAO, 1987: 376.

c) FAO, Anuario de producción 1994: 116.

d) FAO, Anuario de producción 1991: 117.

Cuadro I.11

MAIZ. SUPERFICIE, RENDIMIENTO Y PRODUCCION (a)

	Superficie				Rendimiento				Producción			
	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)
Belice	5	11	14	1.325	748	1.719	1.352	1.456	4	18	19	25
Costa Rica	53	43	42	21	1.325	1.786	1.706	1.727	70	77	72	36
El Salvador	187	281	288	319	1.131	1.840	1.971	2.110	213	517	565	672
Guatemala	547	627	611	709	746	1.526	2.010	1.888	407	947	1.230	1.337
Honduras	277	339	384	415	726	1.202	1.440	1.343	201	407	551	557
Nicaragua	101	179	199	231	1.028	1.030	1.258	1.259	105	182	251	286
Panamá	58	62	72	81	942	955	1.288	1.314	55	59	93	105
Centroamérica	1.228	1.542	1.610	1.792	859	1.431	1.727	1.684	1.055	2.207	2.781	3.018
Mundo	90.3	125.636	----	----	1.551	3.345	3.695	4.007	140.2	420.408	----	----
México	3,947	6.836	----	----	746	1.718	1.868	2.421	2.942	11.866	----	----
Estados Unidos	30.532	29.661	----	----	2.499	6.474	7.184	7.757	76,350	192.084	----	----

Notas y fuentes:

a) Superficie cosechada en miles de hectáreas, rendimiento en kilogramos por hectárea y producción en miles de toneladas métricas. Las cifras relativas a Centroamérica, 1989-91 y 1992-94 son elaboración del autor.

b) FAO, 1987: 71, 77.

c) FAO, Anuario de producción 1994: 77.

d) FAO, Anuario de producción 1991.

Cuadro I.12

FRIJOL SECO. SUPERFICIE, RENDIMIENTO Y PRODUCCION (a)

	Superficie				Rendimiento				Producción			
	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)
Belice	1	3	4	3	714	526	686	630	1	1	2	2
Costa Rica	23	24	65	61	478	498	519	564	10	12	34	35
El Salvador	36	49	68	78	845	850	802	779	30	41	55	60
Guatemala	70	71	119	127	454	950	900	824	32	68	107	105
Honduras	50	72	110	77	442	517	737	621	22	38	80	48
Nicaragua	37	66	102	109	632	576	497	653	21	39	50	71
Panamá	10	9	11	13	551	342	487	412	6	3	5	6
Centroamérica	227	294	479	468	537	687	695	699	122	202	333	327
Mundo	17.0	24.315	----	----	420	552	627	661	7.1	13.442	----	----
México	881	1.531	1.816	1.737	262	627	590	645	230	1.107	----	----
Estados Unidos	734	744	----	----	1.127	1.630	1.779	1.648	828	1.210	----	----

Notas y fuentes:

a) Superficie cosechada en miles de hectáreas, rendimiento en kilogramos por hectárea y producción en miles de toneladas métricas. Las cifras relativas a Centroamérica, 1989-91 y 1992-94 son elaboración del autor.

b) FAO, 1987: 217, 220.

c) FAO, Anuario de producción 1994: 99.

d) FAO, Anuario de producción 1991: 100.

Cuadro I.13

ARROZ EN CASCARA. SUPERFICIE, RENDIMIENTO Y PRODUCCION (a)

	Superficie				Rendimiento				Producción			
	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)	1948- 1950b)	1979- 1981c)	1989- 1991d)	1992- 1994c)
Belice	1	3	2	1	2.532	2.581	2.377	2.583	3	9	4	3
Costa Rica	22	73	53	51	1.405	3.123	3.599	3.800	32	224	190	194
El Salvador	14	15	15	17	1.769	3.727	4.063	4.589	25	56	62	75
Guatemala	7	14	15	18	1.142	2.819	2.973	2.612	8	37	44	46
Honduras	11	20	19	12	1.625	1.735	3.131	2.700	18	35	57	34
Nicaragua	16	37	46	50	1.245	3.521	2.797	3.551	20	130	125	172
Panamá	60	96	92	97	1.345	1.831	2.175	2.125	80	175	201	205
Centroamérica	131	258	242	246	1.420	2.581	2.822	2.963	186	666	683	729
Mundo	101.4	134.703	----	----	1.590	2.741	3.508	3.603	161.2	393.949	----	----
México	99	153	----	----	1.821	3.447	3.729	4.376	178	528	----	----
Asia	94.908	128.275	----	----	1.581	2.790	3.593	3.693	149.898	357.970	----	----

Notas y fuentes:

a) Superficie cosechada en miles de hectáreas, rendimiento en kilogramos por hectárea y producción en miles de toneladas métricas. Las cifras relativas a Centroamérica, 1989-91 y 1992-94 son elaboración del autor.

b) FAO, 1987: 43, 52.

c) FAO, Anuario de producción 1994: 70.

d) FAO, Anuario de producción 1991: 72.

Cuadro I.14

CRECIMIENTO DE LA INDUSTRIA MANUFACTURERA

	Tasas anuales medias			1980	Indices (1970=100) c)			1950-52=100 d) 1975- 1977
	1950- 1960a)	1960- 1970a)	1970- 1980a)		1985	1990	1993	
Belice	----	----	----	100.0	93.9	123.7	136.4	----
Costa Rica	7.1	9.3	7.4	216.7	203.6	246.7	291.4	720.1
El Salvador	5.5	8.2	3.0	139.5	121.2	138.4	169.9	506.3
Guatemala	4.6	7.7	5.6	207.8	167.3	189.7	212.4	443.6
Honduras	6.9	7.1	6.5	177.4	198.4	224.1	275.7	383.6
Nicaragua	7.3	11.2	2.4	104.5	108.7	80.4	80.4	723.7
Panamá	8.8	11.1	3.6	157.3	136.4	104.5	188.9	----
Iberoamérica	6.4	6.9	6.2	163.8	154.8	166.9	183.2	----

Notas y fuentes:

a) CEPAL, Anuario... 1984: 167. La tasa de 1960-70 se calculó sumando las de sus dos quinquenios y dividiendo el resultado por dos.

b) CEPAL, Anuario 1990: 89.

c) CEPAL, Anuario... 1994: 196-197, 240-241. Dólares a precios de 1980. Incluye minería y construcción. Elaboración del autor. Con respecto a Belice, también es elaboración del autor, pero el año base es 1980 y se refiere a precios constantes de 1984.

d) Bulmer-Thomas, 1989: 425-426. A precios constantes de 1970. Elaboración del autor.

Cuadro I.15

MODERNIZACION INDUSTRIAL

	Estructura industrial a)				Industrias metalmeccánicas b)					
	A		B		C		1960c)	1980d)	1985d)	1990d)
	1960	1978	1960	1978	1960	1978				
Costa Rica	72	56	23	32	5	11	7	10	4	9
El Salvador	73	48	20	43	8	9	5	6	4	4
Guatemala	73	58	22	37	5	56	3	34	3	3
Honduras	68	63	22	30	10	7	5	7	11	7
Nicaragua	75	63	24	34	1	3	2	4	6	8
Panamá	----	----	----	----	----	----	4	6	5	4

Notas y fuentes:

a) CEPAL, XI-1982: 29. Porcentajes con respecto al valor agregado a precios constantes de 1970. A: industrias de bienes de consumo no duraderos. B: industrias de bienes intermedios. C: industrias de bienes de consumo duraderos y de capital.

b) Participación porcentual de las industrias metalmeccánicas en la generación de la producción industrial.

c) CEPAL, Anuario... 1984: 174-175. Según esta fuente, la participación de las industrias metalmeccánicas en Nicaragua disminuyó del 8 al 4% entre 1975 y 1980, lo que constituye un caso único en la región.

d) CEPAL, Anuario... 1994: 100-101. Este texto incluye cifras sobre todos los países contenidos en este cuadro, salvo Nicaragua, con respecto a 1992-1993. Estos datos son casi idénticos a los de 1990, con la excepción de Costa Rica, cuya participación se eleva a 11%, y Honduras, donde baja al 6%.

Cuadro I.16

EXPORTACION DE BIENES Y SERVICIOS Y DE BIENES
(millones de dólares)

	1950a)	1960b)	1975b)	1980b)	1985b)	1990c)	1993c)	1994d)
Belice	----	----	----	----	----	----	----	----
Bienes	----	11	67	95	----	133	132	----
Servicios	----	----	----	----	----	----	----	----
Costa Rica	----	105	596	1.198	1.220	1.974	2.997	3.333
Bienes	54	87	493	1.001	939	1.354	1.947	2.162
Servicios	----	18	103	197	281	620	1.050	1.170
El Salvador	----	117	593	1.216	906	880	1.043	1.329
Bienes	68	103	533	1.075	679	580	732	818
Servicios	----	14	60	140	227	300	311	511
Guatemala	----	132	783	1.731	1.161	1.568	1.808	2.306
Bienes	79	116	641	1.520	1.060	1.211	1.356	1.525
Servicios	----	16	142	211	101	356	452	781
Honduras	----	71	344	942	903	1.033	1.087	1.178
Bienes	67	63	310	850	790	887	846	875
Servicios	----	8	35	91	114	146	241	303
Nicaragua	----	79	447	495	344	392	367	445
Bienes	34	64	375	450	305	332	267	344
Servicios	----	15	72	44	39	60	100	101
Panamá	----	97	843	1.460	1.627	1.540	1.919	1.999
Bienes	----	39	331	353	301	320	504	532
Servicios	----	58	512	1.106	1.974	3.316	5.259	5.842
Centroamérica	----	601	3.606	7.042	6.161	7.387	9.221	10.590
Bienes	257	472	2.683	5.249	4.074	4.684	5.652	6.256
Servicios	----	129	924	1.789	2.088	2.703	3.568	4.333
Iberoamérica	----	9.430	41.018	104.924	109.028	150.568	168.665	----
Bienes	----	7.951	33.525	88.584	91.822	121.860	133.686	----
Servicios	----	1.479	7.493	16.339	17.205	28.708	34.976	----

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1980: 23. La cifra relativa a Honduras fue tomada de Bulner-Thomas (1989: 429), pues se ha considerado más fidedigna que la ofrecida por la fuente anterior.

b) CEPAL, Anuario... 1990: 138, 428-471. Con respecto a Belice: CEPAL, Economic Survey... 1982: 17. Elaboración del autor de las cifras globales sobre Centroamérica, que no incluyen las correspondientes a Belice para facilitar las comparaciones oportunas, así como las referidas a las exportaciones panameñas de bienes y servicios excluyendo las reexportaciones. En Panamá y Centroamérica, las cifras menores excluyen las reexportaciones panameñas.

c) CEPAL, Anuario... 1994: 120, 146, 438-481. Se aplican los mismos comentarios de la nota anterior.

d) CEPAL, Estudios económicos nacionales durante 1994. Se aplican los mismos comentarios de

la nota "b".

e) FAO, Cuadros por países... 1982: 26; FAO, Cuadros por países... 1995: 23. La cifra de 1960 se refiere a 1961-1965, por lo que es mayor a la que en realidad correspondería a 1960. Al respecto, se debe señalar que las exportaciones beliceñas de bienes en 1939-1942 arrojaron un promedio de casi 3,000.000 de dólares (Pan America Associates, 1945: 592) y que entre estas fechas y 1960 el valor de las exportaciones de los cinco países centrales de la región se multiplicaron varias veces (Bulmer-Thomas, 1989: 429). Según CEPAL, Anuario... 1994: 120, entre 1980 y 1985 el valor de las exportaciones de bienes de Belice se redujo en 22%.

Cuadro I.17

EXPORTACION DE PRODUCTOS PRINCIPALES Y NO TRADICIONALES
(porcentajes)

	Producto principal						Dos productos principales						No tradicionales c)	
	1950a)	1970b)	1980b)	1985b)	1990b)	1992b)	1950a)	1970b)	1980b)	1985b)	1990b)	1992b)	1980c)	1994c)
Belice	----	----	58	32	41	34	----	----	75	60	62	59	30	----
Costa Rica	59	32	26	34	22	27	92	62	42	57	39	38	43	57
El Salvador	90	49	36	56	46	25	93	59	48	60	50	32	33	61
Guatemala	67	35	32	40	28	19	77	44	43	48	38	31	16	63
Honduras	69	43	29	38	32	40	74	58	54	64	59	58	21	44
Nicaragua	50	19	38	33	22	19	56	37	51	65	42	37	18	38
Panamá	----	56	23	21	28	45	----	75	42	37	44	59	9	14
Iberoamérica	----	14	28	25	18	15	----	28	39	37	25	20	----	----

Notas y fuentes:

a) CEPAL, Centroamérica: crisis y políticas de ajuste, 1979-1986, México, CEPAL, 15-VII-1988: 56. Según Ellis (1983: 405), en 1950 el banano representaba el 74% en Honduras, 70 en Panamá, 56 en Costa Rica y 29% en Guatemala.

b) CEPAL, Anuario... 1994: 114-147. Elaboración del autor de las cifras relativas a los dos productos principales. En Iberoamérica el producto principal fue el petróleo en todas las fechas y el segundo, el café en 1970 y productos derivados del petróleo en el resto. En Belice el producto principal fue siempre el azúcar; en el segundo lugar se alternaron los jugos de frutas sin fermentar (1990 y 1992) y la ropa (1980 y 1985). En Costa Rica el café y el banano se disputaron los dos primeros lugares en todas las fechas. En El Salvador el producto principal fue siempre el café; el segundo lugar lo ocupó el algodón en 1970 y 1980, los mariscos en 1985 y el azúcar en las fechas posteriores. En Guatemala el producto principal fue siempre el café; el segundo lugar lo ocupó el algodón en 1970 y 1980, otras legumbres frescas en 1985 y el azúcar en las fechas posteriores. En Honduras los dos primeros lugares fueron ocupados siempre por el banano y el café respectivamente. En Nicaragua el primer lugar lo ocupó siempre el café, excepto en 1970 (algodón) y 1985 (algodón); en el segundo lugar se alternaron el algodón y la carne de ganado vacuno. En Panamá, donde en 1970 están excluidas las transacciones realizadas en la Zona del Canal, el primer lugar lo ocupa el banano, excepto en 1980 (productos derivados del petróleo) y 1985 (mariscos); en el segundo lugar se alternaron los productos derivados del petróleo (1970), el azúcar (1980), el banano (1985) y los mariscos, en las dos fechas siguientes.

c) CEPAL, Economic Survey... Belize, VII-1984: 14 con respecto a Belice; CEPAL, Estudios económicos nacionales durante 1994 (en relación a los otros seis países). Con respecto a Belice, son considerados productos tradicionales de exportación el azúcar, concentrado de cítrico, madera aserrada y melaza; como no tradicionales: ropa, productos pesqueros y banano. En relación a Costa Rica, donde no se incluye maquila,

los tradicionales son café, banano, carne, azúcar y cacao; los no tradicionales: camarones y pescado; plantas, flores y follaje; piñones y ropa. Con respecto a El Salvador, donde tampoco se incluye la maquila, los tradicionales son café, algodón, azúcar y camarón; los no tradicionales no se especifican. En relación a Guatemala, los tradicionales son café, algodón, banano, carne, azúcar y cardamomo; los no tradicionales: productos químicos, petróleo, verduras y legumbres. En relación a Honduras, los tradicionales son banano, café, madera, carne, azúcar, langostas, zinc, plata, plomo y tabaco; los no tradicionales: manufacturas de madera, camarones y jabón. Con respecto a Nicaragua, los tradicionales son algodón, café, azúcar, carne, mariscos, ajonjolí y banano; no se especifican los no tradicionales. En relación a Panamá, excluyendo las reexportaciones de la Zona Libre de Colón, los tradicionales son derivados del petróleo, bananos, camarones, azúcar, harina y aceite de pescado y café; los no tradicionales: ropa, cajas de cartón, cuero preparado, extracto de frutas, tabaco, ron, puré de banano, medicamentos y cosméticos. Según la CEPAL (Anuario... 1994: 134-136, 144-145), en 1992 las exportaciones no tradicionales más importantes en El Salvador eran medicamentos, envases de papel o cartón, artículos textiles y productos alimenticios preparados; con respecto a Nicaragua, ninguno de los 10 productos principales de exportación mencionados, los cuales suman el 82% de las exportaciones totales, puede ser considerado claramente como tradicional.

Cuadro I.18

EXPORTACION DE DIEZ PRODUCTOS PRINCIPALES
(porcentajes)

	Café	Banano	Algodón	Azúcar y Productos Similares	Otros productos agrícolas a)	Carne	Mariscos y pescado	Madera	Minerales	Petróleo y sus derivados	Artículos textiles	Medica- mentos	Otros pro- ductos indus- triales b)	Total diez productos
1970														
Costa Rica	31.9	29.6	----	4.4	1.7	1.7	----	----	----	----	----	1.8	2.3	79.6
El Salvador	48.7	----	9.9	3.1	----	----	2.3	----	----	----	6.5	----	3.8	74.3
Guatemala	34.7	5.0	9.1	3.2	1.5	1.5	----	----	----	----	1.9	2.2	3.3	65.2
Honduras	15.2	42.5	----	----	2.6	2.6	----	8.9	5.2	3.7	----	----	1.5	85.3
Nicaragua	18.0	----	19.2	5.5	5.2	5.2	3.4	----	2.2	----	----	----	1.6	70.0
Panamá	1.6	55.6	----	4.5	0.7	0.7	9.3	----	----	19.6	----	----	2.2	95.5
1980														
Belice	----	4.2	----	60.5	8.3	----	4.9	1.4	----	----	17.0	----	----	96.3
Costa Rica	25.6	22.2	----	4.2	1.6	7.3	----	----	----	----	1.1	2.7	3.0	67.6
El Salvador	36.4	----	11.8	1.9	----	----	2.4	----	----	2.8	5.8	1.9	2.8	65.8
Guatemala	31.9	3.5	11.3	5.2	4.8	1.8	----	----	4.2	----	----	3.3	1.6	67.6
Honduras	25.5	28.7	----	3.4	----	7.5	2.9	2.5	6.4	----	----	----	4.5	81.4
Nicaragua	38.0	1.9	6.9	6.0	1.5	13.4	6.1	----	----	2.4	----	----	4.0	80.2
Panamá	3.0	17.5	----	18.6	6.0	----	13.8	----	----	23.2	2.7	----	----	84.8
1990														
Belice	----	9.4	----	44.0	22.2	----	4.7	1.8	----	----	14.5	----	0.5	97.1
Costa Rica	17.0	21.9	----	1.7	5.8	3.3	2.8	----	----	----	1.8	1.8	----	56.1
El Salvador	45.9	----	----	3.7	2.0	----	2.4	----	----	1.6	4.9	3.4	4.3	68.2
Guatemala	27.8	6.1	2.8	10.4	7.2	2.3	----	----	----	1.8	----	4.5	----	62.9
Honduras	26.2	32.4	----	2.3	5.4	4.5	5.8	1.4	3.5	----	----	----	----	81.5
Nicaragua	22.4	8.1	10.9	11.3	3.8	19.8	2.6	----	4.2	----	----	----	1.5	84.6
Panamá	4.4	28.1	----	11.5	4.2	2.1	19.1	----	----	----	1.7	1.7	----	72.8
1992														
Belice	----	9.2	----	36.8	24.8	----	6.1	2.6	----	----	16.2	----	0.9	96.6
Costa Rica	11.1	26.9	----	1.5	4.1	2.3	4.5	----	----	----	2.1	2.1	----	54.6
El Salvador	24.5	----	----	7.5	4.4	----	3.4	----	----	----	7.6	4.8	4.0	56.2
Guatemala	19.2	8.1	----	12.2	10.5	----	----	----	----	1.5	----	4.7	----	56.2
Honduras	18.4	39.7	----	----	5.5	5.0	5.6	2.0	2.4	----	----	----	1.4	80.0
Nicaragua	19.3	6.0	11.1	12.8	4.8	17.4	6.6	----	3.8	----	----	----	----	81.8
Panamá	2.4	39.7	----	4.3	2.9	3.2	16.7	----	----	2.0	2.0	2.0	----	75.2

Fuente:

CEPAL, Anuario... 1994: 120-147. Las cifras referidas a 1994, contenidas en los estudios económicos nacionales durante 1994, de la CEPAL, no a|aden en lo fundamental nada distinto a los datos contemplados en este cuadro, con las siguientes excepciones. En el caso de Honduras en 1994 las manufacturas de madera suman un 2.0 y las de jabón, que en 1980 representaban un 2.5%, un 1.2%. En 1994 los artículos textiles suman 1.8% en Costa Rica y 3.9% en Panamá. Según otra fuente (Panamá-Dirección de Estadística y Censo, 1993: 120-124), el banano representó el 48% de las exportaciones paname|as en 1990 y el 43% en 1992, en tanto que los porcentajes de pescado y marisco, café y azúcar serían algo menores; y algo mayores los de textiles: 4 y 5%, respectivamente.

Notas:

a) Otros productos primarios de tipo agropecuario:

Belice: se refiere en lo fundamental a jugos de frutas no fermentados, aunque también incluye porcentajes peque|os de frutas y nueces preparadas o conservadas en 1980 (0.6%) y de legumbres en 1990 (1.5).

Costa Rica: cacao y alimentos preparados en 1970; arroz en 1980; frutas frescas distintas al banano (2.6%) y plantas ornamentales (3.2%) en 1990; frutas (2.5) y plantas ornamentales (1.6) en 1992.

El Salvador: semillas (2.0%) en 1990; semillas (1.7%) y alimentos preparados (2.7%) en 1992.

Guatemala: plantas para perfumería, farmacia o insecticidas en 1970 (1.5%) y 1980 (3.3%); legumbres en 1980 (1.5%) y 1992 (1.7%); cardamomo en 1990 (3.0%) y 1992 (2.5); tabaco en 1990 (1.8%) y 1992 (2.4%); semillas en 1990 (2.4%) y 1992 (2.1%); alimentos preparados (1.8%) en 1992.

Honduras: tabaco en 1970 (1.3%), 1990 (1.6%) y 1992 (1.1%); productos alimenticios preparados en 1970 (1.3%) y 1990 (1.3%); cocos, nueces de Brasil y anacardos en 1990 (2.5%) y 1992 (2.8%); frutas en 1992 (1.6%).

Nicaragua: en 1970 residuos de aceite vegetal (1.4%), gomas y resinas naturales (1.6%) y aceite de semilla de algodón (2.2%); semillas en 1980 (1.5%), 1990 (2.5%) y 1992 (2.7%); infusiones en 1990 (1.3%) y ganado vacuno en 1992 (2.1%).

Panamá: harina de carne y pescado en 1970 (0.7%) y 1980 (2.9%); en 1980 aceite de pescado (1.3%) y leche (1.8%); en 1990 cuero curtido (2.1%) y alimentos preparados (2.1%); en 1992 frutas (2.9%).

b) Otros productos manufacturados:

Belice: hojas de chapa.

Costa Rica: abonos (0.7%), neumáticos (0.8%) y pilas eléctricas (0.8%) en 1970; productos metálicos ferrosos (1.3%) y artículos de plástico (1.7%) en 1980.

El Salvador: envases de papel o cartón en todas las fechas: 1.1% en 1970, 2.8% en 1980, 2.3% en 1990 y 4.0% en 1992; además, abonos (1.4%) y cables con aislante (1.3%) en 1970 y hojas de aluminio (2.0%) en 1990.

Guatemala: neumáticos (1.5%) y envases de vidrio (1.8%) en 1970; productos químicos (1.6%) en 1980.

Honduras: productos químicos en 1970 (1.5%) y 1980 (2.5%); manufacturas de madera en 1980 (2.0%); sellos de correos y similares (1.4%) en 1992.

Nicaragua: productos químicos en 1970 (1.6%) y 1980 (4.0), productos metálicos (1.5%) en 1990.

Panamá: en 1970 chatarra (0.9%) y maquinaria para imprenta y encuadernación (1.3%)..

Cuadro I.19

EXPORTACION DE MANUFACTURAS E INTRARREGIONAL

	Manufacturas a)						Intrarregional b)						
	1960c)	1975c)	1980d)	1985d)	1990d)	1992d)	1950e)	1960e)	1975f)	1980f)	1985f)	1990g)	1993g)
Belice	---	---	18	25	15	18	---	---	---	---	---	---	---
Costa Rica	1	26	30	22	27	26	1	3	22	27	15	14	20
El Salvador	6	24	35	26	36	48	4	11	27	28	14	32	44
Guatemala	3	26	24	20	25	30	0	4	26	27	19	26	33
Honduras	2	11	13	4	10	13	16	13	9	10	3	3	6
Nicaragua	6	15	18	9	8	7	3	4	25	17	8	13	23
Panamá	0	5	9	13	17	17	---	---	---	---	---	9	13
Mercado Común													
Centroamericano	---	---	---	---	---	---	3	7	23	23	13	17	24
Iberoamérica	4	16	18	24	33	38	---	---	---	---	---	---	---

Notas y fuentes:

a) Porcentajes del valor fob de las exportaciones totales de bienes.

b) Porcentajes con respecto a las exportaciones totales.

c) CEPAL, Anuario... 1984: 186.

d) CEPAL, Anuario... 1994: 113.

e) CEPAL, 1980: 25.

f) CEPAL, Centroamérica: situación actual y perspectivas de la economía y la integración, México, CEPAL, 7-IX-1989: 49.

g) CEPAL, Centroamérica: evolución de la integración económica durante 1993, México, CEPAL, 3-VIII-1994: 33. Incluye Panamá.

Cuadro I.20

DEUDA EXTERNA TOTAL DESEMBOLSADA
(millones de dólares)

	1970a)	1975a)	1980b)	1985c)	1990c)	1993c)	1993d)
Belice	----	----	47	118	152	179	165
Costa Rica	429	1.032	2.735	4.401	3.772	3.956	3.238
El Salvador	142	502	911	1.854	2.137	2.164	2.043
Guatemala	281	465	1.166	2.656	2.837	2.705	2.205
Honduras	183	502	1.475	2.729	3.698	3.684	3.280
Nicaragua	314	889	2.171	5.821	10.692	11.609	9.177
Panamá	----	----	2.974	4.759	6.679	6.537	3.757
Centroamérica	1.349	3.390	----	----	----	----	----
Iberoamérica	----	----	242.636	390.286	442.308	481.235	337.576

Notas y fuentes:

a) Caballeros, 1987: 24; Timosi, 1989: 117.

b) BID, Progreso económico y social... 1990, 1990: 318; excepto en relación a Belice (que se refiere sólo a la deuda pública externa): CEPAL, Economic Survey... 1982: 18. La cifra relativa a Centroamérica es elaboración del autor.

c) BID, Progreso económico y social... 1994, 1994: 283. Las cifras relativas a Centroamérica son elaboración del autor.

d) BID, Progreso económico y social... 1994, 1994: 285. Se refiere a la deuda pública externa desembolsada a largo plazo, la cual refleja de manera aproximada la deuda pública externa total. La cifra relativa a Centroamérica es elaboración del autor. En relación a la deuda externa total, estas cifras representan más del 90% en Belice y El Salvador; casi este porcentaje en Honduras; en torno al 80% en Costa Rica, Guatemala y Nicaragua; el 57% en Panamá y el 70% en Iberoamérica.

Cuadro I.21

LA CARGA DE LA DEUDA EXTERNA TOTAL DESEMBOLSADA
(porcentajes)

	En relación al PIB						En relación a las exportaciones de bienes y servicios					
	1970a)	1975a)	1980a)	1985b)	1990b)	1993b)	1970a)	1975a)	1980c)	1985c)	1990d)	1994d)
Belice	----	----	39	57	38	35	----	----	34	----	----	----
Costa Rica	44	53	71	113	70	60	155	173	184	307	199	126
El Salvador	14	28	33	52	38	28	56	85	97	219	236	154
Guatemala	15	13	13	37	36	24	80	59	61	232	152	91
Honduras	25	48	61	75	129	111	93	146	147	309	344	367
Nicaragua	40	57	79	225	602	601	147	199	369	1.433	2.707	2.629
Panamá	----	----	85	96	133	100	----	----	----	----	----	----
Iberoamérica	----	----	28	49	49	45	----	----	222	352	295	276

Notas y fuentes:

a) Caballeros, 1987: 26; Timossi, 1989: 119. Excepto la referida a Belice (que se refiere al porcentaje de la deuda pública externa con respecto al PIB): CEPAL, Economic Survey... 1982: 18. La referida a Iberoamérica se tomó de: CEPAL, Estudio económico... 1994-1995: 115.

b) BID, Progreso económico y social... 1994: 288.

c) CEPAL, Anuario... 1990: 782. Excepto la cifra en relación a Belice (que se refiere al porcentaje de la deuda pública externa con respecto a las exportaciones de bienes y servicios): CEPAL, Economic Survey... 1982: 18.

d) CEPAL, Estudio económico... 1994-1995: 116. En este texto (p. 117) se afirma que en 1994 el porcentaje de la deuda externa total sobre el PIB era de 50 puntos en Costa Rica y de 52 en Panamá.

Cuadro I.22

REMESAS POR PAGOS DE UTILIDADES E INTERESES
(porcentaje del valor fob de las exportaciones totales de bienes y servicios)

	1950a)	1960a)	1970a)	1975a)	1980b)	1985b)	1990b)	1993b)
Costa Rica	20	4	5	11	19	27	18	9
El Salvador	3	4	5	8	9	15	16	14
Guatemala	3	5	12	10	8	17	15	8
Honduras	34	13	13	10	19	22	25	30
Nicaragua	16	4	16	14	28	80	58	118
Panamá	17	13	11	48	131	90	31	16

Fuentes:

- a) CEPAL, Anuario... 1984: 203.
- b) CEPAL, Anuario... 1994: 168.

Cuadro II.1

POBLACION TOTAL
(miles de personas)

	1920a)	1930a)	1940a)	1950b)	1960b)	1970b)	1975	1980b)	1985	1990b)	1995b)
Belice	44	51	56	67	91	120	131	145	163	182	201
Costa Rica	421	499	619	862	1.236	1.731	1.968	2.284	2.642	3.015	5.943
El Salvador	1.168	1.443	1.633	1.940	2.570	3.588	4.085	4.525	4.768	5.252	3.374
Guatemala	1.450	1.771	2.201	2.969	3.964	5.246	6.023	6.917	7.963	9.197	10.621
Honduras	783	948	1.119	1.401	1.935	2.627	3.081	3.662	4.383	5.138	5.968
Nicaragua	639	742	893	1.098	1.493	2.053	2.408	2.771	3.272	3.871	4.539
Panamá	429	502	595	839	1.105	1.487	1.704	1.956	2.180	2.418	2.659
Centroamérica	4.934	5.956	7.116	9.176	12.394	16.852	19.400	22.260	25.371	29.073	33.305
Iberoamérica	88.854	107.408	129.589	159.350	210.563	276.951	314.189	352.967	394.019	437.169	481.493

Notas y fuentes:

a) CELADE, enero 1975: c. 1.

b) CELADE, enero 1990: c. 1.

Cuadro II.2

TASA DE CRECIMIENTO TOTAL
(por cien habitantes)

	1920- 1925a)	1930- 1935a)	1940- 1945a)	1950- 1955b)	1955- 1960b)	1960- 1965b)	1965- 1970b)	1970- 1975b)	1975- 1980b)	1980- 1985b)	1985- 1990b)	1990- 1995b)	1995- 2000b)
Belice c)	---	---	---	3.0	3.0	3.4	2.2	1.8	2.0	2.3	2.2	---	---
Costa Rica	1.6	2.0	3.0	3.5	3.7	3.6	3.1	2.6	3.0	2.9	2.6	2.3	1.9
El Salvador	2.2	1.2	1.2	2.6	3.0	3.1	3.5	2.6	2.0	1.0	1.9	2.5	2.5
Guatemala	1.1	2.4	3.4	2.9	2.9	2.8	2.8	2.8	2.8	2.8	2.9	2.9	2.8
Honduras	1.9	1.6	2.0	3.1	3.3	3.4	2.7	3.2	3.5	3.6	3.2	3.0	2.7
Nicaragua	1.5	1.7	2.3	3.0	3.1	3.2	3.2	3.2	2.8	3.3	3.4	3.2	2.9
Panamá	1.6	0.9	2.6	2.6	2.9	3.0	3.0	2.7	2.4	2.2	2.1	1.9	1.7
América Latina	71.9	1.9	2.2	2.8	2.8	2.8	2.6	2.5	2.3	2.2	2.1	1.9	1.8

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1975: c. 2.

b) CELADE, enero 1990: c. 2. De acuerdo con las tasas de natalidad, mortalidad y migración, se calculó la tasa de Panamá en 1975-1980 en 2.4%, aunque en este texto de CELADE aparezca con un valor de 2.8%.

c) CEPAL, 1987: c. 1.

Cuadro II.3

TASA BRUTA DE MORTALIDAD
(por cien habitantes)

	1900a) 1905	1910a) 1915	1920a) 1925	1930a) 1935	1940a) 1945	1950b) 1955	1955b) 1960	1960b) 1965	1965b) 1970	1970b) 1975	1975b) 1980	1980b) 1985	1985b) 1990	1990b) 1995	1995b) 2000
Costa Rica	2.9	2.7	2.5	2.2	1.7	1.3	1.1	0.9	0.7	0.6	0.5	0.4	0.4	0.4	0.4
El Salvador	----	----	----	----	----	2.0	1.7	1.5	1.3	1.1	1.1	1.1	0.8	0.7	0.6
Guatemala	3.5	3.3	3.4	3.2	2.9	2.2	2.1	1.8	1.6	1.3	1.2	1.0	0.9	0.8	0.7
Honduras	----	----	----	----	----	2.2	2.0	1.8	1.6	1.4	1.1	0.9	0.8	0.7	0.6
Nicaragua	----	----	----	----	----	2.3	2.0	1.7	1.5	1.3	1.2	1.0	0.8	0.7	0.6
Panamá	2.1	1.9	1.7	1.5	1.3	1.3	1.1	1.0	0.8	0.7	0.6	0.5	0.5	0.5	0.5
América Latina	----	----	----	----	----	1.6	1.4	1.2	1.1	1.0	0.9	0.8	0.7	0.7	0.7

Notas y fuentes:

a) Sánchez-Albornoz, 1977: 186, 208.

b) CELADE, enero 1990: c. 7.

Cuadro II.4

TASA DE MORTALIDAD EN NIÑOS MENORES DE UN AÑO
Y PORCENTAJE DE DEFUNCIONES DE MENORES DE CINCO
AÑOS SOBRE EL TOTAL DE DEFUNCIONES, 1984-1988

	Mortalidad infantil (por mil)	Porcentaje
Belice	24.8	23.9
Costa Rica	14.7	13.3
El Salvador	34.4	24.4
Guatemala	65.5	43.9
Honduras	23.0	23.1
Nicaragua	28.5	36.5
Panamá	19.4	16.8
Argentina	26.9	8.8
Estados Unidos	10.4	2.2

Fuente:
ORS, 1990, vol. I: 358, 361.

Cuadro II.5

TASA BRUTA DE NATALIDAD
(por cien habitantes)

	1900a) 1905	1910a) 1915	1920a) 1925	1930a) 1935	1940a) 1945	1950b) 1955	1955b) 1960	1960b) 1965	1965b) 1970	1970b) 1975	1975b) 1980	1980b) 1985	1985b) 1990	1990b) 1995	1995b) 2000
Costa Rica	4.7	4.9	4.5	4.5	4.3	4.7	4.8	4.5	3.8	3.2	3.2	3.2	3.0	2.8	2.6
El Salvador	----	----	----	----	----	4.8	4.9	4.8	4.5	4.3	4.1	3.8	3.6	3.6	3.5
Guatemala	4.6	4.7	4.8	4.6	4.5	5.1	4.9	4.8	4.6	4.5	4.4	4.3	4.1	3.9	3.6
Honduras	----	----	----	----	----	5.1	5.1	4.8	5.0	4.9	4.4	4.2	4.0	3.7	3.4
Nicaragua	----	----	----	----	----	5.4	5.2	5.0	4.8	4.7	4.6	4.4	4.2	3.9	3.5
Panamá	4.0	4.2	4.0	3.7	4.0	4.0	4.1	4.1	3.9	3.6	3.1	2.8	2.7	2.5	2.3
América Latina	----	----	----	----	----	4.3	4.2	4.1	3.8	3.6	3.3	3.1	2.9	2.7	2.5

Notas y fuentes:

a) Sánchez-Allornoz, 1977: 186, 208.

b) CELADE, enero 1990: c. 4.

Cuadro II.6

TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD

	1950	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985	1990	1995
	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985	1990	1995	2000
Costa Rica	6.7	7.1	7.0	5.8	4.3	3.9	3.5	3.3	3.0	2.8
El Salvador	6.5	6.8	6.9	6.6	6.1	5.7	5.2	4.9	4.5	4.2
Guatemala	7.1	6.9	6.9	6.6	6.5	6.4	6.1	5.8	5.4	4.9
Honduras	7.1	7.2	7.4	7.4	7.4	6.6	6.2	5.6	4.9	4.3
Nicaragua	7.3	7.3	7.3	7.1	6.7	6.3	5.9	5.5	5.0	4.5
Panamá	5.7	5.9	5.9	5.6	4.9	4.1	3.5	3.1	2.9	2.7
América Latina	5.9	5.9	6.0	5.6	5.0	4.4	4.0	3.6	3.3	3.0

Fuente:

CELADE, enero 1990: c. 3.

Cuadro II.7

TASA DE MIGRACION EXTERNA
(por cien habitantes)

	1950	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985	1990
	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985	1990	1995
Costa Rica	0.0	-0.2	0.0	0.0	0.0	0.3	0.3	0.2	0.1
El Salvador	-0.2	-0.2	-0.2	0.2	-0.6	1.0	-1.8	-0.9	-0.5
Guatemala	0.0	0.0	-0.1	-0.2	-0.4	-0.5	-0.4	-0.3	-0.2
Honduras	0.2	0.2	0.1	-0.7	-0.3	0.2	0.3	0.0	0.0
Nicaragua	-0.1	-0.1	-0.2	-0.2	-0.2	-0.6	-0.2	0.0	0.0
Panamá	-0.1	-0.1	-0.2	-0.1	-0.1	-0.1	-0.1	-0.1	-0.1
América Latina	0.1	0.0	-0.1	-0.1	-0.1	-0.1	-0.1	-0.1	-0.1

Fuente:

CELADE, enero 1990: cuadros diversos.

Cuadro II.8

MIGRACION EXTERNA NETA
(miles de personas)

	1950	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985
	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985	1990
Costa Rica	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	31.7	36.7	28.2
El Salvador	-20.2	-21.9	-23.3	39.0	-114.8	-210.1	-382.1	-212.3
Guatemala	0.0	0.0	-25.0	-50.0	-100.0	-150.0	-150.0	-131.2
Honduras	17.2	17.2	8.8	-85.9	-45.3	30.0	50.0	0.0
Nicaragua	-7.5	-9.0	-12.0	-18.0	-25.0	-75.0	-20.0/-98.8a)	-5.0/-81.0a)
Panamá	-5.2	-5.2	-9.3	-9.3	-9.9	-9.9	-9.9	-9.9

Notas y Fuentes:

CELADE, julio 1988; salvo nota "a": García y González, 1989, vol. I: 361.

Cuadro II.9

POBLACION CENSADA FUERA DE SU PAIS DE NACIMIENTO
(miles de personas)

País de nacimiento	Costa Rica		El Salvador	País de presencia					EEUU		México		
	1973	1984	1971	Guatemala	Honduras	Nicaragua	Panamá	1970	1980	1970	1980	1970	1980
Costa Rica	---	---	0.4	0.8	0.7	0.3	4.7	3.8	3.4	16.7	29.6	1.0	1.8
El Salvador	1.4	8.7	---	14.1	16.8	38.0	2.2	---	1.8	15.7	94.4	1.2	2.1
Guatemala	0.7	1.4	3.4	---	---	4.5	0.5	---	0.3	17.4	63.1	7.0	4.1
Honduras	1.0	1.6	14.3	6.2	5.3	---	6.9	---	0.5	28.0	39.2	---	1.5
Nicaragua	23.3	45.9	0.8	1.1	2.1	3.6	---	2.6	3.1	16.1	44.2	---	2.3
Panamá	4.2	4.8	0.0	0.2	0.2	0.2	0.6	---	---	20.0	60.7	1.2	1.7
Colombia	1.0	1.7	0.1	0.4	0.4	---	0.3	12.1	12.6	63.5	143.5	1.1	2.8
Barbados y Jamaica	1.0	0.6	---	0.1	0.0	---	---	5.1	2.3	68.6	223.7	---	---
México	0.9	1.3	0.6	3.2	3.0	0.4	0.7	0.6	1.1	759.7	2,199.2	---	---
Total de extranjeros	46.1	88.8	22.4	37.5	40.2	51.2	21.2	57.3	47.7	9,619.3	14,080.1	191.2	268.9

Fuente:

CELADE, enero de 1989: c: 2.

Cuadro II.10

POBLACION REFUGIADA EN MEXICO Y OTROS PAISES DEL ISTMO EN LOS OCHENTA
(miles de personas)

Países receptores en Iberoamérica	1980-1984					1989b)		
	Total	Países expulsores a)				Total	Refugiados	Indocumentados
	El Salvador	Guatemala	Nicaragua	Otros				
México	175.0	120.0	55.0	----	----	181.0	53.0	128.0
Guatemala	70.0	70.0	----	----	----	223.0	3.0	220.0
Belice	8.5	3.0	5.5	----	----	30.1	5.1	25.0
El Salvador	----	----	----	----	----	20.5	0.5	20.0
Honduras	39.2	19.0	1.0	19.2	----	287.0	37.0	250.0
Nicaragua	18.5	17.5	0.5	----	0.5	7.0	7.0	----
Costa Rica	38.7	10.0	1.0	25.0	2.7	290.8	40.8	250.0
Total	349.9	239.5	63.0	44.2	3.2	1,039.4	146.4	893.0

Notas y fuentes:

a) Torres-Rivas y Jiménez, 1985: 29. Según estos autores, entre junio de 1984 y enero del año siguiente habían entrado otros 20.000 nicaragüenses en Costa Rica. Aunque dichos autores unen a Belice y Panamá en una misma unidad de destino, se consideró oportuno excluir al segundo de estos países por dos razones. Por un lado, García y Gomáriz en las cifras citadas en este mismo cuadro consideran a Belice pero no a Panamá. Por otro, en Varios (1987: 73-81) se estima para 1984 que el número de refugiados en Belice era de 14.000 (7.000 salvadoreños y otros tantos guatemaltecos) y en Panamá de sólo 1.000. En este último texto, se estima que en la fecha indicada los refugiados salvadoreños ascendían a 355.500; los guatemaltecos a 121.800; pero a los nicaragüenses sólo los valora en 33.246. De acuerdo con esta misma fuente, en México se habían refugiado en tal año 113.000 guatemaltecos y 120.000 salvadoreños.

b) García y Gomáriz, 1989, vol. II: 156. Estos autores consideran que la cifra total de indocumentados, tomada de la ofrecida por la Conferencia Internacional sobre Refugiados Centroamericanos, celebrada en Guatemala en 1989, es exagerada y opinan debería estimarse en 400.000 personas.

Cuadro II.11

POBLACION EMIGRADA A ESTADOS UNIDOS, POBLACION
REFUGIADA EN CENTROAMERICA (INCLUYE MEXICO) Y
POBLACION DESPLAZADA AL INTERIOR DE LOS PROPIOS
PAISES EN CONFLICTO EN 1989
(miles de personas)

		El Salvador	Guatemala	Nicaragua	Total
Estados Unidos	Hipótesis baja	500	100	40	640
	Hipótesis alta	850	200	80	1.130
Refugiados en Centroamérica (1988)	Hipótesis baja	172	53	68	293
	Hipótesis alta	302	158	164	624
	CIREFCA	400	100	350	850
Desplazados	Estimación de los autores	500	450	250	1.200

Fuente:

García y Godínez, 1989, vol. II: 156, 158.

Cuadro II.12

POBLACION MENOR DE 15 AÑOS
(porcentajes)

	1960	1990
Belice a)	44.6	46.1
Costa Rica b)	47.4	36.2
El Salvador b)	45.5	44.4
Guatemala b)	46.0	45.4
Honduras b)	45.2	44.6
Nicaragua b)	48.0	45.8
Panamá b)	43.5	35.0
América Latina b)	42.5	36.0

Fuentes:

a) OIT, 1990 (elaboración del autor). La segunda cifra se refiere a 1980.

b) CEPAL, julio 1991, c. 4.

Cuadro II.13

PORCENTAJE DE URBANIZACION Y TASA DE
CRECIMIENTO DE LA POBLACION URBANA

	1950a)	1960b)	1970b)	1980b)	1990b)	1950- 1960a)	1961- 1970b)	1971- 1980b)	1981- 1990b)
Belice	----	52.5	49.4	----	52.0	----	----	----	----
Costa Rica	33.5	36.6	39.7	43.1	47.1	4.0	4.3	3.7	3.7
El Salvador	36.5	38.3	39.4	41.5	44.4	2.9	3.7	2.9	2.2
Guatemala	25.0	32.4	35.5	37.4	39.4	3.0	3.8	3.3	3.4
Honduras	19.7	22.7	28.9	35.9	43.7	3.3	5.6	5.6	5.5
Nicaragua	35.1	39.6	47.0	53.4	59.8	2.9	5.0	4.4	4.6
Panamá	36.0	41.2	47.6	49.7	53.4	4.0	4.5	3.2	2.9
América Latina	41.1	49.2	57.2	64.9	71.5	----	4.3	3.8	3.2

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1982 (a): c. 1 y 2; excepto la cifra referida a Latinoamérica, procedente de CEPAL, julio 1991: c. 3.

b) BID, 1991: 284; excepto los datos sobre Belice (1965, 1975 y 1985/1991): BH, 1993: 35.

Cuadro II.14

POBLACION EN CIUDADES DE 20.000 HABITANTES Y MAS,
 ASI COMO EN EL AREA METROPOLITANA PRINCIPAL
 (porcentajes sobre la población nacional)

	En ciudades de 20.000 habitantes y más (porcentaje)				En el área metropolitana principal (porcentaje)			Tasa de crecimiento			
	1952	1960	1970	1980	1950	1960	1970	1980	1950- 1960	1960- 1970	1970- 1980
	Belice	37.0	44.3	36.2	27.9	37.0	44.3	32.6	27.9	4.3	-0.3
Costa Rica	18.4	22.8	30.8	33.6	18.4	19.4	21.8	25.1	4.4	4.5	3.9
El Salvador	14.6	19.1	21.6	----	10.3	12.6	13.9	----	4.6	4.4	----
Guatemala	13.9	19.3	22.1	22.6	13.5	17.2	19.6	19.9	4.8	3.6	2.2
Honduras	7.6	11.5	21.2	27.5	4.6	5.3	7.1	10.3	5.7	5.5	----
Nicaragua	15.3	23.0	31.5	37.0	10.4	15.3	21.2	23.7	5.0	6.8	----
Panamá	28.2	34.6	39.1	43.0	21.7	26.9	31.7	33.3	5.0	4.8	3.0

Notas y fuentes:

En todos los casos: CEPAL, 1990: c. 4, 9 y 11; excepto el porcentaje de la población hondureña en localidades de 20.000 habitantes y más bajo el año de 1980 (Honduras. SECPLAN, 1988, Características geográficas, migratorias y sociales de la población por departamento. Tomo II: ii), que se refieren a las localidades con más de 25.000 habitantes en 1988; y excepto las cifras relativas a Nicaragua bajo 1980: Nicaragua INEC, 1980: c. 12-13 (elaboración del autor).

Cuadro II.15

SUPERFICIE AGRICOLA Y FORESTAL

	Superficie agrícola					Superficie forestal					
	Millones de hectáreas a)			Porcentaje b)		Miles de km ² b)			Porcentaje c)		
	1950	1970	1975	1965	1975	1985- 1991	1965	1975	1985- 1991	1980	1990
Belice	---	---	---	3.5	3.7	4.6	10	10	10	---	---
Costa Rica	1.8	2.7	3.1	30.5	41.6	55.8	29	22	16	35.5	22.9
El Salvador	1.5	1.6	1.6	61.2	60.5	64.8	2	2	1	6.8	4.6
Guatemala	3.7	3.8	4.1	24.8	26.6	30.1	53	50	38	41.9	33.8
Honduras	2.5	2.5	2.5	32.1	35.2	39.0	53	45	33	35.7	27.6
Nicaragua	2.4	3.9	5.0	44.5	49.1	55.8	62	51	35	37.9	28.0
Panamá	---	---	---	21.8	23.8	28.0	46	43	33	---	---

Notas y fuentes:

- a) CEPAL, 1980: 74.
- b) BH, 1993.
- c) CEPAL, 1993: 53.

Cuadro II.16

DEPENDENCIA DEMOGRAFICA
 (porcentaje de la población menor de 15 años y
 mayor de 64 sobre la población de 15 a 64)

	1960a)	1970b)	1980b)	1990b)
Belice c)	95.3	----	96.9	----
Costa Rica	101.9	96.8	73.8	67.8
El Salvador	92.5	97.0	96.3	92.8
Guatemala	94.9	95.1	95.1	94.6
Honduras	91.4	99.2	101.9	91.7
Nicaragua	101.3	102.8	99.4	94.3
Panamá	90.5	93.3	80.7	65.8
América Latina d)	85.1	----	----	68.6

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1987.

b) CEPAL, 1990.

c) OIT, 1990 (elaboración del autor): 23.

d) CEPAL, julio 1991: c. 4 (elaboración del autor).

Cuadro II.17

TASA REFERIDA DE PARTICIPACION EN LA ACTIVIDAD ECONOMICA
(porcentaje de la PEA de 10 años y más, salvo en Belice --15 años y más-- y
Costa Rica --12 años y más--, sobre el total de la población de la misma edad)

	Total					Hombres					Mujeres				
	1950	1960	1970	1980	1990	1950	1960	1970	1980	1990	1950	1960	1970	1980	1990
Belice a)	---	---	---	60.4	---	---	---	---	91.7	---	---	---	---	27.9	---
Costa Rica b)	51.4	48.9	47.1	51.9	55.2	85.9	80.2	73.9	73.5	78.5	17.3	17.5	20.0	24.3	31.7
El Salvador b)	54.2	53.1	54.3	54.6	55.0	85.2	81.8	78.8	76.4	75.6	23.1	23.6	29.5	33.9	36.0
Guatemala b)	53.8	51.8	48.9	49.3	49.4	85.3	82.4	76.6	75.4	73.7	21.7	20.5	20.5	22.7	24.9
Honduras b)	57.2	53.7	50.6	50.6	50.6	84.4	84.2	78.4	74.9	72.7	29.6	23.9	22.5	25.8	29.3
Nicaragua b)	47.5	52.3	48.0	49.3	47.8	79.2	79.6	69.8	68.4	60.0	20.8	26.0	26.7	29.5	32.4
Panamá c)	50.3	48.4	50.3	44.1	46.1	78.9	75.9	73.6	63.4	65.8	20.0	19.6	26.0	24.0	25.7

Notas y fuentes:

a) OIT, 1990 (elaboración del autor). Estas tasas serían menores si estimaran la población de 10 años y más. Sin embargo, se debe señalar que las fuentes censales, las cuales sirvieron de base para elaborar las tasas tanto de Belice como de Panamá, subvaloran la participación femenina en mayor medida que las encuestas de población, que sirvieron de fundamento a García y Gomáriz para confeccionar las tasas referidas a los otros cinco países.

b) García y Gomáriz, 1989, vol. I: 75, 153, 226, 291, 370.

c) CELADE, enero y julio 1985. Menos en el caso de Nicaragua con respecto a 1990, donde es más baja, las estimaciones propuestas por García y Gomáriz en relación a los hombres coinciden con las de CELADE. La principal diferencia entre ambas fuentes radica en la evaluación de la tasa femenina, la cual es considerada como más elevada por la primera fuente que por la segunda. En concreto, con respecto a 1990, las tasas femeninas de García y Gomáriz son un poco superiores al 10 por ciento en relación a las de CELADE, tanto para Costa Rica y El Salvador como para Guatemala, Honduras y Nicaragua. De acuerdo con las estimaciones de CELADE las tasas femeninas de Panamá fueron superiores en todos los años considerados en este cuadro a cualquiera de las de aquellos cinco países. Por tanto, es lógico suponer que, si se evaluara la tasa femenina de Panamá con criterios similares a los empleados por García y Gomáriz en esos cinco países, alcanzaría en 1990 un nivel similar al adjudicado por estos autores a El Salvador. De la mencionada diferencia principal entre ambas fuentes, se derivada otra de menor significación: la tasa total es siempre algo más elevada según García y Gomáriz que de acuerdo con CELADE. Por otro lado, es conveniente señalar que, según CELADE, este mismo tipo de tasas femeninas, pero referidas al ámbito urbano, en 1990 oscilan entre 26.5 (Honduras) y 35.7 (El Salvador), mientras que la de Panamá es de 35.3. Por tanto, también en este caso la tasa femenina de Panamá resulta ser de las mayores de la región. De acuerdo con García y Gomáriz, estas tasas femeninas a nivel urbano oscilan en 1988 entre 36.0 (Costa Rica) y 44.0 (El Salvador).

Cuadro II.18

PARTICIPACION DE LAS MUJERES EN LA PEA NACIONAL
(porcentajes)

	1950	1960	1970	1980	1990	1988a)
Belice b)	18.7	18.1	18.7	22.7	33.0	----
Costa Rica c)	16.0	16.8	19.7	23.3	28.4	35.0
El Salvador c)	21.5	22.3	27.1	31.9	34.0	49.0
Guatemala c)	20.0	19.5	20.8	22.8	25.0	36.8
Honduras c)	25.8	22.2	22.3	26.2	28.7	42.6
Nicaragua c)	18.2	25.3	28.3	31.5	36.2	43.5
Panamá d)	19.1	20.9	25.2	26.2	27.1	----
América Latina d)	17.9	19.2	21.7	26.1	26.6	----

Notas y fuentes:

a) Participación femenina en la PEA urbana.

b) Con respecto a 1950-1980: OIT, 1990 (elaboración del autor). La cifra bajo 1950 se refiere a 1946. Dado el carácter censal de la fuente, estas cifras referidas a Belice están más subvaluadas que las de los otros cinco países que le siguen en el cuadro. En relación a 1990: PNUD, 1993: 186.

c) García y Gómez, 1989, vol. I: 75, 152, 226, 290, 369.

d) BID, 1990: 237-238. De acuerdo con esta fuente, los porcentajes referidos a Panamá son en todos los años más elevados que cualquiera de los relacionados con los cinco países que le anteceden en el cuadro. Por tanto, es lógico suponer que, si los porcentajes relacionados con Panamá se estimaran de acuerdo con el mismo tipo de fuentes --encuestas de población-- que las utilizadas para esos cinco países, serían superiores a los presentados por García y Gómez para ellos.

Cuadro II.19

JEFATURA DEL HOGAR EN 1984-1987
(porcentajes)

	Jefes hombres	Jefes mujeres	Jefes mujeres urbanas	Jefes hombres sin pareja	Jefes mujeres sin pareja
Costa Rica	82.5	17.5	22.7	9.5	95.5
El Salvador	73.4	26.6	31.3	13.0	94.5
Guatemala	85.0	15.0	21.0	---	---
Honduras	79.6	20.4	25.0	8.8	96.9
Nicaragua	75.7	24.3	30.3	9.7	85.3

Fuente:

García y González, 1989, vol. I: 440.

Cuadro II.20

POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA POR SECTOR ECONOMICO
(porcentajes)

	Sector primario					Sector secundario					Sector terciario					No bien definido	
	1950a)	1960a)	1970a)	1980a)	1990b)	1950a)	1960a)	1970a)	1980a)	1990b)	1950a)	1960a)	1970a)	1980a)	1990b)	1990b)	1990b)
Belice c)	40.5	39.0	---	31.2	---	17.9	22.2	---	13.8	---	33.1	31.8	---	35.3	---	---	---
Costa Rica	57.6	51.2	42.6	30.8	25.5	16.7	18.4	20.0	23.2	25.8	25.8	30.5	37.5	46.1	47.2	1.5	---
El Salvador	65.4	61.5	56.0	43.2	---	15.5	17.2	14.4	19.4	---	19.2	21.4	29.6	37.5	---	---	---
Guatemala	68.4	66.6	61.3	56.9	49.1	13.8	13.5	17.1	17.1	17.7	17.8	20.0	21.7	26.1	31.1	2.1	---
Honduras	72.3	70.4	64.9	60.5	47.9	8.9	10.6	14.1	16.2	15.2	18.9	19.1	21.0	23.4	31.5	5.4	---
Nicaragua	67.9	61.8	51.6	46.6	34.6	15.2	16.0	15.5	15.8	20.0	17.0	22.2	33.0	37.7	45.3	0.2	---
Panamá	56.4	51.1	41.6	31.8	25.4	13.6	14.0	17.6	18.2	14.9	30.0	35.0	40.9	50.2	50.6	9.0	---
América Latina	53.4	47.6	40.6	31.8	26.0	19.5	21.0	23.3	25.9	26.0	27.1	31.4	36.2	42.4	48.0	---	---

Notas y fuentes:

a) OIT, 1986: vol. 3: 119, 123-125.

b) En relación a Costa Rica, Guatemala (1989), Honduras y Panamá (1989): OIT, 1991. Con respecto a Nicaragua (1985): Nicaragua. INEC, 1989, vol. III: 10 (elaboración del autor). En relación a Latinoamérica (1989): Infante, 1991: c. 3.

c) OIT, 1990. Las cifras bajo 1950 se refieren a 1946. Las actividades no bien especificadas representan el 8.5% en esta fecha; el 7.0% en 1970; y el 19.7% en 1980.

Cuadro II.21

EMPLEO Y PRODUCTIVIDAD INDUSTRIAL

	Empleo industrial (miles de ocupados)									Productividad (miles de pesos C.A. de 1970)								
	Total			Fabril			Artesanal			Total			Fabril			Artesanal		
	1962	1968	1975	1962	1968	1975	1962	1968	1975	1962	1968	1975	1962	1968	1975	1962	1968	1975
Costa Rica a)	40.9	54.1	65.0	22.1	27.2	35.0	18.8	26.9	30.0	2.2	2.8	3.7	3.2	4.5	6.0	1.0	1.0	1.0
El Salvador a)	87.3	101.8	118.8	38.4	46.9	66.7	48.9	54.9	52.1	1.3	1.9	2.1	2.0	2.9	3.0	0.7	0.9	0.9
Guatemala a)	128.5	162.7	219.5	31.4	44.5	69.4	97.1	118.2	150.1	1.3	1.7	1.9	3.3	4.0	4.6	0.7	0.9	0.6
Honduras a)	44.9	57.3	78.7	15.3	20.9	36.8	29.6	36.4	41.9	1.3	1.6	1.7	2.2	3.1	3.0	0.8	0.7	0.5
Nicaragua a)	50.3	65.8	90.6	20.4	29.6	48.9	29.9	36.2	41.7	1.5	2.1	2.3	2.0	3.5	3.6	1.0	0.9	0.8
Panamá b)	20.4	42.6	47.0	12.0	22.2	26.8	8.4	20.4	20.2	----	2.7	3.2	----	4.5	----	0.6	0.7	----

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1982 (b): c. 19. Con base en cifras de los censos industriales de 1962 y 1968; las cifras de 1975 se estimaron.

b) PREALC, 1986: c. 21. Los datos se refieren a 1961, 1970 y 1976. Con base en cifras de tabulaciones especiales de datos oficiales; se estimó el empleo fabril de 1961; montos en balboas de 1970 con la excepción de 1961, que son en precios corrientes.

Cuadro II.22

POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA POR OCUPACION
(porcentajes)

	Profesionales					Gerentes					Empleados de oficina				
	1950a)	1960a)	1970a)	1980b)	1990c)	1950a)	1960a)	1970a)	1980b)	1990c)	1950a)	1960a)	1970a)	1980b)	1990c)
Belice d)	---	1.8	8.0	7.5	---	---	3.8	0.5	0.6	---	---	4.8	5.3	5.9	---
Costa Rica	3.4	4.9	7.4	8.4	9.3	3.5	1.7	1.6	---	3.0	4.1	5.1	5.8	13.7	7.8
El Salvador	1.7	2.4	3.5	4.2	---	2.7	0.3	0.3	0.6	---	2.3	3.1	3.6	5.4	---
Guatemala	1.6	2.1	3.2	3.6	5.1	1.5	1.7	1.3	1.1	2.6	1.8	2.1	2.5	2.7	3.2
Honduras	1.3	2.5	3.7	4.1	5.4	0.9	0.7	0.8	0.9	1.6	2.1	2.3	3.6	4.2	3.0
Nicaragua	2.0	2.5	4.5	---	6.4	2.7	0.5	0.8	---	0.3	2.1	3.4	4.0	---	6.4
Panamá	4.0	4.8	5.9	10.0	10.3	2.9	2.4	2.8	4.5	4.4	4.6	6.3	8.3	9.4	9.9

	Suma de las tres ocupaciones anteriores					Comerciantes					Obreros urbanos				
	1950a)	1960a)	1970a)	1980b)	1990c)	1950a)	1960a)	1970a)	1980b)	1990c)	1950a)	1960a)	1970a)	1980b)	1990c)
Belice d)	---	10.4	13.8	14.0	---	---	5.7	6.9	5.8	---	---	16.1	23.7	20.0	---
Costa Rica	11.0	11.7	14.8	22.1	20.1	3.8	6.8	8.1	13.9	10.4	18.2	19.6	23.5	---	29.4
El Salvador	6.7	5.8	7.4	10.2	---	1.9	4.6	6.2	14.1	---	16.8	17.9	17.2	17.2	---
Guatemala	4.9	5.9	7.0	7.4	10.9	3.3	3.9	5.5	6.2	9.6	17.4	17.8	20.0	18.2	22.7
Honduras	4.3	5.5	8.1	9.2	10.0	0.8	3.6	5.3	5.8	10.6	10.9	12.1	15.6	17.2	17.9
Nicaragua	6.8	6.4	9.3	---	13.1	1.2	4.2	6.9	---	11.5	15.6	18.3	21.3	---	26.3
Panamá	11.5	13.5	17.0	23.9	24.6	4.0	5.3	6.5	6.1	8.0	20.5	19.0	22.2	21.5	21.7

Cuadro II.22 (cont.)

	Trabajadores de servicios					Agricultores					No clasificados				
	1950a)	1960a)	1970a)	1980b)	1990c)	1950a)	1960a)	1970a)	1980b)	1990c)	1950a)	1960a)	1970a)	1980b)	1990c)
Belice d)	---	14.4	8.7	7.4	---	---	49.8	31.8	28.3	---	---	3.6	15.1	24.5	---
Costa Rica	9.8	10.0	11.5	14.7	14.1	57.2	51.9	42.1	47.7	24.4	---	---	---	1.3	1.6
El Salvador	8.4	8.2	11.0	6.5	---	66.2	63.5	58.2	39.5	---	---	---	---	---	---
Guatemala	6.8	6.6	6.8	9.1	7.1	67.6	65.8	60.9	56.7	47.7	---	---	---	2.4	2.0
Honduras	3.8	7.8	7.2	6.5	9.0	80.2	71.0	63.8	59.4	47.6	---	---	---	1.9	4.8
Nicaragua	7.6	9.0	10.3	---	16.1	68.8	62.1	52.2	---	32.2	---	---	---	---	0.7
Panamá	11.6	12.7	15.3	13.4	15.6	52.4	49.5	39.0	25.4	24.1	---	---	---	9.7	5.9

Notas y fuentes:

a) PREALC, 1982: pp. 46, 54, 56, 59, 66 (elaboración del autor). Con respecto a El Salvador en 1960, en la fuente consultada aparecen juntas las cifras relativas a "Obreros y jornaleros", categoría incluida en este cuadro en "Obreros urbanos", y "Trabajadores de servicios". Se optó por restar de dicha cifra (10.3%) el mismo porcentaje de "Obreros y jornaleros" de 1970 (2.1) y sumarlo a la categoría de "Obreros urbanos". El resto (8.2) fue lo que se estimó para los "Trabajadores de servicios".

b) Gallardo y López, 1986: 185. Las cifras de Guatemala se refieren a 1979 y las de Honduras a 1974. Con respecto a Costa Rica, los "Gerentes" están incluidos en los "Empleados de oficina" y los "Obreros urbanos" en los "Agricultores".

c) Con respecto a Costa Rica, Guatemala (1989), Honduras y Panamá (1989): OIT, 1991. En relación a Nicaragua (1985): Nicaragua. INEC, 1989, vol. III: 6 (elaboración del autor).

d) OIT, 1990.

Cuadro II.23

POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA POR ESTRATOS OCUPACIONALES
(porcentajes)

	I c)			II d)			III e)			IV f)		
	1950a)	1970a)	1980b)	1950a)	1970a)	1980b)	1950a)	1970a)	1980b)	1950a)	1970a)	1980b)
Costa Rica	22.3	24.1	30.9	26.9	25.8	24.9	4.4	12.3	16.1	46.4	36.3	27.9
El Salvador	10.5	13.6	---	20.4	15.6	---	6.5	6.4	---	62.6	45.6	---
Guatemala	7.7	11.8	---	15.7	23.2	---	15.7	6.8	---	60.9	56.3	---
Honduras	5.1	20.6	251.1	7.2	19.0	21.5	5.2	6.4	11.0	83.1	51.4	42.4
Nicaragua	14.7	19.2	---	17.8	20.8	---	9.1	10.6	---	57.8	44.3	---
Panamá	15.2	23.4	31.9	29.4	24.6	25.7	6.4	13.2	12.1	53.5	38.3	30.3

Fuentes y notas:

a) Filguera, Geneletti, 1981: 33-36. Se excluyeron el "Estado inferior sin ocupación no específica" y "otros". Las cifras de Nicaragua bajo 1950 se refieren a 1960.

b) CEPAL, 1989 (b): 32. Las cifras de Costa Rica se refieren a 1982 y las de Honduras a 1983.

c) Estratos no manuales. Todos los empleadores, profesionales, gerentes, empleados de oficina y vendedores.

d) Obreros manuales en los sectores secundario y terciario. Menos los empleadores, todos los conductores, artesanos, operarios, obreros y jornaleros.

e) Trabajadores en servicios personales. Menos los empleadores, todos los empleados domésticos, lavaderos, cocineras, camareros, barberos, etc.

f) Trabajadores manuales en el sector primario. Menos los empleadores, todos los agricultores, ganaderos, mineros, etc.

Cuadro II.24

POBLACION FEMENINA ECONOMICAMENTE ACTIVA POR OCUPACION
(porcentaje de ocupados y de mujeres sobre ambos sexos)

	Total	Profesionales		Gerentes		Empleados		PEA femenina -Comerciantes		Obreros urbanos		Trabajadores servicios		Agricultores		No clasi- ficados
		1960a)	1986b)	1960a)	1986b)	1960a)	1986b)	1960a)	1986b)	1960a)	1986b)	1960a)	1986b)	1960a)	1986b)	1960a)
Belice	100	7	17	1	0	9	13	10	9	8	11	48	18	13	4	5/28
Costa Rica	100	18	15	1	3	9	26	9	---	16	20	41	31	5	5	2
El Salvador	100	7	8	0	0	6	7	16	33	23	20	37	21	10	12	1
Guatemala	100	7	8	4	2	5	31	10	---	22	20	40	25	11	14	1
Honduras	100	11	9	1	2	6	10	11	24	17	22	44	27	4	6	7
Nicaragua	100	7	10	0	0	5	10	18	22	19	19	39	28	12	11	0
Panamá	100	12	16	1	3	13	21	7	11	9	8	34	29	.6	2	18

	Total	PEA femenina en relación a la PEA total														
		Profesionales		Gerentes		Empleados		Comerciantes		Obreros urbanos		Trabajadores servicios		Agricultores		
	1960a)	1986b)	1960a)	1986b)	1960a)	1986b)	1960a)	1986b)	1960a)	1986b)	1960a)	1986b)	1960a)	1986b)	1960a)	1986b)
Belice	18	23	66	52	5	13	32	48	33	35	8	13	60	56	5	3
Costa Rica	16	28	56	46	11	22	27	39	19	---	16	20	70	62	2	5
El Salvador	18	37	52	41	9	13	30	42	55	68	25	27	62	68	3	12
Guatemala	12	25	39	40	28	23	29	58	29	---	15	24	72	70	2	7
Honduras	13	28	57	53	11	29	33	50	36	53	19	28	72	68	1	4
Nicaragua	20	36	53	52	11	16	25	53	59	61	22	24	73	57	4	11
Panamá	21	33	57	52	12	23	52	70	31	45	12	12	66	62	3	3

Notas y fuentes:

a) OIT, 1990 (elaboración del autor). Los porcentajes de El Salvador y Honduras se refieren a 1961; los de Costa Rica y Nicaragua a 1963;

y los de Guatemala a 1964.

b) Con respecto a Belice 1980, la fuente anterior (las cifras de "No clasificados" se refieren a 1960 y 1980). En relación a Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua: García y Gómez, 1989, vol. I: 444. En Costa Rica y Guatemala, los "Empleados de oficina" y "Comerciantes" aparecen agrupados. Sin embargo, cifras elaboradas por el autor (a partir de OIT, 1992) indican que las "Empleadas" y las "Comerciantes" en relación a la PEA femenina representaban respectivamente el 12 y el 11% en Costa Rica (1991) y el 6 y el 21% en Guatemala (1989). Asimismo, dicha fuente señala que las "Empleadas" y "Comerciantes" en relación a la PEA total ocupada en estos grupos representaban respectivamente el 50 y el 33% en Costa Rica (1991) y el 47 y 58% en Guatemala (1989). Las cifras referidas a Panamá (1989) fueron elaboradas por el autor a partir de: OIT, 1991.

Cuadro II.25

IMPORTANCIA DE LA FUERZA LABORAL FEMENINA
EN ALGUNAS OCUPACIONES, 1971-1984
(porcentaje de mujeres sobre ambos sexos)

	Costa Rica	El Salvador	Guatemala	Honduras
Ingenieros	4	2	6	1
Abogados	21	4	11	6
Prof. primaria/secundaria	67	70/42	58	73/53
Enfermeras/médicos	63	91/15	64	93/6
Gerentes	16	9	16	21
Secretarios	91	71	77	94
Trabajos textiles	62	----	40	30
Mecánicos	1	1	2	2
Carpinteros	1	0	1	0
Albañiles	0	0	0	0
Servicio doméstico	87	98	97	97
Agricultores	2	4	2	1

Fuente:

García y González, 1989, vol. I: 444.

Cuadro II.26

FUNCIONARIOS DEL SECTOR PUBLICO

	1950	1955	1960	1975-77
Costa Rica	12.760a)	16.233a)	29.748b)	44.004a)
El Salvador	----	28.656a)	----	64.019d)
Guatemala	----	----	16.411a)	78.238d)
Honduras	----	----	7.600a)c)	40.276d)
Nicaragua	----	----	6.100b)	44.288d)
Panamá	----	----	28.857	84.752

Fuente:

Torres Rivas, 1980: 562.

Notas:

- a) Sólo incluye al Gobierno Central.
- b) Excluye al personal militar y de policía, personal docente del MEP y misiones diplomáticas.
- c) Cifras estimadas.
- d) Excluye al personal del Ministerio de Defensa y Seguridad pública y/o Policía.

Cuadro II.27

PORCENTAJE DE LA POBLACION OCUPADA EN EL SECTOR PUBLICO

	1982a)	1985-1987b)	
		V	M
Costa Rica	19	16	27
El Salvador	----	9	8
Guatemala	7	13	16
Honduras	4	----	----
Nicaragua	15	31	30
Panamá	24	----	----

Fuentes:

- a) PREALC, 1986: 81.
- b) García y González, 1989, vol. I: 445.

Cuadro II.28

POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA POR CATEGORIA OCUPACIONAL
(porcentajes)

	Empleadores y trabajadores por cuenta propia					familiares no remunerados					Asalariados					No clasificados				
	1950	1960	1970	1980	1990	1950	1960	1970	1980	1990	1950	1960	1970	1980	1990	1950	1960	1970	1980	1990
	a)	a)	a)	b)	c)	a)	a)	a)	b)	c)	a)	a)	a)	b)	c)	a)	a)	a)	b)	c)
Belice	35.7	31.7	25.1	---	---	3.7	2.9	3.6	---	---	59.0	61.8	66.3	---	---	1.5	3.6	5.1	---	---
Costa Rica	21.0	23.8	17.1	19.6	24.1	9.5	10.4	5.9	3.9	4.9	66.5	66.1	73.5	75.2	70.2	3.0	2.8	3.5	1.3	0.7
El Salvador	28.5	23.2	26.2	28.2	---	12.9	7.6	10.5	10.9	---	55.5	68.2	55.8	59.2	---	3.1	1.1	7.5	1.7	---
Guatemala	41.6	31.0	39.7	42.2	32.7	18.4	11.3	11.2	6.7	16.2	40.0	57.5	48.0	46.9	47.6	---	0.2	---	4.2	3.5
Honduras	30.7	39.2	39.5	33.3	40.7	38.0	16.5	14.4	14.6	4.4	31.4	39.8	44.2	45.4	49.1	---	4.6	1.9	6.7	5.7
Nicaragua	38.5	30.4	29.6	29.7	37.1	6.5	12.9	9.0	10.4	7.0	55.0	56.4	58.1	59.9	55.8	---	0.3	3.4	---	0.4
Panamá	38.3	34.4	36.2	23.2	28.6	15.1	12.0	4.8	3.6	5.4	37.7	42.5	55.2	63.3	60.1	8.9	11.2	3.7	9.9	5.9
Iberoamérica	32.4	31.8	31.6	---	---	14.0	11.5	9.5	---	---	53.6	56.7	58.9	---	---	---	---	---	---	---

Notas y fuentes:

Con respecto a Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua: Baires, 1985: 73-74. Las cifras bajo 1960 se refieren a 1961 en los casos de El Salvador y Honduras; a 1963 en el caso de Costa Rica; y a 1964 en el caso de Guatemala. Las cifras bajo 1970 se refieren a 1971 en los casos de El Salvador y Nicaragua; a 1973 en los de Costa Rica y Guatemala; y a 1974 en el de Honduras. En relación a Belice y Panamá: OIT, 1990 (elaboración del autor). En el caso de Belice las cifras bajo 1950 se refieren a 1946. Con respecto a América Latina PREALC, 1982: c. I-4.

b) CEPAL, 1985: 271; menos con respecto a Nicaragua (1977): Nicaragua-OEDEC, 1978: c. 24.

c) En relación a Costa Rica, Guatemala (1989) y Panamá (1989): OIT, 1991 (elaboración del autor). Con respecto a Honduras (1988): Honduras. SECPLAN, 1989: 603 (elaboración del autor). En relación a Nicaragua (1985): Nicaragua. INEC, 1989, vol. III: 6 (elaboración del autor). Tanto en relación con Honduras como con Nicaragua los cooperativistas se incluyeron en el rubro de "Empleadores...".

Cuadro II.29

SECTORES FORMAL E INFORMAL
(porcentajes sobre la PEA total)

	PEA urbana												Servicio doméstico			
	Subtotal				Formal				Informal				1950	1960	1970	1980
	1950	1960	1970	1980	1950	1960	1970	1980	1950	1960	1970	1980				
Costa Rica	42.0	47.8	57.0	65.3	29.7	35.1	44.1	52.9	6.3	6.9	7.3	7.1	6.0	5.8	5.6	5.3
El Salvador	32.2	36.7	42.0	47.5	18.5	22.7	25.4	28.6	7.5	7.5	9.2	10.8	6.2	6.5	7.4	8.1
Guatemala	51.4	36.2	39.8	44.5	15.2	18.6	22.5	26.7	11.0	12.9	12.9	13.7	5.2	4.7	4.4	4.1
Honduras	18.9	28.4	35.6	42.8	11.4	16.7	21.8	25.6	4.5	6.7	9.8	14.0	3.0	5.0	4.0	3.2
Nicaragua	30.3	37.2	47.5	57.8	18.6	22.1	26.8	29.5	6.5	9.1	12.6	17.6	5.2	6.0	8.1	10.7
Panamá	46.7	49.7	59.6	66.2	34.9	36.6	43.8	45.3	6.3	6.8	10.4	12.1	5.5	6.3	5.4	8.8
Iberoamérica	43.5	50.5	56.7	64.0	30.1	34.9	39.8	44.6	8.7	10.6	11.5	13.8	4.7	5.0	5.4	5.6

	PEA agrícola								Minería							
	Subtotal				Moderno				Tradicional				1950	1960	1970	1980
	1950	1960	1970	1980	1950	1960	1970	1980	1950	1960	1970	1980				
Costa Rica	57.7	51.9	42.7	34.4	37.3	31.8	24.1	19.6	20.4	20.1	18.6	14.8	0.3	0.3	0.3	0.3
El Salvador	67.5	63.2	57.9	52.4	32.5	38.3	29.9	22.3	35.0	24.9	28.0	30.1	0.3	0.1	0.1	0.1
Guatemala	68.5	63.7	60.1	55.4	23.7	24.7	23.1	22.3	44.8	39.0	37.0	33.1	0.1	0.1	0.1	0.1
Honduras	80.5	71.2	64.1	56.9	30.2	21.5	23.8	24.4	50.3	49.7	40.3	32.5	0.6	0.4	0.3	0.3
Nicaragua	68.8	62.0	51.9	41.8	42.9	33.5	25.9	18.0	25.9	28.5	26.0	23.8	0.9	0.9	0.6	0.4
Panamá	53.2	50.2	40.2	33.7	6.2	8.8	8.5	9.1	47.0	41.5	31.7	24.6	0.1	0.1	0.2	0.1
Iberoamérica	55.3	48.4	42.4	35.3	22.2	19.2	15.3	12.5	33.1	29.2	27.1	22.8	1.2	1.1	0.9	0.7

Fuente:
PREALC, 1982.

Cuadro II.30

SECTORES FORMAL E INFORMAL
(porcentajes sobre la PEA urbana y agrícola)

	No agrícola									Agrícola						
	Moderno			Informal			Moderno			Tradicional						
	1950	1960	1970	1980	1950	1960	1970	1980	1950	1960	1970	1980	1950	1960	1970	1980
Costa Rica	83	83	86	86	17	17	14	14	65	62	56	68	35	38	44	32
El Salvador	70	74	74	73	30	26	26	27	49	60	52	42	51	40	48	58
Guatemala	58	59	64	62	42	41	36	38	35	39	38	33	65	61	62	67
Honduras	69	71	69	65	31	29	31	35	38	31	37	42	62	69	63	58
Nicaragua	73	71	68	63	27	29	32	37	62	55	50	43	38	45	50	57
Panamá	85	84	81	87	15	16	19	13	11	18	22	35	89	82	78	65
Centroamérica	70	72	72	71	30	28	28	29	43	44	43	41	57	56	57	59

Notas y fuente:

PREALC, 1986: 75-76. Se excluye servicio doméstico y minería.

Cuadro II.31

DIVISION DE LAS OCUPACIONES DE "COMERCIANTES" Y "OBREROS URBANOS"
SEGUN CATEGORIAS OCUPACIONALES
(porcentajes)

	Empleadores, trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados				Asalariados			
	1960a)	1970a)	1980a)	1991b)	1960a)	1970a)	1980a)	1991b)
Belice	31.0	---	---	---	69.0	---	---	---
Costa Rica	28.1	21.4	28.8	34.4	71.9	78.6	71.2	65.6
El Salvador	---	37.3	---	---	---	61.9	---	---
Guatemala	42.9	47.3	41.8	48.6	57.1	52.4	55.6	51.4
Honduras	41.3	44.5	---	48.6	58.7	55.4	---	51.4
Nicaragua	46.9	38.9	---	53.9	53.0	57.4	---	46.1
Panamá	27.1	28.5	---	---	72.9	71.4	---	---

Notas y fuentes:

a) OIT, 1990 (elaboración del autor). Las cifras de Costa Rica se refieren a 1963, 1973 y 1984; las de El Salvador a 1971; las de Guatemala a 1964, 1974 y 1981; las de Honduras a 1961 y 1974; las de Nicaragua a 1963 y 1971. No se anotó el porcentaje de no clasificados, pues en ningún caso alcanzaba el 1 por ciento, salvo Guatemala en 1981 (2.6%) y Nicaragua en 1971 (3.7%).

b) Con respecto a Costa Rica, Guatemala (1989) y Honduras: OIT, 1992 (elaboración del autor); en relación a Nicaragua (1985): Nicaragua. INEC, 1989 (elaboración del autor).

Cuadro II.32

SECTOR INFORMAL EN AREAS METROPOLITANAS
(porcentajes)

	Alrededor de 1982 a)	Alrededor de 1989 b)
San José	23	22
San Salvador	38	30
Guatemala	30	33
Tegucigalpa	29	30
Managua	35	48
Panamá	14	----
Iberoamérica c)	24	30

Notas y fuentes:

- a) PREALC, 1986: 113-114.
- b) Menjivar y Pérez, 1991: 23-24.
- c) Infante, 1991: 46. Se refiere al sector informal en relación a la población urbana total en 1980 y 1989.

Cuadro II.33

COMPOSICION DEL SECTOR INFORMAL EN AREAS METROPOLITANAS SEGUN CATEGORIA
 OCUPACIONAL Y SU IMPORTANCIA RELATIVA EN EL EMPLEO DE LOS
 SECTORES ECONOMICOS HACIA 1989

	Micro- empresarios	Categoría ocupacional			Industria	Sectores económicos	
		Asalariados	Trabajadores por cuenta propia	Familiares no remunerados		Comercio	Servicios
San José	8.4	21.1	67.3	3.2	29.8	35.9	16.7
San Salvador	5.7	33.4	50.8	10.1	22.9	48.9	17.9
Guatemala	15.9	28.7	51.1	4.3	28.2	39.6	17.6
Tegucigalpa	4.5	21.5	62.7	11.3	23.3	46.3	16.9
Managua	12.4	13.5	57.1	17.0	18.4	44.4	22.5

Notas y fuentes:

Menjívar y Pérez, 1991: 26-27. En el caso de Tegucigalpa el grupo de "Asalariados" incluye a los trabajadores en cooperativas.

Cuadro II.34

DISTRIBUCION DE LA TIERRA POR TAMAÑO DE FINCAS Y SUPERFICIE
(porcentajes)

	Alrededor 1950		Alrededor 1975	
	Fincas	Superficie	Fincas	Superficie
Costa Rica 1)	100.0	100.0	100.0	100.0
Fincas pequeñas	44.0	2.9	50.0	2.7
Microfincas	----	----	14.5	0.1
Subfamiliares	44.0	2.9	36.0	2.6
Fincas medianas	36.2	14.2	26.6	11.4
Fincas grandes	19.8	82.9	22.9	85.0
El Salvador	100.0	100.0	100.0	100.0
Fincas pequeñas	88.6	18.9	92.5	27.1
Microfincas	40.3	2.3	48.9	4.8
Subfamiliares	48.3	16.6	43.6	22.3
Fincas medianas	9.0	21.5	6.0	23.6
Fincas grandes	2.4	59.6	1.5	49.3
Guatemala	100.0	100.0	100.0	100.0
Fincas pequeñas	88.4	14.3	88.1	16.2
Microfincas	21.3	0.7	31.4	1.3
Subfamiliares	67.1	13.6	56.7	14.9
Fincas medianas	0.5	13.5	9.3	18.7
Fincas grandes	2.1	72.2	2.6	65.1
Honduras	100.0	100.0	100.0	100.0
Fincas pequeñas	75.1	16.1	79.2	16.7
Microfincas	9.9	0.4	17.5	0.8
Subfamiliares	65.2	15.7	61.7	15.9
Fincas medianas	20.7	27.0	16.7	27.8
Fincas grandes	4.2	56.9	4.1	55.5
Nicaragua	100.0	100.0	100.0	100.0
Fincas pequeñas	34.8	2.3	43.8	2.2
Microfincas	----	----	----	----
Subfamiliares	34.8	2.3	43.8	2.2
Fincas medianas	37.4	12.8	31.7	11.2
Fincas grandes	27.8	84.9	24.5	86.6
Panamá	100.0	100.0	100.0	100.0
Fincas pequeñas	71.7	17.5	59.9	7.9
Microfincas	----	----	7.4	0.2
Subfamiliares	71.7	17.5	52.5	7.7
Fincas medianas	23.9	33.5	30.7	28.5
Fincas grandes	4.4	49.0	9.4	63.6

Notas y fuente:

PREALC, 1986: 146-149. En Costa Rica, Guatemala y Nicaragua las fincas medianas abarcan de 7 a menos de 35 hectáreas; en El Salvador, Honduras y Panamá, de 10 a menos de 50.

Cuadro II.35

INDICE DE SALARIOS MINIMOS REALES EN 1980 (BASE 1970=100) Y
VARIACION ACUMULADA DE LOS SALARIOS REALES ENTRE 1980 Y 1987

	Indice en 1980 a)	Variación acumulada (1980-1987) b)
Costa Rica	153.5	20.3
El Salvador	118.8	-55.8
Guatemala	85.1	-13.5
Honduras	78.3	-16.7
Nicaragua	75.1	-60.6
Panamá	74.1	-0.1

Fuentes:

a) PREALC, 1986: 96.

b) CEPAL, 1989 (a): 24.

Cuadro II.36

DESEMPLEO
(porcentaje de la PEA)

	1970a)	1980b)	1984- 1985b)	1989b)
Costa Rica c)	3.5	6.0	6.7	3.8
El Salvador d)	10.2	16.1a)	30.0a)	----
Guatemala d)	1.4	2.2	12.0	7.2
Honduras d)	----	8.8	11.7	13.0
Nicaragua e)	----	18.3	24.2	26.0
Panamá c)	7.5	10.4	15.6	20.0

Fuentes y Notas:

a) PREALC, 1986: 61.

b) CEPAL, 1990: 44. La cifra de Nicaragua bajo 1989 se refiere a 1988. En este país, el desempleo afectó en torno al 15% de la fuerza laboral en 1981 y 1982, pero desde 1985 este porcentaje nunca fue inferior a los 24 puntos. En Panamá la tasa de desempleo osciló entre un 10 y un 16% a lo largo de los siete primeros años de los ochenta, pero en 1988 ascendió de 14 a 21 puntos.

c) Urbano.

d) Total país.

e) Actividades no agrícolas.

Cuadro II.37

SUBOCUPACION
(porcentaje de la PEA)

	1970a)	1980b)	1988b)	1985- 1987c)
Costa Rica	32	26	8	21
El Salvador	45	55	25	60
Guatemala	54	43	31	60
Honduras	----	64	25	----
Nicaragua	----	49	22	34
Panamá	48	24	25	----

Fuentes:

- a) Gallardo y López, 1986: 189.
- b) Mejívar y Trejos, 1992: 45: La cifra de Nicaragua bajo 1988 se refiere a 1985.
- c) García y González, 1989, vol. I: 446.

Cuadro II.38

POBREZA E INDIGENCIA
(porcentajes sobre el total de la población)

	Pobreza									Indigencia								
	Total			Urbana			Rural			Total			Urbana			Rural		
	1970	1980	1990	1970	1980	1990	1970	1980	1990	1970	1980	1990	1970	1980	1990	1970	1980	1990
a)	b)	c)	a)	b)	c)	a)	b)	c)	a)	b)	c)	a)	b)	c)	a)	b)	c)	
Costa Rica	24	25	20	15	14	11	30	34	31	6	14	11	5	7	6	7	19	17
El Salvador	---	68	71	---	58	61	---	76	85	---	51	52	---	45	30	---	55	70
Guatemala	---	63	75	---	58	62	---	66	85	---	32	52	---	23	31	---	36	68
Honduras	---	68	76	---	44	73	---	80	79	---	57	63	---	31	50	---	70	72
Nicaragua	---	62	75	---	46	60	---	80	85	---	35	42	---	22	27	---	50	52
Panamá	---	54	52	---	43	40	---	67	69	---	24	25	---	12	14	---	38	40
Iberoamérica	48	35	37	26	25	30	62	54	53	19	15	17	10	9	11	34	28	30

Notas y fuentes:

a) Feres y León, 1990: 150 y 155. De este texto fueron tomados también los datos sobre Latinoamérica que aparecen bajo las fechas de 1980 y 1990; estos últimos referidos en realidad a 1986. Según esta fuente, que estima en un 22% los hogares costarricenses que vivían bajo la línea de pobreza en 1984, la incidencia de la pobreza se habría reducido ligeramente en este país a lo largo de los setenta. Además, con respecto a Panamá, este texto ofrece datos sobre la incidencia de la pobreza y la indigencia más bajos que los expresados en el presente cuadro: en 1979 los porcentajes al respecto serían de 36 y 19 puntos; en tanto que para 1986 habrían disminuido a 34 y 16 puntos respectivamente.

b) CEPAL, 1983: 9.

c) CEPAL, 1992 (a): 20-21.

Cuadro II.39

ESTRUCTURA DE LA DISTRIBUCION DEL INGRESO
(porcentajes)

	20% más pobre	30% bajo la mediana	30% sobre la mediana	20% más alto
Costa Rica				
1960	6.0	12.2	21.8	60.0
1970	5.4	15.5	28.5	50.6
1980	4.0	17.0	30.0	49.0
1986	3.3	----	----	54.5
El Salvador				
1960	5.5	10.5	22.6	63.3
1970	3.7	14.0	30.6	50.8
1980	2.0	10.0	22.0	66.0
Guatemala				
1970	4.9	12.5	23.8	58.8
1980	5.3	14.5	26.1	54.1
Honduras				
1970	3.0	7.7	21.6	67.7
1980	4.3	12.7	23.7	59.3
Nicaragua				
1970	----	15.0	25.0	60.0
1980	3.0	13.0	26.0	58.0
Panamá				
1970	1.8	10.1	26.9	61.2
1980	2.7	10.0	27.0	60.3

Fuentes:

CEPAL, 1982 (a): 15; excepto las cifras referidas a Costa Rica en 1986:
EM, 1990: 273.

Cuadro II.40

NIVELES DE INGRESO
(dólares de 1970)

	20% más pobre	30% bajo la mediana	30% sobre la mediana	20% más rico
Costa Rica				
1971a)	572	1.167	2.269	5.756
1977a)	528	1.495	2.639	6.465
1980b)	177	501	884	2.165
El Salvador				
1980b)	47	155	341	1.536
Guatemala				
1970a)	1.088	2.014	3.702	9.098
1980a)	996	1.962	3.865	12.393
1980b)	111	203	364	1.134
Honduras				
1968a)	85	206	522	2.476
1979a)	287	564	1.055	3.958
1980b)	81	140	255	796
Nicaragua				
1980a)	62	178	350	1.200
Panamá				
1980a)	120	304	823	2.710

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1983: 19. Se refiere al ingreso familiar y en el caso de Guatemala se circunscribe al ámbito urbano.

b) CEPAL, 1983: 17. Se refiere al ingreso por habitante. Según esta fuente, el 20% más rico de los costarricenses tendría un ingreso promedio en 1980 de 1,165.2 dólares. La cifra correcta, 2,165.2 dólares, fue tomada de CEPAL, 1981: 12. .

Cuadro II.41

DIFERENCIA DE INGRESO ENTRE EL 20% MAS
RICO Y EL 20% MAS POBRE

	1980a)	1985-89b)
Costa Rica	12.3	16.5
El Salvador	33.0	----
Guatemala	10.2	10.0
Honduras	9.9	----
Nicaragua	19.4	----
Panamá	22.6	----

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1983: 17 (elaboración del autor).

b) PNUD, 1993: c. 18.

Cuadro II.42

GRADO DE ANALFABETISMO
(porcentajes)

	1950a)	1960b)	Total 1970b)	1980b)	1990c)	Mujeres 1990c)	1960	Urbano d) 1970	1980	1960	Rural d) 1970	1980
	Belice	---	13	9	---	5	---	---	---	---	---	---
Costa Rica	21	16	12	7	7	7	5	4	---	20	15	---
El Salvador	61	51	43	33	27	30	27	20	17	64	55	46
Guatemala	71	62	54	44	45	53	33	27	21	76	66	60
Honduras	65	55	43	---	27	29	24	21	15	62	54	43
Nicaragua	62	50	43	---	19	---	21	24	---	70	69	---
Panamá	30	23	19	13	12	12	---	---	6	---	---	38
Iberoamérica	---	---	---	---	16	18	---	---	---	---	---	---

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1987: 50.

b) CEPAL, 1990: 54.

c) Con respecto a Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Panamá e Iberoamérica: BH, 1992: c. 1. En relación a Belice y Nicaragua: PNUD, 1993: c. 1. El porcentaje referido a Nicaragua parece algo bajo pues, si bien se estima que el grado de analfabetismo de este país se redujo a un 13% al término de la campaña alfabetizadora emprendida al comienzo del gobierno sandinista (CEPAL, 1990: 54), se calcula que después ascendió para situarse en 1985 en un 25%: 23 en relación a los varones y 26, a las mujeres (García y Gomáriz, 1989, vol. I: 448).

d) CEPAL, 1983: 50; Gallardo y López, 1986: 200. Los porcentajes bajo 1980 se refieren a 1978 en el caso de El Salvador y al 1981 en el de Panamá.

Cuadro II.43

POBLACION ALFABETA Y ANALFABETA POR ESTRATOS DE
NECESIDADES BASICAS EN 1978
(porcentajes)

	Total	Subtotal	Pobres Extrema pobreza	No satis- facción	No pobres
Guatemala					
Alfabetas	100	53	23	30	47
Analfabetas	100	78	44	34	22
Honduras					
Alfabetas	100	58	54	4	42
Analfabetas	100	75	68	7	25

Fuente:

CEPAL, 23-XI-1983: 52.

Cuadro II.44

POBLACION ANALFABETA SEGUN GRUPO ETNICO EN GUATEMALA
(porcentajes)

	Ambos sexos	Total		Ambos sexos	Indigenas		No indigenas		
		Hombres	Mujeres		Hombres	Mujeres	Ambos sexos	Hombres	Mujeres
1950	72	64	80	90	86	95	----	----	----
1973	53	42	61	78	68	87	----	----	----
1981	42	36	49	63	53	74	28	24	31

Fuente:

García y Gomáriz, 1989, vol. I: 235.

Cuadro II.45

PROMEDIO DE AÑOS DE ESCOLARIZACION DE LA POBLACION
ADULTA (25 AÑOS O MAS) EN 1990

	Total	Mujeres
Belice	4.6	4.4
Costa Rica	5.7	5.6
El Salvador	4.1	4.1
Guatemala	4.1	3.8
Honduras	3.9	3.7
Nicaragua	4.3	4.5
Panamá	6.7	6.9

Fuente:
PNUD, 1993: c. 5.

Cuadro II.46

MATRICULA INICIAL EN EDUCACION PRIMARIA, MEDIA Y SUPERIOR
(miles de alumnos)

	Primaria					Media					Superior				
	1950a)	1960b)	1970c)	1980c)	1989-1990c)	1950a)	1960b)	1970c)	1980c)	1989-1990c)	1950a)	1960b)	1970c)	1980c)	1989-1990c)
Belice	---	---	32	35	44	---	---	4	5	7	---	---	---	---	---
Costa Rica	104	198	349	355	424	6	27	77	173	154	2	5	13	56	78
El Salvador	145	339	531	835	1.076	7	16	83	73	109	1	2	10	9	72
Guatemala	159	278	523	827	1.149	9	30	75	157	269	2	5	17	51	52
Honduras	77	205	382	601	784	1	15	40	127	179	1	2	5	27	45
Nicaragua	---	162	285	472	596	4	11	51	140	161	1	1	9	35	27
Panamá	110	162	255	338	351	9	39	78	171	196	---	4	9	40	53

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1982 (a): 35.

b) CEPAL, 1990: 734-743.

c) CEPAL, 1992 (b): 732-741. La enseñanza superior de El Salvador en 1980 excluye las cifras de la Universidad Nacional, que cerró sus puertas. Bajo 1989-1990, las cifras de enseñanza media en Belice, así como las de enseñanza primaria y media en Guatemala se refieren a 1988; las de enseñanza superior en Guatemala, que contempla sólo a la Universidad de San Carlos, y enseñanza media en Honduras se refieren a 1986.

Cuadro II.47

TASA BRUTA DE MATRICULA EN LA EDUCACION PRIMARIA, MEDIA Y SUPERIOR
(porcentaje de matriculados sobre la población del grupo de edades correspondiente)

	Primaria			1960a)	Secundaria			1960a)	Superior			
	1960a)	1970	1980		1989-1990	1970	1980		1989-1990	1970	1980	1989-1990
Costa Rica	93	110	105	102	20	35	43	35	5	9	23	25
El Salvador	60	61	75	83	11	21	24	29	1	3	2	15
Guatemala	43	60	73	79	6	10	17	23	2	4	8	7
Honduras	68	88	93	114	7	14	30	33	1	2	9	10
Nicaragua	65	80	98	95	7	21	42	38	1	6	14	9
Panamá	91	102	106	107	27	39	61	61	5	7	22	22

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1984: 126-128.

b) CEPAL, 1992 (b): 55-57. La cifra relativa a la enseñanza primaria de Costa Rica en 1970 es estimada por esta fuente en 10.7. Dado que se trata de una errata evidente, se decidió poner la que aparece para esa misma fecha en CEPAL, 1990: 55. La enseñanza superior de El Salvador en 1980 excluye las cifras de la Universidad Nacional, pues se encontraba cerrada. Bajo 1989-1990, las cifras de enseñanza primaria y secundaria de Guatemala, así como las de enseñanza primaria de Honduras, se refieren a 1988; las de enseñanza superior de Guatemala y media de Honduras se refieren a 1986; la de enseñanza superior en Nicaragua, a 1987. Según los Anuarios estadísticos de Nicaragua de 1981 y 1984, publicados por el INEC, durante los cinco primeros años del Régimen Sandinista, la matrícula de alumnos habría aumentado en un 60%, tanto en educación primaria y secundaria como en educación superior. En el presente cuadro, las cifras de este país relativas a 1980 ya reflejarían, aunque de manera parcial, los logros de tal régimen en este sentido. Las referidas a 1989-1990 indican el deterioro producido en la segunda mitad de los ochenta. Citando fuentes oficiales, el diario La Prensa (23-VI-1990) afirmaba que en 1989 las tasas de escolarización de dicho país en educación primaria, secundaria y superior eran de 95, 32 y 7 respectivamente.

Cuadro II.48

EDUCACION PRIMARIA

	Tasa neta de escolarización a)			Niños que no asisten a la escuela (1986) b)		Alumnos que terminan el primer nivel (1988) c)
	1960	1980	1990	Total	Rural	
Belice	---	---	---	---	---	67
Costa Rica	74	90	87	8	15	79
El Salvador	48	65	71	24	45	35
Guatemala	31	49	57	34	44	36
Honduras	49	66	82	10	11	43
Nicaragua	38	63	72	25	31	36
Panamá	65	89	92	---	---	72

Notas y fuentes:

a) CEPAL, julio 1991: 13. En este sentido, la tasa neta sólo toma en cuenta a los alumnos pertenecientes al grupo de edad correspondiente (entre 6 y 11 años); mientras que la tasa bruta considera a todos los alumnos matriculados, pertenezcan o no al grupo de edad en cuestión.

b) García y Gómáriz, 1989, vol. I: 448.

c) PNUD, 1993: c. 14.

Cuadro II.49

PARTICIPACION FEMENINA EN LA MATRICULA UNIVERSITARIA

	Total		Humanidades		Porcentaje sobre ambos sexos a)				Derecho		Ingeniería		Porcentaje sobre hombres (1988-90) b)
	1975	1985	1975	1985	Medicina	Ciencias	1975	1985	1975	1985	1975	1985	
Costa Rica	45	50	---	53	---	57	---	39	---	47	---	17	68
El Salvador	34	42	53	64	49	47	---	---	30	38	16	23	73
Guatemala	29	32	54	55	26	32	---	---	29	31	6	8	---
Honduras	38	42	53	46	53	54	50	40	35	41	16	20	65
Nicaragua	34	56	---	87	---	63	---	68	---	53	---	33	121
Panamá	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	143

Notas y fuentes:

a) García y Gómáriz, 1989, vol. I: 449. Las cifras de El Salvador se refieren a 1976 y 1983; las de Guatemala, a 1981 y 1984; y las de Honduras a 1980 y 1985.

b) PNUD, 1992: c. 9; PNUD, 1993: c. 9.

Cuadro II.50

NIVEL DE INSTRUCCION DE LA PEA SEGUN ZONA DE RESIDENCIA, ALREDEDOR DE 1960
(años aprobados por la PEA de 10 años y más)

	Total			Capital			Urbana			Rural		
	0-3	4-6	7 y más	0-3	4-6	7 y más	0-3	4-6	7 y más	0-3	4-6	7 y más
Costa Rica a)	51	36	13	24	45	31	34	45	21	65	31	4
El Salvador a)	79	14	6	42	34	23	62	26	11	93	5	1
Guatemala a)	84	11	5	44	34	22	76	19	6	96	4	1
Honduras a)	80	12	5	42	29	23	52	31	14	88	8	2
Nicaragua a)	9	5	5	---	---	---	---	---	---	---	---	---
Panamá b)	41	37	22	---	---	---	---	---	---	---	---	---

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1976: 95-96. Elaboración del autor. En general, los porcentajes no suman 100 porque se suprimieron los "no declarados". Las cifras de Costa Rica y Nicaragua se refieren a 1963; las de El Salvador y Honduras a 1961; y las de Guatemala a 1964.

b) CEPAL, 1990: 60. Elaboración del autor.

Cuadro II.51

NIVEL DE INSTRUCCION DE LA PEA SEGUN ZONA DE RESIDENCIA, ALREDEDOR DE 1970
 (años aprobados por la PEA de 10 años y más)

	Total			Capital			Urbana			Rural		
	0-3	4-6	7 y más	0-3	4-6	7 y más	0-3	4-6	7 y más	0-3	4-6	7 y más
Costa Rica a)	35	44	21	17	43	41	23	45	32	47	44	9
El Salvador a)	70	21	8	30	37	30	51	33	14	87	12	1
Guatemala a)	75	16	7	34	36	27	64	26	9	90	8	2
Honduras b)	70	22	8	---	---	---	---	---	---	---	---	---
Nicaragua a)	66	20	10	34	36	25	52	30	15	87	8	2
Panamá b)	34	39	27	---	---	---	---	---	---	---	---	---

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1976: 95-96. Elaboración del autor. En general, los porcentajes no suman 100 porque se suprimieron los "no declarados". Las cifras de Costa Rica y Guatemala se refieren a 1973; las de El Salvador y Nicaragua a 1971.

b) CEPAL, 1990: 61. Elaboración del autor.

Cuadro II.52

NIVEL DE INSTRUCCION DE LA POBLACION DE 10 AÑOS Y MAS
POR SEXO A MEDIADOS DE LOS OCHENTA a)

	Total				Hombres				Mujeres			
	Ninguno	Primaria	Secundaria	Superior	Ninguno	Primaria	Secundaria	Superior	Ninguno	Primaria	Secundaria	Superior
Costa Rica	7	57	28	8	7	58	26	8	7	56	29	7
El Salvador	27	45	23	3	24	49	24	4	30	46	22	3
Guatemala	40	48	11	2	34	52	11	3	45	43	10	1
Honduras	32	53	13	2	32	54	11	3	32	52	14	2
Nicaragua	29	45	19	4	28	44	18	5	29	46	20	3
Panamá	5	6	32	12								

Notas y fuentes:

- a) Cuando los porcentajes no suman 100, se debe a la no consideración de las personas "no clasificadas".
- b) García y Gomáriz, 1989, vol. I: 89, 177, 239. Las cifras se refieren a 1985-1987. En el caso de Costa Rica los porcentajes se establecieron sobre la población de 12 años y más.
- c) Honduras-SECPLAN, 1989, Características generales, educativas y económicas por departamento. Tomo I: 181: Elaboración del autor. Se refiere a 1988.
- d) Nicaragua-INEC, 1989, vol. I: 71. Elaboración del autor. Se refiere a 1985 y a la población de 12 años y más.
- e) CEPAL, 1990: 62. Elaboración del autor. Se refiere a la PEA alrededor de 1980. En Panamá el nivel de instrucción favorece a las mujeres. Según EFE (1990: 310), a mediados de los ochenta, las tasas de escolarización en este país eran similares en la educación primaria entre ambos géneros, pero las femeninas eran superiores a las masculinas tanto en la educación media como en la superior.

Cuadro II.53

NIVEL EDUCATIVO DE LA POBLACION POR ESTRATO DE SATISFACCION DE
NECESIDADES BASICAS AL FINAL DE LOS OCHENTA
(porcentajes)

	Costa Rica (1977)			Guatemala (1980)			Honduras (1978)		
	Extrema pobreza	No satisfacción	No pobres	Extrema pobreza	No satisfacción	No pobres	Extrema pobreza	No satisfacción	No pobres
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100
Sin instrucción	60	56	39	98	93	77	48	48	25
Primaria	33	32	39	1	3	6	49	51	33
Secundaria	7	10	15	1	3	11	3	3	20
Educación superior	—	2	7	—	1	6	—	—	4

Notas y fuente:

CEPAL, 21-XI-1983: 53. En el caso de Costa Rica el grupo de "Sin instrucción" incluye las personas con de uno a tres años aprobados en primaria.

Cuadro II.54

EDUCACION PUBLICA PRIMARIA Y SECUNDARIA EN 1971
(porcentajes sobre el total)

	Estable- cimientos	Primaria	Alumnos	Media	
		Maestros		Estable- cimientos	Maestros
Costa Rica	97	95	97	68	80
El Salvador	95	93	96	28	37
Guatemala	78	77	85	25	30
Honduras	97	93	94	10	----
Nicaragua	89	81	86	30	41
Panamá	97	96	95	28	68

Fuente:

SIECA, 1975: 487-492. Elaboración del autor.

Cuadro II.55

PORCENTAJE DE ALUMNOS MATRICULADOS EN
UNIVERSIDADES PUBLICAS

	1979	1983	1986
Costa Rica	95	83	75
El Salvador	82	10	73
Guatemala	78	85	82
Honduras	100	100	100
Nicaragua	85	88	88
Panamá	95	90	93

Notas y fuentes:

UDUAL, 1981, 1985, 1989. Elaboración del autor. La cifra de Panamá bajo 1979 se refiere a 1976-1977. En 1980 fue clausurada la "Universidad de El Salvador", lo cual se tradujo en un fuerte descenso de la matrícula universitaria nacional, la casi desaparición de la educación universitaria de carácter público y el surgimiento de numerosas universidades privadas.

Cuadro II.56

GASTO PUBLICO EN EDUCACION
(porcentaje del PIB)

	1950a)	1960a)	1970b)	1980b)	1985b)	1990c)
Belice d)	----	----	----	----	----	6.2
Costa Rica	1.7	4.1	3.4	6.2	4.1	4.9
El Salvador	1.2	2.3	2.9	3.4	2.8	1.6
Guatemala	1.8	1.4	2.0	1.8	1.2	2.3
Honduras	0.7	2.2	3.3	3.0	4.7	----
Nicaragua	----	1.6	2.3	3.5	6.6	----
Panamá	----	3.6	4.2	4.5	4.9	4.9

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 23-XI-1983: 50. Porcentaje del PNB, salvo El Salvador, Guatemala y Honduras en 1950. La cifra de Nicaragua se refiere a 1961.

b) CEPAL, Anuario... 1990: 64.

c) CEPAL, 17-IV-1995: 23. La cifra de Guatemala se refiere a 1989.

d) CEPAL, Anuario... 1995: 66. Se refiere a 1992.

Cuadro II.57

ESPERANZA DE VIDA AL NACER
(años)

	1950- 1955	1955- 1960	1960- 1965	1965- 1970	1970- 1975	1975- 1980	1980- 1985	1985- 1990
Belice	----	----	----	----	61	----	----	68
Costa Rica	57	60	63	66	68	71	74	75
El Salvador	45	49	52	56	59	57	57	62
Guatemala	42	44	47	50	54	56	59	62
Honduras	42	45	48	51	54	58	62	64
Nicaragua	42	45	49	52	55	56	60	63
Panamá	55	59	62	64	66	69	71	72
Iberoamérica	52	55	57	59	61	63	65	66

Notas y fuentes:

CELADE, enero 1990: 8; excepto Belice: BM, 1993: 34.

Cuadro II.58

TASA DE MORTALIDAD INFANTIL
(muertos menores de un año por cada mil nacidos vivos)

	1920- 1924a)	1930- 1934a)	1940- 1944a)	1950- 1955b)	1955- 1960b)	1960- 1965b)	1965- 1970b)	1970- 1975b)	1975- 1980b)	1980- 1985b)	1985 1990b)	1985- 1990c)
Belice d)	---	---	---	---	---	64	---	44	---	26	22	---
Costa Rica	174	160	131	94	88	81	68	53	37	23	19	16
El Salvador	---	---	---	151	137	123	110	99	87	77	57	30
Guatemala	142	125	127	141	131	119	108	95	82	70	59	56
Honduras	---	---	---	196	172	147	124	101	90	78	68	21
Nicaragua	---	---	---	167	148	131	115	100	93	76	62	13
Panamá	110	101	81	93	75	63	52	43	32	26	23	20
Iberoamérica	---	---	---	126	113	102	92	82	71	62	55	---

Notas y fuentes:

a) Sánchez-Albornoz, 1977: 220.

b) CELADE, enero 1990: 9.

c) CEPAL, 1992 (e). Elaboración del autor. El Salvador, Guatemala y Nicaragua se refieren al promedio de 1985-1987; Honduras al de 1980-1983; y Panamá al de 1983-1986.

d) Con respecto a las dos primeras cifras (1960 y 1969-1972): OPS, 1974: 207. Elaboración del autor. En relación a las dos últimas (1980-1985 y 1985-1988): OPS, 1990: 358. Elaboración del autor. PNUD (1992 y 1993) estima que la tasa de mortalidad infantil de Belice en 1990 y 1991 era de 23 muertos, pero el Banco Mundial (1993: 34) estima que dicha tasa se eleva a 43 muertos en una fecha indeterminada entre 1985 y 1991.

Cuadro II.59

PRINCIPALES CAUSAS DE DEFUNCION EN LA POBLACION GENERAL

	Belice (1986)	Costa Rica (1988)	El Salvador (1984)	Guatemala (1984)	Honduras (1981)	Nicaragua (1977)	Panamá (1987)	Argentina (1986)	Perú (1983)	EEUU (1987)
Enfermedades del corazón	14.0	20.9	9.5	5.4	12.1	15.4	18.7	32.6	7.7	36.7
Tumores malignos	7.4	21.8	4.7	---	4.8	4.1	14.8	18.1	6.5	22.8
Enfermedades cerebro- vasculares	9.0	7.5	---	---	---	---	10.5	10.4	---	7.2
Accidentes y envenenamientos	11.7	9.0	24.3	6.3	17.2	17.8	10.8	5.2	6.0	4.7
Ciertas afecciones origi- nadas en el periodo perinatal	7.3	5.2	13.1	16.3	5.0	---	6.3	4.1	7.2	---
Influenza y neumonía	11.4	---	---	16.1	4.7	5.5	---	---	17.4	3.3
Infección intestinal	---	---	7.7	17.5	16.1	18.7	---	---	10.5	---
Deficiencias en la nutrición	---	---	---	5.9	---	---	---	---	---	---
Todas las demás causas	39.3	35.7	40.7	32.5	40.2	38.5	39.0	29.6	44.5	25.3
Total de defunciones por causas conocidas	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuentes:

OPS, 1990: vol. I: 445-450; excepto Nicaragua: OPS, 1986, vol. I: 321.

Cuadro II.60

PRINCIPALES CAUSAS DE DEFUNCIÓN DE 1 A 4 AÑOS

	Costa Rica (1988)	El Salvador (1984)	Guatemala (1984)	Honduras (1981)	Nicaragua (1977)	Panamá (1987)	Argentina (1986)	Perú (1983)	EEUU (1987)
Enfermedades del corazón	3.5	---	---	---	---	---	11.5	---	4.5
Tumores malignos	10.2	---	---	---	---	---	7.4	---	7.6
Anomalías congénitas	17.6	---	---	---	---	6.4	7.3	---	12.9
Accidentes y envenenamientos	20.0	7.5	---	4.9	5.9	14.6	23.9	---	46.5
Influenza y neumonía	10.2	6.8	23.0	9.0	8.5	11.2	7.6	22.6	---
Bronquitis, enfisema y asma	2.7	10.6	---	5.5	3.5	4.8	---	6.5	---
Infecciones intestinales	9.8	30.9	35.6	36.0	40.3	16.8	---	25.3	---
Meningitis	2.7	---	---	---	---	---	---	---	---
Sarampión	---	8.4	6.0	9.1	11.5	3.1	---	4.1	---
Tosferina	---	---	4.4	5.0	3.5	---	---	---	---
Nefritis, síndrome nfrótico y nefrosis	2.0	---	---	---	---	---	---	---	---
Deficiencias en la nutrición	---	8.2	7.6	3.4	---	9.5	---	7.5	---
Todas las demás causas	21.2	27.6	23.4	26.9	26.8	33.6	42.2	33.9	28.5
Total de defunciones por causas conocidas	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Notas y fuentes:

OPS, 1990, vol. I: 461-465; excepto Nicaragua: OPS, 1986, vol. I: 323, donde la cifra de tosferina se refiere en realidad a paludismo.

Cuadro II.61

PRINCIPALES CAUSAS DE DEFUNCION EN MENORES DE UN AÑO

	Belice (1986)	Costa Rica (1988)	El Salvador (1984)	Guatemala (1984)	Honduras (1981)	Nicaragua (1977)	Panamá (1987)	Argentina (1986)	Perú (1983)	EEUU (1987)
Anomalías congénitas	3.7	27.6	2.8	2.9	----	----	16.8	14.1	----	24.4
Enfermedades del corazón	----	----	----	----	----	----	----	3.5	----	3.0
Accidentes	----	1.4	----	----	----	----	3.6	----	----	3.1
Ciertas afecciones originadas en el periodo perinatal	37.5	46.6	58.4	50.4	23.6	2.6	50.8	55.9	28.3	56.0
Influenza y neumonía	19.1	10.2	4.1	16.4	8.8	10.5	5.6	4.7	20.8	2.1
Bronquitis, enfisema y asma	----	----	6.7	----	7.4	3.2	2.2	----	5.2	----
Infecciones intestinales	13.2	4.4	16.9	12.9	34.5	50.0	6.4	3.7	18.2	----
Tosferina	----	----	----	3.2	4.6	----	----	----	----	----
Deficiencias en la nutrición	5.1	1.6	----	----	----	----	----	----	3.5	----
Tétanos	----	----	----	----	----	5.7	----	----	----	----
Todas la demás causas	21.3	8.2	11.0	14.1	21.1	28.0	14.5	18.1	----	11.4
Total de defunciones por causas definidas	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	----	100.0

Fuentes:

OPS, 1990, vol. I: 454-458; excepto Nicaragua: OPS, 1986, vol. I: 322.

Cuadro II.62

MORTALIDAD INFANTIL POR AREAS URBANAS Y RURALES

	Total	Urbana	Rural	Urbana		Rural	
				Areas metro- politanas	Resto urbano	Concentrada	Dispersa
Costa Rica							
1970	68	50	78	46	54	----	----
1981	20	17	22	16	18	19	23
El Salvador							
1971	110	91	118	----	----	----	----
1981	81	72	91	----	----	----	----
Guatemala							
1971	104	89	119	72a)	116a)	119a)	127a)
1977-1987	79	65	84	61b)	93b)	99b)	101b)
Honduras							
1960	130	122	135	108	126	----	----
1970	115	92	119	----	----	----	----
1980	75	65	85	50	64	----	----
Nicaragua							
1982-1983	83	67	98	----	----	----	----
Panamá							
1969-1971	47	33	58	29a)	48a)	54a)	78a)
1983-1985	26	22	29	13b)	30b)	34b)	48b)

Notas:

- a) Se refiere a 1968.
b) Se refiere a 1976.

Fuente:

OPS, 1990: vol. I: 50-51.

Cuadro II.63

MORTALIDAD INFANTIL EN GUATEMALA SEGUN GRUPO ETNICO
(menores de dos años)

	1968	1971	1973- 1974	1976
Indígenas	171	155	141	128
No indígenas	128	118	109	101

Fuente:

García y González, 1989: vol. I, 248.

Cuadro II.64

MORTALIDAD INFANTIL POR GRUPO SOCIOCUPACIONAL
DEL JEFE DEL HOGAR

País	Año	Total	Agrario		Asalariado	No agrario No asalariado	Grupos medios
			Peón	Campeño			
Costa Rica	1963	86	103	71-91	79	----	58
	1981	22	24	19-31	18	----	14
Guatemala	1968	115	173	151	121	131	64
	1976	97	137	116	97	107	55
Honduras	1960	131	146	132	124	----	90
	1980	83	105	99	74	----	44
Nicaragua	1982	83	112	92	80	42	70
Panamá	1976	31	42	49	21	27	17

Fuente:

OPS, 1990: vol. I: 69.

Cuadro II.65

TASAS DE MORTALIDAD INFANTIL POR EDUCACION DE LA MADRE

País	Año	Total	Años de educación materna (tasas por 1.000)					
			Ninguno	1-3	4-6	7 y más	7-9	10 y más
Costa Rica	1963	86	97a)	----	64	39	45	30
	1981	22	35a)	----	21	13	16	11
Guatemala b)	1968	115	167	124	87	44	51	44
	1976	97	130	105	76	40	51	29
Honduras	1960	131	143	120	97	50	----	----
	1980	83	112	80	60	35	----	----
Nicaragua	1966	122	136	117	96	57	----	----
	1982	83	103	89	76	45	----	----
Panamá	1976	11	60	43	26	20	22	15

Notas:

a) 0-3 años de estudio.

b) Probabilidad de morir antes de los dos años de edad.

Fuente:

OPS, 1990: vol. I: 69.

Cuadro II.66

DISPONIBILIDAD DIARIA DE CALORIAS POR HABITANTE

	1960	1964- 1966	1969- 1971	1974- 1976	1981- 1983	1983- 1985
Belice	----	2.345	2.461	2.656	2.646	2.546
Costa Rica	2.153	2.326	2.379	2.563	2.548	2.772
El Salvador	1.805	----	1.852	2.076a)	2.155b)	2.060c)
Guatemala	1.903	2.031	2.074	2.156	2.189	2.298
Honduras	1.936	1.976	2.087	2.109	2.143	2.208
Nicaragua	2.185	----	2.536	2.445a)	2.188b)	2.268c)
Panamá	2.312	2.275	2.448	2.405	2.305	2.420

Notas:

- a) 1975-77.
- b) 1979-81.
- c) 1982.

Fuentes:

CEPAL, 1983: 39; Gallardo, López, 1986: 193; CEPAL, 1987; CEPAL, 1988.

Cuadro II.67

PORCENTAJE DE LAS NECESIDADES MINIMAS PROMEDIO DE CALORIAS

	1960	1964- 1966	1969- 1971	1974- 1976	1981- 1983
Belice	----	103.8	108.9	117.5	117.1
Costa Rica	93.2	103.8	106.2	114.4	109.6
El Salvador	78.9	----	80.9	89.6a)	89.5b)
Guatemala	82.5	92.7	94.7	98.4	100.0
Honduras	95.6	87.4	92.3	93.3	94.8
Nicaragua	95.8	----	112.7	108.8a)	98.6b)
Panamá	100.3	98.5	101.0	102.6	99.8

Notas:

a) 1975-1977.

b) 1982.

Fuentes:

CEPAL, 1983: 40; Gallardo, López, 1986: 193; CEPAL, 1987.

Cuadro II.68

ESTIMACION DEL CONSUMO DIARIO DE CALORIAS POR
ESTRATOS DE INGRESO, 1970

	Promedio total	Bajo (50%)	Medio (30%)	Alto (15%)	Muy alto (5%)
Costa Rica	2.456	1.990	2.632	3.107	4.112
El Salvador	1.901	1.345	2.128	2.697	3.695
Guatemala	2.021	1.326	2.362	2.919	4.234
Honduras	2.250	1.465	2.661	3.268	4.590
Nicaragua	2.380	1.767	2.704	3.255	3.931
Promedio de ocho países sudamericanos (todos salvo Argentina y Uruguay)	2.089	2.843	3.313	4.238	2.581

Fuente:

CEPAL, agosto 1976: 107.

Cuadro II.69

DISPONIBILIDAD DIARIA DE PROTEINAS POR HABITANTE
(gramos)

	1960	1964- 1966	1969- 1971	1974- 1976	1981- 1983	1983- 1985
Belice	----	59.3	61.6	67.9	68.1	66.6
Costa Rica	52.1	55.3	56.4	59.9	60.4	64.4
El Salvador	51.6	----	49.7	53.3a)	56.3b)	----
Guatemala	52.6	56.7	57.1	57.1	58.1	60.4
Honduras	52.1	51.4	53.4	52.4	52.8	54.0
Nicaragua	64.1	----	76.8	70.7a)	57.9b)	----
Panamá	57.3	57.6	57.7	62.8	60.6	60.7

Notas:

a) 1975-77.

b) 1979-1981.

Fuentes:

CEPAL, 1983: 39; Gallardo, López, 1986: 192; CEPAL, 1987; CEPAL, 1988.

Cuadro II.70

ESTIMACION DEL CONSUMO DIARIO DE PROTEINAS POR
ESTRATOS DE INGRESO, 1970

	Promedio total	Bajo (50%)	Medio (30%)	Alto (15%)	Muy alto (5%)
Costa Rica	63.6	47.2	69.6	86.9	122.9
El Salvador	45.1	30.0	50.1	67.8	101.4
Guatemala	50.3	30.7	56.9	75.5	129.7
Honduras	55.8	33.3	65.0	85.8	136.8
Nicaragua	64.2	46.6	72.5	90.3	111.9

Fuente:

CEPAL, agosto 1976: 107.

Cuadro II.71

NUMERO DE HABITANTES POR CADA MEDICO Y POR CADA AUXILIAR MEDICO

	Médicos				Auxiliares médicos			
	1960a)	1970a)	1980b)	1984b)	1960a)	1970a)	1980a)	1984a)
Belice e)	----	----	----	1.554	----	420	----	359
Costa Rica	2.699	1.623	700	800	----	504	315d)	----
El Salvador	5.321	4.216	2.860	2.891	----	1.479	1.118	1.167
Guatemala	----	3.656	1.773	2.184c)	----	1.236	1.454	1.356d)
Honduras	----	3.992	3.022	1.512c)	3.101	1.487	958	1.035
Nicaragua	2.849	2.136	2.044	1.887	3.546	803	591	586
Panamá	2.756	1.735	1.074	878	764	554	443	365

Notas y fuentes:

- a) CEPAL, 1988: 46-47.
- b) CEPAL, 1992: 15.
- c) 1984.
- d) 1982.
- e) BM, 1993: 35. Las cifras se refieren a 1975 y 1985-91.

Cuadro II.72

PEA PROTEGIDA POR LA SEGURIDAD SOCIAL

	1960	1970	1980	1985- 1986
Costa Rica	25.3	38.4	68.3	68.7
El Salvador	4.4	8.4	11.6	----
Guatemala	20.6	27.0	33.1	27.0
Honduras	3.7	4.2	14.4	12.8
Nicaragua	5.9	14.8	18.9	31.5
Panamá	20.6	33.4	52.3	59.8

Fuente:
 BID, 1991: 196.

Cuadro II.73

POBLACION QUE DISPONE DE AGUA POTABLE
(porcentajes)

	1960a)	1973a)	Urbana 1980b)	1985b)	1988- 1990c)	1960a)	1973a)	Rural 1980b)	1985b)	1988- 1990c)	1980b)	Total 1985b)	1988- 1990c)
Belice	---	98	---	---	100	---	27	---	---	38	---	---	---
Costa Rica	98	100	100	100	100	36	66	82	83	84	93	93	94
El Salvador	50	85	67	68	76	3	35	40	40	10	51	54	41
Guatemala	42	87	90	72	91	12	2	18	14	41	45	36	60
Honduras	34	97	93	56	56	8	12	40	45	49	59	49	52
Nicaragua	38	100	67	76	78	0	11	6	11	19	38	48	53
Panamá	84	100	100	100	100	26	51	62	64	66	81	82	83

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1984: c. 44. Bajo la columna de 1960, las cifras de Costa Rica, Guatemala, Honduras y Nicaragua se refieren a 1961. Bajo la columna de 1973, las cifras de Belice se refieren a 1977.

b) CEPAL, 1989 (a): c. 8.

c) PNUD, 1993: c. 2, 10. Según otra fuente (BM, 1993: 35), en una fecha imprecisa entre 1985 y 1991, el 73% de los beliceños disponía de agua potable; en las zonas urbanas, la totalidad de la población, en las rurales, el 44%.

Cuadro II.74

POBLACION SERVIDA CON ALCANTARILLADO
(porcentajes)

	1960a)	1973a)	Urbana 1980b)	1985b)	1988- 1990c)	1980b)	Rural 1985b)	1988- 1990c)	1980b)	Total 1985b)	1988- 1990c)
Belice	---	---	---	---	67	---	---	28	---	---	---
Costa Rica	29	40	99	99	100	84	89	93	93	95	97
El Salvador	---	37	48	82	86	26	43	39	35	62	61
Guatemala	30	---	45	41	72	20	12	48	29	23	57
Honduras	20	46	49	24	---	26	34	---	34	31	33
Nicaragua	16	23	34	35	35	---	16	16	18	27	27
Panamá	---	71	83	99	100	59	61	68	71	80	84

Notas y fuentes:

a) CEPAL, 1984: c. 45.

b) CEPAL, 1989 (a): c. 8.

c) PNUD, 1993: c. 2, 10. Según otra fuente (CRIES, 1993: 18), en una fecha indefinida pero se supone que en torno a 1990, el 43% de los beliceños tenía acceso al alcantarillado; en las zonas urbanas el 60; y en las rurales, el 21%.

Cuadro 11. 75

VIVIENDAS QUE DISPONEN DE LUZ ELECTRICA
(porcentajes)

	Total				Urbana d)		Rural d)	
	1960a)	1970b)	1980b)	1980c)	1960- 1964	1970- 1974	1960- 1964	1970- 1974
Belice	----	----	----	50	90	----	27	----
Costa Rica	55	66	83	70	94	----	32	----
El Salvador	----	34	----	34	60	73	----	7
Guatemala	22	29	37	28	56	68	4	5
Honduras	15	25	----	25	57	67	2	6
Nicaragua	----	41	----	41	71	77	4	7
Panamá	----	52	65	65	83	90	11	16

Notas y fuentes:

- a) CEPAL, 1983: c. 26. Honduras se refiere a 1961 y Costa Rica a 1963.
- b) CEPAL, 1990: c. 37.
- c) PNUD, 1992: c. 21.
- d) CEPAL, 1984: c. 46; excepto Belice: BM, 1993: 35.

BIBLIOGRAFIA

- ADAMS, Richard y otros, Crucifixion by Power. Essays on Guatemala National Social Structure, 1944-1966, Austin-London, University of Texas, 1970.
- Agencia EFE, Nuestro mundo '85/'86, Madrid, Agencia EFE/Espasa Calpe, 1985, 1549 pp.
- , Anuario iberoamericano '90, Madrid, Agencia EFE/Pirámide, 1990, 646 pp.
- AGUAYO, Sergio, El éxodo centroamericano, México, SEP, 1985, 173 pp.
- AGUILERA PERALTA, Gabriel, "Belice: entre Centroamérica y el Caribe", Nueva Sociedad 115, Caracas, septiembre-octubre 1991, pp. 6-11
- (coord.), Belice y Centroamérica: Una nueva etapa, Guatemala, FLACSO/Fundación Friedrich Ebert, 1992, 150 pp.
- Almanaque Mundial 1994, Virginia Gardens, Florida, Ed. América, 1993, 592 pp.
- ALONSO, Oscar, "Comentario sobre el trabajo del Lic. Edgar Pape titulado 'Belice en la nueva integración centroamericana'", Gabriel Aguilera Peralta (coord.), Belice y Centroamérica: una nueva etapa, Guatemala, FLACSO/Fundación Friedrich Ebert, 1992, pp. 93-99.
- ALVAREZ ICAZA, Pablo, Belice: La crisis, el neocolonialismo y las relaciones con México, 1978-1986, México, CIDE, 1987, 137 pp.
- AQUINO, Luis Alonso, "Reforma agraria y empleo en El Salvador", PREALC, Centroamérica: acerca del empleo, la estructura y el cambio agrarios, San José, FLACSO, 1989, pp. 29-42.
- ARIAS, Salvador, "Factores económicos y políticos en la crisis centroamericana", Economía de América Latina, núm. 16, 1987, pp. 101-116.
- BAIRES MARTINEZ, Yolanda, "La población económicamente activa en Centroamérica, 1950-1980", Anuario de Estudios Centroamericanos, XI, 2, 1985, pp. 67-75.
- BARDINI, Roberto, Belice. Historia de una nación en movimiento, Tegucigalpa, Ed. Universitaria, 1978, 207 pp.

- BID (Banco Interamericano de Desarrollo), Progreso económico y social en América Latina. Informe 1985, Washington, BID, 471 pp.
- , Progreso económico y social en América Latina. Informe 1990, Washington, BID, 1990, 322 pp.
- , Progreso económico y social en América Latina. Informe 1991, Washington, BID, 1991, 330 pp.
- , Progreso económico y social en América Latina. Informe 1993, Washington, BID, 1993, 334 pp.
- BIESANZ, John y Mavis, Panamá y sus gentes, 2ª ed. en español, Panamá, Ed. Universitaria, 1993, 544 pp.
- BM (Banco Mundial), Informe sobre el desarrollo mundial 1992. Desarrollo y medio ambiente, Washington, BM, 1992, 300 pp.
- , Social Indicators of Development 1993, Washington, BM-International Bank for Reconstruction and Development, 1993, 393 pp.
- BOLLAND, O. Nigel, Colonialismo y resistencia en Belice. Ensayos de sociología histórica, México, CNCA/Grijalbo, 1992, 302 pp.
- BOOTH, John, "Igualdad socioeconómica en Centroamérica: tendencias recientes y futuras", Anuario de Estudios Centroamericanos, núm. 2, San José, julio-diciembre 1987, pp. 63-92.
- BROWNING, David, "Agrarian Reform in El Salvador", Journal of Latin American Studies 15, 1983.
- BULMER-THOMAS, Victor, La economía política de Centroamérica desde 1920, San José, BCIE, 1989, 480 pp.
- CABALLEROS, Rómulo, "El financiamiento externo en la economía centroamericana, 1970-1983", CEMLA (coord.), La deuda externa en Centroamérica, México, CEMLA, 1987, pp. 11-69.
- CAL, Angel, "Historia de Belice", Angel Cal, Alexander Bennet y otros, Belice, historia y sociedad, Guatemala, FLACSO/Fundación Friedrich Ebert, 1990, pp. 16-32.
- , "Comentarios sobre 'Belice: puente étnico entre Centroamérica y el Caribe'", Gabriel Aguilera Peralta (coord.), Belice y Centroamérica: Una nueva etapa, Guatemala, FLACSO/Fundación Friedrich Ebert, 1992, pp. 51-56.
- CAL, Angel, BENNET, Alexander, y otros, Belice, historia y sociedad, Guatemala, FLACSO/Fundación Friedrich Ebert, 1990, 72 pp.

- CARDOSO, Ciro Flamarion S., "La historia demográfica; su penetración en Latinoamérica y en América Central", Estudios Sociales Centroamericanos, núm. 9, San José, CSUCA, septiembre-diciembre 1974, pp. 115-128.
- CARDOSO, Ciro Flamarion S., PEREZ BRIGNOLI, Héctor, Centroamérica y la economía occidental (1520-1930), San José, Universidad de Costa Rica, 1977, 382 pp.
- CASAUS, Marta y CASTILLO QUINTANA, Rolando (coords.), Centroamérica. Balance de la década de los 80. Una perspectiva regional, Madrid, CEDEAL, 1993, 527 pp.
- CASAUS, Marta E. y GARCIA GIRALDEZ, Teresa (coords.), Centroamérica. Balance de la década de los 80. Perspectiva por países, Madrid, CEDEAL, 1994, 430 pp.
- CASTILLO RIVAS, Donald, Acumulación de capital y empresas transnacionales en Centroamérica, México, Siglo XXI, 1980, 277 pp.
- _____, (comp.), Centroamérica: más allá de la crisis, México, Sociedad Interamericana de Planificación, 1983, 423 pp.
- , "Modelos de acumulación, agricultura y agroindustria en Centroamérica", Castillo Rivas, Centroamérica: más allá de la crisis, SIAP, 1983, pp. 183-216.
- CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía), Boletín Demográfico 15, Santiago de Chile, enero 1975.
- , Boletín Demográfico 34, Santiago de Chile, julio 1984.
- , Boletín Demográfico 35, Santiago de Chile, enero 1985(a).
- , Boletín Demográfico 36, Santiago de Chile, julio 1985(b).
- , Boletín Demográfico 42, Santiago de Chile, julio 1988.
- , Boletín Demográfico 43, Santiago de Chile, enero 1989.
- , Boletín Demográfico 45, Santiago de Chile, enero 1990.
- CEMLA (Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos) (coord.), La deuda externa en Centroamérica, México, CEMLA, 1987, 137 pp.

- CEPAL (Comisión Económica para América Latina), Análisis y proyecciones del desarrollo económico. IX. El desarrollo de Nicaragua, Nueva York, Naciones Unidas, 1966, 220 pp.
- , Población y desarrollo en América Latina, México, FCE, 1975, 317 pp.
- , Desarrollo y política social en Centroamérica, México, CEPAL, VIII-1976, 140 pp.
- , Series históricas del crecimiento de América Latina, Santiago de Chile, CEPAL, 1978, 206 pp.
- , América Latina en el umbral de los años 80, Santiago de Chile, CEPAL, 1979, 203 pp.
- , Centroamérica: evolución económica desde la posguerra, México, CEPAL, I-1980, 118 pp.
- , La pobreza y la satisfacción de las necesidades básicas en el istmo centroamericano, México, CEPAL, 31-III-1981, 60 pp.
- , Anuario estadístico de América Latina 1981, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1983, 727 pp.
- , Notas sobre la evolución del desarrollo social del istmo centroamericano hasta 1980, México, CEPAL, 3-IX-1982(a), 38 pp.
- , Características principales del proceso y de la política de industrialización de Centroamérica, 1960 a 1980, México, CEPAL, 26-XI-1982(b), 212 pp.
- , Satisfacción de las necesidades básicas de la población del istmo centroamericano, México, CEPAL, 23-XI-1983, 86 pp.
- , Economic Survey of Latin America 1982. Belize, CEPAL, VII-1984, 28 pp.
- , "La crisis en Centroamérica: orígenes, alcances y consecuencias", Revista de la CEPAL, núm. 22, Santiago de Chile, abril 1984, pp. 53-80.
- , Anuario estadístico de América Latina 1984, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1985, 761 pp.
- , El desarrollo de la seguridad social en América Latina, Santiago de Chile, Naciones Unidas, I-1985, 348 pp.
- , Centroamérica: crisis agrícola y perspectivas de un nuevo dinamismo, México, CEPAL, 12-II-1986, 118 pp.

- , Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 1987, Santiago de Chile, Naciones Unidas.
- , Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 1988, Santiago de Chile, Naciones Unidas.
- , Centroamérica: crisis y políticas de ajuste, 1979-1986, México, CEPAL, 15-VII-1988, 66 pp.
- , Notas preliminares sobre la situación social y los gastos sociales de países seleccionados de América Latina y el Caribe, México, CEPAL, 20-IX-1989(a), 52 pp.
- , Transformación ocupacional y crisis social en América Latina, Santiago de Chile, CEPAL, 1989(b), 243 pp.
- , Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 1990, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1991, 782 pp.
- , Remesas y economía familiar en El Salvador, Guatemala y Nicaragua, México, CEPAL, 25-VI-1991, 81 pp.
- , "Nota sobre el desarrollo social en América Latina", Notas sobre la economía y el desarrollo 511-512, Santiago de Chile, CEPAL, julio 1991, pp. 1-20.
- , Evolución del sector agropecuario de Centroamérica en la década de los ochenta, México, CEPAL, 19-IX-1991, 113 pp. + cuadros.
- , Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 1991, Santiago de Chile, Naciones Unidas,
- , Transformación productiva y pobreza en Centroamérica, San José, FLACSO, enero 1992(a), 80 pp.
- , Anuario estadístico de América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1992(b).
- , Indicadores sociales básicos de la subregión norte de América Latina y el Caribe, 1980-1990, México, CEPAL, 10-VI-1992(c), 50 pp.
- , Centroamérica: productos tradicionales de exportación. Situación y perspectivas, México, CEPAL, 5-IV-1993, 119 pp.
- , Centroamérica: el camino de los noventa, México, CEPAL, V-1993, 75 pp.
- , Centroamérica: la protección de los recursos naturales y el medio ambiente con la modernización de actividades productivas, México, CEPAL, 26-V-1993, 72 pp.

- , Evolución de la integración centroamericana en 1992, México, CEPAL, 9-VI-1993, 45 pp.
- , Tendencias y perspectivas de las exportaciones de banano en América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, CEPAL, 15-XII-1993, 35 pp.
- , Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 1992, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1993, 778 pp.
- , Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 1993, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1994, 774 pp.
- , Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe 1994, Santiago de Chile, CEPAL, 20-XII-1994, 59 pp.
- , El regionalismo abierto en América Central. Los desafíos de profundizar y ampliar la integración, México, CEPAL, 31-I-1995, 67 pp.
- , Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 1994, Santiago de Chile, CEPAL, 1995, 782 pp.
- , Indicadores sociales básicos de la subregión norte de América Latina y el Caribe, 1950-1994, México, CEPAL, 17-IV-1995, 60 pp.
- , Seguridad social y equidad en el Istmo Centroamericano, México, CEPAL, 6-VI-1995, 61 pp.
- , Inflación y estabilización en Centroamérica, México, CEPAL, 16-VI-1995, 71 pp.
- , Centroamérica: evolución económica durante 1994, México, CEPAL, 26-VI-1995, 64 pp.
- , Estudio económico de América Latina y el Caribe 1994-1995, Santiago de Chile, CEPAL, IX-1995, 348 pp.
- , Inversión e inserción externa de Centroamérica, México, CEPAL, 18-IX-1995, 26 pp.
- , Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe 1995, Santiago de Chile, CEPAL, XII-1995, 69 pp.
- , Panorama social de América Latina 1995, Santiago de Chile, CEPAL, XII-1995, 186 pp.
- , Inversión y financiamiento en Centroamérica: aspectos macroeconómicos y sociales, México, CEPAL, 4-XII-1995, 106 pp.

- CEPAL, FAO, OIT, Tenencia de la tierra y desarrollo rural en Centroamérica, San José, EDUCA, 1976, 199 pp.
- CIDCA (Centro de Investigación y Documentación de la Costa Atlántica), Demografía costeña: notas sobre la historia demográfica y población actual de los grupos étnicos de la Costa Atlántica nicaragüense, Managua, CIDCA, 1982, 58 pp.
- CRIES (Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales), Centroamérica 93. Anuario CRIES, Managua, CRIES, 1993, 240 pp.
- CSUCA (Confederación Universitaria Centroamericana), Estructura demográfica y migraciones internas en Centroamérica, San José, EDUCA, 1978(a), 421 pp.
- CSUCA, Estructura agraria, dinámica de población y desarrollo capitalista en Centroamérica, San José, EDUCA, 1978(b), 328 pp.
- DACHARY, Alfredo A. César, ARNAIZ BURNE, Stella Maris, "Dinámica y desarrollo de la frontera México-Belice", Gargallo y Santana (comps.), Belice: sus fronteras y destino, México, UNAM, 1993, pp. 87-94.
- DIERKXSENS, Wim, Mujer y fuerza de trabajo en Centroamérica, San José, FLACSO, 1990, 83 pp.
- DOBSON, Narda, A History of Belize, Londres, Longman Caribbean, 1973, 326 pp.
- ELLIS, Frank, Las transnacionales del banano en Centroamérica, San José, EDUCA, 1983, 463 pp.
- EXPERTOS de las Naciones Unidas, Qué es el desarrollo económico, Buenos Aires, Siglo XX, 1968, 156 pp.
- FAGEN, Richard y PELLICER, Olga (comps.), Centroamérica. Futuro y opciones, México, FCE, 1983, 243 pp.
- FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación), Anuario de producción 1968, Roma, FAO, 1969, 814 pp.
- , Anuario de producción 1984, Roma, FAO, 1985, 326 pp.
- , Anuario de producción 1991, Roma, FAO, 1992, 265 pp.
- , Anuario de producción 1994, Roma, FAO, 1995, 243 pp.
- , Anuario de productos forestales 1993, Roma, FAO, 1995, 422 pp.

- , Cuadros por países. Datos básicos sobre el sector agropecuario. 1982, Roma, FAO, 1982, 340 pp.
- , Cuadros por países. Datos básicos sobre el sector agropecuario. 1995, Roma, FAO, 1995, 345 pp.
- , Estadísticas agropecuarias mundiales, 1948-1985, Roma, FAO, 1987, 765 pp.
- FERES, Juan Carlos, LEON, Arturo, "Magnitud de la situación de la pobreza", Revista de la CEPAL 41, Santiago de Chile, 1990, pp. 139-158.
- FILGUEIRA, Carlos, GENELETTI, Carlo, Estratificación y movilidad ocupacional en América Latina, Santiago de Chile, CEPAL, 1981, 172 pp.
- GALLARDO, María Eugenia, LOPEZ, José Roberto (coords.), Centroamérica: La crisis en cifras, San José, IICA-FLACSO, 1986, 260 pp.
- GARCIA, Ana Isabel, GOMARIZ, Enrique, Mujeres centroamericanas, San José, FLACSO, 1989, 2 vols.
- GARCIA, Antonio (comp.), Desarrollo agrario y la América Latina, México, FCE, 1981, 918 pp.
- GARCIA LAGUARDIA, Jorge M. y SOSA, Ignacio, Centroamérica. Desafíos y perspectivas, México, UNAM, 1984, 193 pp.
- GARGALLO, Francesca, SANTANA, Adalberto, (comps.), Belice: sus fronteras y destino, México, UNAM, 1993, 234 pp.
- GERMANI, Gino (comp.), Urbanización, desarrollo y modernización, Buenos Aires, Paidós, 1976, 307 pp.
- GHIDINELLI, Azzo, "Belice: Puente étnico entre Centroamérica y el Caribe", Gabriel Aguilera Peralta (coord.), Belice y Centroamérica: Una nueva etapa, Guatemala, FLACSO/Fundación Friedrich Ebert, 1992, pp. 13-49.
- GONZALEZ DEL VALLE, Jorge, "Recursos externos e internos para el financiamiento del desarrollo en Centroamérica", Revista de la Integración y el Desarrollo de Centroamérica, núm. 34, Tegucigalpa, marzo 1986, pp. 91-102.
- GONZALEZ VEGA, Claudio, "Centroamérica: asistencia económica externa, reformas a las políticas y mercados financieros nacionales", Revista de la Integración y el Desarrollo de Centroamérica, núm. 32, Tegucigalpa, junio 1985, pp. 119-125.
- GUERRA-BORGES, Alfredo, Introducción a la economía de la Cuenca del Caribe, México, UNAM, 1985, 213 pp.

- , "Reflexiones sobre la economía y la guerra en Centroamérica", Anuario de Estudios Centroamericanos, núm. 2, San José, julio-diciembre 1986, pp. 75-88.
- GUTIERREZ-HACES, María Teresa (comp.), Centroamérica: una historia sin retoque, México, El Día, 1987, 298 pp.
- HALL, Carolyn, "América Central como región geográfica", Anuario de Estudios Centroamericanos, vol. XI, núm. 2, San José, 1985, pp. 5-24.
- HARRIS, Richard, "Propiedad social y propiedad privada en Nicaragua", Cuadernos Políticos, núm. 40, México, abril-junio de 1984, pp. 53-67.
- HERRERA ZUÑIGA, René (y otros), Centroamérica en crisis, México, Colegio de México, 1980, 226 pp.
- HONDURAS, SECPLAN (Secretaría de Planificación, Coordinación y Presupuesto), Censo nacional de población 1988, Tegucigalpa, SECPLAN, 1989-1990, 9 vols.
- IIMD-IRM (International Institute for Environment and Development-World Resources Institute), Recursos mundiales 1987, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1989, 407 pp.
- INFANTE, Ricardo, Mercado de trabajo y deuda social en los 80, Santiago de Chile, OIT/PREALC, 1991, 74 pp.
- IRVIN, George y HOLLAND, Stuart (eds.), Centroamérica: el futuro de la integración económica, San José, DEI-CRIES, 1990, 232 pp.
- JAEN SUAREZ, Omar, La población del Istmo de Panamá: del siglo XVI al siglo XX, 2ª ed., Panamá, s.e., 1979, 603 pp.
- KEN, Crucita, "Belice, economía y política", Angel Cal, Alexander Bennet y otros, Belice, historia y sociedad, Guatemala, FLACSO/Fundación Friedrich Ebert, 1990, pp. 56-64.
- LARACH, M. Angélica, El mercado mundial del banano, Santiago de Chile, CEPAL, 18-IV-1995, 67 pp. (restringido)
- LASSERRE, Guy, América Media, Barcelona, Ariel, 1976, 430 pp.
- LIZANO, Eduardo (comp.), La integración económica en Centroamérica, México, FCE, 1975, 2 vols.
- LIZCANO, Francisco, "La población negra en el Istmo centroamericano", Luz María Martínez Montiel (coord.), Presencia africana en Centroamérica, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, pp. 31-59.

- LIZCANO, Francisco, Universo cultural de América Central en la segunda mitad del siglo XX, (en preparación).
- LOPEZ, J. R., El ajuste estructural de Centroamérica. Un enfoque comparativo, San José, FLACSO, 1989, 61 pp.
- MACLEOD, Murdo J., Historia socio-económica de la América Central española, 1520-1720, Guatemala, Piedra Santa, 1980, 522 pp.
- MATTELART, Armand y Michele, La problemática de la población latinoamericana, México, Premiá, 1982, 199 pp.
- MAYORGA QUIROS, Román, El crecimiento desigual en Centroamérica, 1950-2000, México, Colegio de México, 1983, 125 pp.
- MENJIVAR LARIN, Rafael (y otros), Centroamérica hoy, México, Siglo XXI, 1975, 368 pp.
- MENJIVAR LARIN, Rafael, PEREZ SAINZ, Juan Pablo (coords.), Informalidad urbana en Centroamérica. Entre la acumulación y la subsistencia, Caracas, Nueva Sociedad/FLACSO, 1991, 318 pp.
- MENJIVAR LARIN, Rafael, TREJOS, Juan Diego, La pobreza en América Central, San José, FLACSO, 2a. ed., 1992, 158 pp.
- MONTEFORTE TOLEDIO, Mario, Centroamérica. Subdesarrollo y dependencia, México, UNAM, 1972, 2 vols.
- NACIONES UNIDAS, Estudio económico mundial 1992. Tendencias y políticas actuales en la economía mundial, Nueva York, Naciones Unidas, 1992, 339 pp.
- NICARAGUA-INEC, Población de Nicaragua. Compendio de las cifras censales por departamentos y municipios, 1971-1980, Managua, INEC, 2ª ed., noviembre 1980, 53 pp.
- , Anuarios estadísticos de Nicaragua, Managua, INEC, varias fechas.
- , Encuesta sociodemográfica nicaragüense 1985, Managua, INEC, 1989, 4 vols.
- NICARAGUA-OEDEC, Aspectos demográficos de Nicaragua. Parte I. Aspectos de la dinámica de la población relacionados con su dimensión económicosocial, Managua, OEDEC, agosto 1978 (Boletín demográfico 4).
- NUHN, Helmut y otros, Zentralamerika; Karten zur bevölkerungs- und wirtschaftsstruktur, Hamburg, Wirtschaftsgeographische Abteilung, 1975.
- OIT (Oficina Internacional del Trabajo), Población económicamente activa 1950-2025, Ginebra, OIT, 3ª ed., 1986, 6 vols.

- , Anuario de estadísticas del trabajo, 1945-89. Edición retrospectiva sobre los censos de población, Ginebra, OIT, 1990, 1060 pp.
- , Anuario de estadísticas del trabajo 1991, Ginebra, OIT, 1991.
- , Anuario de estadísticas del trabajo 1992, Ginebra, OIT, 1992.
- OPAZO BERNALES, Andrés, "Marco interpretativo para las migraciones internas en Centroamérica", Estudios Sociales Centroamericanos, núm. 9, San José, CSUCA, septiembre-diciembre 1974, pp. 73-114.
- OPS (Organización Panamericana de la Salud), Las condiciones de salud en las Américas, 1969-1972, Washington, OPS, 1974, 230 pp.
- , Las condiciones de salud en las Américas, 1981-1984, Washington, OPS, 1986, 2 vols.
- , Las condiciones de salud en las Américas, Washington, OPS, 1990, 2 vols.
- OSORIO PAZ, Saúl, Reflexiones sobre el impacto de la crisis económica en América Central, México, UNAM, 1986, 178 pp.
- PALACIO, Joseph, "Belice: cambios hacia el año 2000", Edelberto Torres-Rivas (coord.), América Central hacia el 2000, Caracas, Nueva Sociedad, 1989, pp. 285-302.
- PAN America Associates, El anuario panamericano 1945, Nueva York, Pan America Associates, 1945, 894 pp.
- PANAMA. Dirección de Estadística y Censo, Panamá en cifras. Años 1988-1992, Panamá, 1993, 270 pp.
- PAPE, Edgar, "Belice en la nueva integración centroamericana", Gabriel Aguilera Peralta (coord.), Belice y Centroamérica: Una nueva etapa, Guatemala, FLACSO/Fundación Friedrich Ebert, 1992, pp. 59-92.
- PASTOR, Rodolfo, Historia de Centroamérica, México, Colegio de México, 1988, 272 pp.
- PAZ SALINAS, María Emilia, Belize, el despertar de una nación, México, Siglo XXI, 1979, 188 pp.
- PEREZ BRIGNOLI, Héctor, Breve historia de Centroamérica, Madrid, Alianza, 1985, 169 pp.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), Desarrollo humano. Informe 1990, Bogotá, Tercer Mundo, 1990, 390 pp.

- , Desarrollo humano: Informe 1992, Bogotá, Tercer Mundo, 1992.
- , Informe sobre desarrollo humano. 1993, Madrid, CIDEAL, 1993, 250 pp.
- POSAS, Mario, "La plantación bananera en Centroamérica (1870-1929)", Edelberto Torres-Rivas (coord.), Historia general de Centroamérica, Madrid, 1993, vol. 4, pp. 111-165.
- PREALC (Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe), Mercado de trabajo en cifras. 1950-1980, Ginebra, OIT, 1982, 180 pp.
- , Cambio y polarización ocupacional en Centroamérica, San José, EDUCA-OIT, 1986, 202 pp.
- , Centroamérica: Acerca del empleo, la estructura y el cambio agrario, San José, FLACSO, 1989, 106 pp.
- LA PRENSA, "Los efectos sociales de la crisis económica", La Prensa, Managua, 23 de junio de 1990.
- Regional Surveys of the World. South America, Central America and the Caribbean 1993, Londres, Europa Publications Limited, 4ª ed., 1993, 718 pp.
- RODRIGUEZ, Mario, América Central, México, Diana, 1967, 203 pp.
- ROUQUIE, Alain (coord.), Las fuerzas políticas en América Central, México, FCE, 1994, 276 pp.
- ROUQUIE, Alain, Guerras y paz en América Central, México, FCE, 1994, 358 pp.
- SAMPER K., Mario, "Café, trabajo y sociedad en Centroamérica (1870-1930): una historia común y divergente", Edelberto Torres-Rivas (coord.), Historia general de Centroamérica, Madrid, 1993, vol. 4, pp. 11-110.
- SANCHEZ ALBORNOZ, Nicolás, La población de América Latina desde los tiempos precolombinos al año 2000, Madrid, Alianza, 2ª ed., 1977, 321 pp.
- SANDNER, Gerhard, STEGER, Hanns-Albert, América Latina. Historia, sociedad y geografía, México, UNAM, 1987, 393 pp.
- SELIGSON, Mitchell A., "Thirty Years of Transformation in the Agrarian Structure of El Salvador, 1961-1991", Latin America Research Review, XXX, 3, Albuquerque, Universidad de Nuevo México, 1995, pp. 43-74.

SHOMAN, Assad, "Belice: un Estado autoritario democrático en Centroamérica", Francesca Gargallo y Adalberto Santana (comps.), Belice: sus fronteras y destino, México, UNAM, 1993, pp. 181-212.

-----, "La inmigración centroamericana en Belice: un choque cultural", Francesca Gargallo y Adalberto Santana (comps.), Belice: sus fronteras y destino, México, UNAM, 1993, pp. 103-122.

SIECA (Secretaría Permanente del Tratado General de Integración Económica Centroamericana), Compendio estadístico centroamericano, SIECA, 1975, 496 pp.

SOTO, Max A, SEVILLA, C. A., FRANK Jr., Ch. R., Integración económica y empleo en la industria centroamericana, San José, EDUCA, 1983, 188 pp.

TIMOSI, Gerardo, Centroamérica. Deuda externa y ajuste estructural: las transformaciones económicas de la crisis, San José, DEI-CRIES, 1989, 133 pp.

TORRES-RIVAS, Edelberto, "La formación del Estado y el sector público en Centroamérica y Panamá", Revista Mexicana de Sociología, XLII, 2, México, abril-junio 1980, pp. 561-590.

TORRES-RIVAS, Edelberto, JIMENEZ, Dina, "Migración y refugiados en Centroamérica", Anuario de Estudios Centroamericanos, XI, 2, San José, 1985, pp. 25-66.

TORRES RIVAS, Edelberto y AGUILERA, Gabriel (comps.), Para entender Centroamérica: raíces perspectivas de la crisis económica, San José, ICADIS, 1986, 228 pp.

TORRES RIVAS, Edelberto y AGUILERA, Gabriel, "La crisis política en Centroamérica. Notas preliminares", Economía de América Latina 5, México, 1980, pp. 193-204.

TORRES RIVAS, Edelberto (coord.), América Central hacia el 2000. Desafíos y opciones, Caracas, Nueva Sociedad, 1989, 314 pp.

-----, Historia general de Centroamérica, Madrid, Sociedad Estatal Quinto Centenario de España/FLACSO/Comunidades Europeas, 1993, 6 vols.

TOUSSAINT RIBOT, Mónica, Belice: una historia olvidada, México, Instituto Mora/CEMCA, 1993, 200 pp.

UDUAL (Unión de Universidades de América Latina), Censo universitario latinoamericano 1979, México, UNAM, 1981, 812 pp.

UDUAL, Censo universitario latinoamericano 1983, México, UNAM, 1985, 898 pp.

- UDUAL, Censo universitario latinoamericano 1986, México, UNAM, 1989, 4 vols.
- URZUA, Raúl, El desarrollo y la población en América Latina, México, Siglo XXI, 1979, 299 pp.
- VARIOS, Urbanización y proceso social en América, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1972, 404 pp.
- VARIOS, Centroamérica: Crisis y política internacional, México, Siglo XXI-CECADE-CIDE, 1982, 318 pp.
- VARIOS, Los refugiados centroamericanos, Heredia, Costa Rica, Universidad Nacional, 1987, 259 pp.
- VARIOS, Tierras y gentes. Geografía humana universal ilustrada, Barcelona, Debate, 1990, vol. I, 168 pp.
- VERNON, Dylan, "El desarrollo económico de Belice y su integración con el área", Francesca Gargallo y Adalberto Santana (comps.), Belice: sus fronteras y destino, México, UNAM, 1993, pp. 139-165. Algunas erratas de tal artículo fueron corregidas al consultar una versión de este mismo texto publicada en El Caribe Contemporáneo 23, México, julio-diciembre 1991, pp. 91-113.
- VILLAGRAN KRAMER, Francisco, "El dilema de Belice: ¿País caribeño o centroamericano?", Estudios Internacionales, IRIPAZ, Guatemala, julio-diciembre 1991, pp. 5-29.
- VUSKOVIC CESPEDES, Pedro, Centroamérica: Fisonomía de una región, México, CIDE, 1986, 107 pp.
- WEEKS, John R., Sociología de la población, Madrid, Alianza, 1984, 471 pp.
- WEST, Robert Cooper, AUGELLI, John P., Middle America. Its Lands and Peoples, New Jersey, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 2ª ed., 1976, 3ª ed., 1989, 494 pp.
- WITTER, Michael, "Belice: el desafío de la Independencia", Nueva Sociedad 79, Caracas, septiembre-octubre 1985, pp. 4-7.
- WOODWARD, Ralph Lee Jr., Central America. A Nation Divided, Nueva York, Oxford University Press, 2ª ed., 1985, 390 pp.